

GRANSUPERTERROR

**RAMSEY
CAMPBELL**

Ganador del Premio Mundial de Fantasía

ULTRATUMBA

Su influencia
maligna
llegaba desde
el más allá



Lectulandia

La difunta Queenie manejaba a sus herederos mediante influencias de ULTRATUMBA.

Ellos no lo sabían, pero eran marionetas de un juego macabro.

Su ataúd no guardaba solo su cadáver, sino también un medallón con poderes sobrenaturales.

Y Queenie no estaba dispuesta a permitir que la exhumaran ni que le arrebataran su maléfico talismán.

«Una novela cargada de fuerza, una de las más sobrecogedoras entre las que ha escrito Campbell». —*Washington Post Book World*

«Los horrores de la ficción de Campbell no son inventados: se sienten, se experimentan, y actúan sobre el lector durante mucho tiempo». —Peter Straub

«Ultratumba es una de las mejores novelas que he leído en mucho tiempo. Campbell explora los oscuros rincones de la psique humana». —John Farris, autor de *El hijo de la noche infinita*

Ramsey Campbell ha ganado más premios que cualquier otro autor vivo de ficciones de horror.

Lectulandia

Ramsey Campbell

Ultratumba

ePub r1.0

GONZALEZ 23.11.14

Título original: *The Influence*
Ramsey Campbell, 1988
Traducción: Rafael Marín Trechera

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Catherine y J. K. Potter,
que me iluminan en la oscuridad.*

(«El último sueño dice la verdad», dice Guilda Kent)

Agradecimientos

Unas cuantas buenas personas me ayudaron en esta novela. Mientras me preparaba para escribirla, Dennis Etchison me llevó al Dark Country, donde Tony Mendoza me compró una pluma en Ensenada para que pudiera tomar mis notas. Durante la escritura me beneficié enormemente de la hospitalidad de Tom y Barbara Doherty en Connecticut y Doug y Lynne Winter en Washington, por no mencionar la World Fantasy Convention de Providence. Tengo palabras especiales de agradecimiento para Howard Kaylan, Mark Volman y Joe Stefko de las Tortugas. Como siempre, mi esposa, Jenny, fue la matrona, y nuestros hijos, Tamsin y Matty, ayudaron también a facilitar el nacimiento de la novela.

Mientras el autobús de Liverpool subía por el paso a nivel, la tormenta nocturna que venía de Gales cruzó la bahía para recibirlo. Alison Faraday no podía ver de los muelles de Seaforth o del paseo marítimo más que lluvia y luces difusas, y sentía como si se estuviera ahogando. Al pie del paso a nivel, las amplias casas georgianas de Waterloo eran bloques de barro. Bajo las Cinco Farolas, cinco globos rodeando un ángel de piedra, un tren se deslizaba como una anguila a través del puente. El autobús dejó atrás la estación y la zapatería Thompson y se internó en Mount Pleasant, donde las ventanas de las altas terrazas se confundían con los tejados, y Alison se levantó y cruzó el bamboleante pasillo hacia las puertas de salida.

La empapada barra de hormigón de la parada de autobús se desmoronó bajo sus dedos mientras se dirigía a la calle lateral y se enfrentaba a la tormenta de agosto. La gabardina y el uniforme de enfermera se le pegaron al cuerpo mientras se internaba en la estrecha calle, bajo las empapadas ascuas de las lámparas de sodio. Al final de la calle, la oscuridad daba paso a altas ventanas, como si la casa de Queenie se hubiera alzado de sus cimientos. Era un barco más allá de las dunas, y la oscura masa tras el mar que surcaba era la casa de Queenie, que se alzaba sobre sus vecinas. Entre las chimeneas y el tejado de losa, la ventana de Queenie daba a la bahía. El estómago de Alison se tensó cuando llegó al final de la calle y se dirigió hacia la verja sorteando el chaparrón.

El sendero del jardín era resbaladizo, cubierto de verdín. Alison se inclinó sobre su bolso mientras buscaba la llave, y entonces la luz del vestíbulo iluminó los lechos de flores cubiertos de hierba. Hermione había abierto la puerta.

—Derek salió a hacer un trabajo, y ella ha estado llamando a Rowan.

Hermione debía de haber corrido a la puerta cuando oyó la verja arañar el suelo del sendero. Sus pequeños rasgos parecían apretujados en mitad de su larga cara arrugada; las ojeras como marcas de pulgares parecían más profundas que nunca.

—Me senté con Rowan para asegurarme de que seguía dormida.

Alison apretó amablemente los brazos de su hermana, lo más parecido a un abrazo mientras estuviera tan empapada, y cerró con el pie la puerta tras ellas.

—Muy bien. Ya estoy aquí.

—Y calada hasta los huesos —dijo Hermione, la hermana mayor siempre protectora—. Te haré un poco de café con brandy mientras te cambias. Ella está tranquila ahora. No te molestes en subir.

—Iré a ver como está.

Hermione se echó atrás el pelo gris que ya no se rizaba bien pero tampoco permanecía derecho, y se frotó la frente como si pudiera borrar con ello sus arrugas.

—Supongo que tienes razón —dijo cansinamente—. Sabrá que estás aquí.

El pasillo, tan amplio que por él cabría un coche, se extendía veinte metros hasta las escaleras. El yeso caído, iluminado por la lámpara, proyectaba sombras parecidas

a moho en las oscuras paredes empapeladas. Tiritando con el frío del edificio, Alison subió la escalera en zigzag que conducía a la parte trasera de la casa. Tres oscuros corredores formaban una T en el primer rellano. Recorrió de puntillas el primero de ellos y se dirigió al dormitorio de Rowan.

Los muebles blancos de Rowan, su cama y su cómoda y su armario parecían casi perdidos entre la enorme alfombra que se extendía hasta las pálidas paredes rosa. Estaba acostada con la cabeza apoyada en una palma, sus largos cabellos rojos cubriéndole el rostro. Mientras Alison se lo apartaba de los ojos, se volvió y murmuró «en el sótano», aunque no había ninguno. Con los ojos cerrados, parecía aún más una delicada versión de ocho años de Derek: nariz larga y roma, labios gruesos, amplia frente, barbilla cuadrada. Alison besó sus largas pestañas y la arropó. Luego se dirigió a la habitación de al lado, la suya y de Derek.

Parecía que su apartamento en Liverpool había sido reducido a un dormitorio, pues su cama y los muebles de las tres habitaciones cabían fácilmente en una sola. Se quitó la ropa y se estaba abotonando un vestido cuando la puerta se abrió lentamente, y oyó unos lentos pasos. Era Hermione, que traía un tazón de café rebosante.

Observó con aprobación como Alison lo bebía, y cuando terminó de hacerlo no se marchó.

—¿Quieres que te acompañe?

—Puedo enfrentarme a ella —dijo Alison, y añadió apresuradamente—: Has hecho más de lo que te correspondía.

Le devolvió el tazón y se dirigió hacia las escaleras, como si no sintiera ninguna vacilación. El tramo era aún más empinado, y se tuvo que agarrar al tembloroso pasamanos. Al doblar el recodo de las escaleras, su mano tocó la pared trasera de la casa, y sintió el yeso moverse bajo el papel enmohecido.

Tres pasillos surgían de la escalera. Los que conducían a los lados estaban apagados, y Alison oyó la tormenta rugir en la oscuridad. La más lejana de las dos bombillas que colgaban de una maraña de cables ante ella se había fundido en su casquillo oxidado. En cuanto Alison dejó atrás la primera bombilla, su sombra llenó el pasillo; las tablas crujían bajo varias capas de alfombra que olían a moho y humedad. El silencio inundaba las habitaciones sin luz tras puertas que ya no encajaban en sus marcos distorsionados. La sofocante oscuridad parecía más profunda al final del pasillo, donde se hallaba la habitación de Queenie. Alison extendió la mano hacia el pomo que colgaba flojo en su hueco, y abrió la puerta.

Incluso vista desde el oscuro corredor, la gran habitación era sombría. El tono marrón ajado de los libros apilados contra las paredes donde había espacio parecía haberse congregado en la luz bajo la densa penumbra grisácea. Entre las pilas de libros, armarios y cómodas negros absorbían el brillo, que no llegaba a alcanzar las esquinas de la habitación. Entre la puerta y la pared opuesta, frente a la amplia ventana, Queenie yacía en la cama.

Tal vez había estado contemplando la tormenta o las distantes luces de Gales,

pues las manchadas cortinas de terciopelo y sus visillos estaban abiertos, pero ahora parecía dormida, con una mano en el libro que yacía abierto sobre su pecho. Alison contuvo la respiración. Nunca había visto a su tía con aspecto tan joven: la cara larga y afilada con la mandíbula prominente, los rasgos comprimidos en la mitad del rostro como si los labios finos y tensos cedieran a los demás todo ese espacio, apenas parecían corresponder a la cuarta parte de sus ochenta años. ¿Estaba sólo dormida, o algo más? La habitación parecía exhalar los olores de desinfectante y papel viejo mientras Alison avanzaba de puntillas, súbitamente consciente del temor de la infancia de que Queenie apareciera por detrás sin avisar, con su metro ochenta de altura. Se había acercado lo suficiente para poder ver el libro sujeto por la arrugada mano de Queenie (*La nutrición infantil*), cuando Queenie habló.

—Pareces sorprendida, querida.

Su voz era tan fina como sus labios y afilada como su cara. Debía de haberla estado observando con los ojos entrecerrados, advirtió Alison, furiosa por la forma en que su corazón latía.

—Me alegro de que te intereses.

—Alguien tiene que hacerlo en esta casa. Mi niña está a salvo en su cama, espero, no jugando con sus sucias amigas o con el trabajador en sus rondas, el sabelotodo.

—Es mi marido y su padre —dijo Alison suavemente—. Y me gustaría que le dejaras hacer algo con la instalación eléctrica de este sitio.

—En mi casa hará lo que tiene que hacer —Queenie se apoyó sobre los codos, su largo cuerpo deslizándose envarado bajo las grises mantas, y clavó sus pálidos ojos en Alison—. Deberías estar agradecida de que lo acoja, después de casarte con él como lo hiciste, igual que tu padre. Y dirás que fue por amor —hizo énfasis en la última palabra y se estremeció; su voz se hizo más brusca—. Veo que todavía no has traído esas mascarillas.

—Queenie, te dije que no puedo sacarlas del hospital. Si la infección te preocupa tanto...

—Ni te atrevas a pensarlo. Me quedaré donde he vivido siempre, y que Dios ayude a quien intente moverme —su párpado derecho cayó, estropeando la simetría de su cara, hasta que lo alzó con un esfuerzo que le hizo mostrar los dientes. Entonces se apoyó contra la almohada y cerró los ojos—. Arréglame el pelo. No quiero parecer una bruja.

Era sólo una anciana, amargada y solitaria, chocheando, se dijo Alison. Se acercó a la cómoda junto a la ventana, que titilaba con la oscuridad sin forma, y cogió el cepillo y los peines. El parche de luz alrededor de la cama parecía más pequeño que nunca. Depositó los peines sobre la ajada colcha y cepilló el largo pelo gris de Queenie, apartándolo de su frente arrugada.

—No te quedes ahí como una momia —dijo Queenie—. Cuéntame como te ha ido el día.

Alison le habló del niño que había sido circuncidado ayer, y al que sus padres

todavía no habían visitado; del niño de cuatro años que no paraba de decir «grande» a una estudiante de enfermería que pensaba que se refería a su osito de peluche y no lo llevó al lavabo hasta que fue demasiado tarde; del niño de seis años cuyo monstruo de juguete tuvo que ser llevado en camilla hasta la sala de operaciones para sufrir la misma intervención quirúrgica que él... Queenie enseñaba los dientes cada vez que el cepillo le tiraba del pelo, y pareció disgustada por la anécdota del niño de cuatro años. Cuando era pequeña, Alison se sentía agotada por sus incesantes preguntas, y ahora su silencio era igual de exigente. Cuando terminó de contar como le había ido el día en el pabellón, Queenie la miró. Su ojo derecho abierto mostraba sorpresa.

—Me has contado más de lo que crees, querida. Me has dicho lo insatisfecha que estás con tu vida.

—Con mi vida no, con el sistema. Nunca pensé que ser enfermera resultara fácil, y la vida no siempre sale como tú quieres.

Queenie resopló, dejando entrever todavía más dientes.

—Mi padre me educó para esperar lo mejor y no contentarme nunca con menos. Si más gente se negara a renunciar a los ideales con los que fueron educados, la vida no sería tan infernal —se enderezó cuando Alison introdujo los peines, fijando su pelo en moños por encima de sus orejas—. Si me preguntas mi opinión, tendrías que pasar menos tiempo cuidando de los hijos de otras personas y concentrarte en la tuya.

Alison bajó la voz para no perder los nervios.

—Rowan tiene a sus padres, y los dos...

—No estoy diciendo nada contra la niña. Es casi perfecta, dado lo que hay hoy en día. Me recuerda a mí misma cuando tenía su edad —dijo Queenie, y miró a Alison como para asegurarse de lo grande que era aquel cumplido—. Sobre todo el hecho de que nada le guste más que sentarse a solas con un libro.

Pero todas tus lecturas nunca te sirvieron para nada, pensó Alison.

—Estás pensando que podría haber sacado más provecho de mis lecturas —dijo Queenie—. Mi padre siempre decía que era labor de toda una vida mejorar uno mismo sin tratar de cambiar el mundo, pero ahora te volveré a sorprender. Tráeme a la niña y verás cuánto puedo mejorar sus lecturas.

Tal vez estaba perdiendo su sentido del tiempo.

—Quizás mañana, Queenie. Ahora está acostada.

—Tu hermana dijo eso hace horas, y he dejado dormir a la niña hasta que viniste. No creas que puedes hacer lo que quieras en mi casa sólo porque tengo que estar tendida aquí arriba. Tu hermana lo sabe bien, y tú deberías saberlo también.

Alison depositó los cepillos sobre la cómoda y se preguntó si estaba siendo irracional: ¿cuánto tiempo podría pasar la vieja con la niña? Rowan no empezaría en su nuevo colegio hasta dentro de una semana, después de todo. Antes de darse cuenta, Alison se encaminó a la puerta.

—Eso es, tráela —instó Queenie.

Alison vaciló entre la ventana torcida y la luz sobre la cama. La ansiedad de

Queenie la había puesto en guardia y había despejado su cabeza. A veces parecía que Queenie sólo tenía que hablar en nombre de la familia para conseguir su aprobación, pero ¿cómo podía Alison haber considerado siquiera despertar a la niña tan tarde? Se volvió hacia Queenie para negarse lo más amablemente que pudiera, y la vieja se alzó, los puños agarrando la colcha, sus claros ojos brillando de furia. Un instante después la puerta se cerró.

Queenie se inclinó hacia adelante, sus finos brazos temblando mientras la sostenían, y adelantó la barbilla hacia Alison.

—Ahora dame tu palabra de que la traerás.

—Tan tarde no —dijo Alison, y se dirigió hacia la puerta. Una corriente de aire que no había advertido debía de haberla cerrado, se dijo, y en cualquier caso nunca cerraba bien... y entonces vio que el golpe la había encajado en el marco. Agarró el pomo con ambas manos y tiró hasta que sintió que el eje empezaba a soltarse del pomo por el otro lado. Hiciera lo que hiciese, no iba a entregarse a unos temores que se remontaban a su infancia y la de Hermione; Queenie sólo era una vieja cascarrabias, y no le suplicaría que abriera la puerta como Hermione hizo una vez. Soltó las manos y se volvió hacia la cama—. Parece que tendremos que esperar a que Hermione o Derek abran.

Los labios de Queenie se arrugaron en una mueca tan feroz que parecieron a punto de quebrarse.

—O me traes a la niña o te marchas de mi casa esta noche. Os marcháis todos. Recuerda que no estaríais sufriendo mi hospitalidad si no fuera por ella, y tal vez no estarías tan decidida a conservarla.

—Te estamos agradecidos, Queenie, pero parecías contenta de tener una enfermera en casa.

Queenie se envaró, su cuello arrugado, las huesudas columnas de sus brazos, los ojos que ardían como hielo.

—Crees que no sirvo para nada, ¿eh? Yo te enseñaré. Traeré a la niña —dijo con voz baja y poderosa como el viento, y se levantó de la cama.

Debía intentar abrir la puerta. Alison se dispuso a detenerla, sus instintos de enfermera le decían que el esfuerzo podía ser demasiado para Queenie, pues su rostro empezaba ya a ensombrecerse. O tal vez era la luz, que se había reducido de repente, una penumbra que Alison quiso espantar o apartar de su rostro como si fueran telarañas. Se inclinó hacia Queenie, extendiendo los brazos, y algo oscuro y ancho y sofocante brotó de la cama y se lanzó hacia ella, arrojándola al suelo.

Sólo eran las sábanas, la colcha y las mantas. Parecieron cerrarse a su alrededor mientras luchaba por liberarse, ahogándose con su olor a ropa vieja y carne ajada, a libros rancios y desinfectante. Debían de ser sus propios esfuerzos los que la atrapaban. Consiguió liberar una mano, y se arrastró sobre la alfombra pelada hasta que logró salir de la maraña de ropa. Se puso en pie y giró hacia la puerta.

Queenie yacía de espaldas sobre el ajado colchón desnudo, jadeando. Todo su

cuerpo parecía esforzarse por emitir un sonido. Tenía los brazos estirados a los costados, y agarraba con tanta fuerza su camisón rosa que se le notaban las costillas. Sus ojos contemplaban la tenue bombilla. Parecían ciegos, carentes de color, fijos en algo que sólo ella podía ver. Una convulsión tan feroz como la que debió de lanzar al aire las ropas de la cama sacudió su cuerpo.

—Padre —consiguió decir, como una plegaria desesperada, y entonces la edad inundó su rostro, sus ojos se pusieron en blanco, sin vida. Mientras su larga barbilla se hundía y su boca se abría, vacía, la luz se apagó con un ruido similar al de una mosca golpeando un cristal, y la oscuridad cubrió la habitación.

La anciana pareja que vivía cerca de la reserva de ardillas de Freshfield insistió en compartir la comida del frigorífico que Derek había reparado. No podían comérsela antes de que se estropeará, le dijeron, e insistieron en pagarle en efectivo. La tormenta se dirigía a Gales mientras conducía de regreso a lo largo de la carretera de Southport. En Hightown, donde los árboles crecían casi paralelos con el terreno, un helicóptero de rescate revoloteaba sobre el mar. La llanura estaba tranquila, a excepción del cambio de los semáforos, que vertían un carbón rojizo en la negrura de la carretera. Las chuletas y filetes congelados se agitaban en su bolsa cuando el coche tomaba las curvas, y Derek pensó que podría ganarse la vida por su cuenta si hubiera unas cuantas personas más como aquéllas.

Tenía que hacerlo, y un año antes pensó que lo conseguiría, aunque no por propia elección, sino porque el contratista que le había empleado cayó en bancarrota. De todas formas, había querido trabajar por su cuenta desde que conoció a Alison, mientras trabajaba en la residencia de estudiantes de enfermería; ella sacaba el máximo partido a sus calificaciones, y él estaba dispuesto a hacer lo mismo. Muchos de los clientes de los contratistas conocían a Derek y apreciaban el cuidado que ponía en su trabajo, y varios de ellos prometieron contar con él.

Hasta cierto punto, lo hicieron: normalmente hasta que les enviaba la factura. Las chapuzas se cobraban a tiempo; eran las grandes firmas las que te hacían esperar y tal vez te usaban para evitar la bancarrota, pero si no fuera por ellas, no tendría trabajo suficiente. Necesitaba el dinero aún más que un año antes. Lo necesitaba entonces para poder salir de Liverpool, y lo necesitaba ahora para poder marcharse de casa de Queenie.

Se alojaron en el desvencijado apartamento de Liverpool mientras se sintieron seguros. La antorcha de los pirómanos había alcanzado otros barrios, pero las batallas callejeras se habían quedado tres pisos más abajo. Pero cuando Rowan empezó a ir al colegio, advirtieron que el Frente Nacional acechaba en la puerta de los colegios con panfletos racistas, y los niños de diez años fumaban heroína en las tiendas abandonadas. A principios de año, una furgoneta de la policía que se dirigía velozmente a sofocar una revuelta potencial se llevó por delante los postes de la entrada del edificio, donde Rowan normalmente se ponía a mirar la calle. Empezaron a trabajar a todas horas, desesperados por ahorrar lo suficiente para la entrada de una casa, pues sus ahorros se habían reducido constantemente desde el inesperado nacimiento de Rowan. Y entonces Queenie los invitó a venirse a vivir con ella.

En cuanto se mudaron, Queenie se metió en la cama. Leía todo el día y esperaba que Alison estuviera disponible para ella cada vez que se encontraba en casa. En cuestión de semanas quedó postrada, lo que la hizo aún más exigente, como si estuviera decidida a demostrar que todavía tenía poder. Derek había supuesto que la ayudaría a cuidar de ella, hasta que le hizo advertir lo mucho que le despreciaba.

Tener que depender de ella, esperar que pudieran fiarse de sus indicaciones de que tal vez dejara la casa a Alison, le hacía sufrir casi tanto como su poder sobre Alison, casi tanto como la idea de que consiguiera apoderarse también de Rowan.

Pisó con fuerza el acelerador hasta que llegó a las afueras. Donde Crosby se convertía en Waterloo, las casas se agrupaban, más delgadas y destartaladas. Mientras se desviaba a una carretera secundaria, una baliza apareció tras las dunas que marcaban el desfile de casas. Más allá del paseo marítimo, el radar de la guardia costera seguía los movimientos de la noche. Derek aparcó junto a la casa de Queenie, bajo la última farola.

La calle estaba en silencio, a excepción del agua que salpicaba en la acera y el lento batir apagado del mar. Levantó la verja para que no rozara con el suelo y entró en la casa, se dirigió al salón, que tenía la ventana encendida. Pero el único signo de vida en la habitación en penumbra con su gran chimenea apagada era una novela de Lisa Alther, boca abajo sobre un sofá de cuero.

El libro tenía que ser de Hermione, pues era del tipo de los que leía, sacudiendo la cabeza y abriendo la boca. Al menos, ella había venido de Gales para hacer compañía a Alison. Se dirigió a la cocina. Las mujeres no estaban en la gran habitación cavernosa con su horno de hierro negro. Dejó las chuletas y filetes en el frigorífico de Alison y volvió al salón, abriendo todas las puertas, pero todas las habitaciones estaban vacías: el comedor cuya polvorienta araña tintineaba viscosamente, la sala de coser llena de máquinas cubiertas, la sala de estar con sus biombos, el piano y fotografías marrones enmarcadas. Esperaba que las mujeres estuvieran durmiendo, recibiendo el descanso que merecían. Subió las escaleras hacia el silencio ensordecedor que la tormenta parecía haber dejado en la casa.

Rowan murmuraba inconexamente en su sueño. Derek se detuvo ante la habitación, saboreando el sonido, y luego abrió la puerta. Hermione estaba sentada en la cama, con un brazo extendido sobre la cabecera, levemente inclinada hacia la niña. La puerta chirrió, y Hermione se levantó, blandiendo el palo que empuñaba.

—Hermione, soy yo —susurró—. Derek.

Los rasgos de la mujer se apretaron aún más, y entonces consiguió sonreír.

—No sé en qué estaba pensando. Vine porque Rowan estaba llamando, y debo de haberme quedado dormida.

—¿Dónde está Ali?

—Arriba. Subió... —consultó su diminuto reloj dorado, y sus rasgos volvieron a contraerse—. Hace más de una hora.

—No te sientas responsable, chica. Iré a ver qué la entretiene. ¿Y si te preparas una taza de té?

—Querrás decir que prepare una para ti.

—Si Ali pudiera ver a través de mí como puedes hacerlo tú, todavía sería soltero —se burló Derek.

Podría haber pensado que la había alegrado, pero la mirada de pánico que le

dirigió mientras subía las escaleras le hizo considerar lo contrario. Había cambiado la instalación eléctrica de las plantas inferiores sin decírselo a Queenie, para que la casa no corriera peligro de incendio, pero el piso superior estaba más oscuro que nunca. Una sola bombilla hacía que las paredes torcidas enmarcaran la oscuridad donde se hallaba su habitación. Observó con atención, y entonces advirtió que no podía ver luz bajo la puerta.

Recorrió el pasillo rápidamente, pero con cuidado. Vio que la puerta estaba atrancada. Llamó suavemente a uno de los agrietados paneles superiores, para comprobar si Queenie estaba dormida. Fue Alison quien respondió.

—¿Hay alguien ahí? Derek, ¿eres tú?

Su voz era baja y forzada.

—Soy yo —respondió—. Apártate de la puerta mientras la abro.

En cuanto la oyó retirarse, agarró los dos soportes del marco de la puerta, hundiendo las yemas de los dedos en la madera, y dio una patada a la cerradura. La puerta se desplomó hacia adentro, el pomo resquebrajó el yeso de la pared interior, y Alison salió de inmediato y se dirigió hacia la luz del pasillo.

—Cierra la puerta —murmuró.

En la habitación, Derek no pudo ver más que oscuridad, que pareció extenderse hacia él mientras el viento sacudía la ventana.

—¿Qué hay de...?

Alison se volvió cuando alcanzó la luz.

—Muerta. He comprobado su pulso.

Se dio cuenta de que ella intentaba calmarse. Cerró la puerta y corrió hacia Alison, la abrazó, alzó su rostro pequeño, delicado y afilado, donde asomaba un atisbo de la resolución de su tía sin su desproporción. Su rápida sonrisa le hizo querer abrazarla con más fuerza y acariciar el liso pelo negro que se detenía justo ante sus hombros, recordarle cuánto la amaba y la admiraba. Sintiendo que ella no quería quedarse en aquel lugar por más tiempo, la acompañó al piso de abajo, y luego no pudo resistir por más tiempo el formular la pregunta.

—¿Cuánto tiempo estuviste sin luz, Ali?

—Unos minutos. Tal vez media hora. No podía abrir la puerta, y no quería gritar para que Rowan no subiera.

—Dios mío, ¿por qué no estuve aquí?

No quería imaginar lo que debió sentir, sino que le dijera que podía ayudarla. La guiaba hacia su habitación, donde esperaba que pudiera acostarse mientras le decía a Hermione que no la molestara durante un rato, cuando ésta subió corriendo las escaleras.

—El té está preparado —dijo, y su voz y su cara se apagaron—. ¿Qué sucede?

—Vuestra tía ha muerto —dijo Derek.

Ella miró hacia arriba, más nerviosa que nunca.

—Quiero verla.

—La luz se ha fundido.

—Puedes cambiar la bombilla, ¿no?

Parecía cercana a la histeria, y no se le ocurría nada para mantenerla apartada de Alison.

—Cortaré la corriente de la planta de arriba. Es un milagro que haya aguantado tanto.

—No podía ser de otro modo mientras *ella* estuviera viva. Préstame tu linterna, ¿quieres? Tengo que verla.

—Iremos las dos mientras él corta la corriente —dijo Alison.

Parecía tranquilizadora, aunque Derek estaba seguro de que ella necesitaba también un poco de calma.

—Sólo tengo que quitar los fusibles —dijo—, y luego acompañaré a Hermione si de verdad no puede esperar.

Pero los fusibles estaban bien introducidos en el polvoriento contador bajo las escaleras. Todavía intentaba sacarlos cuando las mujeres trajeron la linterna de su coche. Antes de que pudiera impedirselo, subieron. Consiguió soltar un fusible, y luego el otro, y oyó un grito apagado en lo alto de las escaleras. Arrojó los agrietados fusibles de porcelana a la basura y luego echó a correr escaleras arriba. Le gustaba el silencio aún menos que el grito.

Casi toda la luz del piso superior se encontraba en la habitación de Queenie. Pudo distinguir a las mujeres, de pie ante la puerta, recortadas contra el brillo de la linterna. La luz se volvió hacia él cuando pisó un tablón suelto, y luego volvió a apuntar hacia la habitación.

Una anciana yacía boca arriba en el colchón desnudo. La muerte la había agarrado por la barbilla y le había abierto la boca, apretando las mejillas hacia adentro. Derek supo que era Queenie, aunque sólo por la forma en que la larga bata rosa no llegaba a cubrir sus delgadas y venosas pantorrillas, pero parecía más vieja de lo que podía imaginar. No era extraño que las mujeres parecieran casi hipnotizadas al verla.

—Ve y mira si quieres, Hermione —murmuró Alison.

Hermione dio un paso atrás, encogió los hombros y sacudió la cabeza con violencia.

—Muy bien —dijo Alison—, sujeta la linterna mientras yo la cubro.

Hermione casi dejó caer la linterna. La pared iluminada se abalanzó hacia ellos, abriendo la boca que se había tragado a Queenie. Derek intentó agarrar la linterna, pero entonces se dio cuenta de que Alison estaba intentando asegurarse de que la mente de su hermana estuviera ocupada con algo. La luz hizo todo lo posible por mantenerse firme sobre la cama mientras Alison cerraba los ojos que miraban sin ver las paredes opuestas. Se agachó para recoger las ropas de cama, y la luz se estremeció.

—¡Ten cuidado! —gritó Hermione.

Derek pensó que estaba hablando con él. Entró en el dormitorio y agarró por un extremo las ropas de cama, y ayudó a Alison a colocarlas sobre el cadáver. Ella insistió en alisarlas y arremeterlas bajo el colchón y bajo la mandíbula de Queenie antes de salir de la habitación, aunque la linterna temblaba tan violentamente que Derek sintió que el suelo se estremecía.

—¿Qué estabas diciendo, Hermione? —preguntó ella amablemente mientras se dirigía al umbral.

—¿No la ves moverse? Está sólo fingiendo. Es otro de sus horribles juegos.

—Debe de haber sido la luz, querida. Ahora está muerta, en paz.

—¿Es que no la conoces? —Hermione se acurrucó sobre la linterna, como para protegerla—. Mírala —susurró—. Nos está escuchando, ¿no lo ves? Dios nos ayude, está sonriendo...

Agarró la linterna con las dos manos y dirigió el rayo hacia la cara hundida. Ahora que Alison le había cerrado la boca y colocado la colcha bajo la barbilla, el cadáver, en efecto, parecía sonreír, de una forma tan leve que invitaba al secreto.

—Está tramando algo —gritó Hermione, y luego se volvió corriendo hacia las escaleras, casi golpeando la linterna contra el marco de la puerta. Hubo un movimiento en el extremo opuesto del pasillo.

Las paredes se tambalearon, el suelo se alzó. Esta vez Derek agarró la linterna y apuntó con ella, y encontró a Rowan en el rellano, bostezando y hundiendo los nudillos en sus ojos.

—Mami, ¿por qué estáis todos aquí? ¿Por qué estaba gritando Hermione?

Derek cerró la mano de Alison en torno a la linterna.

—¿Estaba encendida la luz de Jo y Eddie cuando fuisteis al coche?

—Eso creo, pero...

Derek no quería que Rowan viera lo que yacía en la habitación de Queenie o se contagiara del pánico de Hermione. Condujo a la niña a su habitación y vio desde su ventana que todavía había alguien despierto en casa de Jo y Eddie, tres casas más allá al otro lado de la calle.

—Ponte el abrigo y los zapatos, y vamos a ver si puedes dormir con tus amiguitos esta noche —dijo.

—¿Qué pasa, papi?

Se sintió conmovido por su grave mirada, por sus ganas de ayudar y crecer.

—La señora ha muerto esta noche, eso ha trastornado a Hermione.

Rowan se cerró el cuello del abrigo mientras salían al porche. El viento procedente del mar era tan frío que parecía que las estrellas se encogían. Jo y Eddie estaban contemplando un vídeo, pero lo apagaron cuando vieron a Rowan.

—Puedes dormir en la cama de Mary y darle una sorpresa cuando se despierte por la mañana —dijo Jo, y condujo a Rowan escaleras arriba sin preguntar siquiera cuál era el problema.

Derek le contó a Eddie lo de la muerte de Queenie, y declinó la oferta de un

escocés.

—Será mejor que vuelva a ver como están —dijo, preparándose para ayudar a calmar a Hermione para que así Alison pudiera deshacerse de sus sentimientos. Pero cuando llegó a la casa, encontró a las mujeres en el salón, bebiendo silenciosamente en vasos largos, con una botella de ginebra y otra de tónica en el suelo. Podría haber pensado que habían superado lo peor si no hubiera sido por la forma en que Hermione miró hacia la puerta para ver quién era, como si tuviera más miedo de Queenie ahora que estaba muerta que cuando la vieja vivía.

El día del funeral, poco después del amanecer, el sol de Gales condujo la niebla a las montañas. En el pequeño jardín trasero de Hermione, que daba al valle y las reservas, Rowan contemplaba Waterloo a través del mar y la abertura en las montañas de la Península de Wirral. Por fin, Derek la llevó al pueblo para comprar un telescopio infantil. Alison sabía que dejaba a la familia para que pudieran charlar a solas.

Deseaba que él no sintiera necesidad de hacerlo. No se trataba sólo de que fuera lento para formar relaciones, aunque habían tenido que encontrarse tres veces delante de la residencia estudiantil antes de que él le pidiera que salieran juntos. Tal vez todavía consideraba que la vida familiar era extraña, o tal vez simplemente le parecía que la casita estaba superpoblada ahora que toda la familia estaba reunida. Hermione estaba en la cocina con su madre, Edith, haciendo bocadillos de jamón para después del funeral. Alison se hallaba en el salón, que era de la mitad de tamaño que cualquiera de los dormitorios en casa de Queenie. Las plantas cubrían el alféizar de la ventana dividida, la burda repisa de la chimenea, los estantes de los huecos en las paredes blancas y ajadas. Su padre, Keith, estaba sentado junto a la ventana, contemplando ausente el cielo y frotándose la barbilla, aquella barbilla familiar que Queenie había caricaturizado. Cuando palmeó el cojín que tenía al lado, ella se sentó junto a él y apoyó la cabeza en su hombro. Permanecieron así, compartiendo en silencio recuerdos que parecían soñolientos como la más larga tarde de verano de la infancia, hasta que él buscó su pipa y ella se enderezó.

—Te encantará conocer el testamento —dijo él—. Mi hermana Queenie tuvo algo bueno después de todo.

—¿No crees que lo tuvo siempre? En realidad no era mala, sólo se sentía sola.

—Una cosa derivaba de la otra, pero no me preguntes qué fue primero —rezongó él, con expresión neutra—. Sólo espero que su casa os haga la vida más fácil.

—Estoy segura de que será así. Pero no puedo dejar de sentir que fue tan conveniente morir cuando lo hizo, como si yo... la hubiera ayudado.

Él se enderezó y trató de que sus compactos rasgos parecieran duros.

—¿Qué te hace pensar esa tontería? Vamos, díselo a papá.

—Siento como si la hubiera debilitado al hacer que dependiera tanto de mí tan bruscamente. Ella se mantuvo sana durante todos estos años, y apenas acabo de llegar a la casa y se muere.

—Si eso era lo que te molestaba, tendrías que habérmelo dicho antes. Ella nunca habría dependido de nadie a menos que tuviera que hacerlo por fuerza. Acepta mi palabra. Debía de estar contando sus días cuando te mudaste.

Hermione y su madre salieron de la cocina. Hermione mordisqueaba un sandwich con aspecto culpable.

—Échate para allá y deja que Hermione se siente —le dijo Edith a Keith con

cierto retintín, como si debiera mostrar más preocupación, y Alison no pudo dejar de pensar, dolorida, que fue ella quien se quedó atrapada en la oscuridad.

Se había sentido atrapada durante horas. Si hubiera intentado abrir la puerta, sólo habría conseguido soltar el pomo, y por eso permaneció lo más silenciosa que pudo, esperando oír a alguien subir las escaleras, a cualquiera. Intentó no mirar a su espalda, sobre todo cada vez que los craquidos de la ventana sonaban como si hubiera movimiento en el colchón donde yacía la muerta, pero de vez en cuando sentía que Queenie se levantaba de la cama, se arrastraba descalza tras ella y bajaba el rostro, con sus ojos muertos mirando en direcciones opuestas, para quedar así al nivel de Alison cuando tuviera que volverse y mirar. Cada vez que lo hacía, Queenie estaba en la cama, boca arriba, y el tenue brillo a través de la lluvia en la ventana hacía que sus miembros parecieran a punto de moverse para saltar del colchón. Alison se sintió atrapada en una versión de pesadilla del juego infantil donde hay que volverse con suficiente rapidez para captar a quien se mueve a tu espalda.

Tal vez algo así le había sucedido a Hermione cuando era niña; sus nervios no fueron los mismos desde que salió corriendo y llorando de la habitación de su tía. Nuevos motivos para no lamentar la forma en que su madre se ocupaba de Hermione, se dijo.

—Derek ha llevado a Rowan de compras —dijo—. No tardarán mucho.

Edith bajó la cabeza y la miró como por encima de unas gafas invisibles, hundiendo su rostro ancho, rubicundo y ovalado en su papada.

—Tenemos muchísimas ganas de ver a nuestra niña. Esperábamos que vinierais más a menudo ahora que ya no sacamos tanto el coche.

Vivían en Cardiff, a un día de distancia a través de carreteras que nunca eran tan rectas o tan claras como parecían en los mapas.

—Lo haremos en cuanto vuelva a conducir —dijo Alison—. Mi viejo coche se estropeó la semana que nos vinimos a vivir con Queenie.

—No os veíamos mucho cuando conducías. Hermione parece poder apañárselas, aunque tenga que cerrar la tienda y coger el tren para venir a vernos.

Sólo porque fueran quince años más jóvenes que Queenie no significaba que tuvieran quince años más que Rowan, se recordó Alison.

—Los niños de Ali la necesitan más que a mi tienda —dijo Hermione.

—Desde luego, espero que te aprecien tanto como nosotros —gimió Edith—. Recuerda que sois bienvenidos en cualquier momento que os apetezca no estar solas.

—Por mí no tienes que preocuparte —dijo Hermione, de una forma tan aguda que se contradijo.

—Bueno, pues ya lo sabéis —dijo su madre, con un tono que consiguió combinar esperanza y resentimiento, y luego se volvió para mirar por la ventana—. Ahí vienen Derek y nuestra pequeña, y alguien más.

—Espero que sea mi hermano —dijo Keith.

—No, no es Richard. Santo Dios, creo que es su hijo.

—Podría ser Lance, le han dejado salir del hospital —admitió Keith—. Supongo que debajo de esa barba puede estar él.

Era en efecto Lance, a quien Alison no veía desde hacía años. Hermione y ella siempre le habían tenido miedo. Tenía veinte años y era funcionario, cuando las hermanas tenían cinco y ocho, pero nunca le habían acompañado a la playa de Waterloo para ver su secreto, aunque eso las habría apartado de la casa de Queenie. Por lo que sabía, nunca le había hecho daño a nadie, pero lo que imaginaba que había hecho debió hacer que se consumiera de culpa, pues cuando su padre encontró su colección de revistas no sólo negó que fueran suyas, sino también que fuera Lance.

Hermione le dejó entrar y dijo animosamente:

—Hola, Lance. No te esperábamos, pero bienvenido.

Alison pensó que Lance era un miedo de la infancia con el que Hermione podía tratar. Se había quedado completamente calvo, y tenía el cráneo tan rojo como la cara, que quedaba oculta desde los pómulos hacia abajo por una densa barba rojiza. Su traje era el gris típico de los funcionarios, pero tan ajado como la seguridad social ahora.

—¿Así que tu padre no va a venir? —demandó Edith—. Teníamos entendido que iba a hacerlo.

—Dijo que lo haría —Lance hizo una pausa, y sus pálidos labios se separaron dentro de su barba como si le costara trabajo respirar—. Y luego dijo que se había marchado de casa por culpa de la tía Queenie, y que no estaba dispuesto a hacerla creer que la había perdonado sólo porque estuviera muerta.

—Los dos nos marchamos de casa en cuanto fuimos lo bastante mayores para vivir nuestras propias vidas —dijo Keith—. Lo único que lamento es que nuestros padres no pudieran escapar también.

—Así que Richard te envió a ti, ¿eh? —acusó Edith.

—Quise venir —dijo Lance, más lentamente que antes. Alison advirtió que su lentitud era el precio del tratamiento—. Pensé que alguien debería hacerlo, y quería ver a la familia. Espero que no os importe.

—Nos alegra que lo hicieras —le aseguró Hermione.

—¿No os parece que es descarado por mi parte presentar mis respetos, entonces? Siempre tuve un poco de miedo de la tía Queenie. Me parecía que sabía lo que estaba pensando.

Hermione se volvió rápidamente hacia la ventana.

—¿Son éstos los coches? —gimió.

Las limusinas no llegaron hasta media hora más tarde. Derek mantuvo a Rowan en el exterior, lejos de Lance, donde permaneció contemplando la bahía y gimoteando porque los telescopios resultaron demasiado caros. De vez en cuando Derek miraba a Alison a través de la ventana, le guiñaba un ojo o hacía una mueca como si tragara una rodaja de limón por error o pretendiera alejarse de la vista de la reunión familiar, y ella le sacaba la lengua cuando no había nadie mirando: nunca había dicho que la

vida familiar no tuviera inconvenientes. La familia mantuvo la conversación lo mejor que pudo, evitando el tema de Queenie por bien de Hermione y conservando la calma cada vez que Lance tenía algo que decir. Las limusinas fueron un alivio.

Derek, Rowan y las hermanas subieron al primer coche gris, Lance y los demás les siguieron. Los ancianos de las fábricas de la carretera costera se detuvieron respetuosamente hasta que las limusinas pasaron. Un tren los adelantó en Glan-y-don, otro los alcanzó en Ffynnongroew, y luego los coches se apartaron de Talacre y sus caravanas apiñadas cerca del faro abandonado, y subieron la colina a través de Gronant hasta la iglesia.

Queenie y sus padres habían alquilado una residencia veraniega en Gronant. Cuando su madre murió allí, el padre de Queenie la hizo enterrar cerca del lugar que tanto amaban. Se mudó a una habitación en lo alto de la casa de Waterloo para poder ver el lugar donde se reuniría finalmente con su esposa. Por mucho que brillara el sol, habría visto poco en un día como éste. La bahía era un enjambre de diamantes cegadores, y la costa arenosa donde se encontraba la casa de Queenie flameaba como una llama.

El sacerdote recibió al grupo en la puerta de la capilla, un edificio bajo con gruesas paredes blancas, y los condujo al interior, donde las vidrieras envolvían con sus colores los bancos de pino. Todo permanecía tan tranquilo como Alison esperaba que lo estuviera Hermione. Pero Hermione observó el ataúd al fondo del pasillo.

—¿Quién quiso que la dejaran descubierta?

Todos se miraron, aturcidos.

—Haré que coloquen la tapa —dijo Keith.

—Tendríamos que despedirnos —dijo Hermione, con una bravata, y dio un paso al frente.

Alison la siguió, esperando grotescamente ver primero la barbilla de Queenie sobresalir por encima del ataúd. Los encargados de pompas fúnebres habían suavizado los rasgos de Queenie y prestado a sus mejillas un tono sonrosado que recordó a Alison sus últimos días, cuando pareció poder hacerse más joven gracias a su inquebrantable fe en sí misma. Al menos parecía más pacífica de lo que Alison la había visto jamás, pero Hermione se abalanzó hacia adelante, los brazos temblando, y contempló el ataúd.

—¿Quién le ha dado eso? —gritó.

No tendría que haber traído a Rowan después de todo, pensó Derek, furioso. Había estado temiendo que Hermione perdiera el control, y esto era peor de lo que imaginaba. Fuera lo que fuese lo que veía en el ataúd, parecía capaz de extender la mano y sacarlo. Intentó apartar a Rowan del espectáculo, pero ella volvió la cabeza mientras la dirigía hacia el porche. Había confusión en el pasillo, Edith había agarrado el brazo de Keith mientras él intentaba llamar a los empleados de pompas fúnebres, Lance permanecía de pie, aturdido, en mitad del estrecho pasillo, y el sacerdote intentaba ver qué pasaba más allá. Derek empujó a Rowan hacia el sacerdote.

—Cuídela mientras veo qué sucede —murmuró, y se adelantó a los demás.

Hermione y Alison contemplaban el ataúd. Alison sujetaba el brazo de su hermana para contenerla. Derek se apresuró, intentando silenciar el sonido de sus pasos sobre las gruesas losas irregulares. No podía ver nada extraño. El rostro de la anciana estaba magníficamente maquillado, tenía las manos cruzadas sobre el pecho, y los encargados habían encontrado un vestido blanco lo bastante largo para cubrirle los tobillos.

—¿Qué pasa? —murmuró.

Hermione le miró, como si tuviera miedo de hablar.

—Nos preguntábamos como es que Queenie lleva ese camafeo —dijo Alison.

Él ya lo había advertido, un medallón dorado en forma de corazón que reposaba sobre el pecho de la anciana, con su gruesa cadena de oro alrededor del cuello.

—No es un camafeo cualquiera —protestó Hermione, bajando la voz cuando Derek la miró con el ceño fruncido—. Alison sabe a qué me refiero.

—Se refiere a que tenía dentro un rizo del pelo de Rowan —explicó Alison, con tono de disculpa—. Supongo que todavía lo tiene.

Queenie había exigido un rizo de Rowan la primera vez que le cortaron el pelo, y Derek nunca llegó a comprender por qué Alison vaciló.

—Te dije que tendrías que haberlo recuperado —gimió Hermione, alzando la voz—. Nunca tendrías que haberle dado nada de Rowan.

Si iba a meter a Rowan en esto, Derek sacaría a la niña a dar un paseo. Pero ahora el pasillo quedó bloqueado por uno de los hombres de pompas fúnebres.

—Dice que siempre dejan la tapa abierta a menos que les digan lo contrario —explicó Keith—. Todo el que quiera puede presentar sus respetos, y luego la cerrará para nosotros.

La familia se acercó antes de que Derek pudiera sacar de allí a Rowan. Cuando consiguió llegar hasta ella, el enterrador estaba alzando la tapa.

—No debemos dejarle el camafeo —gimió Hermione.

—Compórtate, Hermione —dijo su madre, con voz baja y brusca—. Muestra un poco de respeto por los muertos. Debió de querer llevarlo, y eso es todo lo que debe

interesarnos.

Hermione miró desesperadamente de un rostro a otro. Aparte de Lance, que había dirigido al ataúd una rápida mirada y regresaba a su banco, todos los adultos le pedían que se controlase. Alison la condujo hacia los asientos.

—No tienes por qué preocuparte, querida —murmuró, pero los hombros de Hermione se revolvieron cuando oyó el débil golpe de la tapa, el chirrido casi inaudible de los tornillos.

Durante el funeral, Derek no dejó de sentir que miraba nerviosamente a Rowan. El sacerdote dijo que su hermana en el Señor era una mujer de rara educación y una torre de fortaleza para aquellos que la conocían, cualidades que hoy en día eran poco frecuentes. Derek sacó a Rowan de la capilla en cuanto pudo, y encontró a los enterradores comiendo galletas en una de las limusinas, las manos extendidas como bandejas para capturar las migajas.

Rowan esparció tierra sobre el ataúd, ya que Alison y sus padres lo hicieron. De vuelta a la casa, quiso saber por qué había que echar tierra de esa forma, pero nadie pudo recordarlo. Hermione se miraba las manos vacías, como lamentando no haber arrojado tierra, bien fuera para aplacar a Queenie o para ayudar a llenar la tumba.

En la casa, Rowan notó que los adultos querían charlar, y cogió un plato de sandwiches y un vaso de naranjada y salió al jardín. Incluso entonces, la conversación sólo giró en torno al tema del funeral.

—Al menos está donde quería —dijo Edith, y los ojos de Hermione fluctuaron. Derek no pudo soportar por más tiempo la timidez de la conversación.

—Con su padre, quieres decir.

—Él la hizo creer que era la persona más importante del mundo —dijo Lance, y las tripas de Derek se revolvieron ante su lentitud: la cura parecía casi tan perturbadora como la enfermedad—. Quiso tenerla siempre consigo, incluso cuando murió.

—Eso era sólo una tontería con la que os asustabais los niños —le dijo Edith a Hermione.

—Me parece muy bien que no lo creas, madre, pero nunca mostraste muchas ganas de quedarte a solas con ella.

Derek intentó echar una mano.

—¿De qué teníais miedo? A mí sólo me parecía una vieja. ¿Por qué tanto alboroto con Rowan y el camafeo?

—Solía aterrorizar a Hermione cuando éramos pequeñas —dijo Alison—. Eso no desaparece porque la persona lo haya hecho.

—Voy a decirte algo que tal vez te ayude a comprender, Derek —dijo Hermione mientras él abría la boca y volvía a cerrarla—. Cuando yo era un bebé, le dieron uno de mis primeros dientes, ¿y sabes qué me dijo cuando fui lo bastante mayor para comprender? Me dijo que si alguna vez hacía algo que a ella no le gustaba o decía algo en contra suya, me haría sentir como si me estuvieran arrancando ese diente. Me

pregunto si querrías que nadie dijera cosas así a Rowan.

—¿Tú qué crees?

—Es la primera vez que me entero —declaró Edith.

—Madre, intenté decírtelo, pero dijiste exactamente lo que estás diciendo ahora, que todo era una tontería. Pero advertí que nunca le diste ninguno de los dientes de Alison.

La inminencia de una disputa de familia hizo que Derek se sintiera incómodo, e intentó que las aguas volvieran a su cauce.

—No me extraña que no te gustara, pero con el tiempo debiste comprender que no podía hacerte lo que te dijo.

Hermione pareció no saber a dónde volver la cabeza, y luego lo miró, desafiante.

—Lo hizo.

—Espera, ¿quieres decir que...?

—Quiero decir que si alguna vez decía algo sobre ella que me parecía que no iba a gustarle, el diente que creció en lugar del otro empezaba a dolerme. Este diente —dijo, señalando con un índice regordete la carne bajo la esquina izquierda de su boca.

—Pobre infeliz. Gracias a Dios que todos crecemos. ¿Cuándo fue la última vez que sentiste que podía hacerte eso?

—La noche en que murió.

Derek no supo qué decir. Aturdido, sintió un retortijón de la angustia interior que había experimentado al conocer a Lance.

—De cualquier forma, ahora está muerta, Hermione —dijo su padre—. No tienes motivos para preocuparte, ni tampoco para preocuparte por Rowan.

—Ojalá descanse en paz —murmuró Hermione—, que es más de lo que ella hizo con tu padre —miró tristemente a Rowan, quien echaba hacia atrás la cabeza para apurar su zumo de naranja—. Iba a sugerir que Rowan se quedara a pasar el fin de semana mientras vosotros arregláis la casa de Queenie, pero ahora que habéis oído lo neurótica que soy, supongo que no querréis.

Derek miró a Alison, quien le devolvió el interrogante con otra mirada.

—Nos quedaremos —dijo Edith.

—Rowan puede quedarse si quiere —dijo Derek.

Cuando salió y se lo preguntó, la niña saltó de alegría, y él sintió que había sido injusto con Hermione. Tendría que saber mejor que nadie que no es fácil desprenderse de lo que te han hecho de niño. Rowan estaría bien, se dijo, con tres adultos para protegerla. Cerró los ojos y alzó el rostro hacia la luz del sol, y se reprendió: seguro que aquí no había nada malo de qué protegerla.

Querido diario, esta mañana arreglé mi habitación pero Hermione no me dejó usar la aspiradora aunque lo hago en casa, pero ayer alludé en la tienda porque abuela dijo que tendría que alludar a Hermione elejir lo que a los niños les gusta más, luego todos fuimos a pasear por donde me gusta, por el baile de Greenfield con las biejas fabricas y reserbas...

Ese domingo por la mañana, Rowan estaba sentada en el jardín ante la casita de Hermione. Escribir aquí era diferente, era como ser parte de la larga mañana de septiembre, con el sonido de las campanas de la iglesia al otro lado de las montañas, un trino tan diminuto como el destello del distante mar. De vez en cuando, pálidos parches de hierba que al principio confundía con humo navegaban colina arriba hacia ella, y luego una brisa la cubría como si fuera crema. Cuando depositó el diario en el suelo junto a ella, una lectora invisible pasó las páginas. Contempló Waterloo al otro lado de la bahía y se preguntó cómo sería la casa de su abuela.

No había sido lo mismo desde la noche en que murió Queenie, pero Rowan no estaba segura de cuál era la diferencia. Tal vez era sólo algo ausente. Una sensación de vacío y de ser llamada la llevaron arriba aquella noche, todavía medio dormida, a la planta de Queenie. Le entristeció no tener la oportunidad de decirle adiós. Podías sentirte triste cuando alguien moría aunque te diera miedo cuando estaba con vida. Aunque la habitación de Queenie parecía grande, Rowan siempre se sintió encerrada por su tamaño, por el olor a libros y desinfectante y por las polvorientas cortinas de red que hacían que el mundo exterior pareciera un dibujo gastado en un tejido. Queenie quería saber todo lo que había hecho cada día, le hacía pregunta tras pregunta hasta que era peor que la escuela, sobre todo porque Rowan siempre sentía que Queenie ya sabía las respuestas. Sentía como si las preguntas la estuvieran engullendo.

Una vez, Rowan tuvo tanto miedo como Hermione, aunque ésta intentaba que no se le notara. Todas las noches, tenía que subir a dar las buenas noches a su tía-abuela, subirse a la cama que parecía una montaña de polvo acumulado, y abrazar los hombros huesudos de la anciana. Rowan cerraba los ojos mientras besaba los viejos labios, secos como el pico de un pájaro. Los abría al retirarse de la cama... y una vez, unas cuantas noches antes de que la anciana muriera, Rowan se quedó petrificada, pues la vieja observaba más allá de ella con tanta inquietud que Rowan se sintió demasiado aterrada para mirar.

Sólo había sido la luz, que fluctuó momentáneamente. Si Queenie tenía miedo de la oscuridad, ¿por qué no dejaba que su papaíto arreglara la electricidad? Él decía que no tendrían ni que funcionar siquiera. El recuerdo hizo que Rowan se estremeciera mientras veía a los pájaros reunirse como si fueran pesos en las ramas opuestas de un

retoño. Entonces su madre la llamó desde la ventana de la cocina.

—Ven aquí un momento, cielo. ¿Te gustaría llevar al abuelo a dar un paseo mientras preparamos el almuerzo?

—O en coche si quieres ahorrarte la caminata —dijo él desde la ventana del salón.

—Será magnífico, colosal —gritó Rowan, y echó a correr hacia el cuarto de baño antes de que nadie tuviera que decírselo, y salió luego a reunirse con su abuelo—. ¿Podemos ir a Talacre, por favor?

—Al país de las fantasías otra vez, ¿no? Bueno, puedes elegir, ya que es tu último día.

Ella se rió de la forma en que él intentaba parecer entusiasta.

—No me refiero exactamente a Talacre. Quería ir al faro.

—¿No temes a Virginia Woolf? Lo siento, eso está por encima de tus posibilidades.

—Sé quién es; escribe libros. Mi tía-abuela tenía uno en su habitación. Cuando sea mayor, quiero escribir libros para que la gente los lea. Ahora lo intento, pero las historias no son muy buenas.

—Eres una joven a la antigua usanza, ¿eh? Pero no te cambiaría por un modelo más moderno.

—Me gustan las cosas antiguas.

—Debe de ser por eso que sales conmigo. Bien, vamos a la playa antes de que las tribus de Homo Transitorius empiecen sus ceremonias de partir botellas —dijo él, y la condujo al pequeño utilitario.

Fue frenando por todo el camino hasta el valle. En la carretera de la costa los árboles se cernían alrededor del coche, un túnel verde oscuro roto por arcos de luz, y luego la costa se extendió bajo una colina repleta de follaje. Pronto, el coche se dirigió al mar abierto. Tras un puente sobre la vía del tren se encontraba Talacre: casas como carretas sin ruedas al socaire de las dunas cubiertas de hierba; largos cobertizos de ladrillo frente al campamento del otro lado de la carretera. Los cobertizos eran arcadas, tiendas de souvenirs o freidurías, el Bingo del Barco que se enorgullecía de dar Premios Grandes y Premios de Calidad. El abuelo aparcó junto a un cartel de un pirata con un saco y un parche ante la Taberna de los Contrabandistas, un edificio con una fila de arcos blancos asomando al frente, y se dirigieron a la playa.

Tras las caravanas, un sendero cubierto de zarzas se abría paso entre las dunas. Fragmentos de construcciones derruidas asomaban entre los matorrales cerca de la playa: aquí unos cimientos, allá una chimenea donde aleteaba un cuervo. Cuando la arena empezó a hacerse más suave bajo sus pies, el abuelo comenzó a fatigarse, y se secó la frente con su gran pañuelo. Rebasó las últimas dunas y se sentó en un claro entre las hierbas.

—Sigue tú. Quédate donde pueda verte, y ten cuidado con los caballos que hay en

la playa.

Rowan corrió hacia el faro, que se alzaba sobre un macizo de hormigón rodeado de muros caídos al borde de las olas. Al principio la playa estuvo cubierta de barro que brillaba con tono metálico, luego la arena quedó al descubierto, salpicada de guijarros que se hacían más grandes cerca de la orilla. Todavía quedaban dos cortos tramos de muro envueltos en alambre, aunque no parecían separar nada de ninguna parte. Había familias acampadas entre las dunas, pero la única persona cerca de la orilla era una señora gorda con un traje de flores, la cabeza como una bolsa de carne con un bultito por mandíbula y un apretado moño en la nuca. El abuelo la saludó desde lejos y se tumbó en la duna, y Rowan rodeó el faro.

Le gustaba Talacre, donde podía jugar a un videojuego que la hacía sentir como si volara en el espacio exterior, pero esto era mejor: más antiguo, más solitario. Esperaba poder subir al balcón que rodeaba la linterna rota y dar una sorpresa al abuelo. Pero aunque las ventanas de la blanca torre estaban abiertas, la puerta estaba tapiada con ladrillos.

Se sentó con la espalda apoyada contra el faro y contempló el mar. Motas de color, arenosas y blancas, titilaban en el horizonte. Hermione le había dicho que en días despejados se podía ver la casa de Waterloo. En lo que respectaba a Rowan, todos los días eran buenos, pero nunca había podido distinguir la casa. Se esforzaba en localizarla cuando una voz dijo:

—¿Qué estás buscando?

No era la señora gorda. Cuando Rowan se cubrió los ojos para protegerse del sol y miró hacia la muralla, vio a una niña de su edad vestida con un largo y anticuado vestido blanco. La niña se frotaba la barbilla como si fuera una lámpara mágica, y miraba pálidamente a Rowan.

—Intentaba ver el sitio donde vivo —dijo Rowan.

—¿Al otro lado del mar? De allí vengo yo también —la niña se acercó, pero hizo una mueca ante la perspectiva de sentarse sobre el hormigón—. Me pareció que querías subir al faro.

Parecía una invitación.

—No hay forma de entrar —dijo Rowan—. Supongo que es peligroso.

—He estado arriba con mi padre. Pude ver mi casa.

—¿Trabaja aquí?

—¿Quieres decir si es el encargado del faro? —la niña dirigió a Rowan una mirada tan brusca que ésta sintió que la arañaban—. Nada de eso, qué vulgar. ¿A qué se dedica tu padre?

—Es electricista. Dice que tiene chispa.

Una sonrisa amplió la pequeña boca de la niña.

—No me consideres una esnob. Mi padre me enseñó a decir buenos días a todo el mundo, incluyendo los trabajadores. Los mantiene en su sitio.

Rowan supuso que debía de vivir en Crosby e ir a una escuela privada.

—Todo el mundo dice que es el mejor electricista que hay —dijo, enfadada—. A veces me lleva con él, y he visto lo cuidadoso que es.

—¿Te deja alguna vez ayudarlo?

Rowan estuvo a punto de fanfarronear, pero un destello en aquellos pálidos ojos se lo impidió.

—No.

—Espero que no lo haga nunca. Estaría quebrantando la ley. Podría ir a la cárcel aunque tú le ayudaras sin su conocimiento, y además, podrías lastimarte.

Rowan pensó que no era asunto suyo, sintiéndose vulnerable y responsable por él.

—¿Has venido con tu padre? —preguntó.

La niña se envaró y miró directamente al sol, y su sombra cayó sobre Rowan como si su súbito malhumor se hubiera hecho visible.

—No sé dónde está.

Rowan tendría que haber sentido lástima, pero sintió más emoción revolviéndose bajo sus palabras de las que podría controlar. Dos niños conducían a la playa a la señora gorda, una niña que tenía la boca verde por comer chupachups y un niño que sólo llevaba un sombrero de cowboy.

—¿Con tu madre, entonces? —sugirió Rowan—. ¿Es ésa?

—¿La mujer con los niños sucios? Espero que estés bromeando.

Parecía una amenaza, aunque la niña estaba todavía mirando al sol.

—¿A qué colegio vas? —preguntó Rowan, sin querer saberlo por ningún motivo especial.

—No me hace falta. No hay ningún maestro en el mundo que no pudiera aprender de mi padre.

Rowan notó que burlarse podría ser peligroso.

—Tengo que marcharme. Mi abuelo dijo que permaneciera en un sitio donde pudiera verme.

La niña se volvió y la miró. Sus ojos parecían tan brillantes e incoloros como el sol que había estado contemplando.

—No te vayas todavía. Quédate conmigo.

—No, no puedo —Rowan apoyó las manos en el hormigón duro y áspero e intentó ponerse en pie, pero el brillo cegador de los ojos de la niña hizo que se sintiera aturdida e indefensa.

El brillo de una cadena de oro que colgaba alrededor del cuello de la niña y se perdía en el interior de su traje picoteaba el borde de la visión de Rowan, que consiguió mirar hacia otro lado. Se esforzó por ponerse en pie y casi resbaló al hacerlo. Sentía la cabeza tan frágil como una burbuja; sus piernas temblaban, las dunas se hacían cada vez más pequeñas, alejadas del faro. Sólo era el calor, se dijo, y el abuelo sabría qué hacer para que se sintiera mejor. Adelantó un pie para incorporarse.

—Muy bien, si tienes que hacerlo... —dijo la niña mientras Rowan extendía una

mano para apoyarse en el gigantesco tubo de neón del faro, que parecía estar a metros de distancia. Su palma se apretó contra la pared encalada, y el mundo pareció encajar a su alrededor; las dunas volvieron. Caminó con cuidado por la superficie de hormigón y advirtió que la niña la observaba con una emoción que no pudo identificar: sorpresa, tal vez, pero no sólo eso—. ¿Serás mi amiga cuando lleguemos a casa? —dijo la niña.

Una impresión de soledad barrió a Rowan como una sombra.

—Si te veo —dijo.

—No te preocupes, yo te veré. Te llevaré algo que te gustará.

Rowan llegó a la suave arena.

—Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Vicky —dijo la niña, ausente, contemplando las dunas donde se encontraba el abuelo de Rowan. Ésta miró a ver si la estaba saludando, pero el abuelo estaba todavía tendido de espaldas. Despertó cuando ella le alcanzó.

—Eso es, quédate donde pueda verte —murmuró, y volvió a dormirse.

Rowan se puso a buscar guijarros que pudiera usar para decorar su jardín en Waterloo cuando él lo hubiera terminado de limpiar. No advirtió cuándo se marchó Vicky, pero al parecer la niña se había quitado el vestido: no había nadie vestido de blanco en toda la extensión de la playa.

La siguiente vez que el abuelo se despertó, dijo que tendrían que regresar para almorzar. Al llegar a la casa, Rowan se enteró de que su padre había tenido que arreglar el tendido eléctrico de alguien y que no volvería a recogerla hasta la tarde. Después de almorzar leyó los libros que sus abuelos le habían comprado, y tuvo tiempo de merendar un sandwich antes de que llegara el coche.

Su padre la recogió y la abrazó, y después estrechó la mano de los adultos.

—¿Se ha portado bien? Puedes quedártela si quieres, Hermione —se burló, y luego pareció pensar que había sido descortés.

Rowan recogió su maleta y su bolsa de guijarros, y subieron al coche.

En el camino de regreso su padre no dijo gran cosa. A ella le gustaba estar con él, contemplando las casas rústicas y los árboles que brillaban como el cielo antes de la puesta de sol. Al mismo tiempo, la idea de no volver a acompañarle cuando trabajaba la hacía sentirse triste. A veces le llevaba herramientas y trozos de cable, pero la idea de que pudieran encerrarlo por su causa casi le hacía temer mirarlo.

El coche se internó en la autopista cuando el sol se deslizaba ya tras las colinas. Los coches hacían ráfagas con sus luces largas a otros coches oscuros. Al final de la autopista, el Túnel de Mersey estaba iluminado como el pasillo de un hospital. A mitad de camino, Rowan imaginó que los barcos navegaban por encima de su cabeza. En Liverpool, la furgoneta circuló por la carretera del muelle, donde los almacenes eran largos como calles y llenos de diminutas ventanas oscuras, y su padre se quejó de los baches. A Rowan le encantaba estar fuera tan tarde: aquello hacía que incluso las calles familiares parecieran nuevas, misteriosas. Ansiaba llegar a casa, porque

ahora que había estado fuera sabía lo que se sentía al volver al hogar. Pero cuando vio el cartel ante la casa sintió su mente súbitamente oscura y fría.

La casa estaba en venta.

—Derek y Alison Faraday no se encuentran en casa en este momento. Si deja su nombre y número de teléfono y el motivo de su llamada, uno de nosotros contactará con usted...

Cuando regresaron del funeral, les esperaban varios mensajes. El agente inmobiliario al que Derek había hecho algunas instalaciones quería que lo llamara, y también Robin Orntond, su contable.

—Supongo que habrás tenido tiempo de poner tus libros al día, y te llamaré el sábado a primera hora si no tengo noticias tuyas.

—No sabía nada de lo del funeral —dijo Alison.

—Es igual que un maldito robot, no tiene nada más que números en la cabeza —declaró Derek, y su voz resonó en el amplio y destartalado salón—. Terminaré los libros si tengo tiempo, y si no tendrá que esperar. Será mejor que subamos mientras vemos qué podemos hacer.

—Empieza tú mientras yo me encargo de la cena —ella sujetó su cara con sus manos frías—. No te preocupes por las finanzas. Estoy segura de que ya hemos pasado lo peor.

Él deslizó una mano bajo su cabello y agarró su largo cuello mientras la besaba, tocando apenas la punta de su lengua.

—Te veré arriba —dijo con un guiño.

Por primera vez desde que se mudaron, no se sentía inhibido. El lugar no era más que una casa vieja que necesitaba ser renovada, demasiado grande, pero no desagradable. Era todo un alivio no sentir que no tenía derecho a estar aquí mientras recorría las habitaciones del piso de abajo, abriendo las ventanas para dejar salir el olor rancio y sin vida. Tocó la lámpara para hacer que sonara y pasó los dedos sobre unas cuantas teclas del piano, y luego subió.

El piso de arriba olía peor que nunca. Le pareció que hedía a oscuridad. Abrió las puertas, esperando aliviar la penumbra, pero la mayoría de las ventanas tenían gruesas cortinas que impedían el paso de la luz. Tendría que haber una claraboya en las escaleras, algo que permitiera entrar la luz. Llegó a la parte delantera de la casa y abrió la puerta de la habitación de Queenie.

El olor de los libros viejos le recibió, tan denso que pareció ahogar incluso a la luz de la noche. Al menos el olor a desinfectante no se había quedado. Contempló el colchón a rayas que conservaba una depresión como un ataúd marcado, hasta que advirtió que se estaba comportando como si no le permitieran entrar en la habitación. Abrió la ventana e inspiró al aire salado mientras contemplaba Gales al otro lado de la bahía. Pensando en Rowan, regresó a los libros.

Derek no leía mucho. Sólo las cosas de su trabajo, y el periódico matutino que leía durante el desayuno. Sabía qué tipo de libros le gustaban a Rowan: a menudo la observaba mientras leía, escrutando las páginas como si quisiera devorar todos los

libros del mundo. Se sentía orgulloso de que leyera tanto, y ahora quería encontrar los libros que Queenie habría querido que tuviera. Fue de un montón a otro, esperando no tener que sacarlos del fondo de los montones, pues eran tan altos como él. Su sombra gravitaba sobre las paredes como si los negros muebles tuvieran filtraciones. Encontró los libros infantiles apilados junto a la cama.

No se veían libros así en las tiendas, gruesos lomos grabados con letras de oro y a veces con imágenes. Colocó una mano sobre lo alto de la pila y otra debajo, y alzó los libros. Se volvía hacia la puerta cuando las páginas resbalaron del interior de los libros, desencuadrándolos como si fueran pulpa surgida de fruta podrida, y el montón de libros cayó al suelo.

Recogió torpemente uno de los libros, donde aparecía un santo en la portada. Cuando intentó hacer lo mismo con las hojas sueltas, se desmoronaron como si fueran pan mojado. Todos los libros eran así, los infantiles y los otros que examinó, libros sobre fe y voluntad. Queenie mencionaba esos dos términos a menudo, y la primera vez que Derek la oyó pensó que se refería a amigos suyos. Había libros en francés y en alemán, y en idiomas que no pudo reconocer.

—Mira el estado en que están —dijo cuando Alison subió—. Si podía leerlos, debía de ser muy especial.

—No todos son así —abrió el libro que estaba en lo alto de una pila situada junto a la cama—. No lo comprendo. Estaba leyendo éste la noche que murió.

La impresión era ilegible en muchas páginas, que se quedaban pegadas unas a otras como moho.

—Tal vez era otro libro —dijo Derek, alzando la voz para sacarla de su aturdimiento—. De todas formas, no parece que merezca la pena conservarlos. Vamos a ver en los cofres.

Habían conservado los cofres cuando vinieron de Liverpool. Al principio Alison examinó cada libro, pero después de que más de una docena de ellos estuvieran podridos, empezó a tirarlos a puñados.

—Me encargaré de tirarlos mientras tú te cuidas de sus ropas —dijo Derek.

Ella arrugó la nariz al abrir el primer cajón, que estaba lleno de ropa interior, amarillenta y cubierta de telarañas, como si no la hubieran utilizado en años. Otros dos cajones contenían ropas cubiertas de huevos de araña; los demás estaban llenos de libros cuyas páginas estaban pegadas.

—Es como si la habitación hubiera perdido el alma —murmuró Alison mientras volcaba un cajón. Abrió un armario negro con tanta decisión que se le vino encima. Un largo vestido blanco la atacó, y Derek lo vio desmoronarse mientras los trozos desgajados se dirigían hacia su rostro. Había polillas que escaparon por la ventana hacia la oscuridad—. Creo que dejaré esto para cuando sea de día.

Cuando terminaron de cargar los libros en los cofres, las zonas oscuras que quedaron en las paredes parecieron manchas que se extendían a medida que la noche se hacía más negra. La sensación de lo mucho que les quedaba todavía por hacer

deprimió a Derek.

—Lo que hace falta aquí es increíble —murmuró.

—Yo sé lo que hace falta.

Alison le cogió la mano y pasó su pulgar por su palma, y le condujo al dormitorio del piso de abajo. Se sentaron en la cama y se desnudaron mutuamente, acariciando sus cuerpos con manos y labios. Alison cerró sus piernas largas, cálidas y suaves en torno a sus caderas mientras él se introducía en ella. Lo fue absorbiendo en oleadas, hasta que él se hinchó y estalló, de forma tan poderosa que los dos permanecieron un rato jadeando. Mientras se corría, Derek sintió el suelo de la habitación de Queenie gravitando sobre ellos, una enorme mancha oscura.

Después de la cena, repasó sus cuentas. Al menos Ken, el constructor a quien había hecho una instalación en un bloque de casas que iban a ser convertidas en apartamentos, le había pagado casi trescientas libras. Pero ese cheque tenía fecha de la semana siguiente. A medianoche, todavía estaba anotando entradas en los libros, escribiendo con letra pequeña para no salirse de los renglones. Se sentía empequeñecido por las deudas y todas las habitaciones vacías.

Por la mañana, inesperadamente, llegó Tony, de la inmobiliaria, para tasar la casa.

—Y están hablando de remodelar el colegio de tu hija, así que sería mejor que les hicieras saber quién eres —dijo Tony mientras Derek le seguía de habitación en habitación. La casa no podía valer más de diez mil, pensaba Derek, temiendo oír. Tony marchaba en cabeza, haciendo resonar las monedas sueltas en sus bolsillos, mirando los techos, llamando a las paredes que se desmoronaban bajo sus nudillos, rascando su calva. Tarareaba, y no dijo una palabra hasta que estuvieron en el jardín, acompañados por Alison—. Yo pediría más de lo que esperamos y luego me dispondría a aceptar ofertas —dijo—. Suponiendo que no esperéis ninguna reclamación al testamento, yo pondría un precio de veintitrés mil.

Eso podía significar veinte mil. Esa cifra acabaría con todas sus preocupaciones, les permitiría disfrutar de unas vacaciones por primera vez en años y aseguraría el tipo de casa que querían sin tener que depender de una hipoteca superior a lo que pudieran permitirse. Derek estrechó la mano de Tony, abrazó a Alison y le sonrió mientras el agente inmobiliario se marchaba con la promesa de que enviaría a alguien para valorar el mobiliario. Derek incluso sonrió al ver el Mini de Robin Ormond aparcar ante la puerta.

El contable no era tan alto como Alison, pero sí mucho más ancho. Llevaba un traje de verano azul claro, y miró recelosamente la silla que Derek le ofreció ante la mesa.

—Habrà que pasar una aspiradora antes de que venga alguien a mirar la casa —sugirió, y se puso las gafas sin armazón que parecían constantemente a punto de deslizarse por su cara plana—. Supongo que éstas son las cuentas. Bueno, veamos qué se puede hacer con ellas.

Pasó lentamente las páginas de los libros, frotando las esquinas con sus dedos.

—Vaya, vaya. No, no creo. Oh, no —murmuró, luego se impacientó—. ¿No tienes factura de esto? No puedo hacer que funcione. Mi querido amigo, así no se escribe «calcular» —en la última página, alzó los brazos al aire—. Mi querido amigo, nunca aceptes un cheque con fecha adelantada.

—Tengo su palabra de que tiene fondos. Al menos tengo una fecha para cobrar.

El contable cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Tendrías que llevarle a los tribunales, o amenazar con hacerlo. Aún mejor, no trabajes con gente así.

—Si no lo hiciera, no tendría trabajo.

—Estás mal, ¿no? —acusó el contable—. Supongo que tendré que aprobar estos libros, pero tendrás que buscar una forma de racionalizar tu negocio. Podrías estar encaminándote a una crisis de liquidez importante. Si no cobras todas estas deudas, tal vez no tengas ni siquiera capital para pagar tus impuestos en Navidad.

Derek estuvo tentado de decirle lo que le había dicho Tony, pero el contable podría ponerlo en duda. Sería mejor hacerlo cuando tuviera el dinero, y luego mirarle la cara. Después llegó Tony a fotografiar el exterior, y la perspectiva de la venta mantuvo a Derek animado durante el fin de semana, mientras limpiaba la casa con Alison. Planearon hacer una excursión para recoger a Rowan, deteniéndose a tomar una cerveza por el camino, pero el domingo por la mañana llamaron a Derek de una de las residencias de la playa. Alison se quedó en casa a esperar a Rowan, y dejó que la luz del pasillo se extendiera al sendero como una alfombra mientras la niña salía del coche.

Alison había preparado *scouse*, uno de los platos favoritos de Rowan desde que lo probó en casa de Jo, pero la niña sólo probó el guisado.

—Lo siento, mamá, pero Hermione preparó sandwiches para merendar.

—Típico de mi hermana. No te preocupes, nena, la cena aguantará.

Rowan no respondió hasta que se encontró en la enorme bañera y Alison le frotaba la espalda mientras Derek esperaba con una toalla al otro lado del cuarto de baño. Rowan alzó un pie y vio como las burbujas desaparecían de sus dedos.

—¿De verdad tenemos que mudarnos? —preguntó.

—De prisa, Rowan, ya es hora de acostarte —dijo Alison—. La casa es demasiado grande para nosotros tres, cariño.

—No creíamos que te gustara tanto —intervino Derek mientras Rowan aceptaba la toalla y le dirigía una mirada de reproche—. Vamos, dinos qué es lo que te gusta.

—Todo —contestó Rowan—. Oír el mar y el viento cuando estoy en la cama, y los barcos diciéndome adiós como lo hicisteis vosotros la primera noche que nos quedamos aquí. Poder salir a la playa. Y ahora pensaba que podría traer a mis amigas a casa y jugar a un montón de juegos. Quería vivir aquí más que nada.

—Ahora vamos a acostarnos, estás muy cansada —dijo Alison. Mientras la niña se colocaba su bata, retrasándose como para esconder el rostro, Alison le cogió la mano—. No podemos quedarnos, Rowan. Tal vez no nos vayamos muy lejos; todavía

no hemos empezado a buscar siquiera. No viviremos en un lugar que no te guste.

La cara de Rowan asomó por el cuello de algodón, reprimiendo las lágrimas.

—¿Por qué la gente que le debe dinero a papá no le paga? —gimió, y pareció avergonzarse de inmediato—. Intentaré que no me importe cuando nos mudemos —dijo, con voz ahogada.

El contable no había hecho que Derek se sintiera culpable, pero Rowan sí: culpable y responsable. ¿Podría Queenie haberla hecho creer que la casa sería su hogar? Más tarde, mientras Alison dormía, descansando para coger el autobús de Liverpool al amanecer, permaneció acostado junto a ella, con la cabeza llena de cifras, como si pudiera encontrar en sus cálculos un tesoro oculto: por mucho que Rowan intentara resignarse, sabía que en secreto le creía capaz de algún tipo de magia. Era una lástima que no pudiera convencer al director del banco, con quien las entrevistas habían sido más frecuentes últimamente, y más gélidas. Mientras se quedaba dormido, vio todas las cifras persiguiéndose unas a otras y su cabeza se volvió roja.

En mitad de la noche, la voz de Rowan le despertó. Parecía como si hablara por teléfono en sueños, deteniéndose con frecuencia para escuchar una respuesta. La escuchó con afecto, aunque no pudo distinguir una sola palabra, hasta que se le ocurrió que tal vez hablara en sueños porque se sentía infeliz. Se levantó de la cama, adormilado, y salió al pasillo.

La habitación de la niña estaba oscura. Cuando abrió suavemente la puerta, la luz que cubrió la alfombra se detuvo a los pies de la cama. Le pareció que la luz la había tranquilizado, y entonces sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. En ese momento vio que la cama estaba vacía, y volvió a oír su voz. Estaba en el piso de arriba.

Subió velozmente las escaleras y se internó en la oscuridad. Sus pies desnudos pisaron la alfombra húmeda e irregular, lo que le despertó del todo. Pudo oír a Rowan ante él. Palpó la pared, el papel pintado que parecía moho y las puertas frías y resbaladizas como la pizarra, y llegó a un rectángulo grisáceo que podría haber sido una losa de hielo. El rectángulo cedió cuando lo empujó, y entonces vio atisbos de la habitación de Queenie. Mientras su visión se acostumbraba a las formas de la habitación, vio una figura vestida de blanco tendida en la cama.

Rowan estaba acostada sobre el colchón desnudo, con un brazo extendido, moviendo los dedos levemente como si sintiera la ausencia de una mano que hubiera estado sujetando en sueños.

—Sí, en la playa —murmuró.

Derek la recogió sin despertarla y regresó con cuidado hacia el corredor oscuro. La metió en la cama y se quedó vigilándola hasta asegurarse de que estaba tranquila, y luego volvió con Alison. No debía de haber estado completamente despierto allá arriba, decidió, medio dormido ya. Por un momento, cuando recogió a Rowan, sintió como si no estuvieran solos en la gran habitación oscura.

En cuanto se marcharon sus padres, Hermione se puso a limpiar el jardín. Un cómico contaba chistes en galés en una televisión tras una ventana abierta, una segadora zumbaba en un césped, pero por lo demás la colina de Holywell se encontraba en silencio mientras la noche bajaba por las montañas. Densas nubes del color de palomas revoloteaban en bandada sobre la distante franja del mar, sacudiéndose lentamente. Alrededor, los jardines y casitas y prados devolvían al pálido cielo las horas de luz. Hermione podría haberse sentado a contemplar los colores del paisaje remitiendo lentamente, pero necesitaba el trabajo casi tanto como el jardín.

Había preparado una generosa cena antes de que sus padres se marcharan para Waterloo, y luego comió demasiado. El trabajo impediría que se quedara dormida, que se sentara en la casa como un roedor de cara gorda en su despensa. Sabía que comía cada vez que estaba nerviosa, pero ¿qué excusa tenía ahora? Queenie estaba muerta, igual que los terrores de la infancia de Hermione, y tal vez eso significaba que era hora de recordar, en vez de preocuparse de que sus padres estuvieran en la carretera y sintiera que Alison y Derek habían soportado demasiado sobre sus hombros. Aunque Queenie hubiera convertido su infancia en una pesadilla, no debía dejar que aquello gobernara el resto de su vida.

La idea pareció el principio de la libertad. Si podía echar la culpa a Queenie sin sentir resquemor, tal vez también podría perdonarla; tal vez podría aceptar, como al parecer había hecho Alison, que Queenie no era más que una vieja amargada y solitaria que no comprendía a los niños, «Estarás donde pueda echarte un ojo», le había dicho Queenie cuando se trasladó a la casita. Hermione se rió con fuerza por haberse sentido nerviosa por eso cuando ya tenía treinta años. Ahora era demasiado mayor para que Queenie pareciera aterradora, pensó, y en ese instante sonó el teléfono.

Corrió tan velozmente que al principio su visión pareció apagarse y la oscuridad envolverla mientras agarraba el receptor.

—¿Quién es? —gimió.

Su urgencia lo desarmó, pues pasaron unos segundos antes de que contestara:

—Soy Lance.

—¿Eres tú, eres tú? —dijo ella, controlando su pánico—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Su respuesta fue un murmullo, y tuvo que pedirle que la repitiera.

—El teléfono de Alison —dijo, como si ella estuviera añadiendo deliberadamente problemas a sus dificultades.

—Sí, ¿qué pasa? —se sentía tan protectora como cuando advertía a Alison que no fuera con él a la playa—. Ahora está muy ocupada. Lance. ¿Qué querías decirle?

—Es sobre la niña.

Hermione inspiró profundamente mientras elegía sus palabras.

—No creo que el marido de Alison aprecie tu interés. Lance. Si necesitas hablar con alguien, puedes hacerlo conmigo.

—No es nada de eso —él debía de estar presionando el receptor contra su rostro, lleno de frustración hacia ella y su lentitud, pues su voz sonó más cercana, más confusa—. Estaba pensando en la vieja.

—¿En Queenie? ¿Qué pasa con ella?

—Sobre su testamento. Quería decírselo a Alison. Me cuesta mucho trabajo hablar.

—Le diré que intentabas ponerte en contacto con ella y tal vez te llame. Está bien, ¿no?

—Eso espero —dijo él, tan inadecuadamente que ella esperó el resto—. Podrías recordarle que nunca he hecho daño a nadie.

Excepto a ti mismo, pensó Hermione. Había encerrado sus fantasías, lacerándose con la culpa, y todo lo que ella sintió cuando colgó fue lástima por él. Si creía que Queenie era capaz de ver en su mente, debió de temerla mucho más que Hermione. Se preguntó si podría haber agravado sus propios temores.

Sus padres lo habían hecho. Temía visitar a su tía aún más por saber que ellos también la temían y sin embargo cedían cuando los llamaba. Comer en casa de Queenie había sido lo peor, sintiendo que esperaba que derramaras comida sobre el mantel o el suelo para poder golpear la mesa con los nudillos y gritar «Mira lo que ha hecho ahora la niña». Te hacía sentirte como un animal a la mesa, como si te hubieras manchado la boca o babeado o que tu forma de masticar fuera el sonido más fuerte de la habitación. Cuando se le permitía que abandonara la mesa nunca llegaba a ser un alivio; toda la casa parecía neuróticamente consciente de Hermione, esperando que tocara algo que no debía, que tropezara con un adorno, que se asomara a una de las numerosas habitaciones de las que los niños tenían que mantenerse apartados. Mucho antes de que se marcharan, se sentía abrumada por la sensación de estar siempre vigilada.

Empezaba a sentirse furiosa, no asustada. No tenía sentido fingir que Queenie no había sido mala. Hermione clavó su pala en el lecho de flores, recordando la noche siguiente al entierro del padre de Queenie. Nunca había sido más mala que esa noche, cuando Hermione se aventuró, dispuesta a compadecerla.

Tenía seis años, y atisbaba el mundo oculto de los adultos. La familia se había reunido en la casa de Waterloo cuando quedó claro que el anciano se estaba muriendo por fin. Queenie y él llevaban años viviendo solos. Hermione lo recordaba a duras penas como un hombre huesudo con una cara suave desproporcionadamente larga y un amasijo de pelo gris, siempre sentado a la cabecera de la mesa y emitiendo preguntas de vez en cuando, preguntas que ella nunca entendía y que parecían eludirle también a él. Debía intentar recordar su etapa como profesor en Liverpool. Hermione no advirtió que se moría hasta que Lance se asomó a la habitación que

compartía con Alison y les dijo que había muerto.

Las niñas estaban entonces acurrucadas en la cama de Hermione, donde Alison se había refugiado de los gritos de su tía, tan penetrantes y desesperados que parecían proceder de toda la casa. El suelo se estremeció cuando la gente corrió escaleras arriba, y Keith les dijo a las niñas que se quedaran en su habitación. Los gritos se hicieron intermitentes, hasta que las niñas jadearon, temiendo el siguiente. El murmullo de los adultos parecía demasiado lejano, a dos pasillos y una escalera de distancia. Cuando Lance entró para decirles que su abuelo había muerto, Hermione le ordenó que saliera, aunque si se hubiera tratado de cualquier otra persona le habría suplicado que se quedara.

Durante la noche, Queenie se calmó, pero se negó a abandonar la habitación de su padre. De eso se enteró Hermione por la mañana, cuando Richard, el padre de Lance, se los llevó a todos a dar un paseo por la playa. Hasta el funeral, los niños fueron mantenidos lejos de la casa tanto como fue posible, pero Hermione se enteró de que ni siquiera el médico había conseguido apartar a su tía de la cama de su abuelo. La familia le suministró una bebida mezclada con una píldora para dormir antes de que los encargados de pompas fúnebres pudieran retirar el cadáver. No gritó cuando despertó al día siguiente junto a la cama vacía; no habló con nadie, ni siquiera para preguntar adonde habían llevado a su padre. No era extraño que la casa pareciera una trampa a punto de saltar. No era extraño que Edith mantuviera a las niñas al fondo de la iglesia durante el funeral.

Los bancos estaban llenos de profesores maduros. La iglesia olía a coronas y trajes con alcanfor. Edith se volvió para ver a Queenie por encima de las cabezas grises, y Hermione vio que sus nudillos se volvían blancos cuando asió el banco de delante. De repente, un murmullo recorrió la congregación, pues Queenie había retrocedido, apartando a Richard cuando éste intentó cogerle la mano, y corría hacia el ataúd, con los brazos extendidos como si pretendiera abrazar al cadáver. Edith sacó a las niñas de la iglesia, y Hermione no pudo ver qué sucedía, pues el sacerdote y varios hombres rodearon a Queenie, cuyo rostro miraba salvajemente alrededor. Keith y Richard colocaron a Queenie tras el ataúd, pero ella ignoró la ceremonia: permaneció de pie junto a la tumba y miró al cielo, sonriendo amargamente, como en secreto, como si pudiera ver algo que los demás no podían ver. Después, la familia regresó a Waterloo, y ella se dirigió a la habitación de su padre y se tumbó en la cama. Se negó a hablar con nadie, y a mirarlos, y la familia no quiso dejarla sola por miedo a que intentara suicidarse.

Hermione se enteró de todo eso gracias a Lance. Entonces sintió lástima por su tía, a pesar de que Lance le dijo que había gritado cuando se derrumbó ante el ataúd: «¡Se ha movido, se ha movido!». Cuando Hermione terminó su baño y Alison estaba todavía jugando con sus muñecos, subió al piso superior de la casa. Tal vez si se enfrentaba a su tía, la mandíbula dejaría de dolerle con el miedo de que albergara pensamientos que no le gustarían a Queenie.

Al principio llamó a la puerta tímidamente, con sólo un dedo. El enorme pasillo oscuro hizo que el sonido pareciera aterradoramente pequeño, igual que su distancia del resto de la casa. No consiguió ninguna respuesta cuando llamó con más fuerza, lo que la puso aún más nerviosa. Por fin, empujó reluctantemente la puerta con un dedo, hasta que se abrió.

Su tía yacía en la cama, boca arriba. Tenía los ojos cerrados, las manos cruzadas sobre el pecho, y la mandíbula tan recta y tan rígida que Hermione tuvo la certeza de que estaba muerta. Un barco gimió en el horizonte, y el murmullo de los adultos en el piso de abajo pareció más distante que nunca. Hermione deseó con todas sus fuerzas, hasta que le dolió la cabeza, que la echaran de menos y la llamaran, porque entonces podría correr escaleras abajo. Nadie la llamó, y se encontró entrando en la habitación donde los muebles parecían sombras sólidas, avanzando hacia la figura inmóvil sobre la cama.

Estaba ya tan cerca que podía tocar a su tía, y entonces advirtió que el pecho subía y bajaba bajo las manos cruzadas. Tuvo que deglutir antes de poder hablar.

—Tía ¿te vas a morir? —susurró apesadumbrada, y esperó de inmediato que Queenie no la hubiera oído.

Los ojos de Queenie se abrieron tan lentamente que parecieron regocijarse. Eran lo único de la larga cara que se movía. Su primera mirada petrificó a Hermione. Sólo pudo permanecer allí de pie y temblar mientras su tía la miraba llena de frío desprecio. Por fin los labios de Queenie se abrieron, revelando sus dientes apretados, apenas lo suficiente para hablar.

—¿De modo que eso es lo que estás esperando, mi pequeño cerdito?

No había el menor atisbo de emoción en su amabilidad, y Hermione casi tuvo miedo de responder.

—No, títa, yo sólo...

—¿Te digo algo que no creerás? Nunca voy a morir. Nunca, no pierdas el tiempo esperando el día en que puedas deshacerte de mí. Él tendría que haberme escuchado —añadió, como si un recuerdo la hiciera olvidar con quién hablaba—. No hay que morir a menos que quieras, y no se quiere si no te permites envejecer. Todo es una ilusión, la enfermedad, la edad y la muerte. Sólo hace falta la voluntad para verlo —entonces la ira destelló en sus ojos cuando advirtió de nuevo a Hermione—. Y tú te atreves a preguntarme si me estaba muriendo. Mereces que se te muestre lo que eso significa.

Seguramente, no lo haría si Hermione le decía que lo lamentaba, si le suplicaba que no hiciera aquello que brillaba en lo más hondo de sus ojos. Y si Queenie no se aplacaba, Hermione podía gritar llamando a sus padres; sólo tenía que abrir la boca. Entonces oyó la puerta cerrarse a su espalda.

Tal vez lo había hecho una ráfaga de viento, pero Queenie sonrió como si ella misma la hubiera cerrado desde la cama, sin moverse. Hermione habría querido echar a correr hacia la puerta, pero la mirada de Queenie la paralizaba y la aterrorizaba, sin

que llegara siquiera a comprender por qué. Entonces lo hizo, y se habría cubierto la cara con las manos si hubiera podido moverse, para no ver lo que Queenie esperaba que advirtiera.

Un movimiento en un rincón de la habitación, junto a la ventana y fuera del alcance de la tenue luz del día, la hizo girar la cabeza. Intentó decirse que la masa gris que llenaba el rincón del suelo al techo era sólo una sombra, y entonces volvió a sacudirse como una araña que parecía tan grande como su mano y se escondió bajo la cornisa, dejando su carne debatirse en mitad de la tela. Hermione sintió como si su mirada estuviera allí atrapada también, no más pequeña por su miedo a ver el resto de la habitación. Ésta había envejecido enormemente, las prietas arañaban el techo y las paredes, el papel se hinchaba podrido, los muebles se desmoronaban ante ella, los armarios se abrían como alas de murciélago que quisieran cubrirla de oscuridad. Empezó a gemir, y entonces Queenie apareció al borde de su visión, una forma alta, delgada y pálida. Hermione sintió que un grito se acumulaba tras sus dientes apretados y se volvió a mirar.

Pero Queenie no había envejecido, ni tampoco la cama. En todo caso, parecía más joven, revivida por su poder sobre su sobrina. Parecía saber lo que veía Hermione, pues sonreía como una calavera.

—Mírate —murmuró, casi con ternura.

Tal vez tan sólo se estaba burlando de Hermione; tal vez no le estaba diciendo que lo hiciera literalmente. En cualquier caso, la niña habría preferido correr hacia la ventana y arrojarle por ella antes de mirarse al espejo. Queenie pareció cansarse de ella; cerró los ojos y despidió a Hermione como se espanta a una mosca. ¿O era un último truco cruel para hacerle creer que estaba a salvo? Mientras la niña, temblorosa, intentaba coger el pomo, vio su propia mano, una mano ajada que parecía casi sin carne, demasiado grande. Era la mano de una vieja.

Cerró los ojos hasta que le dolieron, y agarró el pomo y tiró de él hasta que la puerta se abrió. Parecía como si hubiera sido forzado, aunque el marco estaba intacto. Corrió por el pasillo y cayó por el primer tramo de las escaleras y se lastimó las piernas. Se arrastró sollozando hasta el siguiente piso y entonces apareció su padre, preguntándole qué había sucedido. Cuando advirtió que no veía nada raro en ella, pudo mirarse las manos, sus manos pequeñas, sonrosadas y familiares. Se abrazó desesperadamente a su padre, ocultando el rostro contra su pecho.

—Una araña, una araña —farfulló—. No pude salir de la habitación.

No creía que él se diera cuenta de que se refería a la habitación de Queenie. No se fue a la cama hasta que su padre le prometió que permanecería sentado a su lado toda la noche. Cuando despertó más tarde y vio que no estaba allí, despertó a Alison con sus gritos antes de que él regresara. Volvieron a su casa en Liverpool y la pesadilla la siguió y acechó su sueño durante años. Era una pesadilla donde despertaba y descubría que era tan vieja como lo había sido en la habitación de Queenie.

Arrancó un hierbajo de la tierra y se reprendió. ¿Qué tenía de extraño soñar con

que serías más vieja cuando despertaras, si de hecho así sería? Queenie la había hecho creer que la habitación había envejecido, eso era todo. No era una gran hazaña cuando la víctima era sólo una niña. Durante el resto de su vida, Queenie la seguiría considerando una niña. Incluso parecía haberla hecho llegar a los extremos en el funeral del otro día, cuando Hermione hizo tanto alboroto por el camafeo. Queenie debía de llevarlo puesto la noche que murió, y alguien había decidido que la acompañara a la tumba. Estaba dejando que esta idea enraizara en su mente cuando el teléfono volvió a sonar.

Era su madre, desde Waterloo.

—Estaremos aquí dos días y luego en casa por si nos necesitas.

—Seguro que no será necesario, mamá. Dile a Alison que ha llamado Lance, ¿quieres? Le dije que ella tal vez se pondría en contacto, pero no la comprometí.

—¿Qué quería?

—Hablarle sobre Rowan y el testamento.

—Será mejor que se mantenga alejado de Rowan. No me importa que digan que está curado. Y que Dios le ayude si intenta crearle problemas a Alison ahora. Es la última persona a la que Queenie habría dejado algo, a él y a su padre, y Richard no aceptaría nada aunque así fuera.

Hermione se despidió de su madre y salió a buscar sus herramientas: estaba demasiado oscuro para atender el jardín. Se lavó la tierra de las manos y entró en su tienda. Las calles comerciales de Holywell eran cortas y retorcidas, como si hubieran volcado la colina en su desarreglo. No se veía bien en la mayoría de ellas, y por eso ella colocaba en la esquina el cartel que decía TÍA HERMIONE cuando la tienda estaba abierta. Mientras entraba, la farola se encendió contra el cielo oscuro.

Tiró del cordón y la tienda se encendió, las hileras de ropa infantil, los juguetes hechos a mano. La primera vez que pensó en mudarse a Gales, a algún lugar cercano a sus sitios favoritos de la infancia, pretendía dedicarse a la enseñanza, pero aunque disfrutó de sus años de formación, la práctica de la profesión en una horrible escuela católica cerca de Liverpool estuvo a punto de causarle un colapso nervioso. Nunca esperó que la ropa infantil que hacía como terapia resultara tan apreciada, al menos lo suficiente para permitirle pagar el alquiler de la casa y la tienda. Cada año añadía unas cuantas líneas más, aunque nunca las suficientes para satisfacer a Rowan, pensó amargamente. Había sido idea de la niña ordenar una caja de máscaras de Halloween.

Cuando Hermione rompió la tapa de la caja y echó atrás las alas, una cara de bruja la miró. Era gris y llena de arrugas, y parecía como de yeso. La cogió por la barbilla larga y afilada y la colgó en la ventana, luego fue descubriendo más capas de ojos sin rostro, caras verdes con un ojo de doble tamaño que el otro, cráneos con dientes artificiales. Estaba preparando el escaparate cuando una niña pequeña se asomó a la ventana.

Hermione le dirigió una rápida sonrisa, sin verla realmente. La niña no debería estar en la calle tan tarde, sobre todo con sólo un traje blanco, cuando las brumas

bajaban ya de las montañas. Seleccionó tres máscaras y las sujetó por el elástico, y advirtió que la niña no se había movido. Se volvió para decirle que la tienda estaba cerrada, y sus puños se cerraron tan violentamente que el elástico se zafó de una máscara.

Por un momento le pareció que la figura del exterior no era una niña, sino una enana con el rostro largo y estirado de una vieja. Era sólo el reflejo de la máscara de bruma que cubría la cara de la niña, y sin embargo la visión hizo que Hermione retrocediera, pues la niña parecía mirarle a través del reflejo de las cuencas vacías. Entonces se hizo a un lado, sumergiéndose en la oscuridad tras la farola.

Hermione se acercó tambaleándose a la puerta y la abrió. La calle estaba desierta. Corrió a la esquina y no vio rastro de la niña. No podía haber visto lo que creía haber visto, se dijo, luchando por calmarse para así poder aventurarse en la calle antes de que oscureciera del todo. Sabía que a los niños les gustaba hacer muecas, pero esta niña no podía tener aquel aspecto. En el momento en que la niña se hizo a un lado, los ojos que miraban a través del reflejo parecían haberse vuelto hacia afuera, mirando hacia cada lado de la máscara.

El tren de Prestatyn a Chester estaba abarrotado, y al principio Lance tuvo que ir de pie. La gente seguía entrando, obligándole a pasar al fondo del vagón, hasta que se pudo agarrar a un asidero junto a dos niñas de unos diez años. Como el balanceo del coche lo propulsaba hacia ellas, la madre le dijo a una que se levantara y sentó a la otra en su regazo, y miró a Lance hasta que éste tomó asiento. Estaba pegajoso y sin aliento, y ahora las dos niñas le hacían sentirse como si tuviera una brasa a cada lado. Se suponía que los doctores habían conseguido librarle de esas sensaciones, pero aunque ya no quería imaginar cómo tocaba a niñas pequeñas, todavía sentía que todos cuantos le rodeaban pensaban que así era. Cerró los ojos e intentó no saber dónde estaba, pero una vez el dobladillo de la falda de la niña que estaba de pie le rozó el dorso de la mano, y luego su muslo desnudo le tocó.

En Chester permaneció sentado y encogido hasta que el vagón se vació, y luego bajó a la estación sin mirar a nadie. Cruzó la carretera en dirección a la ciudad, atravesó la puerta en las murallas y caminó entre las tiendas de recuerdos situadas entre los altos edificios Tudor. Pasear no le sirvió de nada: no podía recordar qué había advertido durante el funeral.

Desde que salió del hospital, su memoria en ocasiones le dejaba tirado. A veces se preguntaba cuánto de sí mismo había perdido, aunque eso no parecía importar. Pero esto sí que importaba, se dijo. Algo que había visto u oído en el funeral de Queenie se había iluminado como una bombilla en su mente. Se dirigió a su casa junto al río, pero la visión de las farolas del puente mientras sus reflejos rielaban en el agua no le ayudó. Cuando por fin llegó a su casa, su padre le estaba esperando.

En cuanto Lance entró en el pequeño apartamento que casi daba al río, su padre se puso en pie, agarrando con sus manos artríticas los brazos de su silla vuelta hacia la ventana, desde donde había estado observando a Lance. Giró la silla hacia la habitación y se sentó cuidadosamente, luego escrutó a Lance, sin mostrar ninguna expresión en su rostro compacto, pero con el atisbo de un ceño fruncido entre las arrugas de su frente.

—Puedes prepararte algo de cenar si no has comido —dijo por fin—. No me apetece comer.

Hacía sentir a Lance como si hubiera hecho algo malo y hubiera olvidado de qué se trataba. Lance encontró una manzana en el frutero junto a las historias de Chester entre los soldados romanos del aparador, y la comió mientras su padre escribía una carta al museo del que estaba jubilado. Su padre miró su pluma mientras la punta descansaba en una mancha que se iba haciendo más grande, y luego echó atrás la cabeza, agitando su pelo gris.

—Bien, ¿cómo están mi hermano y su esposa? ¿Qué dijeron de mí?

Lance esperaba que le echaran la culpa de los tormentos de ansiedad que su padre sufría cada vez que salía de casa. Para cuando logró dar una respuesta su padre le

miraba como si la hubiera inventado.

—Keith dijo que lamentaba que no hubieras ido —dijo Lance torpemente—, y Edith que esperaba que la familia pudiera reunirse ahora.

—¿Te acordaste de decir que estoy enfermo?

Lance se cubrió la boca con la mano, apretando su barba.

—Oh, no, se me olvidó.

—Bravo, otra cosa para que me la echen en cara. Mi hermano incluso me denunció por abandonar el hogar hasta que advirtió que podría imitarme. No sé por qué fuiste. Supongo que no creerías que se iban a alegrar de verte.

Lance notó que se estaba atacando a sí mismo mientras lo atacaba a él.

—Quería ver que tía Queenie descansaba por fin.

—Me imagino cuánto debió de haberte molestado. Si la hubiéramos visto más a menudo, no habrías salido como saliste.

—Papá, ¿podemos hablar? Tengo algo que preguntarte.

Su padre dejó que la libreta cayera al suelo y le miró sin expresión.

—¿No crees que me gustaría que pudiéramos hablar como solíamos hacer antes? Creía que cuando me jubilara tendríamos más tiempo para compartir nuestras vidas. Anhelaba pasear contigo junto al río en tardes como ésta. Tal vez no comprendes como encontrar toda aquella basura en tu habitación convirtió en mentiras todo lo que me decías. Gracias a Dios que tu madre ya había muerto y nunca supo lo que escondías.

Lance pensaba a veces que su madre sospechaba más de lo que quería admitir, que de algún modo era consciente de su conducta. Un recuerdo destelló en los ojos de su padre hasta que parpadeó y lo alejó.

—No, no está bien. No tendríamos que pasar así nuestros últimos años juntos. Nunca habrías terminado de esta forma si nos hubiéramos preocupado por ti como debíamos haber hecho. Pregunta lo que quieras.

A Lance ya se le había olvidado, pero su padre era capaz de actuar como si olvidara las cosas a propósito, sobre todo los recuerdos recientes. Consiguió pensar en otra cosa que le había estado preocupando.

—¿Es verdad que el abuelo perdió la cabeza antes de morir?

—No estás perdiendo la cabeza. Si tienes lagunas es el precio que debes pagar, y tendrías que advertir que podría haber sido peor.

—Sí, pero ¿y él?

—¿Quién dice eso? ¿Qué han estado diciendo?

—El marido de Alison decía que debió de volverse loco.

—¿Qué demonios sabe él? No estaba allí; ni siquiera es de la familia. Mi padre no perdió la cabeza, perdió a su esposa, y eso es como si te arrancaran una parte de ti mismo. Tal vez cuando el marido de tu prima pierda algo no despreciará tan fácilmente la pena de la gente.

—Yo también echo de menos a mamá —dijo Lance torpemente.

Su padre cruzó las manos y miró sus puños blancos.

—Supongo que sí. Te pido disculpas por lo que dije antes. Estoy seguro de que si estuviera aquí, intercedería por nosotros.

Su conversación se convirtió en una incomodidad. Lance regresó a su habitación, un cuarto sin ventanas donde muebles tan blancos como las paredes rodeaban la cama. Desde que salió del hospital había descubierto que los recuerdos regresaban cuando estaba a punto de dormirse, pero el recuerdo de su abuelo no dio paso a ningún otro. Fuera lo que fuese lo que había dicho su padre, Lance no estaba convencido de que el viejo hubiera estado tan sólo quejándose. A lo largo de sus últimos meses había acusado a Queenie de no dejarle ir con su esposa, de mantenerle vivo porque no podía soportar estar sin él. Richard y Keith le habían tranquilizado diciéndole que vería a su esposa cuando fuera el momento, pero Lance pensaba que incluso ellos se sorprendieron cuando su padre sobrevivió durante semanas después de que el doctor le dijera que estaba agonizando.

Una noche, Lance le oyó gritar tan fuerte que estuvo seguro de que era el fin, y subió corriendo a la habitación para encontrar al viejo tendido en la cama, retorcido, con sus miembros delgados y encogidos, los ojos desorbitados y en blanco. Entonces el cuerpo ajado se agitó como una marioneta o algo surgido de un sueño.

—Déjame marchar, déjame marchar —empezó a gemir el anciano, una queja que continuó durante días hasta que murió.

Queenie no le dejó descansar ni siquiera entonces. La familia y los encargados de pompas fúnebres consiguieron impedir que embalsamara el cuerpo, pero cuando advirtió que el ataúd estaba a punto de ser cerrado para enterrarlo, echó a correr por la iglesia con los brazos extendidos, gritando: «Se ha movido». Y lo había hecho: la boca se había abierto como en una última protesta silenciosa por haberle impedido descansar. Lance se dijo que las pisadas de Queenie tenían que haber sido la causa, pero deseaba poder olvidar el episodio, y no sólo porque estaba bloqueando lo que quería recordar.

Ese fin de semana fue a caminar por el río, primero con su padre, que se impacientó con él por no hablar, y luego solo. El sábado, una banda de música dio un concierto en la orilla, y el domingo unos remeros entrenaban en el canal, pero todo esto sólo le distrajo. Lo que quería recordar, ¿no tenía que ver con Alison? Si podía ayudarla, tal vez eso compensaría la forma en que pensaba en ella; tal vez ella incluso advertiría que no tenía que temerle. Cuando regresó a casa, se dio cuenta de que su padre recelaba de él por haber querido salir solo.

El lunes pudo sentirse a solas, en el trabajo. Había sido oficinista antes de su colapso, pero ahora trabajaba en los archivos. Pocas de las mujeres casadas querían hablar con él, y la mayoría de los hombres le evitaban, como si su lentitud y su mala memoria pudieran ser contagiosas. Ahora tenía la tarea de poner en orden todos los archivos dormidos, miles de ellos en el largo sótano donde las estanterías se extendían casi de pared a pared y se alzaban hasta el bajo techo. Bombillas desnudas

se agitaban en los polvorientos pasillos, tan estrechos que dos personas no podían pasar a la vez ni siquiera apretujándose, aunque normalmente no había nadie más aparte de Lance. Se alegraba de no estar arriba, donde podrían esperar que contestara al teléfono; desde su estancia en el hospital había perdido la confianza. Pero entonces ¿cómo podría telefonar a Alison?

Todavía no podía pensar por qué debía hacerlo. Ser incapaz de recordar hacía que sintiera la cabeza envarada y embotada. ¿Se trataba de la propia Alison o de alguien cercano a ella? Se detuvo, con un puñado de archivos a medio retirar del estante, intentando forzar a sus paralizados pensamientos a dar un paso adelante, y entonces se sobresaltó, sintiéndose culpable, y se dispuso a despejar el pasillo.

Pero nadie le estaba observando. Tenía que haberlo imaginado, no sólo porque habría oído a alguien llegar, sino porque la figura que le había parecido atisbar tenía la mitad de su tamaño. Los doctores no podían haber sojuzgado su imaginación tan concienzudamente como creían, pensó intranquilo, casi ahogándose con el olor a papel viejo.

Sin embargo, fue el atisbo de una niña lo que le hizo despertar esa noche, y advirtió que quería hablar con Alison sobre su hija pequeña. Sabía que era importante, aunque la sensación de ser necesario no podía penetrar la niebla de su lentitud. Tal vez lo recordaría cuando tuviera el número de Alison. No podía pedírselo a su padre, y tuvo que esperar hasta que éste se dio una ducha para poder llamar a Hermione. Hablar era muy difícil cuando lo intentaba. Le dijo a Hermione que quería hablar con Alison sobre la niña pequeña.

Intentó dar a entender que quería algo más, algo sobre Queenie y su testamento. Seguro que eso haría que Alison lo llamase, y para entonces tal vez supiera ya lo que necesitaba decirle. Su sobrinita necesitaba su ayuda; estaba seguro. Mientras esperaba la llamada de Alison se puso cada vez más tenso, incapaz de dejar que los recuerdos se formaran. Incluso en el trabajo al día siguiente, cada vez que parecía a punto de recordar, sentía como si alguien le observara desde el extremo oscuro del pasillo. La multitud de trabajadores de vuelta a casa fue todo un alivio tras el olor a papel rancio. Pero cuando llegó a casa su padre le esperaba, ceñudo.

—De modo que has empezado con tus viejos trucos —dijo.

—No sé de qué hablas.

—No intentes fingir que lo has olvidado también. Los médicos dicen que te curaron, pero creo que te han puesto peor.

Lance sintió que sus palabras se hacían cada vez más lentas, hasta que apenas pudo hablar.

—Nunca hice nada.

—Ni lo harás mientras yo pueda impedirlo. No pensaste que tu prima podría llamarme cuando no estuvieras aquí, ¿eh? Si de verdad no sabía para qué querías a su hija es porque es tan tonta como tú. Tendría que habérselo dicho, y que avisara a la policía.

Lance sintió como si los hechos conspiraran para asegurarse de que no hablara con Alison, y eso le hizo sentirse nervioso por la niña, un nerviosismo que parecía cercano al recuerdo.

—¿Cuál es su número de teléfono? —dijo, mientras su padre le miraba, incrédulo—. Tengo que hablar con ella. Te dejaré escuchar.

—No usarás mi teléfono para hablar con ella —dijo su padre, alzando la voz—, ni ningún otro mientras estés bajo mi techo, y lo juro sobre la tumba de tu madre.

Lance sintió que su padre ponía el recuerdo cada vez más lejos de su alcance.

—Entonces iré a verla.

—Te quedarás aquí o haré que te encierren —cuando Lance se levantó, su padre saltó para agarrarlo y cayó a su silla, jadeando—. No te atrevas a salir de esta casa. No te atrevas a tocar esa puerta. Vuelve aquí gritó mientras Lance corría escaleras abajo.

¿Y si llamaba a la policía? Lance se obligó a caminar entre la multitud en vez de correr, apretujándose contra las paredes en vez de arriesgarse a chocar con alguien y atraer la atención. Cuando se vio en el escaparate de una tienda de ropa infantil, la barba sobresaliendo de su mandíbula como una caricatura, deseó poder cubrirse la cara con las manos.

La estación de tren estaba repleta. Lance se sentó con la espalda apoyada contra la ventanilla, alzando el hombro para oscurecer su cara, hasta que advirtió que las mujeres sentadas frente a él cuchicheaban en voz baja. Esperó ver de un momento a otro a los policías recorriendo el andén, buscándole en el tren que estaba tan lleno de gente que parecía que su lentitud se volvía sólida. Por fin, el tren se puso en marcha, pero eso no alteró sus pensamientos. Esperaba que ahora que no tenía que telefonar le resultara más fácil pensar.

Tuvo que hacer trasbordo de trenes en Hooton. Cruzó la pequeña estación y compró un periódico para ocultarse. Se sintió relativamente a salvo durante el viaje a Liverpool, ya que estaba casi solo en el tren. Pero cuando cambió de andenes en la estación de metro, vio que el andén del tren de Waterloo estaba desierto.

Se acercó a la boca del túnel. Más allá de donde las vías se unían con la oscuridad vio una lámpara rodeada de una oscura zona de ladrillos. Sentía como si se ocultara de la ciudad de Liverpool que tenía encima, de los sonidos de un veloz coche de policía, de una moto, de una botella arrojada por una escalera mecánica. Se apoyó contra la pared de la pendiente que conducía a la boca oscura, y se esforzó por oír el sonido del tren. Se sentiría más seguro cuando estuviera encaminado a la casa de Queenie.

Ahora no era la casa de Queenie, era de Alison. No tendría necesidad de recordar que estaba muerta cuando asistir a su funeral le había costado tanto trabajo, sabiendo que le observaban cada vez que se acercaba a Rowan. La familia todavía recelaba de él. No podía echarles la culpa, pero ¿no tendrían también que tener sus dudas sobre Queenie? Nadie parecía preguntarse por qué, si Queenie aborrecía tanto a los niños,

le tenía tanto apego a Rowan.

Abrió la boca como si alguien lo hubiera cogido por el hombro. Eso era lo que quería decir tras el funeral. No sabía por qué era importante, pero estaba seguro de que así era... tal vez tan importante como para arriesgar su vida. No tenía que intentar seguir pensando en ello, o lo perdería. Alguien sabría lo que significaba cuando hablara. Cerraba su mente alrededor del tema cuando advirtió que le observaban.

Tenían que dejarlo llamar a Alison. Se le permitía hacer una llamada. Se volvió, renuente, sintiendo la lentitud agolparse en su cabeza, amenazando con detener sus palabras en sus labios. Pero no había ningún policía. El andén estaba vacío a excepción de una niña de la edad de Rowan, que le miraba.

No pudo leer ninguna expresión en sus ojos claros, aunque cuando sus miradas se encontraron se encogió por dentro. Sintió como si ella lo supiera todo sobre él, como si supiera que en otra época él habría imaginado cómo la tocaba. Aún peor, sintió que parte de su imaginación se agitaba. Los doctores no lo habían liberado de aquello; ni siquiera lo habían enterrado profundamente. Una sonrisa maliciosa crecía en el largo rostro de la niña solitaria, como si supiera exactamente lo que Lance estaba pensando. Sus dedos se movieron mientras colgaban junto a su vestido blanco, que le llegaba hasta los talones, y Lance se sintió aterrado porque parecía a punto de subírselo, de burlarse de él. Habría querido echar a correr y esquivarla, pero no podía soportar la idea de tocarla. Se giró y apretó su rostro contra la pared, debatiéndose por hacer regresar sus pensamientos a la oscuridad y aferrarse a lo que tenía que decirle a Alison.

Sus oídos empezaron a rugir con la presión de la sangre en su cabeza. Las losas de la pared aplanaron su frente, aunque podrían haber estado a kilómetros de distancia. Incluso con los ojos cerrados podía ver a la niña, sus piernas largas y secretas, su sonrisa de sabiduría. El rugido pareció brotar de él, anulando su sensación de dónde se hallaba. Se apartó de la pared y se volvió, aturdido. Tenía que dejarla atrás, no importaba cómo.

Tenía los ojos cerrados con tanta fuerza que durante algunos segundos permaneció ciego. Su visión se aclaró justo cuando su pie derecho pisaba el vacío. El rugido no era sólo el sonido de su sangre. Vio que la sonrisa de la niña pequeña se hacía más grande, una sonrisa de alegre satisfacción, y cayó indefenso del andén delante del tren que llegaba.

Hizo intención de agarrarse al andén mientras caía, y el dorso de su mano golpeó el borde. Sintió que su muñeca se rompía, enviando una lanzada de dolor desde su brazo hasta su hombro. Pero consiguió no caer sobre las vías; conservó el equilibrio colocando un pie sobre cada uno de los raíles más cercanos al andén. Se llevó al pecho la muñeca rota y se la sostuvo con la otra mano, imaginando cuánto dolor sufriría cuando lo llevaran al hospital, y retrocedió con las piernas abiertas mientras el tren chirriaba hacia él.

Los frenos lo salvarían, se dijo. El pensamiento pareció tan claro como su dolor. Pudo ver por el esfuerzo que tensaba la asombrada cara del conductor con cuánta fuerza debía de estar frenando. Incluso cuando la parte delantera del tren se cernió sobre él como la pared desplomada de una casa, Lance pensó que podría esquivarlo. Cuando el parachoques golpeó su pecho pareció firme, pero sorprendentemente amable, empujándole hacia el túnel a una velocidad que sus pies podían igualar. Entonces su pie tropezó con una viga y cayó hacia atrás, golpeando las vías con la espalda. Antes de poder apartarse, la rueda del tren lo alcanzó y le abrió la cabeza.

Se soltó de su cuerpo de inmediato, pero la agonía le acompañó. Sintió como si se hubiera convertido en una herida que nunca terminaba de ensancharse, haciéndose más irregular mientras se abría. Pero se retiraba a la oscuridad, y a medida que la boca del túnel se hizo más pequeña, la agonía empezó a remitir. Dejaría sus pensamientos secretos con su cuerpo en la boca del túnel, advirtió: estaría en paz. Entonces, justo antes de que la luz le abandonara, la niña pequeña se asomó al túnel y le miró sin piedad, recordándole sus peores caprichos y la culpa que éstos alimentaban, dejándole a solas con ellos en la oscuridad.

Una niña de tres años lloraba porque no podía rascarse el brazo a través de la escayola cuando Derek telefoneó al hospital.

—El trabajo de Southport es un incordio. No volveré a casa por lo menos hasta las nueve. Jo dice que recogerá a Rowan del colegio.

—Muy bien, querido —dijo Alison, mientras la niña empezaba a llorar con más fuerza—. ¿Queréis ver qué pasa? —les sugirió a las estudiantes de enfermería que compartían un cigarrillo subrepticio en el pasillo.

Las dos la miraron.

—Será lo mismo que la última vez —dijo Libby—. Tendrá que acostumbrarse a estar sin su madre.

Alison tardó un momento en colgar el receptor, pero no se le ocurrió nada que decir. Cierta indiferencia era parte del proceso que había que atravesar para trabajar como enfermera, acostumbrarte al sufrimiento aunque no fuera tuyo (si dejabas que todo lo que los niños sentían te atrapase, no podrías ayudarlos), pero Libby y Jasmine parecían menos apartadas que apáticas. Sabía que aunque se graduaran tal vez se encontrarán sin trabajo, pero ¿cómo podían ser tan frías? Ciertamente que la encargada de planta no era un gran modelo, irritable e indolente y esperando retirarse dentro de cinco años, dispuesta a que los padres se quedaran con sus hijos para que así pudieran cuidar a otros niños del pabellón. Al menos las auxiliares de clínica tenían hijos e intentaban tratar a los pacientes como a los suyos propios, pero si Rowan tenía que ingresar alguna vez en el hospital, Alison esperaba que la niña no estuviera en esta planta.

Había que tener cuidado para que el sistema no te contagiara su frialdad, para que el tamaño del hospital y la escasez de su personal no te abrumaran. Los ideales que tenías cuando empezabas a trabajar daban paso a la realidad, pero seguro que eso era preferible al estilo de Queenie, apartarse del mundo para preservar tus ideales. No se podría cambiar el mundo, pero tampoco podías criticar sólo contentándote con lo que tenías a tu alcance.

Una de las auxiliares tranquilizaba a la niña contándole una historia. Alison recorrió la planta, escribiendo en las tablillas, estrechando manos diminutas, escuchando confidencias, murmurando consuelos. Dirigió su sonrisa más amplia al niño cuyos padres lo habían encerrado en el apartamento con un televisor que salió ardiendo mientras ellos estaban en el pub. Demasiados padres trataban a sus hijos como si fueran una propiedad, y pocos vecinos estaban dispuestos a intervenir. La idea de intervención despertó la duda que había estado dormitando todo el día en su mente. Se preguntó qué quería Lance de su hija.

El testamento no mencionaba a Rowan. Tal vez Hermione le había entendido mal, dada la forma en que murmuraba. Alison sólo pudo contactar con su padre, y deseó no haberle contado tanto a Richard; hablaba como si ella hubiera confirmado sus

temores. Seguramente, si Lance tenía algo planeado para Rowan no habría intentado entablar contacto con Alison, pero ¿qué podría ser tan importante para que superara su timidez?

Cuando llegó el turno siguiente, tantos niños quisieron despedirse de ella que tuvo que correr hacia la parada de autobús. Tal vez Lance le habría dejado un mensaje, pensó, pero todos los mensajes del contestador eran para Derek. Las vocecitas parecían resonar en la casa ahora que sus padres se habían ido a casa. No debía importarle que pasaran más tiempo con Hermione que con ella; Hermione los necesitaba más, igual que ella necesitaba sentirse protectora de Alison para distraerse de sus propios temores: Alison era consciente de eso desde que podía recordar. Todos vendrían para Navidad (era difícil que hubieran vendido la casa para entonces), y tal vez eso compensaría a Rowan por no quedarse. Alison cruzó la carretera para recogerla.

Jo hojeaba el catálogo por correo y veía un culebrón.

—Le dije que se podía quedar a merendar si quería. Patty las ha llevado a la playa.

Patty era la hija adolescente de Jo.

—Le diré a Rowan que estoy en casa —dijo Alison, y se dirigió al paseo marítimo.

La brisa le acarició el rostro y sacudió la hierba que coronaba las dunas, los yates se mecieron en el atracadero situado junto a los muelles y la estación de radar. Se encaminó más allá de las dunas y vio que los tres hijos de Jo eran los únicos niños en toda la playa.

Bajó corriendo los escalones hasta la playa. Los dos niños más pequeños se burlaban de Patty y susurraban.

—¿Dónde está Rowan? —demandó Alison.

Patty se volvió desafiante, alzando las cejas pintadas y haciendo sacudir sus pendientes.

—Su amiga se la llevó —dijo.

Querido diario, me gusta mi nuevo colejio porque todo el mundo es amistoso y la maestra es hamable y nos permite escribir nuestras cosas abeces, como ahora que puedo escribir mi diario. Pronto nuestra clase va a hacer una obra para nuestros padres y yo seré una bieja solitaria, eso si todavía bibimos en la casa grande...

Rowan mordió la punta de su lápiz. Casi había escrito que deseaba que vivieran allí para siempre. También tenía que ser duro para sus padres tener que mudarse de nuevo tan pronto, pero ahora que el hombre que les debía tanto dinero iba a pagarles, ¿no podrían quedarse? Echaba de menos a sus amigos de Liverpool, pero tal vez uno de sus padres pronto tendría tiempo para llevarla en el coche a visitarlos. Dibujó la casa con todas las ventanas encendidas y barcos navegando bajo la luna, como los imaginaba cuando los escuchaba desde la cama, y luego coloreó las ventanas, colores diferentes para habitaciones distintas, (mando coloreó el piso de arriba, pensó que había subido allí sonámbula. Mami dijo que debía haberlo hecho por todo el ajeteo, pero en ese caso, ¿no tendrían que evitar el ajeteo de mudarse otra vez? No, eso era egoísta por su parte. Papá y mamá ya tenían suficientes problemas. Tenía que ayudarlos siendo una niña mayor.

Después del colegio, salió al patio decidida a no dejar que su padre sospechara lo que esperaba. No tuvo que hacer ningún esfuerzo, pues Jo la estaba esperando.

—Tu padre está ocupado, nenita. Ven a casa conmigo y veremos si hay algunos caramelos.

—No le des más que a mí la última vez —dijo Mary, que estaba en la clase de Rowan pero parecía más joven que ella. El pequeño Paul, que estaba en preescolar, dijo:

—Caramelos, yum.

Se adelantó corriendo camino a casa, hasta que Jo le dio una bofetada cuando se cansó de correr tras él. El niño estaba todavía llorando cuando llegaron a casa de Jo, un sonido tan triste como el cartel de Se Vende colocado ante la casa grande que a Rowan le parecía casi inconsolable, como un niño tan grande y tan feo que nadie quiere jugar con él. Jo los condujo a los tres a la casa y colgó sus mochilas antes de dirigirlos a la cocina.

—¿Qué tengo aquí para estas personitas que no me van a dar dolor de cabeza?

Paul dejó de llorar inmediatamente.

—No le des más que a mí —dijo Mary.

—Puedes quedarte con todos si quieres —dijo Rowan.

—Os quedaréis sin ninguno si empezáis a discutir —Jo se dirigió rápidamente al pie de las escaleras, haciendo que sus sandalias aletearan—. Patty, llévalos a la playa hasta la hora de merendar, ¿quieres? Se están peleando por los caramelos y me están

produciendo jaqueca.

Patty bajó reluciente las escaleras, con un rastro de humo de cigarrillo asomando por su nariz.

—No me siento bien, mamá, y estoy haciendo mis deberes.

—Puedes hacerlos más tarde, ¿verdad? No saldrás a bailar cuando te toque el período. Llévate los durante una hora y procura que no hagan travesuras.

Patty cogió la bolsa de caramelos de lo alto de una alacena.

—Comportaos bien o no comeréis ninguno.

Pero Rowan ya no quería. Le habría gustado acercarse al fondeadero y ver los yates atracados, pero Patty no quería ir tan lejos y Paul podría caerse. Paul y Mary discutieron por los cubos de plástico durante un rato, y cuando Mary insistió en que el rojo era el suyo, él derribó su castillo de arena. Rowan se ofreció a llevarlo a la orilla y mostrarle cómo cavar un arroyo, pero Patty dijo que tenía que estar cerca de ella. Sintiendo un estorbo, Rowan se apartó de los demás y se puso a contemplar la bahía.

La costa galesa titilaba con el calor. Parecía congregarse y abalanzarse hacia el enjambre de luz que era la bahía. A menudo, Rowan cerraba los ojos para luego abrirlos y hacer que todo pareciera nuevo, pero ahora tuvo que cerrarlos para que la luz no la molestara. Los abrió un poquito, y descubrió que estaba mirando directamente a alguien a quien no podía ver a causa del resplandor: una figura vestida de blanco.

Por un instante eso fue todo lo que pudo ver, en mitad de una blancura demasiado brillante para sus ojos. Ni siquiera pudo oír las olas. No me gusta esto, pensó, preguntándose qué le había hecho ahora el calor. Entonces la figura se volvió hacia ella, y el sonido de las olas inundó sus oídos, la bahía y el cielo y la playa volvieron a enfocarse mientras la niña se dirigía hacia ella cruzando la arena.

Era Vicky, la niña que había conocido en Gales. Alrededor de su cuello y por encima de su vestido, que parecía exactamente el mismo de la otra vez, colgaban un par de viejos binoculares. Se detuvo a unos pocos pasos del agua, invitando a Rowan a acercarse con sus ojos claros, sonriendo.

—Prometí que volvería a verte, ¿no? Te he visto cuando tú no me veías. He comprado esto para ti, pero creo que no deberías estar con niños sucios. No queremos que ensucien nuestras lentes.

—Tuve que venir con Patty porque mis padres están trabajando. Sólo tengo que quedarme cerca.

—Verás mejor desde las dunas —dijo Vicky, y tras pasar la cinta por encima de su cabeza, le tendió los binoculares.

Rowan intentaba enfocarlos cuando apareció Paul.

—Déjame mirar —demandó.

—Eres demasiado pequeño, Paul. Podrías romperlos —dijo Rowan.

El niño empezó a llorar de inmediato, y Patty se acercó, gruñendo.

—Estaba tan feliz jugando y ahora lo has molestado. ¿Qué le has dicho? ¿De dónde has sacado eso?

—Me los dio mi amiga —dijo Rowan, enfadada, pues Patty hablaba como si fuera una ladrona—. Sólo le dije que era demasiado pequeño para usarlos.

—¿Qué amiga? —dijo Patty, y luego descartó la pregunta, impaciente—. Déjale echar una ojeada. Me encargaré de que no los rompa. Me está produciendo dolor de cabeza, ¿sabes? Si no dejas de atormentarlo, se lo diré a nuestra madre.

Mary corrió hacia ellos, tirándose de las braguitas que se le habían atascado en el trasero.

—Yo también quiero mirar.

Paul se frotó la nariz con el dorso de la mano y luego secó ésta en sus pantalones, y Rowan se sintió dolorosamente avergonzada de estar con él y sus hermanas. Buscó a Vicky y la vio observando desde el borde de las dunas. Señalaba los binoculares, y asintió, indicando que se los diera a Paul. Su sonrisa era tan retorcida que Rowan vaciló, hasta que Mary dijo:

—Es una egoísta, sólo porque vive en una casa grande.

Rowan se pasó la cinta por encima de la cabeza, sintiéndose culpable y excitada, y colgó los binoculares alrededor del cuello de Paul.

—Agárralos, ¿quieres? —gritó Patty cuando empezó a quejarse de su peso.

El niño se miró los pies a través de los prismáticos y casi se cayó, escrutó la bahía y dijo «Guau» ante la luz, y entonces se volvió a mirar su casa. De repente, apartó los binoculares, tan violentamente que Rowan temió que la cinta fuera a romperse, y se abrazó a Patty.

—Dámelos —chilló Rowan—. Podrías haberlos roto.

El niño casi le arrojó los binoculares.

—Una niña con cara larga me asustó —gimió—. Hizo que sus ojos parecieran horribles.

Rowan se retiró hacia las dunas y trató de no reírse cuando Patty gritó:

—No subas ahí. Mi madre ha dicho que tenías que quedarte conmigo.

—No, no lo hizo —dijo Rowan—. Dijo que no hiciéramos travesuras, y ya sé que no las tengo que hacer, gracias. Sólo subo a las dunas para ver mejor.

—Quédate donde se te ha dicho —ordenó Patty, ronca por los cigarrillos que fumaba, y la siguió cojeando.

Rowan subió corriendo los escalones y cruzó el asfalto lleno de arena del paseo, y oyó susurrar a Vicky.

—Aquí.

Mientras Rowan escalaba la duna, Patty llegó a lo alto de las escaleras, la cara deformada por la incomodidad.

—No nos encontrarán —dijo Vicky.

Rowan se agachó, sintiéndose acalorada y furiosa, el corazón desbocado.

Oyó acercarse a Patty, gritándole amenazas para que se dejara ver, y entonces su

voz entrecortada y las quejas de los niños más pequeños desaparecieron.

—Dije que te escondería —dijo Vicky—. Puedes confiar en mí.

Rowan deseó poder ser como ella, con su immaculado traje blanco, sus pies descalzos llenos de arena, su rostro largo y liso como el mármol, los pequeños rasgos que eran perfectamente simétricos. Parecía absolutamente distinta a Patty y los demás. Patty emitió un chillido distante, y entonces se produjo el silencio, ni siquiera el sonido de las olas. Rowan dirigió a Vicky una sonrisa triste que pretendía decir que Patty no tenía nada que ver con ellas, pero Vicky la miró con desdén.

—Pronto serás igual.

—No —respondió Rowan, indignada—. ¿Qué quieres decir?

La cara de Vicky se retorció de disgusto, y bajó la voz.

—Sangrarás.

—Todas las chicas y señoras lo hacen —dijo Rowan, sintiéndose inesperadamente superior.

—No te sentirás tan orgullosa cuando te pase. Te sentirás enferma y sucia y avergonzada de ti misma. Ya has visto el aspecto de esa niña.

—Mi madre dice que es natural, parte del crecimiento.

—Cuanto mayor se hace la gente, más mentiras dice.

—Mi madre no dice mentiras, así que no la acuses.

—¿Estás segura? He visto que tu casa está en venta. ¿Te hizo pensar que ése era tu hogar ahora?

—Aunque lo hiciera, eso no es mentir —dijo Rowan, pero parecía que así era.

—Y tu padre prometió comprarte un telescopio, pero tuviste que esperar a que yo te trajera uno.

—¿Y tu padre? ¿También dice mentiras?

De inmediato, los ojos claros se quedaron en blanco, como viejas monedas, mirándola tan fijamente que Rowan tuvo miedo de hablar. Tragó saliva y tocó los binoculares.

—¿De verdad que los has traído para mí?

La mirada de Vicky se ensombreció lentamente, y Rowan oyó el susurro de la arena a través de la escasa hierba.

—Eso te he dicho, ¿no? Y yo no digo mentiras. Sube a ver qué ves.

Cuando Rowan llegó a la cima de la duna vio a Patty en las escaleras, siguiendo a Paul y Mary, que corrían hacia sus cubos. Por un momento ella pareció mirar hacia Rowan, pero el sol debía de darle en los ojos. Su cabeza fue desapareciendo escalón tras escalón, y entonces sólo quedó Vicky, su vestido blanco contra la duna soleada, observando a Rowan mientras ésta se llevaba los binoculares a los ojos.

Le gustaban las cosas viejas, pero los binoculares tal vez lo fueran demasiado. Todo lo que pudo ver fue un borrón tras un enorme ocho de oscuridad. La opresión hizo que la cabeza le doliera. Buscó un tornillo para enfocar, pero no había ninguno.

—Déjalos funcionar —dijo Vicky.

De repente, lo hicieron. El panorama saltó hacia Rowan, tan rápido y tan claro que la niña jadeó. Contemplaba el agua en mitad de la bahía, y no sólo la visión, sino el sonido de las aguas pareció más cerca. Mientras miraba el lento y blanco reflujo, el agua se oscureció y luego se hizo más transparente, como una promesa de lo que vería en las profundidades, y el oscuro túnel que cercaba su visión pareció desaparecer.

—Cuanto más los uses, más fuertes serán —murmuró Vicky—. Echa un vistazo adonde estamos.

Rowan dirigió los binoculares a Gales. El movimiento fue como volar sobre el mar; contuvo la respiración. La playa de Talacre surgió de las olas, y se sintió aturdida por lo mucho que podía ver: perros persiguiéndose en un remolino de arena, tres bañistas alineados sobre tres toallas como las barras de una bandera, niños cavando agujeros en la arena. Los gritos de los niños que podía oír debían de proceder de la playa de Waterloo.

—Verás más desde lo alto de tu casa —dijo Vicky.

Rowan sorteó la carretera de la costa desde Talacre hasta el Valle de Greenfield. Las presas brillaban entre las fábricas derruidas mientras se alzaba entre las pendientes hacia Holywell. Capas de casitas recortadas daban paso a las calles comerciales, y entonces se encontró ante la casa de su tía.

Hermione estaba en el jardín, inclinada ante las flores. Rowan contempló, hechizada, como su tía tiraba de los matojos. Pudo ver la mano de su tía en su espalda, pudo ver el viejo guante en la mano; casi pudo oír el gruñido de triunfo de Hermione cuando las raíces se soltaron, esparciendo la tierra. Su tía se enderezó y la miró directamente.

Rowan casi se agazapó tras la duna, pues Hermione parecía estar muy cerca. Se sentía excitada y un poquito culpable, y ya no pudo sujetar los binoculares. Le asombraba su habilidad para ver tan lejos. Vio como Hermione sacaba su cubo de hierbajos arrancados. No podía dejar de mirar. No sabía cuánto tiempo llevaba allí cuando oyó que alguien la llamaba por su nombre.

La voz parecía tan lejana que al principio no la reconoció. Entonces el sonido de la ansiedad de su madre la atrajo, y trató de encontrar la playa. Tuvo que cerrar los ojos mientras su visión recorría la bahía. Los abrió y fijó los binoculares, y contempló el rostro preocupado de su madre. Los binoculares no podían funcionar tan bien a esta distancia: su madre parecía más lejana que Hermione, al fondo de un largo túnel negro. Intentó bajar los binoculares, pero sintió sus manos muy lejanas también. Entonces su madre la miró directamente, sin verla, y corrió por la playa.

—Mami —gimió Rowan, y apartó los binoculares de sus ojos.

El cielo se agitó, la duna cedió bajo ella. Su grito no pudo ser tan fuerte como pensaba, pues su madre no se volvió. Rowan bajó la pendiente arenosa, y se dirigió hacia el paseo, la pendiente se desmoronaba bajo sus talones y rechinaba bajo sus uñas. Vicky estaba en la cima, esperando.

Aunque su cabeza tapaba el sol, su rostro brillaba. No tenía más expresión que la luz de sus ojos. Cuando Rowan casi llegó a la cima, Vicky se interpuso en su camino y extendió las manos. ¿Quería los binoculares? Rowan empezó a quitarse la cinta del cuello, pero Vicky dijo:

—Ahora son tuyos.

Rowan no estaba segura de quererlos, y entonces recordó hasta dónde había visto.

—¿Puedo quedármelos para siempre?

—Mientras estés en esa casa. Si te quedas allí tal vez puedas conservarlos para siempre. Tal vez puedas.

Hablaba como si estuviera a punto de decirle a Rowan como hacerlo. Rowan habría querido quedarse más tiempo, pero oyó llamar a su madre.

—Tengo que irme.

Vicky la miró. Las olas lamieron la orilla y se retiraron antes de que se hiciera a un lado.

—Vendré a buscarte pronto —dijo.

Rowan corrió por el paseo y bajó los sucios peldaños. Su madre volvía del embarcadero, con la cara angustiada.

—Mami, estoy aquí —llamó Rowan—. Sólo estaba en las dunas. Patty no quiso venir conmigo. Lo siento.

La expresión de la cara de su madre pasó de la preocupación a la furia, y entonces se sintió simplemente aliviada.

—¿No me has oído llamarte? No vuelvas a hacer eso, Rowan. Creía que podía confiar en que no te fueras sola.

—Estaba con Vicky —protestó Rowan—. La conocí cuando estaba en casa de Hermione. No fuimos muy lejos.

—Bueno, espero que sea mejor que Patty. No podría ser peor —la madre de Rowan miró los binoculares, dubitativa—. ¿Te los prestó?

—Dijo que podía quedármelos. Son viejos. Estoy segura de que son de ella.

—Muy bien, cariño, nadie la está acusando de nada —la madre de Rowan la abrazó con una fiereza que la hizo comprender lo preocupada que estaba—. Vamos, será mejor que vayamos a casa de Jo antes de que Patty la haga llamar a la policía. Me presentarás a tu amiga por el camino.

Pero cuando subieron las escaleras y corrieron cogidas de la mano hacia las casas, en las dunas no había más que arena y manojos de hierba.

—Tráela a casa en otra ocasión. Fue muy amable al regalarte los prismáticos. Tendrás que regalarle algo a cambio —dijo la madre de Rowan, y por un momento, mientras la arena tiraba de sus pies, Rowan se preguntó qué querría Vicky de ella, y esperó que no fuera demasiado.

El sábado había dos cartas en el felpudo.

Una era de Rowan, al estilo de las que escribía a menudo.

Queridos papá y mamá, no me importa dónde viva mientras esté con vosotros, quiero vivir con vosotros porque os quiero más que añada en el mundo y me alegro de que me dejéis quedarme los ~~vine vineo~~ vinoculares, espero que conocáis a mi nueva amiga pronto...

La besaron y la enviaron a jugar en la jungla del jardín trasero mientras miraban la otra carta. Era del banco.

—Ábrela tú —dijo Derek—. Tal vez nos traigas suerte.

Vio como Alison volvía el sobre y alzaba la solapa con una uña. Deslizó un fino dedo en su interior y lo rasgó, sacó la hoja de papel timbrado, la desplegó y la enderezó. Tal vez el director del banco había escrito para decirles que su cuenta estaba por fin en números negros, intentó pensar Derek, hasta que Alison hizo una mueca mientras le tendía la carta. El cheque del contratista había sido devuelto.

Fue como si le hubieran arrancado las trescientas libras de las manos. Derek vio como sus planes se desvanecían uno a uno, como luces que se funden: redecorar la casa para poder venderla con más facilidad, las vacaciones que podrían disfrutar cuando Rowan llegara al descanso de la mitad del trimestre, un coche para Alison, porque no merecía la pena reparar ya el suyo... La casa pareció caerle encima, un peso muerto del que nunca se librarían, destartalada y fea y desagradable. Mientras se dirigía al teléfono, chirridos y ecos le siguieron.

—Intenta no perder los nervios —dijo Alison.

Había niños jugando, una mujer les gritaba por encima del farfullar de un pinchadiscos que hablaba tan fuerte como si estuviera en una arenga pública.

—Sí —dijo una voz.

—No malgasta palabras, ¿eh? —dijo Derek.

—¿Qué?

—¿Está Ken?

—¿Quién lo llama?

—Lo sabe.

El hijo de Ken, fuera cual fuese, se apartó del teléfono y murmuró, luego regresó.

—No está aquí. Dice que le deje un mensaje.

Derek pudo oír a Ken silbar melodías de los Beatles entre el clamor.

—No me molestaré —dijo, y se apoyó sobre el teléfono mientras llamaba a Alison—. Voy a verlo.

Ella bajó rápidamente la escalera, con las sábanas dobladas en los brazos.

—¿No sería más seguro que el abogado le escribiera?

—Más seguro y más largo, y sin nada en limpio al final, posiblemente. Mira, sólo quiero hacerle comprender el lío en que estamos metidos —dijo, y le cubrió los labios con la mano. Todavía podía sentir su aliento húmedo en la palma mientras corría hacia el coche.

Atravesó Everton, dejando atrás calles con tiendas anticuadas y cines convertidos en bingos, y subió la colina cubierta de bloques de edificios. Tras Everton estaba Toxteth, jóvenes negros con radios enormes recorrían las calles victorianas, jóvenes blancos en coche buscaban mujeres. La ventana del antiguo apartamento de los Faraday estaba rota y remendada con cartones. Ken vivía al otro extremo de Toxteth, en Aigburth, en una calle sobre los Festival Gardens. Entre los jardines de todas las naciones en la orilla de Mersey, el Festival Hall brillaba sombrío, un zeppelin medio enterrado. Una rueda de caravana asomaba junto al porche de cristal de la amplia casa de ladrillo de Ken. Derek llamó al timbre colocado bajo una lámpara y oyó voces gritando a los niños para que se callasen.

Las cortinas violeta se agitaron en la ventana principal, y entonces Ken abrió la puerta vestido con una bata oriental. Su cara redonda intentaba parecer inexpresiva.

—Hola, Derek. ¿Visitando viejos barrios? Ahora mismo tenemos un poco de jaleo.

—Puedo soportarlo. No querrás que te grite a través del cristal.

Ken abrió al puerta del porche y salió, alisándose el pelo despeinado.

—No he olvidado que dije que arreglaríamos tu casa, si eso es lo que pasa.

—Es tu cheque, amigo.

—No habrás intentado cobrarlo, ¿verdad? ¿No era para finales de la semana que viene? Es culpa mía. Tengo tantas cosas en la cabeza, ya sabes como es. Espera y te firmaré otro.

—No podemos esperar. Ken. Necesitamos el dinero ahora.

—No creerás que soy tan tonto para tener todo ese dinero en casa con tantos ladrones alrededor, ¿verdad? Dile al banco que va de camino si se ponen pesados. ¿Qué harán, secuestrar a tu hija si no pagas?

—Tu banco abre los sábados. Podrías darme el dinero cuando te vistas.

—No puedo hacerlo, amigo. Problemas de liquidez y algunos de los capullos con los que tengo que trabajar, ya sabes. No hagas una escena, ¿vale? Aquí somos gente agradable, no tenemos líos en la calle. ¿Vas a dejarme que te dé un cheque? Entonces tendrás que disculparme, tengo que dar de comer a los conejos.

Se dirigió al lado de la casa, atándose la bata. Derek lo alcanzó cuando salió de la cocina con una lechuga.

—No voy a marcharme hasta que me pagues los trescientos que me debes —dijo Derek, tan fuerte que los conejos se agitaron en la jaula al fondo del jardín.

—¿Todavía detrás de los billetes verdes? Mastica esto si estás tan desesperado —lanzó la lechuga a Derek, quien la agarró por instinto mientras Ken abría la puerta del callejón situado junto a la conejera—. ¿Vas a ser razonable? Mis chicos te arreglarán

la casa la semana que viene si no te importa que trabajen por las noches, ¿verdad, muchachos?

Derek se volvió. Los dos hijos mayores de Ken estaban tras él.

—Sí —dijo uno, y el menos hablador asintió.

—Acabarán antes de medianoche —dijo Ken.

¿Cómo podía Derek considerar dejarlos entrar en la casa cuando podía ver que estaban dispuestos a amenazarlo?

—Quiero mi dinero —dijo.

Ken le quitó la lechuga de las manos y abrió la puerta del callejón, sacudiendo tristemente la cabeza.

—Dadle lo que está pidiendo.

Derek retrocedió hasta el callejón y tropezó con un contenedor de basura. Casi cayó de espaldas. Los jóvenes se rieron por eso, pero dejaron de sonreír mientras le seguían. Cuando Derek se puso en pie, sus dedos encontraron el cuello de una botella. La rompió contra la pared tan salvajemente que los hijos de Ken retrocedieron un paso. Sintió que una lasca de cristal se clavaba en su mano como un atisbo de como acabaría la pelea con ellos, y esto le excitó, le hizo querer dañarlos aún más. Entonces pensó en Rowan, la imaginó viendo en qué estado llegaría a casa. Tiró la botella y dio la espalda a los jóvenes. Éstos se burlaron de él y le tiraron basura mientras regresaba lentamente al coche.

Había conservado su autorrespeto, pero ¿a qué precio? Ahora tendría que recurrir a un abogado y pagar más por el trabajo de la casa. Regresó a Waterloo, cada vez más descontento consigo mismo y con la noticia que tenía que darle a Alison. Pero cuando la encontró, revisando viejas fotos en una habitación del piso central, ella parecía tan trastornada que tuvo miedo de preguntar qué había sucedido.

—Lance se ha matado —dijo.

—No me digas. ¿Cuándo?

—Hace unos días, pero Richard acaba de llamar a mis padres. Hermione nos contará más cuando llegue. No te importa que se quede a pasar la noche, ¿verdad? Parecía muy impresionada.

—Lo que tú digas, Ali. No hubo suerte en casa de Ken, por cierto. Apenas pude acercarme a él.

—Sobreviviremos hasta que las cosas mejoren —Alison le abrazó, pero eso sólo le hizo sentirse más torpe, como si ella advirtiera que no le había dicho toda la verdad.

Se alegró de que el teléfono sonara.

—Es un trabajo doméstico en Bootle —anunció—. Llevaré a Rowan.

Rowan estaba detrás de la casa, contemplando la bahía por encima del denso seto.

—Echarás raíces si te quedas ahí más tiempo —le dijo—. Ven a ver como arreglamos una casa.

—Prefiero quedarme, papi. Mi amiga Vicky tal vez venga a jugar conmigo, y

quiero estar aquí por si lo hace.

Derek no estaba preparado para ser rechazado. Tal vez ella consideraba que cargar con las herramientas no era propio de una señorita. Llegaría un momento en que no la conocería. La idea le lastimó, y tuvo que concentrarse en el trazado de la instalación para los recién casados de Bootle. Cuando regresó a Waterloo, Hermione había llegado.

Estaba en el jardín delantero, atacando el césped con sus tijeras.

—Aquí estoy de nuevo, Derek. Pensarás que no puedes deshacerte de mí.

—No me rompas el corazón. Sabes que siempre eres bienvenida.

—¿Si? No me siento así. No me refiero a ti, sino a la casa —miró como si esperara ver a alguien observándola—. ¿Y vosotros? ¿Os sentís cómodos?

—Rowan sí.

—No estoy segura de que eso me guste —arrancó la hierba de las hojas de su podadora—. Bien, pensarás que la neurótica de tu cuñada está peor que nunca.

—Necesitas tiempo para superar las cosas, eso es todo. Pero las partes malas de tu pasado están muertas ahora, ¿no? Queenie y ahora Lance.

Pensó que había sido demasiado brusco, pero ella asintió lentamente, como para convencerse a sí misma.

—Lance, sí. No hay ningún error al respecto, quedó cortado por la mitad. El conductor dijo que se le plantó delante. ¿Cómo puede nadie hacer eso, Derek?

—Tal vez ya no pudo soportarse por más tiempo, la vergüenza de que todo el mundo lo supiera.

—Eso es lo que piensa su padre. Pero venía hacia aquí, Derek.

—¿Y qué? —dijo él, sintiéndose oscuramente amenazado—. Tenía que ir a alguna parte.

—Pero ¿por qué venir hasta aquí y luego matarse?

—Había estado hablando sobre Rowan, ¿no? Tal vez cuando estuvo cerca no pudo soportar lo que pensaba sobre ella.

La discusión le ponía nervioso, el recuerdo de haber conocido a Lance, la sensación de la mente de Lance como un pozo oscuro en el que cualquiera podía caer si se acercaba demasiado.

—Nunca sabremos lo que quería decirle a Alison —dijo Hermione, y él estuvo a punto de contestar que no importaba cuando Rowan rodeó la casa.

—¿Dónde está mami? Oh, hola —dijo a Derek—. No sabía que hubieras vuelto. Por favor, ¿puedo ir a las dunas donde me podáis ver y buscar a mi amiga?

—Aquí estoy, Rowan —Alison apareció en la puerta abierta con un rascador y un trozo de papel arrancado de la pared—. ¿Qué ocurre?

Hizo la pregunta a Hermione, que estaba mirando a la niña. Hermione se aclaró la garganta, nerviosa.

—¿Le diste esos binoculares?

—Fue una de sus amigas —dijo Derek.

—Puedes echarles un vistazo si quieres —ofreció Rowan, y buscó el lazo tras su cuello.

—No, no, sólo quiero verlos —dijo Hermione rápidamente. Los miró, y entornó los ojos—. Me gustaría cogerlos.

Su intento por parecer casual hizo que Rowan vacilara.

—Mi amiga dijo que podría quedármelos mientras viviéramos aquí.

Derek dejó escapar su creciente impaciencia.

—¿Cuál es el problema, Hermione?

—Son de ella —se dirigió a Alison, casi suplicando—. Los vi en su habitación, lo juro. ¿No ves lo viejos que son?

—Escucha, si alguien no...

—Se refiere a Queenie, Derek. Es verdad que tenía unos binoculares tomo éstos. No estaban en su habitación cuando la despejamos. Rowan, querida, no me enfadaré si dices que fuiste tú, pero ¿los cogiste de la habitación de la señora mayor?

—No, mami —respondió Rowan, a punto de llorar de rabia.

—Solía sentarse con ellos en la ventana después de la muerte de su padre —dijo Hermione, como si eso pudiera convencer a Derek—. Observaba su tumba durante horas.

—Son de Vicky. Ella me los dio —lloriqueó Rowan.

Hermione agarró con tanta fuerza el brazo de Derek que éste dio un respingo de dolor.

—¿Quién dices?

—Vicky. Es mi nueva amiga. La conocí cuando estuve en tu casa.

—Oh —gimió Hermione, desplomándose contra Derek.

Él liberó su brazo y la asió por los hombros. La miró a los ojos.

—Hermione, vas a asustar a la niña si no te calmas. ¿Qué te ocurre?

—No pasa nada, Derek, yo cuidaré de ella —Alison rodeó a su hermana con un brazo—. Es sólo una coincidencia, Hermione.

—¿Qué clase de coincidencia? —demandó Derek.

Alison miró a Rowan y luego a él, con el ceño fruncido.

—Es sólo una coincidencia —repitió, más forzada—. Está pensando en Queenie, eso es todo. La llamábamos Queenie porque su padre decía que era su reina. La bautizaron como Victoria.

El silencio pareció extenderse en el aire hasta que los oídos de Rowan latieron. El chirrido de una gaviota hizo parecer que el aire se rasgaba. Derek murmuró entre dientes, y entonces Hermione se separó de su hermana.

—Rowan, ¿cómo es tu nueva amiga? —dijo, intentando no parecer interesada.

—Es simpática. Sé que lee mucho y que le gustan las cosas antiguas. Siempre dice la verdad, y es terriblemente limpia. Su padre la educó, pero ahora no sabe dónde está.

Todo lo que dijo pareció trastornar aún más a Hermione.

—¿Y dices que la conociste cerca de mi casa? —susurró.

—En la playa, cuando fui con el abuelo. Pero dijo que vivía cerca de aquí.

—Muy cerca —dijo Hermione, y tragó saliva—. Rowan, ¿me prometes una cosa?

—¿Qué?

—¿Me prometes que no jugarás con esa niña que llamas Vicky?

—Haznos un favor, Hermione —interrumpió Derek—. Tiene muy pocas amigas por aquí, no hace falta que la hagas perder ésa.

—Entonces hasta que podamos conocerla. ¿Qué hay de los niños que viven al otro lado de la carretera?

—¿Mary y Paul? Ya no me gustan. Nunca están limpios. Me mancillan.

—Es ella —gimió Hermione—. Es una de sus palabras. Dios mío, hablas como ella.

Rowan de repente se sintió tan mala como Vicky cuando Paul quiso los binoculares, tanto que dio la espalda a Hermione por acusarla de mentir. Recordó una de las palabras de Queenie.

—Son unos niños mezquinos —dijo.

Tal vez había ido demasiado lejos. La cara de Hermione empezó a temblar.

—Son sólo palabras de los libros que lee, Hermione —insistió Derek—. Y tal vez se las oyó a la vieja antes de morir.

—Está en una edad en que lo recoge todo —dijo Alison—. Será mejor que nos acostumbremos, Hermione. Puede que empeore cuando sea una adolescente.

—No es sólo eso, ¿no lo veis? Podría ser Queenie que estuviera ahí de pie delante de nosotros. Por el amor de Dios, agarradla mientras aún podéis.

—No necesito que me digas lo que es mejor para mi hija y su mente —replicó Derek.

—También es hija mía —dijo Alison.

—Nunca he dicho que no lo sea. Espero que eso signifique que no tomarás en cuenta las locuras de tu hermana.

Se volvió como si hubiera dicho demasiado. Rowan se avergonzó de haber causado el problema, de hacerlos hablar como si ella no estuviera allí.

—Lo siento, títa, sólo me estaba burlando de ti. Papá tiene razón, esas palabras

están en mis libros.

—Por mí es suficiente —dijo su padre—. Márchate si quieres, pero quédate donde podamos verte.

Hermione se ofreció nerviosamente a acompañarla, hasta que su madre dijo que no era necesario. Rowan corrió a las dunas. Si se empezaba a parecer a Queenie, ¿qué tenía eso de malo? Si Vicky se parecía también a Queenie, aunque menos aterradora, tal vez Rowan se sentía atraída por eso. Hablar con ella despejaría las dudas que tenía, aunque no estaba segura de poder preguntarlas. Pero no había ni rastro de Queenie en las dunas ni en la playa.

Cuando Rowan volvió a casa, los adultos se comportaban con mucha amabilidad. En la cena, incluso la observación más neutral que le hacían parecía dirigida a otro de los adultos. Se alegró cuando fue la hora de acostarse, aunque fueron uno a uno a darle besos que parecían palabras no pronunciadas.

El domingo, Hermione pareció decidida a ser sensata: cavó ferozmente en el jardín toda la mañana y luego propuso ver qué podían limpiar del piso de arriba. Subió las escaleras como si nunca hubiera tenido miedo de hacerlo.

Su bravata no duró mucho tiempo. Obviamente, no le gustaban las sombras que se agazapaban en la habitación situada junto a la de Queenie, manos sobre rodillas en los muebles cubiertos de sábanas. Pronto todas las sillas quedaron descubiertas a excepción de la que parecía como si hubiera alguien sentado bajo la sábana. La forma sentada eran sólo cojines, y podridos, por el olor. Cuando Hermione intentó mover una silla, el tejido cedió y sus dedos se hundieron en la esponjosa materia gris que llenaba los brazos.

—Limpiaréis esta planta pronto, ¿verdad? —suplicó—. Cuanto antes sea habitable, antes podréis marcharos de aquí.

Su padre la llevó a casa esa noche. Cuando regresó, Rowan estaba ya acostada, escuchando con aprensión la discusión que sus padres parecían guardar hasta que estuvieran solos. Se durmió antes de poder escuchar nada. En el desayuno permanecieron en silencio, y su padre estuvo mirando una carta que había apoyada en la jarra de leche. Por fin, le contó qué decía.

—No voy a encargarme del trabajo en tu colegio, por si alguien lo pregunta. Tendría que contar el que vayas allí, pero un tipo me ganó por cincuenta libras.

—¿No podremos quedarnos aquí?

—¿Qué demonios crees? —replicó él, y pareció sorprendido de sí mismo—. Lo siento, cariño, no pretendía gritarte.

Ella estaba demasiado trastornada para responder, y él se volvió a mirar la carta.

—Cincuenta cochinas libras —murmuró.

—Deja tranquilo a tu padre, Rowan. Date prisa o llegarás tarde al colegio.

Su madre la condujo al cuarto de baño para que se cepillara los dientes. Cuando Rowan se asomó al comedor y trató de despedirse de su padre, su madre la hizo apresurarse. Fue demasiado tarde. Rowan ya había oído uno de los peores sonidos

que podía imaginar: su padre llorando.

El lunes, a la hora del almuerzo, varias niñas vinieron a la tienda. Hermione se asomó cuando sonó la campanilla. Dos niñas de la edad de Rowan admiraban los vestidos en las perchas mientras algunas compañeras de clase se apretujaban en el escaparate, oscureciendo la tienda. La campanilla tintineaba a medida que las niñas iban entrando, y Hermione pareció incapaz de contarlas o incluso de ver sus rostros. Hicieron que la habitación pareciera un cuartucho pequeño, oscuro y sin aire. Se puso en pie.

—Algunas tendréis que salir. Las que no vayáis a comprar nada. Y no bloqueéis el escaparate. Dadnos a los demás una oportunidad de respirar.

Las niñas se miraron como si estuviera loca o senil. Una, que acababa de abrir su bolso, lo cerró ostentosamente y salió de la tienda como si fuera una duquesa, seguida de sus amigas. La aguda campanilla sonaba y sonaba, y entonces la habitación quedó en silencio hasta que Gwen y Elspeth, las trabajadoras que hacían los juguetes, murmuraron algo en galés.

—Decíamos que si quiere irse a casa donde no la interrumpen, nosotras cuidaremos de la tienda —explicó Gwen.

—No podría hacerlo. La gente pensaría que es una mejora, y probablemente lo sería —incluso su intento de hacer un chiste traicionó su nerviosismo—. Si queréis quedaros, me encantaría. Estaré en la parte de atrás para no asustar a más clientes —dijo, y regresó al último montón de anuncios no solicitados.

Pronto todos los brillantes folletos llenos de elogios a los muñecos de plástico estuvieron en la papelera situada junto a su pequeña mesa de roble. Gwen y Elspeth murmuraban fluidamente en galés y la miraban cuando ella no se daba cuenta, la preocupación reflejada en sus rostros pálidos y afilados, pero delicados. Años de vivir juntas las habían hecho parecer gemelas casi idénticas. Hermione no podía reprocharles que se preocuparan por ella. No sería de ninguna utilidad a Rowan en este estado.

Se encontraba así desde que la niña se asomó al escaparate a través del reflejo de la máscara. No dejaba de ver una figura pequeña en las calles oscuras, y cada vez que abría la tienda sentía que había demasiadas caras inmóviles en la ventana. Luego su madre la llamó para decirle que Lance se había matado antes de poder hablar con Alison, y Hermione recordó lo que le había dicho: «la niña pequeña». Tal vez no se refería a Rowan.

La impresión de que podía ser necesaria la envió a Waterloo. La visión de la casa, del conjunto de ventanas que le recordaban a los ojos de una vieja araña hinchada, la había puesto demasiado nerviosa para pensar. Las hermanas habían discutido sobre Lance, y Hermione se sintió menos sola después de hablar. Se puso a trabajar en el jardín para que los posibles compradores de la casa no decidieran en contra antes de abrir la puerta, y luego apareció Rowan con los binoculares de la vieja muerta.

Al principio Hermione pensó que la forma negra se agarraba a su pecho. Había visto un murciélago, y se dijo que era un gatito. ¿Qué más daba si eran los binoculares de Queenie? Era lógico que la niña hubiera cogido algo de la casa, pero ¿por qué insistía en que una amiga se los había dado? Rowan la miró inocentemente y dijo que la había conocido cuando se alojaba con ella... una niña con el verdadero nombre de Queenie.

Nadie pareció darle importancia. Cuando Rowan se marchó tras las dunas y no pudo oírlos, sus padres se volvieron hacia Hermione. Rowan ya estaba bastante trastornada por tener que mudarse sin todo este alboroto por un viejo par de binoculares. El maldito aparatejo ni siquiera servía de mucho, protestó Derek como si eso debiera terminar la discusión: había echado un vistazo y las lentes bien podrían haber tenido cristal corriente.

Hermione se obligó a callarse hasta que pudo escoger las palabras. Una noche de descanso la hizo sentirse más capaz, tanto que se atrevió a subir al piso de Queenie para demostrar a Alison y Derek que había superado sus neurosis y había que confiar en ella. Pero las habitaciones la trastornaron, pues parecía que la muerte de Queenie se filtraba a través de ellas. Se había llevado algunos álbumes familiares para repararlos en casa, y nunca se había sentido antes más ansiosa por marcharse del hogar de Queenie.

Y ahora que estaba más recuperada, empezaba a acosar a sus clientes en vez de intentar ayudar a Rowan. Retrasarlo sólo empeoraría sus temores, y tenía que enfrentarse a lo que no podía evitar. Se incorporó, sintiéndose inesperadamente más liviana, y las mujeres le sonrieron como si se hubiera levantado de la cama tras una enfermedad.

—Si vais a quedaros hasta que cerremos, ¿podrías acercarme a la iglesia? —dijo. Ellas parecieron aliviadas y comprensivas.

—Cuando quieras visitar la tumba, dínoslo —dijo Elspeth.

Cuando las niñas pasaron ante la tienda de regreso al colegio, Hermione las abordó.

—Lamento haberos gritado. He tenido algunos problemas familiares.

—Entramos demasiadas a la vez. Volveremos mañana —dijo una, y Hermione pensó en dar un regalo a cada una de ellas.

Cerró la tienda a las cinco y media mientras Elspeth sacaba el Renault del aparcamiento. Mientras se dirigían a Gronant a través de una carretera secundaria, una oleada de frío típico del otoño llegó desde los campos, donde los bordes de las hojas empezaban a teñirse de amarillo.

—Llevaré a Gwen a casa —dijo Elspeth en la iglesia, como si no estuvieran viviendo juntas, aunque a Hermione no le importaba: las envidiaba por lo que tenían. Vio como el Renault desaparecía tras la colina, y entonces entró en la iglesia.

Era pequeña y ordenada, medio oscurecida por el enorme campanario. Atravesó el césped, dejó atrás las flores apoyadas contra las lápidas grises, un ángel que

asomaba el muñón de su muñeca en su túnica de piedra como si fuera el cañón de un arma. Un sauce llorón daba sombra a una zona en mitad del cementerio, inviolable e inaccesible, y tras él se encontraba la tumba familiar.

El nombre recién tallado brillaba desde la columna de mármol sobre el montoncito cubierto de césped. SU AMADA HIJA VICTORIA, POR FIN EN BRAZOS DE SU PADRE. Queenie debía de haber preparado el epitafio por adelantado, o de lo contrario también se mencionaría a su madre. Hermione tembló ante la idea de bajar hacia unos brazos enterrados... y entonces recordó que Rowan había dicho que la niña llamada Vicky no sabía dónde estaba su padre.

No era extraño que Queenie hubiera vuelto si todo lo que había encontrado era vacío. Hermione creía que cuando morías encontrabas lo que esperabas, pero ¿y si encontrabas sólo lo que pudieras crear, consciente o inconscientemente? Tal vez Queenie, que nunca había creado nada más que una imagen perfecta de sí misma, había descubierto que estaría sola por toda la eternidad. Hermione siempre había pensado que la idea de un infierno suponía la existencia de un dios, pero tal vez el infierno eras tú mismo después de la muerte: tal vez eras juzgado en el momento de la muerte por esa parte de ti mismo a la que no le podías mentir, la parte que sabía todo lo que habías pensado y hecho en tu vida. En algún lugar de cada uno se hallaba su crítico más severo, y tal vez morir lo liberaba de toda una vida de ataduras para juzgar qué clase de eternidad merecías.

La mandíbula de Hermione dio un tirón, pero sólo porque sus pensamientos la hacían apretar los dientes. Parecía que Queenie había dejado de herirla de esa forma. La podredumbre del piso superior de su casa podría reflejar también una pérdida de interés. Pero sí estaba interesada en Rowan: lo suficiente para asegurarse de que la enterraban con un rizo de la niña.

Hermione miró a su alrededor. El sauce ocultaba la tumba de la carretera; las casitas más cercanas quedaban fuera de la vista tras la colina. Con todo, era absurdo hacer planes: no sólo carecía de herramientas, sino que no ayudaría en nada a la familia que la detuvieran por profanar la tumba. Seguro que habría medios legales para recuperar el camafeo.

¿Era sólo el alivio de no tener las herramientas lo que la hacía sentirse observada con desprecio? Un frío olor a podredumbre flotó sobre el cementerio, y Hermione sintió como si quien la observaba estuviera conteniendo la respiración. No tienes respiración que contener, pensó con una bravata tan furiosa que avivó su mente. Mataste a Lance porque iba a decirle a Alison por qué hiciste así tu testamento, para mantener a Rowan donde quisieras. No has intentado matarme porque nadie me escuchará, porque todos piensan que soy aquello en que me convertiste, una niña neurótica a quien asustaste para no crecer.

El silencio era tan profundo que le costaba trabajo respirar. El sauce parecía tan inmóvil como las lápidas y la iglesia. Se dio la vuelta, sintiendo de repente que estaba desafiando a quien la observaba para que hiciera algo más. Tal vez fue esa

provocación lo que disparó la respuesta.

Parecía una risita sofocada, no tanto infantil como senil, una expresión de malicia que no podía ser contenida. Hermione intentó decirse que la había imaginado, pues ¿cómo era posible que procediera de donde creía? Entonces una voz respondió a sus pensamientos sobre Queenie y ella misma, una voz tan ahogada que parecía marchita, y Hermione se marchó muy rápidamente, sin correr, apartando las ramas del sauce mientras se encaminaba directamente a la verja.

—Eso es —dijo la voz alegremente, desde el interior de la tumba.

Querido diario, Hermione dice que a encontrado una foto de mi tiabuela Queenie con el medallón y que avía escrito en la foto que quería que la niña más joben de la familia tubiera el medallón cuando se muriera, así que ahora Hermione quiere que la saquen...

Rowan esperaba que eso no sucediera: se sentiría culpable y sucia si lo hacían. No quería escribir sobre eso, ni de haber oído llorar a su padre. Sostuvo el lápiz como si todavía estuviera escribiendo y contempló la clase. Mary mordía su lápiz y sacudía la cabeza como un perro mientras saboreaba su lengua negra. Alguien se tiró un pedo, provocando una avalancha de risitas. Rowan odiaba ahora el colegio por haber hecho llorar a su padre. Miró la pared, a las fotos y las descripciones de las mejores amigas que la clase había colgado antes de que ella llegara, y advitió que Kelly le hablaba.

—¿Rowan?

—¿Qué quieres?

—No te enfades. Sólo quería preguntarte si quieres venir a merendar algún día a mi casa.

Kelly era una niña grande que se había hecho amiga de Rowan en su primer día y le había dado una bolsa de caramelos. A Rowan le caía bien, pero sospechaba que tomar el té con ella podría pudrirle los dientes. Ahora mismo sólo le apetecía ir a casa de Vicky, dondequiera que viviese. Antes de que pudiera contestar nada, Mary susurró:

—No te molestes con ella, es una engreída.

La respuesta de Rowan fue demasiado brusca para que sus labios pudieran mantener el tono bajo.

—No interfieras, mocosa infecta.

Todas las niñas de la mesa de Mary se rieron, como si hubiera demostrado que ésta tenía razón.

—Habla como si su padre fuera un duque o algo así —se burló Mary—. Es sólo un electricista que no puede encontrar trabajo.

La señorita Frith alzó la cabeza de su mesa, donde estaba leyendo el *Sun*.

—Mary, ¿no habíamos acordado que no se puede echar siempre la culpa a la gente por no tener trabajo? Ése es uno de los motivos por los que tenemos que aprender, para que no nos aburramos si nos quedamos sin trabajo y nos dediquemos a hacer cosas malas.

Mary y sus amigas se callaron, pero no durante mucho tiempo.

—Vivía con sus padres y una vieja loca que se creía la reina de Inglaterra —murmuró Mary, para que Rowan pudiera oírla.

La campana sonó anunciando el final de las clases, y la voz de Rowan se

superpuso a ella.

—Preferiría ser mi tía abuela Queenie que ninguna de vosotras.

No pretendía incluir a Kelly, pero ésta se apartó, arrastrando un olor de caramelos de menta y chocolate. Rowan estaba recogiendo sus libros cuando la señorita Frith la llamó a su mesa.

—Rowan, sabemos que eres una niña lista que lee bien para su edad, pero el colegio es también sobre otras cosas. Queremos ayudarte a crecer. Creo que seríamos más felices si aprendieras a relacionarte más socialmente, a llevarte bien con tus condiscípulas, o lo que es decir tus compañeras de clase.

El creciente disgusto de Rowan hacia el colegio se enfocó en la maestra.

—Mi tía abuela dijo que no se debe decir «lo que es decir».

El rostro de la señorita Frith se estiró.

—Espera fuera —dijo, y alzó la voz y llamó—. ¿Podemos hablar?

Rowan se volvió, esperando que fuera uno de sus padres, pero se trataba de Jo. La maestra la sacó al pasillo, donde Paul y Mary se hurgaban la nariz y le hicieron burlas cuando intentó oír lo que decían sobre ella.

—No planeaban tener un hijo —oyó decir a Jo—. Ella fue el principio de sus problemas económicos.

Mary esperó hasta que regresaron a casa y estuvo a salvo al otro lado de Jo antes de preguntar:

—¿Por qué la tuvieron los padres de Rowan si no la querían?

—Nunca he dicho eso, y no tendrías que haber estado escuchando —Jo evitó mirar a Rowan hasta que llegaron a la mansión, y entonces tocó el timbre y el padre de Rowan salió a la puerta—. La señorita Frith quiere hablar con Alison y contigo sobre los problemas que tiene Rowan en la escuela.

—Es la primera vez que me entero de que los tiene —parecía preocupado e irritable, pero miró a Rowan—. Cuéntanoslos cuando tu madre llegue a casa, ¿vale, nena? —dijo, y empezó a cerrar la puerta.

—¿Puedo pasar? —suplicó ella.

—¿No puedes jugar un ratito con tus amigos? —vio que no podía, y suspiró—. Pasa, pero quítate de enmedio hasta que te diga lo contrario. Estoy atendiendo unos asuntos.

Mientras Rowan se dirigía hacia la escalera, a lo largo del amplio vestíbulo que parecía una aventura, él entró en el comedor, donde el señor Ormond contemplaba con el ceño fruncido la mesa cubierta de facturas y libros.

—Lo mejor que puedo decir es que todo esto es un desastre —dijo el contable.

Rowan se detuvo en la escalera, conteniendo la respiración, mientras el contable continuaba.

—Supongo que no sirve de mucho decir que ya te lo dije.

—Sirve tanto como todo lo que dices, amigo. Me parece que tendrías que tener más respeto hacia los pobres gilipollas que pagamos tus tarifas. Tal vez no sea tan

listo como tú, pero eso no te da derecho a refregármelo por la cara.

—Vamos, no hace falta utilizar ese tipo de lenguaje.

—Lo que va a hacer falta es una ambulancia para ti, cabronazo, si no dejas de joderme.

Cuando Rowan oyó los furiosos pasos del contable dirigiéndose hacia la puerta, corrió a su habitación. El coche se marchó, y entonces su padre la llamó.

—Ya no hay problema, nena.

Pero no era así. En el comedor él parecía brutal y agrio, era alguien a quien no conocía y al que temía conocer. En la cena, lamentó haber perdido los nervios con el señor Ormond, y su madre estaba preocupada por alguien llamado Julius que tenía una enfermedad incurable. Normalmente, Rowan sentía que podía compartir sus preocupaciones, pero el comentario de Jo la hizo sentir como si ellos no quisieran que estuviera allí.

—Bien, Rowan, ¿pasa algo en el colegio? —preguntó su madre por fin.

—Papá no consiguió el trabajo —murmuró ella.

—¿Eso es todo, nena? —dijo su padre ásperamente—. No pierdas el sueño por eso. Sobreviviremos. Tendremos que hacerlo, ¿no?

—¿Eso es todo? —repitió su madre.

Rowan deseó poder correr al piso de arriba y esconderse, pero su propia pregunta no se lo permitía.

—¿No quisisteis tenerme?

—¿Quién te ha dicho eso? Por supuesto que sí. Para nosotros eres lo mejor del mundo.

—Por supuesto que sí —gruñó su padre—. Dime quién ha dicho lo contrario y le partiré la cara.

—Nadie —dijo Rowan, temerosa de que se volviera contra Jo como lo había hecho contra el contable—. Hablábamos sobre huérfanos y niños abandonados con la señorita Frith.

Su madre pareció insatisfecha.

—No puede querer vernos por eso.

Rowan guardó silencio, aunque eso era lo mismo que estar de acuerdo. ¿Cómo podía haber pensado que no la querían? No era extraño que sus padres apenas le hablaran durante el resto de la comida, aunque eso le hiciera sentirse como si no estuviera allí o no lo mereciera. En la cama, pensó en el colegio y la señorita Frith, quien presumiblemente les diría lo que había dicho Jo. Tal vez su preocupación la hizo soñar con la escuela.

Empezó con el sonido de un taladro, tan diminuto que al principio pensó que estaba dentro de uno de sus dientes. No, era demasiado distante, pero entonces ¿por qué debía preocuparle? Era fuera de la ventana, hacia el colegio. Cuando advirtió que podía estar en el colegio, se levantó de la cama para echar un vistazo.

Pasó un barco, silencioso como una nube. Las cortinas la rodearon con un suave

abrazo mientras miraba entre las casas. El salón de actos del colegio estaba encendido. Ahora supo por qué el sonido le parecía tan doloroso como el torno de un dentista: era el sonido de la pérdida de su padre. El ruido se perdió en el silencio, y poco después un hombre cruzó el salón encendido llevando una escalera de mano. Estaba a punto de perderlo de vista cuando divisó movimiento al otro extremo del salón.

¿No se suponía que su padre trabajaba por su cuenta? De otro modo no podría ser tan barato. Rowan cogió los binoculares de un rincón oscuro de la habitación. Mirar a través de ellos fue aún más parecido a soñar: aunque el hombre con las grandes orejas y el pelo rizado estaba más cerca, ella se sintió aún más despegada. Lo vio detenerse a mitad de la escalera y contemplar bruscamente el salón, cubriéndose los ojos, antes de seguir subiendo. Debía de haber oído lo que Rowan había visto. Fuera quien fuese, obviamente no estaba con él.

No podía ver el pasillo de las clases hacia el que se dirigía. Podría hacerlo desde el piso de arriba. Su sueño era extrañamente detallado, pues cuando salió de su dormitorio oyó la televisión abajo, emitiendo un viejo musical de un grupo local que todavía gustaba mucho a sus padres, los Beatles. Subió las escaleras, los binoculares balanceándose en su pecho como un bebé en un columpio.

Sueño o no, deseó haber tenido puestas las zapatillas. Mientras subía, la alfombra se fue haciendo más húmeda y fría. En el piso de arriba, parecía la amenaza de arenas movedizas en la oscuridad. Al menos sus sensaciones eran distantes, como si apenas estuviera allí. Cruzó el pasillo hasta la habitación llena de muebles viejos, y se dirigió a la ventana entre las vagas sombras agazapadas.

El bastidor de la ventana se alzó, y sus contrapesos resonaron contra la pared como latidos irregulares. Las lentes de los binoculares parecieron encajar en sus ojos y desaparecer. El electricista había atravesado el pasillo, colocando cables sobre los cuadros, y casi había llegado al corredor de la derecha. Rowan se volvió hacia el pasillo, pero no había más que cuadros que se extendían hacia las clases de preescolar. Entonces pensó en el pasillo que el hombre casi había alcanzado ya.

Estaba apagado. La luz del pasillo llegaba más allá de la primera ventana y hacía que la pared brillara helada, pero el siguiente tramo de pared se fue desvaneciendo del gris al negro, y la tercera ventana parecía cubierta de hollín. Rowan no estaba segura de haber visto movimiento donde la penumbra se convertía en oscuridad, un movimiento que se replegaba como una araña. Sólo sabía que se estaba poniendo más nerviosa a medida que el hombre iba bajando de la escalera.

La plantó justo ante la boca del pasillo, extendió sus patas y las sacudió para asegurarse de que eran firmes. Cuando se inclinó hacia el pasillo, a Rowan le pareció oír algo, pero él se agachó para recoger sus cajas de tachuelas y clavos. Subió los peldaños con cuidado, colocó las cajas en la plataforma, extendió la mano y colocó una tachuela sobre el cable y echó atrás el martillo para clavarla. Entonces, de manera tan insospechada que al principio Rowan quiso reír, el martillo voló de su mano.

La sorpresa le hizo alzar la mano y soltar su tenaza... una sorpresa por algo que veía correr hacia él desde el pasillo. Tal vez el shock volcó la escalera: ¿podía habérsela quitado de debajo una figura tan pequeña como la que Rowan apenas llegó a ver? Fue ciertamente el shock lo que le hizo agitar las manos sin pensar, en busca del único asidero que pudo alcanzar: el cable de la luz.

Rowan vio su boca retorcerse y abrirse tanto que pensó que la mandíbula se le iba a romper, y entonces su cuerpo empezó a sacudirse. La tachuela de la que colgaba el cable se soltó del techo. Metros de cable rompieron el yeso, haciéndole caer al suelo. El hombre sujetaba el cable con ambas manos, incapaz de soltarlo. Rowan apartó los binoculares cuando el hombre empezó a bailar indefenso en el extremo del cable.

A pesar de la distancia, vio su cara volverse negra. Ahora era pequeño como un insecto, y se retorció como un bicho casi muerto. Rowan se volvió, sintiéndose exhausta, agotada. Podría haberse tendido en el suelo, pero por supuesto estaba en realidad dormida en su habitación. De todas formas, tuvo que soñar que regresaba de puntillas por las frías escaleras y colocaba los binoculares en el rincón de su habitación y volvía a meterse en la cama antes de que el sueño pudiera terminar.

Lo que más preocupaba a Alison sobre Julius era que la cama era demasiado grande para él. Pasaba la mayor parte del tiempo tendido allí, mirando con los ojos inyectados en sangre a todo aquel que se acercaba a verlo. Las venas asomaban a través de su cráneo pelado y en su piel de papel. Cuando se puso el pijama, ella vio que casi no tenía pene. Sus arterias se endurecían, y estaba enfermo del corazón. Tenía nueve años.

Parecía como si tuviera al menos sesenta. Le habían dado una habitación apartada para que los otros niños no pudieran mirarle asombrados mientras esperaba que el especialista le atendiera, pero incluso con la puerta cerrada el personal era constantemente consciente de su presencia. Había afectado a las dos estudiantes de enfermería: Jasmine le había traído una caja de bombones, y flores de su propia ventana; Libby no dejaba de asomarse a la habitación por si necesitaba algo y no quería molestar al personal. Poco después de las diez, acudió a Alison e hizo un gesto para indicar que deberían hablar en el pasillo. Una vez allí, murmuró con urgencia:

—¿Qué le ocurre?

—¿A Julius? Tiene progeria, envejecimiento prematuro. Lo que llamamos síndrome de Hutchinson-Gilford cuando le sucede a alguien tan joven.

—¿Qué podemos hacer para ayudarlo?

—Tratar los síntomas lo mejor que podamos, aliviar el dolor. La respuesta sincera es que no lo suficiente. No es probable que llegue a cumplir veinte años —dijo Alison lo más amablemente que pudo.

—Si eso es lo mejor que podemos hacer, ¿por qué está aquí?

—Para que los doctores puedan observarlo, Libby. Es un estado raro, y quieren aprender cuanto puedan.

—Pero eso es horrible —Libby buscó sus cigarrillos, sacó uno del paquete, lo volvió a guardar con tanta fuerza que rompió el filtro—. Es como usarlo para una vivisección. Es sólo un niño, ni siquiera puede decidir por sí mismo.

Alison pensaba que sí. Aunque nadie la había dicho cuánto tiempo podría vivir, sus instintos lo habrían hecho. Tal vez eso explicaba su tranquilidad, por mucho que pareciera tristeza. Se suponía que los niños en su estado no eran mentalmente más avanzados que otros de su edad, pero a Alison le parecía que era más maduro. ¿O le veía sólo como consideraba que debería ser, compensado por la naturaleza por la brevedad de su vida? No se sentía lo suficientemente segura para responderle a Libby, quien se volvió bruscamente como si Alison se portara cruelmente con el niño, y fue a leerle.

Poco después, la encargada de planta la envió a tratar con otros niños, pero se entretuvo a charlar con él con una aspereza que disfrazaba menos su compasión de lo que habría deseado. Jasmine y Libby se mostraban ahora más atentas con los otros niños. Las dos estaban ocupadas cuando llegó el momento de apuntar los datos de

cada hora en la tablilla de Julius, y la encargada estaba fuera. Alison miró a través del panel de cristal de su puerta.

Jugaba con el ordenador que le habían traído sus padres. La encargada debía de haber colocado el teclado y el monitor sobre la mesilla de noche, pues él no podía hacerlo. El reflejo del juego bailaba en sus ojos, y una débil sonrisa de satisfacción se había posado en sus labios. Cuando Alison vio que su sonrisa se ensanchaba porque había batido su propio récord, entró.

Él la miró mientras hacía sus mediciones y las introducía en la tablilla al pie de su cama, y de repente tuvo miedo de que fuera a preguntarle si iba a ponerse bien. Pero cuando alzó la cabeza, aquellos grandes ojos en su rostro de anciano estaban tranquilos; tanto, que Alison sintió que sólo estaban tristes por ella.

—¿Quieres que me quede a charlar contigo? —preguntó.

—No importa, estaba jugando —dijo, y entonces añadió, con el espectro de una sonrisa—: Los otros niños la necesitan más. Puede ayudarlos a ponerse bien.

Al verle jugar con su ordenador, ella pensó que estaba malgastando preciosos minutos de su vida, pero ahora vio lo tonta que había sido: él tenía derecho a jugar como un niño si eso tenía sentido. Nadie debería interferir si estaba en paz consigo mismo, y pensó que sus padres estaban resignados a eso.

—Bien —dijo torpemente—. Estaré aquí por si me necesitas.

Él sonrió de forma tan encantadora que le rompió el corazón. Pareció a punto de decir algo, pero miraba detrás de ella. La puerta se había abierto, y el olor a desinfectante del hospital entró en la habitación. Alison frunció el ceño y advirtió que una niña había entrado. Se volvió para echarla, y entonces vaciló. En la puerta, mirando a Julius como si su visión la hubiera paralizado, estaba Rowan.

Esa mañana temprano, Rowan despertó sintiéndose feliz y descansada. Bostezó y se desperezó hasta que las sábanas se soltaron, y entonces se dirigió a la ventana. Aunque le parecía que su madre había corrido las cortinas la noche anterior, estaban medio abiertas. Largos hilachos de nubes destacaban en el cielo azul, un barco aljibe se volvía lentamente entre dos remolcadores en la bahía. La mirada de Rowan se paseó sobre el paisaje y se detuvo en la escuela, y entonces recordó su horrible sueño. Abrió la ventana y dejó que la brisa marina acariciara su rostro hasta que su padre la llamó.

—Vamos, no te duermas, que es tarde. Ya tendrías que estar en el colegio y yo camino del trabajo.

Le trajo un cuenco con cereales para que los comiera mientras se lavaba y se vestía. Mientras corría por el pasillo desnudo, Jo y sus hijos salían de su casa.

—¿Te importa ir con ellos? —dijo su padre—. Me ayudarías. Estoy muy ocupado hoy.

Ella no podía negarse cuando se lo decía así. Le besó a través de la ventanilla abierta del coche y cruzó la calle mientras se marchaba.

—¿Podéis llevarme al colegio?

—Por supuesto, nena, sabes que siempre eres bienvenida —dijo Jo con un calor que pretendía negar todo lo que Rowan había oído ayer, pero la niña advirtió lo ansiosos que estaban Paul y Mary por contárselo a sus amigos.

Deseó poder ser como Vicky: no tener que ir al colegio. No importaba, se dijo. Dijeran lo que dijeren, sabía que sus padres la querían y siempre había sido así.

Estaban a mitad de camino cuando empezó a ver a niños que reconocía, no yendo al colegio, sino de vuelta. Jo no pudo preguntar a sus padres qué sucedía; estaban al otro lado de la calle, tras el impaciente tráfico. Rowan se sintió incómoda, como si la noche o el sueño regresaran. Pudieron ver entonces la escuela, y comprobaron que el patio y los edificios estaban desiertos.

La visión pareció volverse súbitamente más brillante, llenando sus ojos. Su sueño apareció ante ella, a plena luz del día, y tuvo miedo de ver a la ennegrecida marioneta colgando del cable, todavía bailando. Jo la hizo entrar en el patio. Si veía ahora a la figura, podría distinguir cada detalle de su rostro. Pero el salón de actos estaba vacío. Sintió un alivio tan grande que al principio no advirtió lo que dijo a Jo una madre que salía del colegio.

—Hoy no hay clases. Hubo un accidente anoche. El electricista se electrocutó.

—No podía ser muy bueno. Es una lástima que no dieran el trabajo al padre de Rowan —dijo Jo, y frunció el ceño al ver la expresión de la niña—. ¿Por qué esa cara?

Rowan se esforzaba por saber como debería sentirse.

—Soñé que sucedía eso mismo —admitió.

—En la televisión dicen que a algunas personas les pasa a veces. Habría sucedido de todas formas, nena.

¿O no había sido un sueño? En cualquier caso, ¿importaba mientras siguiera pareciéndolo? Rowan esperó llena de aprensión a que el horror que había visto la alcanzara, hasta que advirtió que no iba a suceder nada de eso. La noche pasada apartó la mirada justo a tiempo. Su alivio dio paso a la esperanza. Cuanto más pronto supiera su padre lo sucedido, mejor. Cuando vio la mansión, echó a correr, pues la puerta principal estaba abierta.

Mientras entraba en el vestíbulo, la penumbra se cerró a su alrededor, y casi se cayó de bruces. Alguien salió de la oscuridad para cogerla, tan rápidamente que fue como caer a un espejo, pero la otra persona llevaba un largo vestido blanco.

—¿Dejaste la puerta abierta? —dijo Vicky.

Rowan supuso que debió de hacerlo cuando su padre le estaba metiendo prisa. Tendría que haberse enfadado porque Vicky había entrado en la casa sin que la invitaran, pero se sintió más molesta con Jo, que empujó la puerta para abrirla mejor y parpadeó ante la oscuridad.

—¿Hay alguien ahí contigo, Rowan? Tu madre no querría que te dejara sola.

La idea de que Jo estuviera demasiado deslumbrada por la luz para ver a Vicky hizo gracia a Rowan, y no pudo evitar compartir parte del desdén de la otra niña.

—No estoy sola —dijo.

—No te las des de lista, Rowan. Ven a jugar con Paul y Mary donde pueda verte.

—Yo no digo mentiras. No estoy sola —dijo Rowan, con un súbito tono de perversión que también era propio de Vicky—. Pueden venir a jugar aquí si quieren.

Jo la miró e hizo una mueca.

—Te vas a enterar si atraviesas esta puerta, ¿me oyes?

Ayudó a Paul y Mary a atravesar la carretera y cerró de golpe la puerta de su casa. El silencio se posó sobre el jardín que olía a la tierra que Hermione había cavado.

—No me importa, quería quedarme aquí de todas formas —dijo Rowan.

Cuando miró alrededor, los claros ojos de Vicky, que nunca parecían parpadear, la observaban.

—Hace tiempo que no te veía —dijo Rowan.

—Yo sí te he visto. He estado muy ocupada. Habría venido si realmente hubieras querido que lo hiciera.

Rowan pensó que era una niña extraña, pero había un modo de averiguar más cosas sobre ella.

—¿Vamos a tu casa?

—No tenemos ningún motivo para atravesar esa puerta.

—Has estado en mi casa, así que ahora quiero ir a la tuya.

—No necesitas preocuparte por eso, querida.

No parecía exactamente una amenaza, ni era una promesa.

—¿Cuándo? —demandó Rowan.

—Verás dónde vivo en cuanto estés preparada.

Rowan podría haber replicado que estaba preparada ahora, pero parecía probable que eso provocara otra respuesta confusa. Decidió esperar hasta que pudiera decirle a uno de sus padres que iba a ir a casa de Vicky.

—Haré algunas cosas en la casa. Puedes ayudarme si quieres.

La repulsión aleteó en el rostro de Vicky.

—No eres una criada, ¿no? ¿Por qué no le das a tu madre una sorpresa y vas a verla al trabajo?

Rowan siempre había querido ir, pero su madre le decía que esperara hasta que fuera mayor. La sensación de que Vicky era capaz de correr aventuras a las que ella no se atrevía la dejó sin aliento.

—Sí, vamos. Le dejaré una nota a mi padre.

Se sentó a escribir bajo la lámpara.

Querido papi, e venido del colejo porque el electricista tuvo un accidente que espero signifique que te quieren a ti ahora, pero ahora me voy con mi amiga Vicky a bisitar a mami en el ospital...

Se detuvo cuando oyó una risita.

—¿Qué tiene tanta gracia? —demandó.

—Creía que con la edad que tienes escribirías mejor. Tienes muchas faltas.

Rowan escribió te quiere mucho tu Rowan y entonces miró a Vicky.

—Tal vez creas que puedes hacerlo mejor.

—Lo escribiré por ti si quieres.

—No quiero. No quiero que escribas por mí —añadió algunas líneas de besos y se levantó—. Le diré a Jo que nos vamos.

—No hace falta. Sólo estaba interfiriendo. Yo nunca... —los ojos de Vicky se volvieron súbitamente opacos—. Vámonos.

—¿Qué ibas a decir?

—Nada que tenga que ver contigo. ¿No quieres ver dónde trabaja tu madre?

—Vamos a ir, ¿no? ¿Por qué tienes tanta prisa?

Vicky agitó las manos, la sombra de una de ellas se cernió sobre Rowan.

—¿Cuánto tiempo crees que voy a esperar?

De pronto, la habitación pareció oscura, opresiva y gélida. Si esto era la impaciencia de Vicky, a Rowan no le gustaba mucho, sobre todo cuando sus piernas empezaron a temblar. Entonces Vicky se volvió, y Rowan salió de la casa, con la cabeza aturdida. La claridad del día iluminó su mente cuando tocó al timbre de Jo.

—Vamos a ver a mi madre —dijo.

Jo se encogió de hombros.

—Allá ella —dijo, y cerró la puerta.

La puerta de la mansión se cerró como un eco. El vestido blanco de Vicky pareció

más brillante cuando cruzó la carretera e hizo una mueca ante la casa de Jo.

—¿No te gustaría poder ir donde quisieras?

—¿Como haces tú?

—Me has leído el pensamiento —dijo Vicky con una mirada significativa.

Viajar en autobús sin un adulto era toda una aventura. Las calles estaban llenas de gente que no conocía, y cada casa contenía secretos que nunca vería. Un hombre desenrolló una alfombra sobre el pavimento de una calle lateral, otro pegó un cartel enorme a un tablero. Un basurero estaba lleno de lo que parecían los recortes de las uñas de un gigante: guardabarros. En Liverpool, en la calle que conducía al hospital, los borrachos parecían jugar tocando las bases de los postes. Vicky la guió al sofocante hospital.

—Creo que mamá estará arriba —murmuró Rowan.

Nadie pareció reparar en ellas mientras subían las escaleras sin alfombrar y dejaban atrás una silla de ruedas que parecía una rebanada de sí misma. Para cuando vieron el cartel que indicaba la sala donde trabajaba su madre, Rowan estaba sudando. Vicky, que parecía absolutamente tranquila, abrió las dobles puertas y la siguió al interior, y Rowan vio a su madre tras una puerta dentro del pabellón. La abrió, disfrutando de la sorpresa que estaba a punto de darle.

Vaciló. Había un anciano en la cama, un hombrecito calvo con las manos vendadas. Parecía que la piel se le había encogido hasta rasgarse. ¿Qué estaba haciendo aquí? No debería estar en un pabellón infantil. Entonces sus grandes ojos tristes se fijaron en ella, y advirtió que se trataba de un niño.

Quiso huir, salir corriendo del hospital antes de que su madre la viera. Estaba a punto de hacerlo cuando su madre se volvió y se le acercó, sombría, cogiéndola por los hombros con una firmeza que parecía la amenaza de una azotaina, hasta que la sacó de la habitación.

—Ahora vuelvo —dijo al niño enfermo mientras cerraba la puerta y conducía a Rowan al pasillo—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí, criatura?

—Hoy no hay colegio —tartamudeó Rowan, buscando a Vicky a su alrededor—. El electricista tuvo un accidente. Papá puede quedarse con el trabajo ahora.

—Eso está muy bien, pero ¿te das cuenta de lo enfermo que está ese niño con el que hablaba? ¿No se te ocurre otra cosa mejor que molestarlo?

Rowan sintió que sus labios empezaban a temblar mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Quería ver dónde trabajabas. Sólo quería darte una sorpresa.

—Bien, lo has conseguido —su madre le dio un cachete, no demasiado agradablemente—. Ahora, jovencita, no empieces a llorar. No puedo perder el tiempo con eso cuando aquí tenemos niños que necesitan que los cuiden. ¿No podías haberte quedado con Jo?

Rowan sintió como si ya no existiera como persona, como si sólo fuera una molestia con la que su madre tenía que tratar, sobre todo cuando ésta suspiró y dijo:

—¿Qué vamos a hacer contigo? Podrías leerle algo a los niños más pequeños, pero la Hermana no deja que los niños hagan visitas. Todos los hospitales eran así cuando Hermione tuvo que ingresar, y tampoco me dejaron. Espera aquí.

Volvió poco después, con el monedero.

—Aquí tienes tu paga adelantada. Ve a la tienda y cómprate algo para leer. Tendrás que quedarte en la sala de personal hasta que acabe el trabajo.

Rowan cogió la moneda, que le pareció fría como la indiferencia, y recorrió el frío pasillo. Cuando empezaba a bajar las escaleras, Vicky la alcanzó.

—No pareces muy contenta. ¿Te echó?

Rowan no quiso admitirlo, ni siquiera a Vicky.

—Lamento lo de ese niño. No quiero ser como él.

—No lo serás todavía. No es natural ser como él.

Eso no pareció tan tranquilizador como debería. Todo lo que quería decir era que Rowan tardaría más tiempo en marchitarse, en que sus miembros se volvieran más delgados y frágiles, y sus manos y pies se convirtieran en garras inútiles, hasta que no fuera más que una muñeca babeante a la que habría que tratar como un bebé y empujar en una silla de ruedas.

—Ni siquiera quiero ser mayor —dijo, tiritando en medio del calor.

El llanto de un niño resonó en un pasillo, un altavoz llamó a un médico, un teléfono sonó. Cuando esos sonidos se apagaron. Vicky estaba todavía mirándola.

—Tal vez no tengas que serlo —dijo.

El viernes por la tarde, Derek y Eddie empapelaron el vestíbulo de la casa. Rowan admiraba la destreza de Eddie para cubrir las paredes sin malgastar una pulgada, pero sacudió la cabeza cuando le preguntaron si quería ayudarlos. Ni siquiera en la habitación de costura, donde su madre arrancaba el papel viejo de las paredes, tampoco ayudó gran cosa. Derek advirtió que no quería estar a solas. Se alegró cuando se fue a la cama y, con rapidez sorprendente, se quedó dormida.

El vestíbulo quedó terminado cuando bajó las escaleras. Alison y él habían elegido un papel con hojas plateadas, de forma que el observador se detenía en la caída de la luz sobre la plata más que en las irregularidades de la pared. Le cogió la mano mientras Eddie traía una gran lámpara china.

—Ahora puedes deshacerte de esta antigualla —dijo Eddie, y subió a la escalera para quitar la lámpara de colores. Cuando terminó de colgar el nuevo aparato, la luz llenó la sala de una docena de tonos diferentes de plata—. Ahora al menos no espantaréis a quien venga a ver la casa en cuanto atraviesen la puerta.

—Al menos debes dejar que te paguemos —protestó Alison.

—Ni hablar. Considéralo el regalo que nunca pudimos haceros cuando os mudásteis. Si quieres mostrar tu agradecimiento, puedes dejar que este pobre capullo saturado de trabajo venga conmigo a tomar una copa.

Derek sintió que ella quería hablar sobre Rowan, pero le soltó la mano.

—Nunca ha necesitado mi permiso.

—Me quedaré si quieres, cariño.

—Ve, te mereces un trago. Aléjate de la familia e intenta relajarte un rato.

¿Lo dijo como un reproche? Eddie debió de considerarlo así, pues cuando se encontraron en el pub, donde les atendió una mujer a la que Derek había visto recogiendo a sus hijos en el colegio pero que pareció no querer ser reconocida, dijo:

—¿Problemas en casa?

—Nada que merezca la pena mencionar. ¿Por qué lo dices?

—Me pareció que había un ambiente raro.

—Será que no sabemos como aceptar lo que sucedió en el colegio. Quiero decir que me han pedido que me encargue del trabajo y sería un idiota si no lo hiciera, pero preferiría no haberlo conseguido de esa forma.

—No podía ser gran cosa como electricista. Es mejor que le pasara a él que poner en peligro a nuestros hijos.

—Lo reconozco —accedió Derek. Encontraron una mesa en un rincón.

—¿Hay alguien interesado en tu casa?

—Si lo hay, no me lo han dicho.

—Vi a una pareja mirando, pero algo debió de asustarlos. El tamaño, probablemente. ¿Sabes lo que comentábamos Jo y yo que deberíais hacer? Conseguir permisos para convertirla en un sanatorio particular. Propónselo a tu agente

inmobiliario.

—No es mala idea —dijo Derek, imaginando la casa llena de gente y luz, cada dormitorio un hogar.

—Si no fuera tan grande yo mismo te haría una oferta. Nos vendría bien tener más espacio ahora que los niños se hacen mayores. Empezamos a molestarnos unos a otros.

—Oh, sí.

—Puedes considerarte afortunado por tener sólo a Rowan. Mary quiere tener una habitación para ella sola porque no quiere que Paul la vea desnudarse, ¿te lo puedes creer? Y no puede compartirla con su hermana porque Patty se pone a ver la tele portátil después de que Mary se acueste. Y ahora tenemos a Jo diciéndole a Patty que es una egoísta y me da la lata para que busque una casa más grande, pero ¿mueve el culo y se pone a buscar una mientras yo estoy fuera todo el día trabajando? ¿Se preocupa? Está demasiado ocupada sirviendo meriendas a las vecinas para que así pidan algo de sus catálogos y conseguir una cafetera gratis o alguna otra tontería. Y luego se queja de que no me ve nunca porque estoy trabajando a todas horas. No nos aprecian, ¿eh?

—Tal vez nosotros no las apreciamos a ellas.

—Pero ¿de qué lado estás tú? Estás con los de tu clase, amigo, no hay que tener miedo a hablar en voz alta. Acábate esa cerveza y te invitaré a otra, a ver si así te entra un poco de sentido común.

Éste era un aspecto de los pubs que a Derek no le interesaba demasiado, salir a tomar una copa para librarte de la vida de casa. Discutir con Alison era bastante duro en ocasiones. Le contó a Eddie que había despedido al contable y que iba a demandar a Ken. Eddie asentía, pero parecía insatisfecho.

—Quería decirte que esa lámpara era una especie de oferta de paz de parte de Jo —dijo por fin, gritando ahora que el pub estaba lleno—. Habría venido ella misma, pero estaba liada con los mocosos. Quería que Alison y tú supierais que lo lamenta si dejó que Rowan oyera demasiado.

—¿Cuándo fue eso?

—¿No os lo dijo Rowan? Entonces tal vez no importa. Jo pensó que tal vez la oyó cuando le dijo a la maestra que Rowan no fue, ya sabes, planeada.

—¿Quién dice que no lo fue?

—No me grites a mí, amigo, yo no estaba allí. Supongo que debió de ser tu esposa.

Derek pensó primero que no, y luego que sí. Mientras él hacía todo lo posible por mantener sus secretos, ella ni siquiera se molestaba en guardarlos en familia. Cuando el pub cerró, Eddie y él regresaron a casa, impulsados por el oscuro viento procedente del mar.

—Le echaremos una mano a tu planta baja el domingo —dijo Eddie desde el otro lado de la carretera mientras Derek entraba en la casa.

El olor a papel empapado y yeso desnudo que brotaba de la oscuridad de la sala de costura le recordó los libros podridos de Queenie. Alison estaba tendida en el sofá del salón, con un tazón de chocolate caliente en la mano. Su sonrisa soñolienta empezó a desvanecerse cuando vio su expresión, antes de que dijera:

—Ya he descubierto cuál es el problema que tiene Rowan en el colegio.

—No será demasiado grave, ¿verdad? Todavía se está recuperando de haber visto a Julius en el hospital.

—Es peor.

—Oh, cielos, ¿ahora qué?

—Oyó a Jo y a su maestra decir que no queríamos tenerla. Creía que eso era cosa nuestra y de nadie más. Si hubiera sabido que se lo dirías a cualquiera, te lo habría hecho prometer.

—Podrías habérmelo pedido, pero desde luego *no* me habrías obligado a hacerlo. Se lo dije a Jo en confianza. Le parecía que podía estar embarazada sin que lo hubieran planeado, y todo lo que yo dije fue lo mucho que nos alegrábamos de haber tenido a Rowan aunque fuera por error.

—¿Y le dijiste que casi tuviste que buscar un segundo empleo, de lo caro que costaba mantener a Rowan?

—Jo tal vez dijera que debimos de pasarlo mal, y supongo que yo reconocí que sí, pero eso es todo.

—¿No mencionaste por casualidad que una vez hablamos de entregarla en adopción?

—¿Tú qué crees? Y déjame recordarte que fue idea tuya, y que yo ni siquiera lo tuve en consideración. Ni creo que tú lo hicieras realmente. Habías bebido demasiado, si no recuerdo mal, igual que ahora.

—Con bebida o sin bebida, no voy por ahí diciendo que no queríamos a Rowan.

—Baja la voz. ¿Quieres que se entere? Hablaré con Jo a primera hora de la mañana. Ojalá nunca se lo hubiera dicho, créeme.

—Pues no se lo digas a nadie más.

—¿Crees que lo haría? Pobrecilla, ni siquiera quiso admitir que oyó a Jo y a la señorita Frith. Me parece que creyó lo que le dijimos, ¿no?

—Eso espero.

—Debe de haberlo creído, sí —de todas formas, tiritó y se encogió de hombros—. ¿No quieres abrazarme al menos? Sé que hice mal. No sé por qué quiere vernos la señorita Frith, pero me aseguraré de que esto no vaya a más.

Derek se sentó junto a ella en el sofá y le pasó un brazo por encima de los hombros, y Alison apoyó la cabeza contra su pecho.

—No debemos hacernos daño —murmuró—. Nunca haría daño para lastimarnos a ninguno. Sois todo lo que tengo.

Excepto el resto de tu familia, pensó Derek, pero esa idea le condujo a una maraña de dudas. Apoyó la mejilla contra los cabellos de Alison, y ella dirigió su

mano libre a su pecho.

—Será mejor que no le digamos nada a Rowan —dijo él—. Sólo si vemos que duda realmente de lo que sentimos por ella. Venga, vámonos a la cama.

Y Rowan, a quien había despertado un susurro al oído o una caricia en el rostro mientras creía soñar, se apartó de la escalera y regresó a su habitación. No supo como consiguió andar de puntillas cuando sentía su cuerpo tan envarado y carente de significado, pero tal vez el temor a que sus padres advirtieran que los había oído la ayudaba. Había bajado las escaleras en busca de compañía cuando su padre llegó a casa, pero su aspecto era tan fiero que se escondió, y lo había oído todo. Vicky tenía razón: le habían mentido, y sobre la cosa más importante del mundo. No podía confiar en nadie más que en ella. Se metió en la cama y permaneció allí tendida, demasiado preocupada incluso para llorar.

—No quiero vivir —susurró, y por un momento se sintió menos sola. Sintió como si alguien le hubiera sonreído desde la oscuridad.

Cuando el teléfono la despertó, Hermione pensó que alguien la llamaba por el mensaje de la fotografía. Mientras se frotaba los ojos con una mano, abrió la puerta de su dormitorio. Debía de haberse quedado dormida, pues el rellano y las escaleras tenían más luz que de ordinario. La claridad la hizo parpadear, el teléfono hizo añicos sus pensamientos mientras trataban de formarse, y por eso olvidó tener cuidado. Acababa de apoyarse en el pasamanos, sin agarrarlo, cuando tropezó con la pequeña forma pálida.

Era suave y fría bajo su pie descalzo. Tal vez era de allí de donde venía el olor a putrefacción y desinfectante. No estaba segura de si se rebulló, pero ella sí lo hizo, tan violentamente que perdió pie. Sus uñas arañaron el pasamanos mientras intentaba agarrar en vano la madera pulida. Su otra mano golpeó la ventana situada junto a las escaleras, derribando una maceta, esparciendo tierra por el más alto de los paisajes galeses a escala que colgaban sobre la escalera. Pero se agarró al alféizar. Tanteó torpemente en busca del pasamanos y se reafirmó en las escaleras antes de volverse para ver con qué había tropezado.

Era una vieja muñeca de tela con un vestido blanco de organdí. Le había pisado la cara, casi arrancándole un ojo. Ahora la blanda cara descolorida recuperaba su forma, la mejilla se llenaba moviéndose como un gusano, la boca que había pisado asumía una inocente línea recta.

—Tenía que parecer un accidente, ¿eh? —dijo Hermione, furiosa, y bajó las escaleras para atender al teléfono.

Alison estaba hablando.

—No tardará, estoy intentando... Oh, aquí estás, Hermione. ¿Cómo van las cosas? ¿Cómo te sientes?

¿Qué podía decir? Aturdida y frágil pero viva, enfadada consigo misma por no haber tenido cuidado, que empezaba a sentirse más decidida que nunca ahora que comprendía que el intento de hacerla caer significaba que estaba en buen camino...

—Bastante bien, gracias. ¿Cómo estáis todos?

—Rowan, bueno... La verdad es que llamo por ella. Si es una molestia, dilo, pero quería que te preguntara si podía quedarse contigo este fin de semana.

Así al menos Hermione podría echarle un ojo. No creía que Rowan estuviera en peligro físicamente, ni que fuera a estarlo. Miró la escalera y contuvo la respiración.

—Muy bien —murmuró, como con un desafío—. Me encantará que se quede. ¿Cuándo?

—¿Y si te la lleva Derek cuando salga hoy del colegio? Así no estará presente cuando desmantelamos la casa. Gracias, Hermione, eres mi hermana favorita. Unos cuantos días en el campo le sentarán bien —añadió Alison, como tratando de autoconvencerse.

—No te preocupes por ella —le respondió Hermione, preguntándose qué había

dejado su hermana sin decir—. La cuidaré como si fuera mía.

—Es que lo es, querida.

Hermione colgó y luego, aunque todavía sentía el corazón dolorosamente ampliado por la caída de las escaleras, subió a registrar las habitaciones. No había rastro de la muñeca ni de ningún intruso. Iba de camino a la tienda, mordisqueando un sandwich, cuando advirtió lo triste que sonaron las últimas palabras de Alison. Tal vez se sentía herida porque Rowan quería volver tan pronto. Los ojos vacíos de los dorsos de las máscaras del escaparate se hicieron más sombríos a medida que el día se consumía, pero no eran las máscaras lo que Hermione sentía que la vigilaban. Los intentos por hacerle daño o asustarla parecían a la vez infantiles y seniles, y al menos significaban que estaba dejando en paz a Rowan.

Mientras regresaba a casa las montañas se volvieron grises, y la tierra devoró la hierba. Una casa se agitó como una trampa cuando dejó que un coche entrara por una de sus puertas delanteras. Hermione se apresuró hasta que vio que el coche de Derek no estaba en la casita, y entonces echó a correr: su teléfono sonaba. Introdujo la llave en la cerradura, y al agarrar el teléfono lo derribó.

—¿Hermione? ¿Eres tú, Hermione?

—A menos que se trate de un ladrón, mamá. ¿Estás bien?

—Oh, voy tirando. Me acostumbro a hacer las cosas más despacio y a ver cambiar los días. Me han pedido que sea secretaria del Instituto Femenino, por cierto, y ya hay tres miembros que quieren que tu padre eche un vistazo a sus jardines. Y al menos he tenido tiempo para sentarme y pensar.

—Ésa es la actitud, mamá.

—He estado pensando mucho en ti.

—¿Ah, sí?

—No hace falta decirlo con ese tono. Si te sirve de consuelo, ojalá que Alison no hubiera dado ese rizo de Rowan a tu tía. No voy a aceptar que ha causado daño, pero desde luego ha provocado mucho alboroto. Pero Hermione, todo eso es ya el pasado. ¿Por qué no intentas aceptarlo por tu paz mental y la de todos los demás?

—Créeme, lo he intentado.

—Inténtalo con más fuerza, te lo suplico. Considérate afortunada de que nos preocupemos tanto por ti que hemos conseguido recuperar esa foto de Queenie del fiscal. Podrías haber sido acusada de falsificación si tu padre no le hubiera dicho lo trastornada que estás.

—Entonces no hay nada que hacer —dijo Hermione, aturdida.

—Quítate la idea de la cabeza, hija mía, y si no puedes, habla con tu doctor. Queenie casi dividió a la familia, no debemos dejar que lo consiga ahora. Déjala en paz, es todo lo que te pido.

Se despedían cuando llegó el coche de Derek. Hermione empezó a pensar en despedir a Rowan, pero no pudo dejar de sentirse aliviada. Rowan echó a correr hacia ella, los binoculares danzando en su pecho, mientras Hermione abría la puerta. El

abrazo de la niña fue inesperadamente fiero.

—Creo que se alegra de verte —dijo Derek mientras sacaba el pequeño maletín del coche.

Mientras le preparaba café, Hermione se enteró de que iba a encargarse de las reparaciones de la escuela, después de todo, y por qué.

—Sé buena con Hermione —le dijo a Rowan, que estaba desempaquetando.

Había llegado al coche cuando la niña echó a correr y le dio un rápido beso, pero lo esquivó cuando él intentó abrazarla. Cuando ya se marchaba, Hermione vio a Rowan en la ventana del dormitorio, la cara cubierta por los binoculares, sus grandes ojos llenos de lágrimas mientras seguía al coche.

Sirvió a Rowan una cena a la luz de las velas. Mientras el crepúsculo convertía las colinas en montones de ceniza, el largo rostro de la niña pareció hacerse inmaculado bajo la suave luz. Estaba obviamente preocupada por algo, pero Hermione no pudo advertir cuál podría ser de todos los temas que trató: el colegio, la segunda oportunidad de su padre allí, la casa de Waterloo. Estaban en la cocina, fregando los platos, cuando Rowan dijo súbitamente:

—Fuimos a ver a mami al trabajo.

—¿Tu padre y tú?

Rowan sacudió la cabeza, y Hermione se puso tensa.

—¿Fue idea tuya o de tu amiga?

—¿Por qué te metes con Vicky? Es mi amiga, mi única amiga. ¿Por qué no puedes dejarla en paz?

—Rowan, no me hables así —al menos ahora Hermione supo que había sido idea de Vicky, pero la vehemencia de Rowan la desarmó—. ¿No soy tu amiga yo también? ¿Y qué crees que son tus padres?

Rowan se volvió hacia la secadora, y un rostro largo y pálido se apretó contra la ventana. Era su reflejo, taciturno como una máscara.

—Rowan —dijo Hermione—, no sé qué sucedió en el hospital, pero hablar de ello tal vez sirva de ayuda.

La niña se estremeció.

—Vi un niño pequeño que parecía más viejo que mi tía abuela —murmuró.

—Eso es muy raro, querida. No es probable que vuelvas a ver a nadie así —le aseguró Hermione, y jugó a las damas con ella hasta que Rowan se fue a la cama.

Poco después también Hermione se encontró acostada, despierta. Si el encuentro en el hospital era parte de un plan, ¿qué había del accidente en el colegio? Cuando consiguió dormirse, la voz de Rowan la despertó dos veces, hablando en sueños. La segunda vez le pareció que un susurro respondía, y tuvo que acercarse a la habitación de la niña para comprobar que estaba sola.

Se quedó dormida hasta que Rowan le trajo una taza de té. En la tienda, la falta de sueño parecía un vacío en su cabeza, una constante amenaza de dolor tras sus ojos cargados. Agradeció a Rowan que mostrara a los clientes los artículos. A veces la

niña parecía estar en dos lugares a la vez, sobre todo cuando se encontraban solas en la tienda.

A la hora de cerrar, el cartel que decía TÍA HERMIONE llegó rodando por la calle, pero era sólo a causa del viento. Rowan hacía botar una pelota que Hermione le había regalado.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Hermione.

—¿Podemos ir a dar un paseo por el valle?

—¿Ahora mismo? —Hermione no había hecho la cena todavía, pero la ansiedad de Rowan por regresar a su lugar favorito parecía tranquilizadora—. Tal vez nos despeje la cabeza.

Tras el aparcamiento situado junto a la carretera de Holywell, un sendero de grava conducía al valle. Tras el Pozo de San Winifred, un altar normando cuya tienda de regalos vendía Cristos parpadeantes y santos de diversos tamaños, los árboles se extendían sobre el sendero, rugiendo suavemente. Agujas de pino, arbustos y enredaderas espinosas se extendían sobre la grava, y pronto el estrecho sendero quedó cubierto de verde que olía a hojas húmedas y parecía helado como el otoño.

—No te pierdas de vista, querida —llamó Hermione mientras Rowan perseguía su pelota.

Rowan recogió la pelota de las zarzas y dirigió a su tía una mirada extraña. El viento sacudió los árboles. Mientras se apartaba el pelo de los ojos con la mano que sujetaba la pelota y se alisaba la falda con la otra, pareció más mayor, aunque intensamente vulnerable, empequeñecida por los árboles. Hermione la cogió rápidamente de la mano.

—Camina un ratito para que tu pobre tía pueda alcanzarte.

Tuvo que soltarla cuando el sendero se volvió más retorcido y estrecho. Altas lomas cubrían la visión ante ellas. El sendero descendía empinado a través de la penumbra que parecía moho empapado y emergía bajo el cielo oscuro, al final del camino que bordeaba la primera presa. Una chimenea alta como una casa se alzaba junto al camino, mostrando un oscuro arco que a Rowan le gustaba mirar. Hermione se alivió al ver que ahora parecía sentirse adulta.

Al lado del camino había una pendiente a pico que conducía a una fábrica derruida. Gruesas paredes irregulares cubiertas de matojos se alzaban aquí y allá sobre los cimientos grises. En algunas de las paredes marañas de enredaderas secas flexionaban sus patas de araña al viento. Hermione quiso pedirle a Rowan la pelota por miedo a que pudiera llegar botando al borde del camino, pero no podía arriesgarse a hacer que sintiera resentimiento hacia ella cuando necesitaba que Rowan confiara en ella. Consiguió no agarrar a la niña cuando, a mitad del camino, le soltó la mano.

Rowan se acercó a la barandilla tan rápidamente que el corazón de Hermione se estremeció. A algunos metros de la pared se encontraba la abertura por la que la presa se vaciaba, un agujero de al menos tres metros de diámetro. El agua caía por el

reborde y se perdía en la oscuridad, sobre la hierba y las estalactitas de moho que crecían en la pared interna. Rowan se asomó a la barandilla.

—¿Crees que morir será así?

—Santo cielo, querida, no lo sé. No estoy tan decrepita, ¿no?

Hermione sabía que se estaba comportando de manera demasiado jovial, pero la niña la había cogido desprevenida. Pensaba que la muerte sería como caer a una profunda oscuridad. Aunque fuera lo que esperabas encontrar, ¿podría eso incluir a otra gente? ¿Y si Queenie no podía encontrar a su padre porque estaba absorto en su propio más allá? Tal vez la vida después de la muerte era un interminable sueño solitario, y no importaba si duraba el momento de la muerte o la eternidad: esa clase de tiempo no tendría nada que ver con la vida despierta, aunque uno pretendiera invadir al otro. Sus pensamientos parecían zambullirse en la resbaladiza oscuridad.

—Vámonos, ¿quieres? —dijo en cuanto se sintió con fuerzas para caminar.

Regresaron dejando atrás la chimenea y siguieron el camino entre ventanas vacías cubiertas de hierbajos. Una pared tan gris como el cielo se alzaba sobre el camino a través de una loma. Las ramas del árbol que se apoyaba contra la pared habían abierto un arco de ladrillos. Rowan se adelantó en el crepúsculo prematuro, haciendo botar su pelota.

—No vayas tan rápido —jadeó Hermione, maldiciendo el peso de su cuerpo, el calor sofocante que la inundaba mientras intentaba volverse al viento.

Rowan desapareció tras un edificio que parecía un gran diente roto y manchado, y Hermione corrió más rápido, las piernas doloridas. Se agarró a la esquina sucia del edificio y lo rodeó para poder ver el siguiente tramo del camino.

Y entonces se detuvo estremecida y se agarró a la resbaladiza pared. La pelota de Rowan había llegado rodando a un manojo de hierbas que se alzaban sobre el camino, y la niña se inclinaba para recogerla. Parecía inconsciente de nada más, de Hermione o de los árboles que se alzaban sobre ella con un sonido parecido a un mar tormentoso. No parecía advertir la figura que se encontraba tras ella, una niña con un largo vestido blanco.

Rowan se enderezó y siguió caminando, haciendo botar la pelota sobre la chirriante grava, y la otra niña la siguió, brillando como una tumba bajo el cielo sin sol. Mientras Hermione se separaba de la pared, vio que aunque el viento arrancaba las hojas de los árboles y tiraba con tanta fuerza de sus ropas que avanzaba tambaleándose, a Rowan no le preocupaba. La niña y su compañera podrían haber estado caminando dentro de un cristal, pues sus cabellos y sus ropas permanecían inmóviles.

Casi habían llegado a la siguiente curva, y tras ella el sendero quedaba oculto por al alta colina. Hermione las persiguió, el corazón latiéndole con tanta furia que la sangre apartaba de su cabeza todo pensamiento. Entonces, justo cuando Rowan doblaba el recodo, su compañera se volvió a Hermione y sonrió.

La sonrisa pareció apagar el mundo. El hecho de que Hermione reconociera la

cara fue bastante terrible, la cara larga y pálida que se parecía claramente a la de Rowan. Los ojos claros la miraron como si fuera un perro que había que espantar antes de parpadear, si es que acaso lo hizo. La sonrisa le decía que no había nada que pudiera hacer, a pesar de todo su conocimiento. El poder de ese desdén se apoderó de Hermione, hasta que ya no pudo oír ni sentir el viento. Entonces Rowan desapareció tras las temblorosas hierbas de la colina, y la otra se volvió como una figura de una caja de música y la siguió. De inmediato, el viento casi arrojó a Hermione al suelo.

Se abrió paso, sorprendida de que algo tan insustancial pudiera ser tan difícil de vender. Cuando dobló el recodo, clavando los dedos en el fangoso suelo, Rowan estaba sola en el sendero.

—Rowan —llamó, temblorosa, pero la niña no se volvió. Hermione temía que Rowan la estuviera ignorando o estuviera enfadada por algo cuando advirtió que el viento que agitaba las ropas de la niña también se llevaba su voz. Inspiró profundamente, llenándose la garganta de humedad—. Rowan —gritó—, volvamos ya a casa.

Rowan regresó junto a ella, haciendo botar la pelota. Hermione la agarró de la mano en cuanto la tuvo cerca. Cuando se volvieron, el viento quedó a su espalda, pero deseó poder subir más rápidamente el inclinado sendero. Cada vez que los matorrales mostraban el interior de sus hojas le parecía que una figura pálida la miraba. Cuando las nubes empezaron a romper, los parches de luz en el sendero, y luego en las calles desiertas de Holywell, se convirtieron también en pálidas sombras.

Cerró de golpe la puerta principal y sentó a Rowan en la cocina con un vaso de zumo de naranja mientras registraba la casa, y luego se detuvo en el salón, y contempló el álbum de fotos que había traído de Waterloo. Encontró una fotografía de su tía con la edad de Rowan, mirando a la cámara con una intensidad que había sobrevivido al paso de todos aquellos años. La despegó y la llevó a la cocina.

—Rowan —dijo, como si su mente estuviera en otro asunto—, ¿sabes quién es?

Rowan alzó la cabeza, lamiéndose la naranja del labio superior. Miró la foto, y su cara mostró de inmediato su inocencia.

—No podría decirlo, tía.

Hermione se volvió rápidamente. Regresó al álbum, y casi arrugó la foto mientras la colocaba en su sitio. La cara de la niña que seguía a Rowan por el sendero era más simétrica, una imagen perfecta de aquella infancia. Reconocerla no era lo que más la había sobresaltado, sino la inteligencia con que Rowan había evitado la verdad. Parecía exactamente igual que Queenie, a excepción de la cara.

—A excepción de la cara...

—Que Dios nos ayude —susurró Hermione, y se sentó rápidamente para no perder el equilibrio. Por fin sabía por qué Rowan tenía que parecerse a Queenie—. Para que no se te note —murmuró, y esperó que el burlón susurro le dijera que tenía razón, pero que no serviría de nada.

No hubo ningún susurro, sólo un vigilante silencio, y Hermione supo que tenía

que actuar ahora, mientras pudiera. Tenía que hacer lo que apenas se atrevía a pensar.

En cuanto regresó de Holywell, Derek se puso a trabajar en la pared de la escalera. Subió al último piso y empezó a arrancar el papel mientras había luz suficiente para poder ver. Acababa de arrancar la primera tira cuando el peso del ajado yeso la soltó. Trozos de yeso golpearon las patas de metal de la escalera, haciéndola sacudirse; polvo de color de carne pálida lo cegó. Se agarró a la escalera hasta que pudo ver y entonces, aunque estaba tosiendo, empezó a reírse. Bajo el viejo yeso, los ladrillos eran buenos y secos.

—Lucha como puedas, vieja cabrona —se burló de la pared, y bajó la escalera otros dos escalones para atacar la siguiente tira de papel.

Iba por la mitad cuando Alison se acercó a mirar. Hizo una mueca al ver la suciedad de la escalera, y le dio un beso que manchó su boca como la de un payaso. Después de cenar, le ayudó a quitar el resto del papel. Sacaron cajas llenas de escombros, y luego se bañaron juntos e hicieron el amor con ternura. Luego Alison se quedó mirando al techo.

—Ahora parece vacía —murmuró—. Como si esperara que alguien viniera a mudarse.

Se quedó dormida antes de que pudieran hablar sobre Rowan. Por la mañana, él tuvo que levantarse temprano para empezar a trabajar en la nueva instalación eléctrica del piso de arriba, ya que tendría que trabajar en el colegio la semana siguiente. Había levantado los tablones del suelo para revelar el polvoriento interior de la casa cuando llamó Tony desde la agencia inmobiliaria. Su contacto en el departamento de planificación pensaba que no habría ningún problema para abrir otro sanatorio, y un contratista que le debía bastantes favores había accedido a trabajar en la casa a precio de costo. Derek se sintió mejor de lo que se había sentido en meses, tal vez en años.

Estaba abriendo agujeros en las paredes del piso superior cuando el teléfono volvió a sonar. Esperaba que fuera Rowan, porque así sabría que se habría recuperado de lo que la había hecho parecer tan taciturna camino de Gales. Pero Alison le dijo que era su madre.

A media tarde, terminó en el piso de arriba, y pronto estuvo extendiendo cables por los ladrillos expuestos de las escaleras. Poco antes de cenar pudo gritarle a Alison que conectara el circuito. Cuando todo el piso de arriba se encendió a su alrededor, deseó que Rowan hubiera estado presente para ejecutar la ceremonia. Se sentía como si hubiera conquistado la casa.

Alison había comprado un periódico inmobiliario en la agencia. Durante la cena, quiso que mirara las fotos de las casas. Él estuvo de acuerdo con la mayoría de las que le señalaba.

—¿Qué quería tu madre? —dijo por fin.

Alison se indicó la boca y masticó para mostrar que no podía hablar. Pareció

tomarse su tiempo en tragar.

—Te alegrará saber que no habrá ninguna exhumación.

—Espero que no, desde luego. ¿Es lo que dijo tu madre?

—Sí.

—¿Eso es todo?

Alison frunció el ceño ante su impaciencia.

—No, todo no.

—No te molestes en decírmelo si es un secreto familiar.

Alison le buscó la mano por encima de la mesa.

—¿Por qué dices cosas así, Derek?

—No me siento cómodo con ellos algunas veces. No dejes que te moleste.

—Lo hace. No puedo evitarlo. No sé qué más podemos hacer.

—Tal vez lo intentas con demasiada fuerza. No hacía falta una conferencia familiar para ver como llamábamos a Rowan.

—Me gusta relacionarlos. Es la única nieta que tienen mis padres. No me di cuenta de que lo lamentaras tanto.

—Nunca he dicho que lo hiciera. Sólo me gustaría que no tuviéramos que comprobar primero con ellos todo lo que hacemos. Incluso tuvimos una reunión para ver qué íbamos a hacer con esta casa, por el amor de Dios, como si no pudiéramos decidir por nuestra cuenta —se sentía asombrado consigo mismo, discutiendo de esta forma cuando su esposa intentaba colaborar por fin, y sin embargo parecía incapaz de detenerse—. Me he dado cuenta de que sigues diciendo *tu* familia.

—*Nuestra* familia, entonces —las esquinas de sus ojos brillaron bajo la lámpara hasta que se los frotó—. No tienes ningún motivo para sentirte excluido, y lo sabes. Son la familia que siempre he tenido, y no los cambiaría por nadie, pero te *elegí* a ti.

—Todavía no me has contado lo que dijo tu madre.

—Lo sabes perfectamente bien, Derek. Dijo que Hermione escribió ese mensaje en la fotografía.

Pensó en Rowan, huyendo de él para refugiarse en Hermione.

—Sé que es tu hermana, pero me gustaría que no le hubiéramos dejado a Rowan este fin de semana.

—Vamos, Derek, ¿qué crees que haría Hermione con ella? Sólo escribió ese mensaje porque se preocupa mucho por Rowan.

—Me parece una forma muy loca de preocuparse.

La voz de Alison se agudizó.

—¿Qué quieres decir, Derek?

—Escucha, no te incluyo a ti ni a tus padres, pero incluso tú tendrás que admitir que los demás son bastante raritos.

—No tienes que cuidar las palabras conmigo —parecía furiosa de que lo hiciera—. Di lo que estás pensando.

—Muy bien, lo haré —dijo él, distraído, contemplando Gales bajo la oscuridad y

preguntándose cuándo llamaría Rowan—. Creo que puede haber una vena loca en tu familia que os pasó por alto a ti y a tu padre. Eso puede pasar, ¿no? Deberías saberlo, eres enfermera.

—No intentes burlarte de mí. Eso no me convence.

—No es necesario. No me digas que no puedes verlo por ti misma —cuando ella le miró con los labios apretados, Derek estalló—. Tu abuelo pensaba que tu tía le mantenía vivo cuando debería estar muerto, y si me preguntas mi opinión, ella creía que no iba a morir nunca. Y tu primo se arrojó a un tren. Es muy normal, ¿verdad?

—¿Qué más estás pensando, Derek?

—Ya te lo he dicho, no te incluye a ti. Pero si te refieres a tu hermana, no lo discuto. ¡Todo ese asunto de su diente y luego ese maldito medallón, e incluso la amiga de Rowan, sobre una niña, por el amor de Dios! Sé que tuvo una infancia horrible, pero también la tuve yo, y mi madre me dejaba con sus padres cada vez que quería a un hombre mientras mi padre estaba embarcado y luego sus padres me trataban como si todo fuera culpa mía. Casi me tiré a la vía del tren desde un puente una vez. Nunca te lo había contado antes, ¿no? Pero no se puede usar la infancia como excusa para el resto de tu vida.

—Derek, si de verdad crees... no, no lo diré.

Él lo sabía, y eso le enfureció.

—Te estoy diciendo que no habría dejado a Rowan pasar con ella este fin de semana si no me hubiera sentido mal por la discusión que tuve con tu hermana, como si no fuera culpa suya por el espectáculo que dio con Vicky y los binoculares y todas las demás tonterías.

Alison se inclinó hacia adelante tan violentamente que la lámpara resonó.

—¿Tú no habrías dejado a Rowan ir a casa de mi hermana? Te recuerdo que tiene un padre y una madre.

—Lo sé. No estamos hablando de eso —vio que ella estaba a punto de decir que él no era nadie para decidir el tema, y por eso continuó—: Sólo quería manteneros a Rowan y a ti a salvo de toda esta locura.

La mirada de ella se hizo más suave, pero no más amistosa.

—Derek, sé que tus intenciones son buenas, pero no debes intentar socavar relaciones que he mantenido toda mi vida. Queenie casi separó a la familia. Espero por el bien de nuestro matrimonio que tú no quieras hacerlo. Y ya que discutimos de conductas irracionales, podemos recordar la forma en que fuiste a ver a Ken, como si fueras un joven rufián callejero, y parecías muy orgulloso de ello.

—Mira, no estoy acusando a nadie de nada. O si hay que acusar a alguien de como es Rowan, yo soy tan culpable como cualquiera. Ojalá pudiera pasar más tiempo con ella. Lo haré cuando pueda si ella quiere.

—¿Qué quieres decir con eso de como es ella? ¿Estás sugiriendo que está mentalmente enferma?

—Sólo quiero decir que es una niña solitaria, como lo era yo —rehusó incluso

considerar lo que había dicho Alison; deseó no haber tocado el tema—. Pongamos punto final al asalto y volvamos a nuestros rincones. Quiero llamar por teléfono y ver como está Rowan antes de que se vaya a la cama.

—¿Puedo confiar en que hablarás con Hermione sin trastornarla?

—Lo conseguí ayer. Llama tú si piensas que tienes que protegerla de mí, pero quiero hablar con Rowan.

Cuando Alison se volvió a mirar la bahía, Derek entró en el vestíbulo, internándose en el mar de hojas plateadas. La discusión había sido culpa de Hermione, pensó. Tuvo que tomarse su tiempo para sofocar su furia antes de marcar el número. Poco después marcó de nuevo lentamente, para asegurarse de no equivocarse, y se quedó escuchando y contemplando las escaleras oscuras. Esperó todo lo que pudo antes de regresar junto a Alison. Aunque casi era la hora de acostar a Rowan, nadie atendía al teléfono.

Querido diario, pueden acer anuncios que parecen pasados de moda en televisión asi que espero que puedan acerlo con las fotos, porque Hermione me enseñó una que parecía a Vicky pero era demasiado bieja...

Rowan dejó que su lápiz se detuviera sobre la página. No había escrito lo que sentía. Tras la ventana, el crepúsculo se posaba como barro sobre la bahía. En Waterloo se encendían las primeras luces, luces de casas que parecían distantes como las estrellas. Esa visión la hacía sentirse siempre deliciosamente añorante de su hogar, pero ahora le recordó que sus padres no la quisieron, que era una carga para ellos. Sentía como si no perteneciera a ninguna parte.

La única persona a la que podía decírselo era a Vicky, pero ahora Hermione había conseguido que Rowan se sintiera incómoda con ella. A Hermione le caía mal Vicky sin haberla visto siquiera, todo por culpa de los binoculares. Hermione se comportaba de forma muy rara algunas veces, y tal vez había puesto algo en la foto para que pareciera más vieja... pero ¿de dónde había conseguido una fotografía de Vicky, y cómo sabía qué aspecto tenía su amiga? Rowan prefería preguntárselo a Vicky que a su tía, ya que Vicky siempre decía la verdad. Contemplaba las luces multiplicarse tras la bahía cuando sonó el timbre.

Corrió demasiado tarde a la ventana para ver quién venía a la casita. Oyó murmullos abajo pero no pudo distinguir ninguna palabra hasta que Hermione la llamó.

—Rowan, querida, ¿quieres ponerte el abrigo y bajar?

Rowan colgó la percha en el guardarropa y vaciló en lo alto de las escaleras, pues Hermione estaba diciendo:

—Espero que no sea una molestia, pero dijiste que si tenía que ir a Gronant podía contar contigo.

—Eso mismo dije. ¿Es la niña lo que oigo? —una mujer a quien Rowan conocía pero a la que no pudo situar entró en el vestíbulo y la miró. La cara de la mujer era afilada, pero delicada como la porcelana, y sus ojos hacían parecer que la porcelana estaba pintada—. Aquí está.

Tras ella apareció Hermione, abotonándose el abrigo presurosamente.

—Rowan, ¿te acuerdas de Elspeth? Gwen y ella hacen los juguetes para la tienda. Vas a quedarte con ella mientras voy a un sitio.

Algo en su urgencia hizo que Rowan vacilara.

—¿Puedo telefonear a casa para que sepan dónde estamos?

—Ahora no hay tiempo. No tardaremos mucho; volveremos aquí a dormir.

¿Cómo podía Rowan creerla cuando Hermione fingía no estar nerviosa, tan animada que incluso Elspeth parecía recelar? Todo lo que Rowan pudo hacer fue salir

rápidamente de la casita y dirigirse al coche francés rojo.

Mientras conducían a lo largo de carreteras cubiertas por las sombras de los matorrales, Hermione empezó a charlar. Solía comer cuando estaba nerviosa, pero esto era peor. No dejaba de señalar cosas a Rowan, quien contemplaba las luces de la lejana costa mientras brillaban al otro lado de los campos fríos y oscuros. Hermione se quedó callada cuando pasaron ante el cementerio de Gronant, las piedras brillando como nubes bajo la luna, y luego continuó la charla casi de inmediato, casi tartamudeando.

—Ya casi hemos llegado, Rowan. Serás buena, ¿verdad? Tal vez Elspeth te deje ver la televisión. Volveré en cuanto pueda.

El coche se internó en Gronant y se detuvo delante de una casita nueva que parecía un esbozo de casa rural, apretujada en la esquina de un callejón.

—Llevaré a la niña a la casa y luego te acercaré al hotel —dijo Elspeth.

—No te molestes, Elspeth, necesito pasear. Entraré con vosotras y luego me marcharé.

Elspeth la miró con el ceño fruncido cuando salió del coche, y pareció aún más molesta cuando Hermione recorrió el sendero de guijarros del tamaño de huevos para llamar a la aldaba de bronce. Gwen abrió la puerta. Su rostro era al menos tan preocupado como el de Elspeth, pero pareció suavizarse cuando ella no hizo ningún comentario.

—Quédate a tomar una taza de té si quieres, Hermione —dijo.

Una habitación con paredes de madera de pino pulido cubría casi toda la planta baja. La madera curvada del sofá y las sillas aparecían cubiertas con bolsas de flores de lavanda que perfumaban el aire. Hermione se dirigió a una estantería que se encontraba en un extremo de la habitación.

—Ven, muestra a Gwen y Elspeth lo bien que sabes leer.

Cuando Rowan hojeó la colección de cuentos en busca de uno que le pudiera gustar, Hermione gimió:

—Cualquiera valdrá. Os leerá toda la historia, ¿verdad, Rowan? Escuchadla.

Gwen se sentó sonriente, y Elspeth la imitó, reluciente, en el extremo opuesto de la habitación. La historia trataba de dos niñas, una de las cuales estaba hecha de palos de madera, aunque en la ilustración parecía de huesos. En cuanto la historia estuvo bien avanzada, Hermione se dirigió a la puerta.

—Me marcho. Rowan, sigue hasta el final.

La puerta se cerró, y Rowan siguió leyendo, demasiado consciente de sí misma para alzar la cabeza. Apenas sabía qué estaba leyendo, aunque su voz sonaba bastante segura. Cuando un perro ladró tras la casa, Elspeth se dirigió a la ventana de la cocina, pero Gwen se rió suavemente. Rowan terminó la historia sin saber cuál de las dos niñas estaba viva al final. Cuando volvió atrás para leerla de nuevo, Elspeth protestó.

—Ya vale, has pagado tu cena. El desayuno no es hasta mañana.

—Ha estado muy bien, jovencita. ¿Qué edad tienes? ¿Sólo ocho? Lees como si fueras mayor.

—Todo eso está muy bien, pero ¿sabes leer en galés?

—Algunas palabras, cuando son como inglés mal deletreado.

—Como galés bien deletreado, querrás decir —corrigió Elspeth—. No irás muy lejos por aquí con esa actitud.

—Vamos, Ellie, sólo está de visita.

—¿Y cómo es eso, por cierto? ¿Dónde ha ido tu tía, Rowan?

—No lo sé. Nadie me lo ha dicho.

—Ha ido a ver a una amiga que se puso enferma en el hotel, ¿no? —dijo Gwen.

Elspeth le dirigió una mirada furiosa y se encaminó a la cocina. La puerta trasera se abrió, y el perro ladró. Poco después Elspeth regresó, disgustada por no haber encontrado nada. Rowan repasó el libro, para no atraer su hostilidad. Gwen le trajo un vaso de leche, pero se sentía fuera de lugar, sobre todo cuando las mujeres empezaron a hablar en galés. No sabía si estaban hablando de ella, y eso la hizo sentirse aún más desplazada.

Debieron de pasar horas, pues ya había leído casi medio libro aunque no podía recordar nada, cuando Elspeth volvió a hablarle.

—Deja eso o tu tía nos dirá que dejamos que te estropearas la vista. Gwen quiere enseñarte algo.

—¿Qué?

—Sólo escucha para variar —dijo Elspeth, impaciente, y Gwen entonó una animosa canción en galés.

Después de unos cuantos acordes Elspeth la imitó. A Rowan le gustó, pero sintió que deberían estar abrazadas en vez de cantar desde extremos opuestos de la habitación: ¿era culpa suya que no lo estuvieran haciendo así? La canción terminó con una nota aguda y dulce.

—¿Qué te ha parecido, Rowan? —demandó Elspeth.

—Preciosa —dijo Rowan, y como al parecer eso no fue suficiente, añadió—: Me ha gustado mucho.

—Vamos a ver cuánto. Inténtalo.

—Escucha de nuevo —dijo Gwen, apiadándose de ella, y repitió la primera línea.

Cuando Rowan lo intentó, hizo que su lengua aleteara como un pájaro en su boca. Ejecutaron la primera estrofa verso a verso, y entonces Rowan hizo lo mejor que pudo por cantarla toda. Se sentía bastante orgullosa de sí misma hasta que vio que Elspeth la miraba con el ceño fruncido como si inadvertidamente hubiera dicho alguna palabra fea en galés. ¿Cómo podía cantar bien la canción si no sabía lo que decía? Se sentía menos presente que nunca, como si ni siquiera su voz fuera ya suya, desesperada por hablar con alguien que conociera.

—¿Puedo llamar a casa? —preguntó.

—No hace falta, ¿no? Tu tía volverá pronto, según dijo.

—¿Por qué quieres hacerlo, querida? —dijo Gwen.

—No he hablado con mis padres en todo el día. Quiero que sepan dónde estoy.

—Sólo les dirás que estás en mi casa hasta que vuelva tu tía, ¿no?

—Nuestra casa —dijo Gwen amablemente.

—Oh, sí, *nuestra* casa, díselo a todo el mundo —se quejó Elspeth, y se puso a hablar en galés.

Rowan se replegó en sí misma mientras empezaban a discutir: la mitad de la conversación parecía como si escupieran. No podía comprender cómo había causado todo esto con sólo pedir llamar por teléfono a sus padres, pero tenía miedo de decir nada más. Deseaba desesperadamente que Hermione regresara cuando alguien llamó a la puerta.

—Espero que sea tu tía —dijo Gwen, y se dirigió al recibidor. Elspeth miró a Rowan ominosamente hasta que Gwen regresó, aturdida—. Rowan, aquí hay alguien que dice que es amiga tuya.

Pareció la salvación.

—¡Vicky! —exclamó Rowan.

—Oh, ¿la esperabas? —reprochó Gwen—. Quiere que vayas a su casa.

Gwen parecía vacilante. Elspeth y ella murmuraron algo en galés mientras Rowan cogía su abrigo y corría hacia el recibidor. Vicky la esperaba tras la puerta abierta. Contra la noche, su vestido blanco y su larga cara pálida parecían aún más brillantes que el pasillo. Cuando vio venir a Rowan, sus ojos parecieron hacerse más profundos y llenarse con la luz de la casa. Se volvió de inmediato, y Rowan la había seguido hasta la verja cuando Elspeth demandó:

—¿Dónde crees que vas?

—Sólo viene conmigo —dijo Vicky desde detrás de la farola—. No tardará más que su tía, lo prometo.

Elspeth entornó los ojos ante la oscuridad y frunció el ceño, y luego se encogió de hombros como si agradeciera librarse de Rowan.

—Asegúrate de que sabes lo que haces —dijo, y cerró la puerta.

La noche era fría e inquieta. Tras la isla de luz de la lámpara, las casas no hacían ningún sonido, pero los árboles respiraban de forma larga e irregular y se alzaban al cielo. Rowan se mantuvo cerca de la luz mientras Vicky miraba hacia atrás.

—¿Cómo sabías dónde estaba?

—Os vi subir al coche, y sabía dónde vive esa mujer.

—¿Quieres decir que has recorrido todo el camino? ¿Cómo?

—Hay autobuses, ya sabes... aunque no son muy frecuentes. Estoy aquí, ¿no es suficiente? ¿O prefieres volver ahí dentro?

Rowan no quiso discutir con ella, dadas las circunstancias.

—Dijiste que podríamos ir a tu casa.

—Déjame enseñarte algo primero —Vicky se apartó otro paso de la farola, y alzó una mano—. Te los olvidaste.

Eran los binoculares, cuyas lentes brillaban como hielo negro. Rowan se envaró.

—¿Entraste en casa de mi tía?

—¿No recuerdas que los dejaste en el jardín? Tal vez querías que se estropearan después de que te los di y todo.

—Por supuesto que no, no seas tonta. No pretendía dejarlos —dijo Rowan, incapaz de recordar dónde lo había hecho.

Vicky se puso en marcha, y por eso la siguió. Subieron por la calle principal y se internaron en un sendero entre los jardines de dos casas cubiertas por árboles. Mientras el brillo de las casas desaparecía tras las hojas, pareció que el viento de la noche alcanzaba a Rowan, quien se arrebujó en su abrigo. Casi de inmediato dejó de sentir el viento o el sendero. Vicky la guiaba en la oscuridad y la esperó en un escalón plano rodeado de hierba que brillaba como si el viento mismo lo aplanara. Tendió a Rowan los binoculares y señaló la bahía.

—Mira lo potentes que son esta noche —dijo.

Tras la Península de Wirral, un dragón dormido encadenado de luces, las farolas y ventanas de la lejana costa se convertían en hilillos, brillantes insectos que temblaban como si se prepararan a revolotear en el aire. La visión entristeció a Rowan, y se sintió más desclasada que nunca.

—Usa los binoculares —urgió Vicky.

En cuando Rowan se los llevó a los ojos, la noche se cerró a su alrededor. Debía de tratarse del aparato, pero sintió como si la noche cabalgara hacia las luces. La península ondulaba bajo ella, y entonces se encontró al otro lado de la bahía. Estaban los muelles, la torre del radar que escrutaba la oscuridad, las dunas agazapadas como grandes frutas oscuras, la fila de casas color pastel, todas grises ahora. Pareció planear sobre ellas, y de pronto, donde la boca de la calle lateral se abría ominosamente, apareció la casa.

El piso superior estaba iluminado. Parecía una corona o un faro, pero no parecía que fuera para ella. Su mirada bajó hasta la habitación principal, también encendida. Las cortinas estaban corridas, pero no del todo. Si se asomaba a la abertura, podría ver a sus padres. Por un momento ansió verlos, como si hubiera estado fuera durante meses, y entonces recordó lo que había oído. Podrían estar hablando de ella ahora, y no quiso verlos. Dejó que sus manos cayeran.

Al principio pensó que la cinta de los binoculares se había enganchado, porque la visión de la casa no se alteró. Debía de ser una imagen posterior, y la sentía pegada a sus ojos. Los cerró con fuerza y volvió a abrirlos. El paisaje nocturno se agrupó difusamente a su alrededor, el brillo de las casas fluyendo a través de los árboles balanceantes, pero todo parecía aplastado como los abanicos de luz.

—¿Por qué te detuviste? —siseó Vicky—. Estuviste allí.

La amenaza de su impaciencia fue casi suficiente para obligar a Rowan a alzar los binoculares, pero no del todo.

—No quiero más. Dijiste que podría ver dónde vives.

El viento remontó las colinas y se deslizó sobre la hierba. Los árboles congregados en torno a las luces de abajo enviaban la oscuridad colina arriba. Rowan se sintió súbitamente aún más solitaria y vulnerable.

—No, no quiero —tartamudeó, como si eso pudiera espantar a lo que hacía que se sintiera inquieta—. Prefiero ver dónde está mi tía Hermione.

Vicky permaneció en silencio hasta que Rowan la miró. El brillo en sus ojos pareció más profundo. Empezó a sonreír, los labios tensos, mientras se volvía para guiarla colina abajo.

—Muy bien, lo verás —dijo.

En cuanto se encontró fuera de la casa, Hermione se frotó la frente con los nudillos. Tendría que haberse quedado observando desde fuera hasta que todas estuvieran dentro, no tendría que haber entrado. Estaba segura de que habían visto lo nerviosa que estaba; casi se había dejado llevar por el pánico cuando Elspeth insistió en llevarla al hotel. Pero ahora estaba fuera, y las mujeres escuchaban a Rowan... seguramente todavía lo hacían, aunque Hermione no podía oírla. Recorrió velozmente el sendero de piedra, secándose las manos húmedas en el abrigo, e hizo todo el ruido posible al cerrar la verja; luego se marchó de puntillas y rodeó la casa.

El sendero que allí había parecía compuesto de pizarra suelta. Era un pavimento endiablado, se dijo, y dio un paso, tan vacilante que se tambaleó contra la casa. Se apoyó en la pared encalada mientras se dirigía al jardín trasero. La luz de la casa de al lado inundaba el jardín con la sombra del seto, pero pudo distinguir el cobertizo al otro lado del césped. Era el único sitio en Gronant donde sabía que había una pala; Elspeth contaba a menudo que cavaba en el jardín. Pisó el cuidado césped y un perro ladró.

Hermione se apretujó contra la pared de la casa. El perro estaba iluminado, junto a un par de ventanas francesas. Si alguien abría las cortinas la vería aplastada contra la casa como una mosca. Gwen o Elspeth podrían asomarse a la ventana de la cocina que tenía al lado, ¿y qué dirían entonces? Se estremeció y se llevó los puños a la boca antes de que estallara en una risita histérica. El perro se había calmado. En cuanto controló su arrebato, Hermione cruzó la hierba.

La linterna que llevaba en el bolsillo le golpeó el muslo mientras se dirigía al cobertizo. Descorrió el cerrojo de la puerta con dedos que parecían hinchados y rígidos. Las bisagras estaban tan bien engrasadas que la puerta se abrió más rápido de lo que esperaba. El perro hizo un ruido con la garganta. Hermione se adelantó y escrutó la oscuridad. Al fondo, a mano izquierda, flanqueada por un rastrillo y una horca, había una pala.

Cuando entró en el cobertizo, las herramientas se sacudieron. Sí caían, el perro empezaría a ladrar. Cruzó el suelo de madera y agarró las tres asas. Se puso de nuevo al borde de la histeria, porque al principio no pudo distinguir qué mango pertenecía a la pala. Palpó hasta que sintió el borde de la cabeza, que estaba atrapada bajo las otras herramientas. Se dispuso a soltar el rastrillo y la horca, obligándose a tomarse su tiempo, y entonces se detuvo. La estaban observando.

Se obligó a mirar hacia la casa. La ventana de la cocina estaba apagada, y estaba segura de que las cortinas no se habían movido. La observaban desde la oscuridad, muy cerca, porque había advertido el peligro que corría Rowan. Liberó la pala de las otras herramientas, casi golpeando el mango contra el techo, y luego pisó de puntillas los tablones de madera, cerró la puerta, introdujo temblorosamente el cerrojo en su sitio, cruzó el césped y se escondió junto a la casa, fuera del alcance de la luz,

mientras decidía cómo esconder la pala.

No había espacio bajo su abrigo. Apretó la fría cabeza contra su pecho y cruzó las manos sobre la herramienta, y descubrió que podía caminar, aunque no tan rápido como le habría gustado. Se mantuvo dentro del sendero y salió por la verja. Dirigió una última mirada nerviosa a la casa y deseó que Rowan estuviera leyendo, luego abrazó la pala y se dirigió presurosa a la carretera principal.

Los árboles cubrían de sombras la acera y hacían que la oscuridad acechara en los jardines mientras ella ascendía por la serpenteante carretera; sin embargo, el silencio parecía seguirla tras los árboles, una quietud helada que parecía la ausencia del burlón susurro que había oído una vez. Un coche pasó colina arriba, y ella se apartó de la acera. Se dijo que Lance debía de haber caído bajo el tren porque había sido tomado por sorpresa.

Llegó a la cima de la colina y la bajó rápidamente. Las luces de Gronant quedaban cubiertas por la colina, aislándola con una farola solitaria. Sin embargo, la visión del patio de la iglesia fue casi un alivio. Seguro que nada más sustancial que el miedo podría amenazarla aquí.

Tras la verja, el gris sendero conducía a la gran capilla oscura que, intentó pensar, estaría vigilando a su favor. Descorrió el cerrojo de la verja y la cerró tras ella. Apretando la pala contra su pecho, se aventuró sobre la hierba. Las lápidas brillaban y titilaban, las flores en los jarrones tiritaban junto a las tumbas. Las sombras de la túnica de un ángel se agitaban, como si una figura pequeña estuviera asomando entre los pliegues. El sauce parecía ahora menos pacífico que reservado, y sus ramas se abrían para mostrar atisbos de la oscuridad interior. Lo alcanzó antes de poder ver la tumba familiar. Eso significaba que no podían verla desde la carretera, se recordó, y avanzó tambaleándose, colocando la pala cabeza abajo.

La tumba estaba a la sombra del sauce. La luz de la farola destellaba entre las ramas, iluminando palabras sueltas en la columna de mármol: VICTORIA... SU... BRAZOS... El césped del montículo era todavía distinguible a parches. Hermione introdujo el borde de la pala bajo el más cercano y apoyó el pie sobre el metal, y luego todo su cuerpo se contrajo. Su resolución la había traído hasta aquí, pero ya no podía evitar advertir cuánto temía lo que planeaba hacer.

Era por Rowan. Tenía que hacerlo mientras Rowan fuera todavía ella misma. Pero tal vez la duda era aún más difícil que tratar que el miedo: ¿trataba de verdad abrir la tumba familiar porque pensaba que intentaban hacer que Rowan se pareciera a Queenie para que así nadie lo advirtiera si Queenie ocupaba su lugar? Dicho de esa forma, aquí en el cementerio con la noche rodeándola como un frío mar impalpable, la idea parecía casi demasiado grotesca, el delirio de una mujer solitaria demasiado ansiosa por encontrar alguien a quien cuidar ahora que su hermana pequeña tenía una vida propia... excepto que había visto a la amiga de Rowan cara a cara. No se equivocaba respecto a Vicky, era la única persona que la había visto, y eso significaba que era la única capaz de adivinar su plan. Deseó que su cuerpo se relajara. La pala se

clavó en el cuadrado de césped y retrocedió.

Alzó el resto del césped y colocó los cuadros donde pudieran quedar fuera del alcance de su labor, luego rodeó el pilar de piedra y se colocó junto a la tumba, donde pudiera divisar la carretera. Inspiró profundamente, musitó una plegaria, y clavó de nuevo la pala en el montículo.

El impulso fue tan fuerte que casi perdió el equilibrio. Recordó la silla pulposa donde sus manos se habían hundido, como si el fallo en la voluntad de Queenie por vivir hubiera esparcido de podredumbre las habitaciones superiores. Rechinó los dientes y depositó la paletada de tierra junto a la tumba, volvió a cavar y pisó con fuerza la pala, asegurándose de que no se hundiera hasta el ataúd. En cualquier caso, había una tapa; no debía imaginar cómo la pala podría alcanzar a Queenie, cortando su cuerpo como un gusano. Pisó el metal con una fiereza que le lastimó el talón, pero no pudo espantar del todo sus pensamientos.

La siguiente capa de tierra era más dura. A pesar del frío viento, Hermione pronto sintió tanto calor que tuvo que quitarse el abrigo y colocarlo sobre el pilar de mármol. El abrigo agitó las cuencas vacías de sus brazos mientras ella se inclinaba sobre la tumba, cada vez más precariamente. Posponía el momento en que tuviera que introducirse en el agujero para seguir cavando. Por fin, no tuvo elección. Se agarró a la pala con una mano y a la columna con otra, y se introdujo en la oscuridad que olía a tierra húmeda.

Cedió bajo su peso, pero no mucho. Todavía había tierra entre ella y lo que se encontraba debajo. Buscó su abrigo y consiguió sacar la linterna del bolsillo. Apoyó la luz contra el pilar, enfocando el irregular pozo cuadrangular. Miró con cautela hacia la carretera, donde no había pasado un coche desde que dejó el pavimento, y se acercó al pie de la tumba.

El sauce quedaba ahora a su espalda. Cada vez que las sombras cubrían los montículos de tierra que la iban cercando, pensaba que alguien se había asomado entre las ramas oscilantes, pero no pudo ver a nadie. El que la vigilaran debía significar que no había peligro bajo ella, pues ¿cómo podía estar en dos lugares al mismo tiempo? Poco después apenas fue consciente de los movimientos: debía de haber llegado casi al ataúd, lo suficientemente cerca para temer lo que pisaba mientras bordeaba la zanja para enfocar mejor con la linterna. Junto al sauce, el abanico de luz se hizo tan ancho como la tumba, pero tan tenue que apenas podía hacer que la tierra brillara con un tono viscoso. Hermione se retiró, sintiendo la mandíbula dolorida mientras conseguía desencajar los dientes.

Al clavar la pala en la tierra, con cuidado por si estaba a punto de golpear la madera, se sintió a la vez enferma y, grotescamente, hambrienta. Nada como el trabajo duro para abrirte el apetito, pensó indefensa, y apoyó todo su peso sobre la pala. Esta se hundió unas pocas pulgadas y se detuvo. Había alcanzado una superficie más sólida que la tierra.

La detención de la pala pareció extenderse por su cuerpo, congelando incluso sus

pensamientos. El sauce se abalanzó hacia ella, siseando y agitando sus ramas; las sombras se arrebujaaron sobre los montones de tierra que la amurallaban en la zanja. Por Rowan, pensó, y se balanceó hacia adelante como si empezara a despertarse. Por un momento pensó que la tapa se había movido bajo ella, pero la pala había resbalado sobre la madera. Entre la furia y el pánico, empezó a sacar tierra de la zanja.

No tardó mucho en descubrir la tapa. Contempló la noche, el espantapájaros sin cabeza de su abrigo, la farola a través del sauce, y entonces se dispuso a quitar los últimos fragmentos de tierra de la brillante tapa. De vez en cuando, la pala resonaba. Hermione observó la madera arañada introducida en la tierra como un peluche hinchado, y se dirigió al extremo más brillante, pues había advertido por qué la pala había dejado de resonar. Todos los tornillos estaban medio fuera de la tapa.

Agarró la linterna como si fuera una cuerda con la que pudiera auparse de la tumba, y apuntó a los tornillos. Salían del ataúd, goteando tierra, invitándola a que los girara y alzara la tapa. Pensó lejanamente en Rowan, y luego en sí misma, en la forma en que Queenie la había aterrorizado cuando tenía la edad de su sobrina. ¿No lo estaba haciendo todavía, enfrentando a Hermione con los tornillos para hacer que fuera incapaz de levantar la tapa?

—Puedo ver tus trucos —susurró Hermione, y extendió la mano temblorosamente hacia el tornillo más cercano.

Estaba cubierto de tierra húmeda. En cuanto lo extrajo y lo dejó caer junto al pie del pilar, se frotó los dedos, estremecida. Lo hizo automáticamente cada vez que quitó otro tornillo. Empezaba a desear haber cavado un hueco más amplio: aunque apenas había espacio suficiente a la izquierda del ataúd para que pisara la tierra de la tumba, tenía miedo de resbalar en la tapa ahora que estaba sujeta por tan pocos tornillos. Caminó por la estrecha franja de tierra y se inclinó para sacar otro tornillo, el tercero. Ahora sólo había uno junto al pilar, y si resbalaba en el ataúd la tapa podría girar sobre el eje del tornillo, derribándola al cubil de Queenie. Eso era lo que Queenie querría que pensara, se dijo, y arrancó el último tornillo y lo lanzó al pilar. Antes de que otra oleada de aprensión pudiera inhibirla, se agachó, agarrando la linterna con las rodillas temblorosas, y hundió los dedos bajo la tapa.

Un empujón y se alzó, tan fácilmente que casi perdió el equilibrio. Resonó contra el otro extremo de la tumba, vertiendo tierra en el ataúd. Hermione se alzó rápidamente, agarrando la linterna con ambas manos. Ansiaba salir de la zanja para recuperarse del shock de haber estado a punto de perder el equilibrio, pero entonces tal vez no pudiera volver a bajar. Se apoyó contra la pared de la zanja para calmarse y miró hacia abajo, los ojos retorcidos, la larga forma pálida que yacía bajo ella en el ataúd, más allá del alcance del rayo de luz de la linterna. Por Rowan, pensó ferozmente, y dejó que el rayo se hundiera en el ataúd, tras los gruesos bordes blancos del forro, hasta que se posó sobre el objeto de la caja.

Su tenaza se tensó hasta que la linterna empezó a temblar. Su garganta se cerró en torno a su aliento contenido. Esperaba que Queenie hubiera empeorado, pero no de

esta forma. La larga cara se había ajado hasta el hueso en torno a los ojos hundidos, que eran casi negros, y la boca mostraba todos los dientes y las encías ennegrecidas. El pelo estaba esparcido alrededor del cráneo. La cara era casi toda una mueca, una mueca letal con ojos diminutos que asomaban en un nido de pelo gris.

Tuvo que dejar de mirar la cara para buscar el camafeo. Se obligó a retirar la mirada y la luz, aunque sus brazos temblaban. El rayo fue más lejos de lo que pretendía, e iluminó las manos del cadáver, cruzadas sobre el pecho. Apenas podía ya llamárselas manos, y estaban manchadas de la tierra que había vertido la tapa. Hermione iluminó el cuello.

Este era retorcido y pelado, como una rama muerta, descorazonadoramente fino. Forzó la vista hasta que le dolieron los ojos, y entonces se agarró al borde de la tumba y se apoyó en una rodilla en el estrecho borde junto al ataúd. Todavía agarrada allí, se inclinó precariamente hacia el ataúd y bajó la linterna hasta que la lente casi tocó el círculo de brillante luz sobre la carne ajada, muerta y resquebrajada. Nada brillaba. No había ninguna cadena alrededor del cuello de Queenie.

Hermione se apoyó en ambas rodillas, descansando la derecha en el borde del ataúd. Con la punta de la linterna empezó a sondear el pecho sobre las manos, por si la cadena se hubiera roto, ocultando el camafeo. Cuando estuvo segura de que no estaba allí, continuó pinchando el cuerpo, ahora con más saña, para mostrar que sabía que la estaban vigilando y no le importaba. Se había enfrentado a lo peor, y no podía hacerle daño, sólo era repulsivo. Incluso podía distinguir a quien la vigilaba al borde de su visión, una pequeña forma pálida tras una tumba a su izquierda. Dejó que su rostro mostrara todo el desprecio que sentía, un inesperado arrebató con el que apenas pudo tratar, y entonces alzó la cabeza y miró directamente a su observadora.

Su mano se agarró a la pared de la tumba, soltando un puñado de tierra. La pequeña figura que la observaba y se agarraba a una cruz de granito como si apenas pudiera sujetarse era Rowan.

Parecía dispuesta a volverse y huir si Hermione hablaba siquiera. Hermione quedó abrumada, llena de vergüenza y pánico. Se habría escondido si hubiera pensado que Rowan no la había reconocido. Queenie las había engañado a ambas, advirtió con una furia tan grande que su cabeza se bamboleó: Queenie, que era Vicky, y que debía de ser la sombra que se movía al borde de la visión de Hermione. Pero Vicky había calculado mal, pensó mientras se volvía hacia el movimiento, intentando enfocararlo. Hermione podría enfrentarse a ella delante de Rowan, y eso incluso podría mostrar a su sobrina la verdad.

Pero la sombra móvil no era Vicky. ni estaba junto a Rowan. Se hallaba mucho más cerca de Hermione, y por eso no había podido enfocarla de inmediato. Era una mano, una mano ajada y manchada de tierra. Aunque temblaba como la mano de una marioneta, pudo cerrarse alrededor de la nuca de Hermione.

La mujer se apartó convulsivamente de su contacto, y trató de gritar como si eso pudiera librarla de su alcance. Pero un profundo dolor en su interior la hizo caer de

lado al ataúd. Todavía agarraba la linterna, que golpeó el forro del ataúd y le mostró la cabeza sonriente de Queenie. La cabeza se alzaba de su nido de pelo.

El pelo se enganchó en el forro. Se liberó del gris cuero cabelludo mientras el cadáver se enderezaba, una muñeca calva y sonriente sin ojos. Tal vez tenía la misma mente de un muñeco, pero la boca descarnada se abrió en lo que podría haber sido un silencioso grito de triunfo mientras rodeaba con sus manos el cuello de Hermione y apretaba su cara contra la suya.

Rowan no hizo la pregunta hasta que volvió a la carretera principal. Siguió a Vicky por el sendero de piedra entre los árboles que ocultaban las luces. Vicky la esperaba junto a la farola, pero Rowan se mantuvo entre los setos de las casas iluminadas.

—¿Cómo sabes dónde está mi tía? —dijo.

Vicky se colocó las manos en las caderas y la miró sin expresión.

—Creí que te fiabas de mí.

—Lo hago, pero sigo queriendo saber cosas. Siempre parece saber dónde estoy cada vez que quieres.

—Entonces deberías estar agradecida, ¿no?

—He dicho que seré tu amiga, pero no me gusta que sepas más que yo.

Vicky la miró tan duramente que Rowan casi retrocedió entre los temblorosos setos. Por un momento, pensó que Vicky estaba a punto de decir «¿Cómo te atreves a hablarme así?», o incluso «¿No sabes quién soy?». Contuvo la respiración hasta que los oídos le zumbaron, y entonces el rostro de Vicky se suavizó y su voz se volvió casi zalamera.

—Podrías saber todo lo que yo sé si confiaras en mí.

—Ya te he dicho que confío.

—No lo hiciste cuando estábamos en la colina. Casi estabas en casa, pudiste sentirlo. Habría sido tan fácil continuar, tendría que haberme asegurado de que así era, pero en cambio tuviste que regresar.

Rowan se perdió. Si todo esto era por los binoculares, empezaba a sentir que eran más problemáticos de lo que merecían la pena.

—Creí que querías estar allí para siempre —dijo Vicky.

Eso hizo que Rowan se sintiera aún más triste que en la colina.

—Quería antes —susurró, pero no quería que la otra la oyera.

—¿Antes de qué, Rowan?

Rowan sintió como si no se le permitiera esconder algo de lo que se avergonzaba.

—Antes de oír hablar a mamá y a papá. Nunca me quisieron.

—Te tuvieron porque fueron descuidados, quieres decir.

—Supongo —dijo Rowan, pero los ojos de Vicky le decían que continuara—. Me siento como si todo empeorara para ellos por mi culpa, y creo que ellos piensan lo mismo.

Vicky la atrajo hacia el inseguro borde del brillo bajo la farola.

—¿Y si siempre pudieras estar con ellos y no ser nunca un problema?

Rowan se sintió traicionada. Vicky no debería hacerla imaginar esas cosas, sobre todo cuando Rowan había compartido con ella su peor secreto.

—Supongo que eso es lo que les gustaría.

—¿Y a ti no? ¿Y si siempre pudieras tener la edad que tienes ahora y no tener que

dejar tu casa? ¿Y si siempre pudieras cuidar a tus padres, estar allí esperándolos en casa y no costarles nunca un penique?

—¿Y si estuviéramos en el país de las hadas y los sueños se hicieran realidad?

Rowan pretendía ser sarcástica, pero los ojos de Vicky brillaron.

—Eso es, exactamente. Sería como soñar tu mejor sueño, el que siempre quisiste soñar, excepto que sería real y nunca terminaría.

Sus ojos eran tan brillantes que Rowan sintió que si miraba hacia otro lado sólo vería oscuridad. Era como si fuera incapaz de retirar los binoculares de sus ojos, como estar rodeada de oscuridad con una sola luz delante, excepto que los binoculares reposaban sobre su pecho, en sus manos mientras buscaba algo que sujetar.

—Ése es el ticket —murmuró Vicky—. Volvamos a donde estábamos.

Hablaba tan bajo que las palabras podrían haberse introducido en la mente de Rowan antes de ser consciente de haberlas oído si no hubiera sentido cómo ocultaba Vicky su impaciencia. ¿Por qué sería tan urgente e importante que subieran la colina? Rowan cerró los ojos con fuerza mientras se atrevía a avanzar. Se encontró bajo la farola en la carretera vacía, por donde el viento rugía como un autobús invisible. Estaba allí, por pequeña que se sintiera.

—Quiero ir con Hermione —dijo.

—Entonces obtendrás lo que pides, querida.

Vicky le volvió la espalda de inmediato y se encaminó colina arriba.

—Dijo que iba al hotel —protestó Rowan.

—Como tú digas. Sigues sin confiar en mí, pero ya lo harás.

Rowan sintió como si hubiera rechazado algo que Vicky valoraba enormemente, aunque no tenía idea de qué podría ser. En todo caso, se dio cuenta demasiado tarde. Vicky avanzaba colina arriba como un padre que desafía a su hijo a no seguirle, como el adulto que cada vez parecía más. Rowan la siguió, porque si su tía no le había dicho la verdad entonces se sentía aún más ansiosa por ver dónde estaba Hermione.

Tuvo que avivar el paso y a veces echar a correr, aunque ni siquiera entonces pudo alcanzar a Vicky. Las sombras surcaban la carretera desierta, y se prometió que si Vicky se internaba mucho más en la oscuridad se negaría a seguir hasta que supiera adonde se dirigían. Jadeó, y se sintió más segura cuando vio la iglesia al pie de la colina. Se sintió a salvo hasta que Vicky se detuvo, con una mano en la verja del patio de la iglesia.

Tendría que haber supuesto que su tía estaría en la iglesia, pero la iglesia estaba oscura. Incluso la iglesia era menos tranquilizadora que la última vez que estuvo con su tía aquí, ante el ataúd. Vicky se llevó un dedo a sus inexpresivos labios, y entonces su boca se hizo aún más fina mientras abría la verja.

Rowan no pudo oír el cerrojo. Sólo su vista parecía funcionar. El sauce se agitó entre las tumbas como una araña que siente a su presa, y entonces se quedó tan inmóvil que podría haber sido de piedra. Rowan se sintió también petrificada, pues

había visto movimiento entre las ramas. Una ancha cabeza plana sobre un fino cuello había asomado en el suelo y cayó sobre la tierra con un golpe suave. Era una serpiente, pensó, una gran serpiente que había salido de una tumba y podría venir a por ella, retorciéndose en la hierba. Sin embargo, aquello pareció reconfortantemente irreal cuando advirtió qué había visto en realidad: una pala. Alguien estaba excavando una tumba en la oscuridad.

Seguro que no sería Hermione. Prefería que Vicky la estuviera engañando porque había rechazado lo que le ofrecía. Pero cuando por fin consiguió mirarla, Vicky parecía a la vez apenada y acusadora.

—Me pediste que te trajera —dijo átonamente, y abrió más la verja.

Rowan únicamente pudo internarse en el sendero de grava. Si sus pisadas eran tan sólo la mitad de pesadas de lo que parecían, tendrían que hacer suficiente ruido para alertar a Hermione, darle la oportunidad de reaccionar antes de que Rowan tuviera que ver lo que estaba haciendo... excepto que la propia Rowan apenas podía oír sus pasos. Cuando el sauce quedó entre ella y la tierra abierta, dejó el sendero y ya no pudo oírse al caminar sobre la hierba. Se sentía disminuida, desplazada, apenas presente.

Se dirigió a una cruz de granito junto al sauce y se escondió tras ella, aterrándola con tanta fuerza que sintió las manos pegadas a ella, como por escarcha. Los binoculares se sacudían con su respiración, y agarró la cruz con más fuerza por si se sentía tentada de utilizarlos. Ya podía ver demasiado. Podía ver a su tía, encorvándose y enderezándose laboriosamente, inclinándose de nuevo en la tierra brillante.

Recogía objetos de la tumba y los colocaba junto a la columna de mármol donde había colgado su abrigo, como para hacerle compañía. Rowan tuvo la visión de pesadilla de que estaba atendiendo un jardín, arrancando malas hierbas de la tumba. Hermione colocó un último objeto junto al pilar y cogió la linterna que había allí. Su brillo se hundió bajo la tierra, y Hermione lo siguió. Se produjo un silencio que detuvo la respiración de Rowan, y entonces oyó un golpe suave en la tumba, y un leve rumor de tierra.

Se sintió empedalear, hasta que no fue más que vista y oído, apenas consciente. El brillo de la linterna gravitaba como niebla en la tumba abierta. Mientras el sauce sacudía sus ramas, sombras parecidas a patas corrieron hacia la tumba, tan decididamente que Rowan quiso gritar una advertencia. Entonces su tía se enderezó en la zanja.

Rowan advirtió que estaba buscando el camafeo. Tuvo la súbita y terrible sospecha de que si Hermione la veía correría hacia ella con la cadena que había arrancado del cadáver y se la colocaría alrededor del cuello. Tenía que huir, o al menos ocultarse tras la cruz. Pero se esforzaba por mover su cuerpo de piedra cuando Hermione alzó la cabeza y la miró a los ojos.

No fue el hecho de que la viera lo único que paralizó a Rowan entonces, sino que su tía pareciera al menos tan sorprendida como ella. El embarazo que fluyó a través

de Rowan y hacía arder su cara era tan propio de su tía como suyo. Parecía que ninguna de las dos volvería a moverse de nuevo, que permanecerían allí con las otras estatuas mientras el viento agitaba la hierba. Entonces Hermione volvió la cabeza, y pareció agarrarse la nuca con una mano. Un momento después, se zambulló en la tumba.

El brillo tras la tierra amontonada se agitó y se afirmó. La zanja permaneció en silencio bajo la columna, donde el abrigo de Hermione agitaba sus mangas sin brazos. Rowan intentó llamar a su tía para que dejara de esconderse: era una estupidez, y la estaba asustando.

—Sal, te he visto —quiso decir, pero su garganta no podía emitir ni siquiera un susurro. La furia y el pánico la hicieron cerrar los puños. Se apartó de la cruz y se dirigió tambaleándose hacia la tumba.

Vicky no estaba por ninguna parte. Rowan sintió que la dejara sola de esta forma y a la vez se alegró de que no viera lo que estaba haciendo su tía. Evitó el sauce mientras se acercaba torpemente al montoncito de tierra junto a la tumba. Sus zapatos se hundieron en el montón cuando se inclinó hacia adelante y miró dentro de la zanja.

En cuanto vio lo que había allí sintió como si cayera en la oscuridad. Hermione estaba tendida en el ataúd, cuyo blanco interior estaba manchado de tierra, una masa de grasientos bordes blancos que hicieron pensar a Rowan en la carne de un gusano. La linterna se encontraba junto a la cara de Hermione e iluminaba implacablemente sus ojos y su boca abierta. Rowan deseó que parpadeara, deseó y luego rezó para que lo hiciera, hasta que no pudo evitar ver lo abotargada e inexpresiva que era la cara de Hermione. Su tía nunca estaría allí tendida si supiera lo que hacía. Sus ojos estaban muertos a la luz, igual que ella.

La visión pareció permitir que el cementerio alcanzara a Rowan. La muerte estaba por todas partes. La rodeaba la muerte y la oscuridad. Cuando oyó a sus padres dijo que no deseaba vivir, pero no comprendía entonces lo que significaba la muerte. Era la visión del cuerpo de Hermione, vacío y feo y abandonado, nada más que un objeto ya. Rowan alzó la mirada salvajemente, como si pudiera ver dónde estaba Hermione ahora. Pero era Vicky quien la miraba desde el otro lado de la tumba.

Rowan se enderezó, sus pies se hundieron aún más en el montículo de piedra, y trató de hablar. Como su voz no funcionó, señaló desesperada al interior de la tumba. Vicky siguió mirándola, con una indiferencia tan intensa que parecía acusadora.

—Intenté ponértelo fácil —dijo Vicky.

Rowan se sintió asombrada y abandonada y, peor aún, culpable. ¿Podía haber sido causante de lo que le había sucedido a Hermione? La idea era tan temible que paralizó su mente. Entonces algo parecido a la esperanza la permitió apartar los ojos de Vicky y mirar hacia abajo. Había atisbado un movimiento bajo ella.

Hermione se movía: su cara se volvió hacia Rowan. Era más fofa que nunca. La linterna mostraba la tierra que le había entrado en la boca abierta. La cabeza de Hermione se movía sólo porque algo situado bajo ella se movía también.

Rowan intentó apartar los pies del montón de tierra resbaladiza y una cabeza apareció debajo, alzándose de la sombra de Hermione. Era una cabeza calva cuyo cráneo parecía moteado de moho. Bajo sus ojos encogidos y el montoncito de cartílago entre ellos, la boca se abría como una trampa. Unas manos que eran casi todo hueso y piel ennegrecida se extendieron hasta el cercano borde del ataúd para librar el cuerpo aplastado por el cadáver de Hermione. Rowan supo que era la muerte, descarnada y sonriente, que se levantaba y avanzaba hacia ella pulgada a pulgada, para agarrarla y llevarla a la tumba.

Se volvió, con demasiada violencia. Sus pies perdieron su asidero sobre la tierra suelta. Se tambaleó hacia la cruz, tan rápidamente que cayó. La cruz de granito golpeó su cabeza como un martillo. Lo último que vio mientras el mundo se sumergía en la oscuridad fue a Vicky, que la observaba henchida de triunfo.

A las nueve y media, Derek intentó encontrar un programa de televisión, menos por él que por Alison. Sería culpa suya si se preocupaba: culpa suya por atacar a su familia y ponerla nerviosa. Nunca lo habría hecho si hubiera sabido que iban a tener tantos problemas para contactar con Hermione. Rowan y ella debían de estar visitando a alguien, o tal vez en la tienda, donde no había teléfono: en cualquier caso, ¿qué peligro podían correr en Holywell? Estarían en casa la próxima vez que telefonara, se aseguró, cuando el programa de televisión hubiera acabado.

Pero la televisión no tenía mucho que ofrecer: tres horas de golf en un canal, el final de una película de secuestros en otro, un político y un gerontólogo discutiendo sobre las diversas formas de ayudar a los ancianos, un descanso en un partido de críquet. Inesperadamente encontró *Raíces profundas*, una película que no había visto desde que tenía la edad de Rowan, pero mientras se preparaba para verla hasta el siguiente corte publicitario, advirtió que estaba doblada al galés. Estaba a punto de cambiar de canal cuando Alison dijo, irritada:

—Deja algo, por el amor de Dios. Me habría gustado ver el programa sobre los viejos.

Él no estaba seguro de que ella hubiera estado observando, encogida sobre el último libro que estaba leyendo Rowan. Su rostro parecía más largo que nunca, cargado por el peso de sus pensamientos, enfadado. Derek se sentó en el brazo de su sillón, aunque éste protestó.

—Escucha, lamento las cosas que dije sobre tu hermana y todo eso.

Ella se apartó de él casi imperceptiblemente.

—¿Todo el qué, Derek?

—Ya sabes a quién me refiero. Lo siento. No discutamos más. Todo lo que digo es que lamento haberte molestado.

No era todo lo que sentía: tenía miedo de que su matrimonio pudiera perder su equilibrio, su forma de dejar que uno de ellos permaneciera tranquilo cuando el otro lo necesitaba, aunque no había ningún motivo para suponer que iban a necesitarlo ahora.

—Lamento haberte estropeado algo —dijo torpemente.

—Muy bien, ya te oigo. Ahora me gustaría ver el programa.

Él cambió de canal y se sentó en su sillón. El político y el médico estaban discutiendo todavía. No pudo comprender qué decían: su desacuerdo parecía una extensión de su discusión con Alison, e hizo que le doliera la cabeza. Las manos de Alison agarraban el libro de Rowan, sus pulgares acariciaban la cubierta como si eso pudiera concederle un deseo. Derek cerró los ojos y deseó que Hermione llamara, y entonces oyó que la cubierta de plástico se resquebrajaba en las manos de Alison. Salió de la habitación sin hacer ningún ruido.

No perdería los nervios con Hermione. Tal vez hiciera alguna observación de

pasada por no hacerles saber que había llevado a Rowan a alguna parte, pero haría que pareciera una broma. Contó cuarenta llamadas y marcó de nuevo. Esta vez perdió la cuenta. Parecían monótonas y distantes y sin significado, tan vacías como debía de estarlo la casa. ¿Por qué tenía que preocuparse tanto ahora, cuando la vida empezaba a ir bien por fin? Abrumado por su propio egoísmo, colgó torpemente y entró en el salón.

—No me importa si es tu hermana, tendría que habernos dicho adonde iban.

Alison se puso en pie de un salto y apagó la televisión. Luego se volvió hacia él.

—¿Crees que yo no siento lo mismo?

¿Había Derek pretendido lo contrario para poder creer así que la estaba protegiendo?

—Tal vez he estado solo tanto tiempo que no advierto cuando no lo estoy —dijo.

Ella le agarró el brazo con las dos manos.

—Tienes razón, no debemos pelearnos. Daremos mal ejemplo a Rowan.

—Cuando vuelva a casa.

—Mañana.

—La recogeré a eso de las cinco, ¿de acuerdo? Le diremos a Hermione que no prepare la cena y así podremos hacerlo con Rowan. Me gusta que los tres comamos juntos, sobre todo ahora que está creciendo.

—A mí también —dijo Alison, y se estremeció—. La casa parece tan vacía esta noche sin ella.

—No tenemos por qué preocuparnos, ¿verdad? Hermione no dejaría que le sucediera nada.

—Moriría primero —ella le condujo al sofá, donde se sentó y miró al obsoleto papel de la pared. Respiró lentamente y luego dijo—: ¿No tendrá el teléfono estropeado?

—Daba la llamada, querida.

—Deben de haberse retrasado en alguna parte. Hablaré con ella por no hacernos saber adonde han ido. ¿Qué hora es?

—Casi las diez.

—Démosle otros diez minutos. Quince, mejor. Nos llamará en cuanto regrese.

Se apretujó contra él y la abrazó, apoyando la mejilla contra la suya. Una vez, en su habitación en la residencia de estudiantes, se quedaron dormidos en esta postura y despertaron cuando ya había oscurecido. Él tuvo que escapar por su ventana y huir a escondidas del edificio, esperando en cualquier momento ser confundido con el ladrón que había entrado en la residencia de al lado a principios de semana. Ahora Alison y él podían yacer uno en brazos del otro y soñar durante todo el tiempo que quisieran, no importaba la hora, y reflexionaba medio dormido sobre ello cuando Alison se enderezó.

—Es inútil, siento que algo va mal.

La habitación pareció oscurecerse, y las sombras de las esquinas mancharon las

paredes.

—¿Qué? —demandó él.

—No lo sé, pero eso no importa. No te atrevas a decir que es una locura o no te perdonaré.

—No me atrevería, Ali. Pero ¿qué puede ir mal? Si a tu hermana le hubiera sucedido algo, Rowan nos habría llamado, o habría acudido a la policía y ellos lo hubieran hecho. Sabes que es sensata.

Alison le miró tan sombríamente que al principio Derek no advirtió que estaba de acuerdo con él.

—¿Quieres llamar a la policía? —dijo él.

—Démosle otros cinco minutos —pero ella llamó a Hermione casi de inmediato.

Colgó después de un rato, y Derek sintió que su cabeza hervía con ideas que se perseguían incesantemente unas a otras: Hermione tendría que haber llamado, si iban a regresar tarde debería haber telefonado por el camino, lo habría hecho si hubiera podido...

—No creo que en Holywell haya comisaría siquiera —dijo Alison—. Tendrán que venir de quién sabe dónde.

—Tal vez no sea necesario. ¿Por qué no vamos nosotros?

—No podemos hacerlo. Uno tiene que quedarse junto al teléfono.

Él pudo imaginarla haciendo eso literalmente, durante horas.

—Iré yo entonces, ¿de acuerdo? Te llamaré en cuanto llegue.

—Muy bien, ve tú —dijo ella, como si estuviera bromeando, aunque los dos sabían que era una pretensión para mantener su ánimo alto—. Espero que sea un viaje en balde —añadió, y le besó con fuerza, agarrándose a él—. Espero estar siendo tan irracional como piensas.

Durante los últimos minutos él había dejado de pensarlo, pero no se lo dijo. Agarró su mano hasta que salió por la puerta, y ella se le quedó mirando desde el vestíbulo iluminado. Tras las dunas, las luces de Gales titilaban. Al menos no estaría esperando sintiéndose indefenso, al menos haría lo que pudiera, aunque la idea del rodeo que tenía que dar, cuando desde aquí podía ver Gales, le desanimó. Puso el motor en marcha y Alison alzó una mano, como si no pudiera saludar. Entonces la casa la engulló y la luz desapareció cuando cerró la puerta.

Había un motivo por el que Rowan no quería despertar, aunque no podía recordarlo. Intentar pensar en ello podría despertarla antes de que supiera qué era. Era mejor estar aquí tumbada en la oscuridad y volver a dormir hasta que se hiciera de día y fuera seguro empezar a recordar... Era mejor estar sumergida en la oscuridad cuanto pudiera e ignorar su incomodidad, fuera lo que fuese. Una parte de ella sentía una amenaza de incomodidad, pero tal vez podría acomodarse lo suficiente para no despertar. Movi6 los brazos torpemente, lo suficiente para palpar la cama.

No era su cama. Era dura e irregular, y muy fría: parecía que se había quedado sin mantas. Iba a despertar en una cama que no era la suya, pensó con aprensión, no podría correr en busca del consuelo de sus padres, pero entonces tenía que ser la cama de la casa de Hermione, y podría acudir a su tía mientras recordaba la pesadilla que la preocupaba. Pensar en Hermione hizo que la pesadilla gravitara sobre ella, y la rechazó, despertando de inmediato.

Y entonces intentó acurrucarse en la oscuridad, pero no pudo ocultarse de todo lo que veía. No estaba en la cama, sino tendida en la hierba helada. A unos cuantos metros de distancia se alzaba un sauce. Una farola brillaba a través de sus ramas desde la acera situada tras los raíles. Finas franjas de luz se extendían sobre la hierba; aquí y allá aparecían cruces y piedras rectangulares, que parecían emitir luz gris. Estaba en el cementerio. La pesadilla era real.

Quiso esconderse desesperadamente, aunque todavía no recordaba de qué, pero se sentía pegada a la tierra. Consiguió alzar la cabeza, y vio la cruz de granito junto a ella, la cruz con la que había tropezado y la había dejado inconsciente. El recuerdo la permitió extender la mano y palparse la cabeza, que no estaba tan magullada como temía. Entonces recordó de qué huía, y retrocedió llena de pánico, acurrucada a la sombra de la cruz.

La tumba abierta ante ella ya no brillaba. Largas sombras se sacudían en el borde de tierra al pie de la zanja. Rowan dio un respingo antes de advertir que no veía dedos surgir por el borde de la tumba, sólo fragmentos de luz a través de las inquietas ramas del sauce. Pero algo se había movido allí antes. ¿Y si había salido mientras estaba inconsciente y ahora se hallaba más cerca de ella de lo que creía?

Tanteó en busca de la cruz, como si agarrarse a ella pudiera salvarla. En cambio, sus manos se hundieron en la tierra, debajo de la cual debía de haber algo como el cuerpo retorcido que había visto moverse. Se abalanzó hacia adelante, apartándose de la ansiosa tierra, dirigiéndose a la tumba abierta. Tenía que ver lo que había allí, no podía detenerse. Se detuvo antes de resbalar por el borde de tierra excavada, y miró.

La linterna estaba casi agotada. Rowan tuvo que asomarse a la zanja, los dedos hundidos en la tierra levantada, antes de asegurarse de lo que veía. Rezó para que estuviera equivocada, aunque distinguía la cara vacía de Hermione, contemplando la luz como si esperara a que se gastara por completo. Por favor, no estés muerta,

suplicó Rowan, por favor Dios no dejes que esté muerta, y entonces advirtió lo que su pena le había impedido ver. El cadáver de Hermione era el único cuerpo que había en el ataúd. Temiendo gritar y revelar que estaba allí, corrió hacia la verja.

Mientras esquivaba el sauce y las lápidas, miró temerosa a su espalda, y entonces recordó que también tenía que tener miedo de Vicky. Como poco, Vicky tenía que haber sabido lo que sucedería, había traído aquí a Rowan para que lo viera, y la miró triunfante cuando se produjo. Fuera quien fuese Vicky, Hermione tenía razón respecto a ella, y ahora Hermione estaba muerta.

La farola no fue ningún refugio. La luz parecía sin vida, una con el cementerio que iluminaba, de forma innatural, las lápidas de neón, la hierba petrificada. Atravesó corriendo la verja y subió la colina en dirección a las casas. Sentía como si pesara menos de lo que debería, tal vez porque ya no tenía los binoculares. Vicky debía de habérselos quedado. Vicky dijo que había intentado ponérselo fácil, lo que presumiblemente significaba que ya no iba a hacerlo. En la cima de la colina, los árboles se curvaron hacia ella como si quisieran arrojarla hacia la boca de oscuridad cuya lengua torcida era la carretera. Pero había casas junto a la siguiente farola. Mientras huía hacia aquella luz, se sintió tan aturdida que apenas pudo creer que estaba corriendo.

Cuando llegó a las casas, se sintió más sola que nunca. Las luces del porche hacían que los jardines fueran fosos de sombra, aislando las casas en islas de luz, advirtiéndola de que no traspasara. Un perro gimió y rugió cuando Rowan corrió colina abajo, aunque no había advertido que estuviera haciendo ningún ruido. Sabía que no debía acudir a extraños, ni siquiera para pedirles que llamaran a sus padres como ansiaba, pero conocía a Gwen y Elspeth, un poco. Debían de estar preguntándose dónde estaba. La idea la llenó de una inesperada culpa que la hizo correr con más fuerza.

Pero el coche francés no estaba ante la casa de Gwen y Elspeth. Estarían buscándola. Se preocupó al advertir que se sentía más tranquila ahora que no tenía que decirles nada de Hermione, pues no podía dejar de sospechar que si hubiera oído las advertencias de su tía respecto a Vicky, Hermione tal vez estuviera todavía viva. Seguro que los padres de Rowan no tenían que saber de Hermione inmediatamente, seguro que estaban preocupados por ella y se alegrarían de tener noticias suyas. Estaban en algún lugar en la difusa franja de luz que brillaba al otro lado de la bahía, y podía llamarlos desde la cabina de Gronant.

Los matorrales se agitaban a cada lado mientras corría colina abajo, esquivando las sombras. La siguiente curva le permitió ver la cabina roja, entre la oficina de correos, cuya ventana estaba llena de comida para animales y polvos de talco, y la Taberna de Gronant. Ya estaba oyendo la voz de su madre. No importaría que estuviera enfadada o aliviada o ambas cosas: su padre y ella la echarían de menos ahora, a pesar de lo que habían dicho cuando no sabían que los estaba escuchando. Pero se detuvo a unos cuantos metros de la cabina. Había alguien dentro.

Las docenas de ventanitas estaban cubiertas de blanca escarcha o por la luz de la farola, pero pudo ver que la persona que estaba en el interior era muy alta. No debía echar a correr porque cuando la puerta se abriera estaría sola en la calle desierta, o porque sintiera que la observaban a través del cristal. Retrocedió. La mancha larga, fina y oscura que debía de ser la cabeza siguió su movimiento. Ahora vio que la figura era casi tan alta como la cabina. Imaginó como sería la cabina si la colocaran tumbada en la acera, la forma alta y fina tendida en su interior, dispuesta a enderezarse y mostrar su rostro, y entonces gimió aterrorizada y huyó cuesta abajo.

La carretera se hizo más empinada, las curvas más cerradas. Se retorció entre altas paredes de jardín que contenían las luces de sus casas. Rowan miró hacia atrás, temiendo ver la sombra de una figura rodear una curva, pero no vio ningún movimiento cuando llegó a la carretera de la costa al pie de la colina.

La carretera se extendía en ambas direcciones en la oscuridad, entre las colinas que se convertían en montañas a su espalda y los campos que se extendían hasta el mar. La luz del otro lado de la bahía había empezado a cubrirse de niebla. El viento nocturno la atravesó como un escalofrío interminable. Contempló tristemente el cartel al otro lado de la carretera. Fflint se encontraba hacia las distantes luces, pero tenía que huir de ellas, ir a Prestatyn. Allí era donde estaba la estación de tren más cercana.

Miró de nuevo las luces de Gronant, temerosa de dejarlas detrás y al mismo tiempo de ver una sombra arrastrándose por la colina o abalanzarse hacia ella. Se obligó a avanzar hacia la carretera de la costa. Si todavía tuviera los binoculares podría ver su destino. Se imaginó planeando sobre la bahía, y por un momento sintió que en efecto podía hacerlo, incluso sin los binoculares. Descartó aquel pensamiento y se internó en la oscuridad.

Los setos se alzaron poco después a ambos lados, ocultando el tenue brillo de las colinas y campos. Se alzaban sobre ella parches de follaje que cubrían la carretera como si el negro cielo se hubiera desplomado igual que un edificio viejo. Cada vez que las hojas se agitaban, le parecían un objeto ajado que se rebullía en una caja. Habría querido correr hacia el centro de la calzada, pero su madre siempre le decía que no caminara por la carretera.

Por fin los setos dieron paso a los árboles de los terrenos de un hotel. El hotel estaba oscuro. Si las puertas hubieran estado abiertas y las luces encendidas, habría solicitado un teléfono. Había advertido demasiado tarde que tal vez Gwen esperaba en casa mientras Elspeth la buscaba. ¿No sería más rápido regresar que continuar hacia Prestatyn? Temblaba, temiendo elegir mal, cuando oyó un coche.

No debía intentar hacer autoestop. Si el coche se detenía, no debía entrar en él ni acercarse. Casi se sintió aliviada cuando vio que venía de Prestatyn. Se agazapó en la carretera de acceso al hotel mientras el coche reducía velocidad. El conductor no la había visto: se detenía para llegar al cruce. Cuando el coche se internó en la carretera, las luces se extendieron hacia Gronant. Antes de que desaparecieran, Rowan vio movimiento en la carretera.

Fue sólo un atisbo, pero pareció saltar hacia ella. Una figura se arrastraba en el límite de las luces. Parecía usar una mano para arrastrarse por el asfalto mientras sujetaba a su cabeza algo gris, como una peluca. De todas formas, se acercaba velozmente. Con un grito que su miedo pareció apagar, Rowan escapó del hotel, donde no creía poder encontrar refugio alguno, y se internó en la oscuridad.

Le pareció que huía durante horas hacia el falso amanecer sobre Prestatyn, y perdió la cuenta del número de veces que se volvía hacia atrás. Los setos arañaban el aire como si no consiguieran alcanzarla, pero ella no podía distinguir nada fuera de la carretera. Apenas creía avanzar más allá de las colinas y los prados; era como si la vasta noche desierta la sujetara. En todo caso, la noche pareció incluso más profunda cuando el brillo de la ciudad empezó a teñir los campos. Por fin la carretera giró hacia un puente sobre la vía del tren. Rowan corrió desesperadamente hacia el puente y miró atrás. El brillo oscuro de la carretera seguía vacío hasta donde podía ver, aunque las luces de la ciudad no parecían demasiado tranquilizadoras.

A su izquierda, una calle llena de residencias corría paralela a la vía del tren. Recordó haber paseado por la ciudad con Hermione: tal vez el recuerdo hacía que los pequeños hoteles parecieran tan vacíos y fríos bajo la luz implacable. Recordó los carteles en inglés, pero ahora estaban todos en galés, y el único que comprendía (Y Ffrith, la playa), no le servía de nada. Se sentía abandonada en un país extranjero, marcada por la luz como si no perteneciera allí, pero delante había una conexión con el mundo que conocía: una cabina telefónica.

Se estaba buscando cambio en los bolsillos cuando vio que la cabina sólo aceptaba tarjetas de plástico. Rebuscó frenéticamente. Tenía todo el dinero que le había dado su padre para que lo gastara en Gales, pero debía de habersele caído en la tumba. No tenía dinero para el tren.

No había otro sitio al que ir más que la estación. Seguro que el personal la dejaría llamar a casa o lo haría por ella. Estaba bien hablar con desconocidos si iban de uniforme: se sabía qué clase de personas eran. Recorrió las calles sin vida hasta el siguiente puente, junto a la zapatería. Le parecía que se llamaba la Tienda Pies Cómodos de la Estación, pero ahora el cartel estaba en galés. Las zapatillas abrían la boca contra el interior del escaparate como pares ciegos de ojos de Mickey Mouse. Rowan se dio la vuelta y divisó las palabras *British Railways* a la entrada del puente.

Casi se sintió en casa hasta que leyó el cartel. *Mae British Railways Boradyn hysbysu drwy hyn nad eu cyfrifoldeb hwy yw'r llwybr hwn*. Ya no quería ver a nadie de uniforme; tenía miedo de que le hicieran preguntas que no significaran para ella más que el cartel. Tuvo que obligarse a subir los temblorosos tablonos del puente.

Más allá, unas cuantas calles de casas pequeñas y tiendas conducían a la reunión de cielo negro y negras montañas. Incluso la parada de taxis que atendía la estación estaba desierta. La calle principal estaba más iluminada que el pequeño andén de la estación, pero se sentía exhausta. Se internó en la plataforma y miró al anuncio que colgaba sobre la taquilla. ¿No sería Caer Chester? Se sentó en un banco en el lado de

Chester del andén, dando la espalda a un horario en galés.

No podría dormir, aunque se hubiera atrevido a intentarlo. Estaba tan agotada que había llegado más allá del cansancio. Se habría quedado mirando la línea por donde el tren debería aparecer, pero ahora tuvo tiempo de temer que la cosa que había visto en la carretera viniera arrastrándose desde la dirección opuesta, agarrando lo que hubiera encontrado para cubrir su cabeza pelada. Cada vez que los columpios del patio de recreo situado junto a las vías se agitaban, Rowan alzaba nerviosamente la cabeza, pero Vicky no estaba allí. Intentó imaginar como la abrazarían sus padres cuando llegara a casa, pero la noche parecía tan implacable que pensó que no iba a terminar nunca.

Debieron de pasar horas antes de que la oscuridad empezara a cambiar, a hacerse más pálida, cortando las vías. Para cuando advirtió que se trataba de niebla, se había mezclado con el amanecer con un tono gris que bajaba de las montañas y se cernía sobre la ciudad. Pronto la cubrió por completo, aislándola en el andén con unos pocos metros de vía a cada lado. Si había alguna actividad en las calles, no podía oírla. Si algo se ocultaba de ella tras la pared gris que parecía una ceguera persistente, no lo sabría hasta que fuera demasiado tarde.

Por fin oyó un sonido, un leve susurro que se convirtió en un gemido que se aproximaba. No pudo decir de dónde venía hasta que la gran cara del tren surgió de la niebla. Se agazapó alrededor de la taquilla por miedo a que el maquinista la viera, y se apretujó contra un cartel mojado de rocío.

El tren se detuvo, chirriando, y se produjo el silencio. El tren debería llevarla a Chester, pero ¿cómo podía estar segura? Tendría que haber acudido al maquinista y contarle su problema, pero no podía desprenderse del miedo a los extraños, aunque fueran de uniforme. Se acercó de puntillas a la esquina del edificio y vio que la puerta de un vagón estaba abierta hacia la mitad del tren. Las ventanas estaban grises por la humedad, y sólo pudo rezar para que el vagón estuviera vacío. Corrió hacia la puerta abierta y se introdujo en ella, y se escondió entre los ajados asientos.

Derek nunca había conducido tan rápido camino de Gales. En la carretera alcanzó los ciento cuarenta kilómetros por hora. Redujo a cien en el puente de Queensferry, y se mantuvo en el límite al atravesar Shotton y Flint y la aldea. De vez en cuando dejaba atrás una cabina telefónica y se sentía tentado de llamar, pero conducir le hacía sentirse menos indefenso. Por todo el camino de Gales no vio una comisaría o un solo coche de policía.

Tuvo que reducir cuando se internó en la carretera de la costa. Ruinas y oscuros depósitos de agua se agazapaban tras los densos árboles, y pensó lo mucho que le gustaba a Rowan pasear por este valle. Pronto la llevaría a dar un paseo, se prometió, y la promesa le ayudó a suprimir un arrebato de pánico. Cambió de marcha para que el coche acelerara por la tortuosa carretera hasta Holywell.

Desde la tienda de Hermione lo observaron unos rostros, pero sólo eran máscaras. La tienda parecía sucia con la áspera luz de la calle, como si llevara meses cerrada. Vestidos que a Rowan le encantaría llevar colgaban vacíos en las sombras. Le compraría uno, juró mientras subía la colina.

Inspiró profundamente mientras aparcaba frente a la casa, pues había visto luz en el dormitorio de Hermione. Cerró de golpe la portezuela del coche y se ordenó mantener la calma, luego se dirigió a la casa. Su habitación estaba oscura. Si la sacaba de la cama, lástima: no había tenido tiempo de quedarse dormida. Se dirigía hacia la casa cuando advirtió que la luz era el reflejo de la farola.

Llamó al timbre y esperó, luego pulsó de modo continuo el botón y martilleó con la aldaba. Cuando por fin se detuvo, el único sonido era el gélido viento. Sus palmas se cubrieron de sudor frío; se le secó la boca. Podría haber preguntado a los vecinos si sabían dónde estaba Hermione, pero aunque todavía no era medianoche, todas las casas estaban oscuras. Se dirigió a la ventana de la cocina.

Ollas y sartenes y una gota de agua que caía de un grifo sobre el fregadero metálico brillaron mientras su aliento se esparcía sobre el cristal. La gota cayó, silenciada por el cristal. Sin saber qué hacer a continuación, extendió la mano hacia el picaporte. La puerta no estaba cerrada con llave.

Si Hermione había olvidado cerrarla, ¿adonde había llevado a Rowan con tanta prisa? ¿Y si se había vuelto loca después de todo? Su mano se cerró sobre el metal helado y abrió la puerta. La gota volvió a caer, un sonido brusco y muerto. Cuando encendió la luz fluorescente, la cocina brilló como una habitación frigorífica. Se apresuró hacia la habitación principal, y el olor a papel viejo le alcanzó desde la oscuridad.

Tanteó en busca del interruptor y contempló la habitación. Las plantas inclinaban sus ajadas cabezas sobre la repisa de la chimenea y el alféizar de la ventana, sombras como telarañas oscurecían las espirales del yeso. El olor procedía de un viejo álbum de fotos sobre la cómoda. Recordar que Hermione había falsificado el mensaje hizo

que su estómago se revolvió mientras corría escaleras arriba.

Las habitaciones estaban desiertas. La bata de Rowan yacía sobre la cama. Se aseguraría de que tuviera sus horas de sueño después de esto, se prometió ferozmente, y vaciló al dirigirse al teléfono. Hablar con Alison liberaría todos los temores que todavía intentaba reprimir. Entonces advirtió la libreta de mensajes que colgaba sobre el teléfono. Entre las listas hechas con la cuidadosa letra de Hermione había una nota de Gwen y Elspeth. ¿Podría haberles contado Hermione sus planes para la noche? Agarró el teléfono y marcó el número de Grotiant.

Apenas había terminado de marcar cuando respondieron en galés. Eso y la urgencia en la voz de la mujer le enervaron.

—¿Puede hablar en inglés? —demandó, y se preguntó si la habría ofendido—. ¿Le importa? He marcado el número correcto, ¿verdad? Hace usted cosas para Hermione, ¿no? Soy su cuñado.

—Quiere decir que es el padre de Rowan.

—Sí —contestó él, y experimentó otro arrebato de pánico.

—¿Está ella con usted?

—No. ¿Por qué?

—Es usted su padre, ¿no? —dijo ella, casi acusándole—. Entonces ¿por qué llama?

Habría preferido no hacer daño a la reputación de Hermione, pero tenía que conocer la verdad.

—Se supone que iba a quedarse con Hermione, pero no hemos tenido noticias de ellas en todo el día. Pensé que podrían tener ustedes idea de dónde están.

—Estuvieron aquí. Soy Gwen, por cierto —guardó silencio y luego añadió—: Hermione dejó a Rowan con nosotras mientras visitaba a alguien en el hotel. Pero allí nadie sabe nada, así que no parece que fuera a ese sitio.

Derek tuvo miedo de preguntar lo que la mujer dejó sin decir, pero tenía que saberlo.

—¿Dónde está Rowan?

—¿Conoce a una amiga suya llamada Vicky?

—Sí —contestó, y sintió de pronto su frente tensa como papel secante.

—Entonces debe de saber dónde vive —dijo Gwen, aliviada—. Es ahí donde está Rowan.

—¿Qué quiere decir? ¿Quién la ha llevado allí? Vicky vive en Waterloo. ¿Cómo puede Rowan haber venido hasta aquí sin regresar a casa?

—No, Vicky vive por aquí. Estoy segura de que eso es lo que dijo. Rowan quería ir a su casa —dijo ella, a la defensiva.

—¿Dejaron salir a Rowan de noche con alguien de su edad y sin preguntar siquiera adonde iban?

—Lo siento, es lo que deberíamos haber hecho. No tenemos hijos. Elspeth lleva horas buscándolas. Dijo que iba a preguntar en algunas de las casas.

Derek pudo advertir ahora lo trastornada que estaba, pero eso parecía robarle sentimientos a los que él tenía más derecho.

—Debería llamar a la policía. Yo voy a hacerlo.

—¿Dónde está usted, por si Rowan vuelve?

—En casa de Hermione.

—¿Permanecerá allí?

—Sí —contestó Derek, como si ella le hubiera atrapado, y la hizo dictarle su dirección.

Cortó la comunicación mientras buscaba el número de la policía en la libreta de los mensajes, y marcó con cuidado, como para retrasar el momento en que tendría que hablar.

Quien contestó le interrogó tan despacio que parecía medio dormido. ¿Era el padre de la niña perdida? ¿Cómo se llamaba la niña? ¿Cuál era la dirección de la niña? ¿Era desde allí desde donde llamaba? ¿Desde dónde lo hacía? ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Era la dirección de donde había desaparecido la niña? ¿Quién le había dicho que la niña había desaparecido? ¿Qué razón tenía para pensar que así era? ¿Había comprobado la dirección de su amiga? Cada una de las preguntas hizo que la frente de Derek se tensara y sus temores se incrementaran.

—Enviaremos a alguien en cuanto sea posible —dijo por fin el policía, y Derek sólo pudo llamar a Alison.

El teléfono sonó sólo una vez en Waterloo.

—¿Quién es?

Su prisa le atenazó la garganta.

—Soy Derek. Estoy en casa de Hermione. No están aquí. Fueron a visitar a las mujeres que trabajan en la tienda, y luego tu hermana se marchó a alguna parte. Ellas dejaron a Rowan marcharse con esa tal Vicky sin tomar su dirección. He llamado a la policía.

—¿Crees que es necesario?

—Podría serlo, ¿no? ¿No lo habrías hecho tú? Sólo para... estar seguros.

—Por supuesto que lo habría hecho, por ese motivo. Vicky tiene parientes por ahí, ¿no? Debe de tenerlos, pues sabía dónde estaría Rowan. Alguien debe de conocerlos. ¿Te quedarás en casa de Hermione por si llama alguien? Yo estaré aquí, obviamente.

—Llámame si te sientes sola.

—No digas eso o lo estaré. No nos llamaremos a menos que haya noticias, ¿de acuerdo? Mantengamos las líneas despejadas.

—Buenas noches entonces, Ali. No... —se tragó su consejo; sólo la haría sentirse peor—. Te quiero.

—Te quiero. Y Rowan nos quiere a ambos, y todos recordaremos esta noche cuando crezca.

—Eso es —dijo él ferozmente, y esperó a que ella colgara.

Se preguntó de pronto si Rowan habría dejado una nota, pero todo lo que pudo encontrar en su habitación fue su diario. En la página de hoy había escrito que Hermione le había enseñado una foto que parecía de Vicky. La idea alimentó su pánico, la visión de su esforzada escritura le hizo estar a punto de llorar. Todavía estaba registrando la casa, aunque sólo para no pensar en otra cosa, cuando llegó la policía.

¿Se habían marchado antes así la niña y su amiga? ¿Tenía algún motivo para sospechar de la amiga o de algún pariente suyo? ¿Tenía alguna idea de dónde podría haber ido la tía de la niña? ¿Podía proporcionarles una foto de la niña? Había una enmarcada en la habitación de Hermione.

—No se preocupe, señor, nos pondremos en contacto en cuanto tengamos algo que informar —dijo el policía que conducía el coche.

Derek estaba contemplando el agujero en la oscuridad que habían producido las luces traseras del coche al marcharse cuando una mujer de unos sesenta años se asomó en la casa de al lado, atándose el cinturón de su bata.

—Es usted el cuñado de Hermione, ¿verdad? ¿Ocurre algo?

—Se llevó a mi hijita a Gronant y nadie sabe dónde están —dijo Derek, sintiendo como si cada repetición empeorara la situación.

—¿Quiere entrar a tomar una taza de té, o que le haga compañía? Estoy levantada de todas formas. Mi marido tiene que trabajar.

—¿Podría quedarse en casa un momento? Se me acaba de ocurrir un sitio donde puede que esté Hermione, pero no merece la pena decírselo a la policía si puedo ir yo mismo.

—Tendré que avisar primero a mi marido.

Derek llamó a Alison.

—Todavía no hay noticias, querida. La policía lleva ahora el caso. La vecina va a quedarse aquí mientras yo intento comprobar dónde está tu hermana.

—¿Vas a decirme dónde?

—Creo que tal vez haya ido a buscar ese camafeo —dijo él, intentando ser vago.

El silencio de Alison le hizo ansiar abrazarla, pero entonces habría advertido su pánico.

—Tal vez tengas razón —admitió ella—. No tardes más de lo necesario, ¿quieres? La próxima vez prestaré más atención a lo que dices sobre ella.

—Mientras no dejes de prestarte caso a ti misma, querida —dijo Derek, y le envió un beso.

El plástico le pareció pegajoso contra sus labios. Se encontraba cavilando junto al teléfono cuando llegó un lechero para decirle a Derek que su esposa vendría en cuanto terminara de vestirse. Pronto llegó con su costura, y Derek le dio el número de Alison por si había noticias.

—No hay prisa, estaré aquí —dijo ella.

El viento había cesado. La bruma acechaba junto a la carretera y esperaba al

límite de los faros. La idea de que Rowan estuviera fuera en una noche como ésta casi le obligó a volver a casa de Hermione, donde al menos oiría su voz si llamaba en busca de ayuda... Pero si Hermione tenía realmente una foto de Vicky, ¿habría descubierto dónde vivía la niña? Mientras se debatía con sus dudas, siguió conduciendo, y pisó el freno cuando una pequeña figura se retiró contra el seto que tenía delante, pero se trataba tan sólo de una verja que conducía a la oscuridad. La carretera continuaba hacia Gronant, y a medida que salía de la niebla vio luces aleteando bajo los árboles que se recortaban contra el cielo en lo alto de la pendiente. Pensó que debía de haber gente buscando, y trató de mantener la esperanza... Y entonces vio que las luces eran de un coche de policía y una ambulancia.

Mientras subía la cuesta, sintió que dejaba su corazón detrás. Tuvo que aparcar antes de alcanzar los vehículos, porque sus manos ya no podían controlar el volante: había visto a dos hombres llevando una camilla hacia la verja. Mientras avanzaba colina arriba, las lápidas oscilaron como neones gastados cuando el latido de la luz las alcanzaba. Casi había llegado a la verja cuando un policía con el rostro iluminado de azul le bloqueó el paso y dijo algo en galés.

—¿Puedo ayudarle, señor? —dijo luego.

Los hombres habían soltado la camilla y entraron en una tumba. Iban a sacar un cuerpo para colocarlo sobre la camilla, cómo si la vida de algún modo corriera hacia atrás.

—¿Qué ocurre aquí? —tartamudeó Derek.

—No puedo decírselo, señor. Por favor, continúe.

—Tengo que verlo. Tal vez la conozca —Derek apenas podía hablar, pues rezaba para que en la camilla no colocaran a Rowan—. Ésa es la tumba de la familia de mi esposa.

Un segundo policía se adelantó, y consultó algo con su colega en galés. Finalmente, el que había detenido a Derek dijo:

—Será mejor que vea si puede identificarla.

Derek ya había visto suficiente, y odió el arrebato de alivio que experimentó. El cuerpo que los hombres sacaban de la tumba, claramente, no era el de Rowan. Cruzó el cementerio, su sombra azul saltando débilmente ante él, y se detuvo junto al sauce. Parecía que Hermione había estado gritando en una pesadilla de la que no había podido despertar. Uno de los ayudantes intentaba cerrarle la boca, y Derek temió que tuviera que romperle la mandíbula, sobre todo cuando la luz azul hizo que pareciera que se sacudía. Se habría desplomado contra el sauce si un policía no le hubiera agarrado por el brazo.

—Es mi cuñada —murmuró.

El ayudante la cubrió con una sábana, y se la llevaron a la ambulancia. Mientras el policía traía tablones de la verja cercana para cubrir la zanja, Derek se adelantó y echó un vistazo al interior, y luego retrocedió ante la visión de la forma calva y ennegrecida que yacía acurrucada en el altar blancuzco de la caja. Los policías

cerraron el ataúd y colocaron la tapa improvisada sobre la tumba. Luego, grotescamente, colocaron señales de Prohibido Aparcar en las esquinas, frente al pilar de mármol. La visión hizo que Derek sintiera náuseas, y mantuvo los ojos cerrados cuando un policía dijo:

—Si quiere acompañarnos cuando esté listo, señor, puede hacer su declaración en la comisaría.

Derek se obligó a abrir los ojos.

—Tengo que encontrar a mi hija.

—Podrá hablarnos sobre ello en la comisaría, señor, y tal vez podamos ayudarle. Por favor, no tarde.

¿Cómo era posible que no supieran nada de Rowan? ¿Los había llamado alguien al cementerio antes de que él telefonara a la policía? Esperaban junto a la verja, murmurando en galés. Debían de estar dándole una oportunidad de aceptar lo que había visto, pero notaba que tenían dudas sobre él. Si les hacía comprobar que había llamado antes, seguro que le dejarían ir por ahora. El latido en su garganta amenazó con hacerle vomitar mientras se volvía hacia la verja y se internaba en la sombra del sauce. El árbol pareció engullir las luces de la farola y los vehículos. La sombra se cernió sobre él como agua negra, profunda y gélida, y una pequeña mano pálida se agarró de su brazo.

En cuanto la estación quedó perdida en la niebla, Rowan ocupó el asiento más cercano. Quienquiera que hubiese cerrado la puerta desde fuera no podía verla ahora. Había eludido a Vicky y a lo que fuera que la había seguido desde Gronant. Estaría a salvo hasta Chester, donde tendría que cambiar de tren.

Los asientos marrones y ajados se bamboleaban con la tenue luz que colgaba como escarcha de las sucias ventanas. El tren olía a humedad y a vejez. Por lo que podía ver, estaba sola a excepción del maquinista. Los vagones se sacudían delante y detrás más allá de las puertas de conexión, como si intentaran enderezarse, y la hicieron sentirse inestable. Podía confiar en el tren, pero deseaba saber adonde iba, deseaba que la niebla le permitiera ver aunque fuese un atisbo de su casa.

Intentó limpiar la ventana, pero aunque trató de respirar sobre el cristal no consiguió dejar ninguna marca. La suciedad estaba en el exterior, y más allá se encontraba la niebla. Manojos de hierba húmeda asomaban en la bruma, esbozando prados y un campo de golf, y luego la bahía apareció junto a la vía del tren y la acompañó durante varios kilómetros. La última vez Rowan pudo ver Waterloo, pero ahora sólo estaba el mar, grises olas viscosas que parecían hinchadas por la niebla. Sentía como si los nombres familiares, Waterloo y Crosby y Bootle y Seaforth y Litherland hubieran sido borrados por el clima. Pronto, los prados empujaron al mar para que fuera tragado por la niebla.

Asomarse al cristal había hecho que el tren pareciera plano, delgado como un cartón, tan temblequeante que parecía a punto de reducirse a la nada. Hizo a Rowan sentir que apenas estaba allí, en ninguna parte, en peligro de ser incapaz de apartar el recuerdo de la noche anterior, la pesadilla que tenía que olvidar hasta que estuviera a salvo en casa. Incluso cuando los matorrales asomaban entre la niebla, las hojas verdes volviéndose amarillas, anaranjadas y rojas, no parecían más reales que una película proyectada sobre la pantalla de la ventana. La proa de un barco se alzó sobre el tren, la quilla varada en la hierba húmeda. Era un restaurante al que Hermione había prometido llevarla cuando fuera mayor. Un momento después, se replegó en la niebla como si nunca hubiera estado allí.

Entre la niebla asomaron edificios en el lado de las vías apartado del mar, formas marrones sin ventanas que parecían cartones con una idea demasiado elevada de sí mismos. Tras ellos divisó luces en la carretera por la que su padre la llevaba a casa de Hermione, y entonces la carretera quedó oscurecida por casas con largos y estrechos jardines oscuros como el moho, rodeados por paredes de ladrillo. Las ventanas encendidas mostraban escenas neblinosas como los anuncios de televisión: un hombre frotándose la cara recién afeitada, una mujer meciendo a un niño junto a una cuna, un viejo pasando de habitación en habitación y encendiendo todas las luces. Era demasiado temprano para que los niños estuvieran levantados, pensó, ¿no querría saber alguien que subiera al tren en Flint por qué lo estaba ella? El tren llegó a la

estación, y Rowan se estaba preguntando si debería esconderse en el lavabo cuando advirtió que no se detenía. Atravesó el esbozo a tiza de la estación y se internó en la niebla.

Mientras se detuviera en Chester, no tenía que preocuparse por nada más. Un chatarrero cubierto de niebla pasó velozmente, una motocicleta la miró desde la oscuridad, árboles goteantes pelados por el otoño se acercaron, edificios que parecían perdidos en el mar se hundieron en la niebla. Las casas se apiñaban junto a la vía mientras el tren se acercaba a Shotton, y sonó el silbato en la estación. Sólo Chester importaba, se dijo Rowan, pero ¿y si el tren no llevaba pasajeros tan temprano? ¿Y si no empezaba a recogerlos hasta que hubiera pasado Chester? Apretó la cara contra el cristal mientras el tren se dirigía a Shotton, y deseó que se detuviera allí también, sólo para tranquilizarse. Las casas pasaron de largo, haciendo sitio al andén de color de niebla. El tren no se detuvo; nadie esperaba. Rowan se sentó, frotando su cara para intentar librarse de la sensación fría y plana de la ventanilla, y una figura se abalanzó hacia ella desde el andén, dejando un reguero de niebla.

Sólo vio un atisbo mientras el tren pasaba, una figura con uniforme gris y el pelo gris ondeando sobre sus hombros. Se alegró de que el tren no se hubiera detenido después de todo. Entonces, cuando el vagón se sumergió bajo un puente al final del andén, oyó una puerta cerrarse en la parte trasera del tren.

Seguro que nadie había podido subir con esta velocidad, pero había alguien allí atrás. Rowan se acurrucó en el asiento y miró alrededor, a través de las puertas. La niebla fluía a ambos lados, borrando postes de telégrafos y grises parches de hierba. No pudo ver ningún movimiento tras la puerta a excepción del bamboleo de los vagones. Se apartó del asiento, que parecía suave y húmedo, y se dirigía al pasillo cuando vio una figura venir hacia ella.

Llevaba un uniforme oscuro con gorra. Al principio, eso fue todo lo que Rowan pudo ver mientras su mente giraba llena de pánico, diciéndole que corriera y se ocultara, que mirara, corriera y se ocultara... Los dos vagones que había entre ella y la figura parecieron encogerse alrededor de su visión, retorciéndose mientras se sacudían adelante y atrás. Debe de ser el revisor, pensó, y ha estado en el tren todo el tiempo. Si no la dejaba telefonar a sus padres, él mismo los llamaría, y ellos prometerían pagar su billete. ¿Por qué entonces su pánico crecía mientras veía a la figura recorrer el vagón que parecía ansioso de luz, moribundo por su falta? Se movía casi como un mono, agarrándose a la parte trasera de los asientos a cada lado y bamboleándose por el pasillo, su largo pelo gris asomando bajo la gorra de plato. Llegó a la primera de las puertas, y Rowan vio que se agarró al cristal antes de conseguir abrirla. Avanzó hacia el siguiente vagón, y vio la cara bajo la gorra. A pesar del pelo enmarañado que le caía sobre los hombros, tenía la cara regordeta de un niño.

Tal vez era tan vieja que parecía de nuevo la de un niño; tal vez por eso la cara redonda, pálida como el vientre de un caracol, era fofa y babeante. Rowan sólo sabía

que era la suma de todo cuanto la aterraba. Vio indefensa como se acercaba, alzando las piernas para que viera sus finos tobillos desnudos, blancos y manchados como de moho, por encima de los zapatos que parecían en peligro de desprenderse cada vez que se movía. Vio con cuánta delicadeza tenía que agarrarse a los asientos, porque sus uñas negras eran casi tan largas como sus dedos. Estaba ahora a unos cuantos asientos de distancia, demasiado cerca para que pudiera escapar aunque lograra moverse. Entonces la miró directamente, y sus pequeños ojos rosáceos se iluminaron cuando una sonrisa perversa asomó en su boca sin dientes.

Rowan sofocó un grito y corrió hacia el fondo del vagón, y casi cayó de bruces. Huyó por el pasillo, no tanto apoyándose en los asientos como esquivándolos. Casi volvió a caerse cuando saltó hacia la puerta del siguiente vagón antes de que estuviera a su alcance. El movimiento del tren la ayudó a abrir la puerta, y miró hacia atrás, aterrorizada, para ver cuánta distancia había ganado. El rugido del tren debía de haber bloqueado el ruido de las otras puertas, pues la cara de bebé le sonreía bajo la gorra encaramada a su pelo revuelto y se lamía los labios con su lengua hinchada y raposa, casi a punto de tocarle.

Esta vez no pudo ni siquiera gritar. Se abalanzó a la rugiente abertura entre los vagones, se tambaleó en el estrecho pasillo cuando el coche siguiente se movió y quedó desnivelado con el suyo, y atravesó la puerta, agarrando el picaporte interior con las dos manos cuando el tren volvió a cerrarla. Apoyó todo su peso en el picaporte para mantener la puerta cerrada, pero parecía como si fuera a descolgarse en cualquier momento. Rezando para que la puerta aguantara, alzó la cabeza sin querer y miró a través del cristal.

La cara de bebé estaba apretada contra la ventanilla de la puerta. La lengua negra asomaba en la boca sonriente y se rebullía contra el cristal. La gorra había resbalado hacia adelante, casi ocultando los risueños ojos. Sólo quería asustarla, se dijo Rowan desesperadamente, igual que Vicky. Pensó en escapar de algún modo, en poder salir del tren como lo hacía a través de los binoculares, y se aferró al picaporte como si eso la ayudara a resistir la tentación. Entonces vio las largas uñas resquebrajadas cerrarse en torno al borde de la otra puerta, y un segundo después el vagón quedó a oscuras.

Una pared se había cerrado alrededor del tren, altos muros cincelados llenos de humedad y hierbas. El tren corría hacia Chester. Si podía mantener la puerta cerrada hasta que llegara a la estación, seguro que estaría a salvo... pero recordó lo que se extendía entre la pared y la estación cuando el tren se zambulló en el túnel.

Rowan cerró con fuerza los ojos y agarró el picaporte con tanta fuerza que no pudo distinguir sus manos del metal. En mitad del rugido hueco del tren oyó un sonido deslizante, y entonces algo pálido se apretujó contra su cara. Era de día, lo que significaba que el tren había salido del túnel, pero el túnel era sólo el primero de los dos. El segundo debía de ser más largo, porque todavía estaba en la oscuridad cuando la puerta empezó a resbalar de su asidero.

Intentó volverse fuerte como la piedra, rezó para poder serlo hasta que el tren

llegara al andén, pero la puerta se abría con horrible lentitud, y ya no podía sujetarla por más tiempo. Se esforzó por cerrar la puerta contra los largos dedos que sabía estaban asomando como arañas por el borde. Podían alcanzarla, agarrarla mientras la cara de bebé se aplastaba contra el cristal hasta que estuviera dispuesta a arrastrarla a su abrazo. De repente quiso dejarlo, bien la puerta o su lucha por no hacer lo que Vicky quería: lo habría dado todo por estar en otro lugar, pero advirtió que no sabía cómo. Entonces la gris luz del día inundó sus ojos cerrados mientras el tren continuaba su avance y la puerta escapaba de sus manos.

Se sintió caer a ciegas, y trató de agarrarse a cualquier cosa que pudiera sujetarla: algo suave, cubierto de tela. Pensó que nunca se atrevería a abrir los ojos, pero cuando lo hizo descubrió que se había agarrado al respaldo de un asiento. Estaba frente a las puertas, que habían vuelto a cerrarse. No había rastro de su perseguidor excepto una mancha gris babeante donde su boca se había apretado contra el cristal. Huyó hacia la siguiente puerta que la llevaría al andén... si el tren se detenía.

Las furgonetas de correos brillaban como si hubieran sido pintadas de rojo esa mañana, y entonces la estación apareció a la vista. El tren reducía velocidad. Rowan rezó para que se detuviera, con tanta fuerza que no podía pensar con palabras. La niebla revoloteaba sobre los andenes, donde pudo ver figuras difusas, la mayoría de uniforme. La visión amenazó con paralizarla. En cuanto el tren quedó a la altura del andén, saltó.

Tuvo que correr por el andén, temerosa de perder el equilibrio, y parecía más seguro no dejar de hacerlo. Dejó atrás las figuras uniformadas sin atreverse a mirarlas, pero ellos parecieron no advertirla. Nadie recogía los billetes en la barrera. Esquivó el kiosco cerrado y salió a la calle tras dirigir una rápida mirada hacia atrás para asegurarse de que no la seguían. Tras la estación, unas escaleras conducían a una carretera sobre las vías, y un cartel que brillaba cubierto de rocío indicaba el camino a Liverpool al otro lado del puente. Rowan corrió hacia lo alto de las escaleras, contempló la calle desierta ante la estación, y luego cruzó corriendo el puente.

Pocos minutos después de colgar el teléfono, Alison quiso volver a llamar a Derek. Incluso suponiendo que hubiera encontrado a Hermione, ¿qué podría hacer él aparte de echarle en cara que hubiera echado a correr persiguiendo su obsesión en vez de cuidar de Rowan? ¿No estaba haciendo él exactamente lo mismo? Ni siquiera podía ver la oportunidad que le concedía tener a alguien para quedarse en casa de Hermione. Alison dejó la cafetera en el secadero, cerró el grifo de agua fría y corrió al teléfono.

La mujer que contestó anunció el número tan lentamente que debía de estar leyendo del dial.

—¿Está mi marido todavía ahí? —suplicó Alison—. Soy la hermana de Hermione.

—No se preocupe, querida, su marido está de camino. ¿Por qué no intenta dormir un poco? No hace falta que todos estemos despiertos. Le llamaré en el momento en que haya alguna noticia.

—Gracias —dijo Alison, aturdida, y se obligó a apartarse del teléfono antes de que se sintiera tentada de llamar a sus padres.

Sentía la cabeza tan grande y vacía como la casa por la falta de sueño, con un cerebro que era tan inútilmente brillante como el piso de arriba, pero dormir sería como olvidar a Rowan. Llenó la cafetera y la vio hervir, se sirvió una taza y dio un sorbo que le quemó los labios, y luego no pareció quedar otra cosa que hacer sino pensar agónicamente.

Sentía como si todos los temores que la habían despertado en las profundidades de la noche fueran lo único que quedaba en el mundo. Tendría que haber insistido en conocer a Vicky cuando tuvo la oportunidad. Habría descubierto más cosas sobre ella si no hubiera estado actuando contra la obsesión de Hermione con ella. Incluso así, ¿no podría estar ahora Rowan en casa de Vicky? Tal vez en este mismo momento estaba durmiendo, y el día la traería a casa.

Alison se tomó el café y abrió las cortinas del salón para contemplar la casa de Jo. Naturalmente, a esta hora de la madrugada, estaba oscura. Si alguien veía a Alison la confundiría con alguna vieja que caminaba por las habitaciones porque había perdido la habilidad para dormir. Contempló las casas cerradas, el coche de Eddie, y entonces advirtió que podría pedirselo prestado en cuanto Eddie llegara para continuar con la decoración, si todavía no tenía noticias de Rowan para entonces. Iría en cuanto fuera de día y le pediría a uno de ellos, no a Patty, que se quedara en su casa.

Esperar era más duro ahora que había algo definido. Se sirvió otra taza de café y pasó de la fría cocina al oscuro salón. La televisión había acabado horas antes, y el periódico parecía lleno de informes sobre niños dañados. Cada vez que pensaba en Rowan experimentaba un espasmo de agudo temor. Aunque tenía miedo de hacerlo y temía pensar por qué lo hacía, subió a la habitación de Rowan.

Se habría tendido en la cama con la esperanza de que eso la hiciera sentirse más cerca de Rowan, pero para sentirse tranquila tendría que correr el riesgo de quedarse dormida. Miró el póster de los teleñecos que Rowan tenía desde los tres años, las estanterías tan repletas de libros que parecía que mover cualquiera de ellos los desplazaría a todos, los armarios con un calcetín asomando en el cajón que nunca cerraba bien, ocho años de muñecas acurrucadas en el rincón más cercano a la cama. De pronto la habitación pareció tan vacía que quiso llorar, y apenas pudo soportar mirar la cama. Entonces vio algo bajo las sábanas que cubrían la almohada.

Rowan debía de haberlo dejado allí cuando hizo la cama. Era una hoja de papel doblada, perteneciente a la libreta de flores que Hermione le había regalado la última Navidad. «Para papá y mamá», decía, y Alison tuvo que cerrar los ojos e inspirar profundamente varias veces antes de que sus manos pudieran desdoblar el papel.

Queridos papá y mamá, os quiero y de beldad no me importa que no me compréis cosas porque no podéis permitirlos, deseo que ubierais dicho antes que Papá Noel es de berdad porque entonces no habría esperado tantos regalos, intentaré no costaras tanto y no tenéis que darme paga mientras podamos visir todos juntos y no me importa donde.

mucho amor de vuestra,

Rowan

Alison contempló la nota y las líneas de besos al pie, y de repente sintió las manos tan firmes como la piedra, e igual de frías. Hubo un momento el jueves por la noche en que pensó que había alguien escuchando su discusión con Derek, y ahora estaba segura de que Rowan los había oído. No era extraño que hubiera pedido que la llevaran a casa de Hermione. Tal vez ahora no estaba con Vicky, tal vez había huido en la noche porque pensaba que nadie la quería. Alison dejó escapar un sollozo que le lastimó la garganta y resonó en el dormitorio vacío, y alzó la mirada con los ojos como ascuas. Tal vez se disponía a rezar, pero encima tenía sólo la habitación de Queenie, desnuda y pelada. Respiraba entrecortadamente, como si llorara, cuando sonó el teléfono.

Consiguió sujetar la nota con una sola mano mientras se volvía, el corazón redoblando. Se vio colocar la nota cuidadosamente sobre la almohada de Rowan. Eso ocupó dos llamadas del teléfono, y luego corrió por el pasillo y se agarró a la barandilla para no caer por las empinadas escaleras. Agarró el auricular y oyó que los pitidos comenzaban.

Era una cabina. Debía de ser Rowan. Gracias a Dios que estás a salvo, pensó, quédate donde estás e iré a por ti, no importa a quién tenga que despertar para que me preste el coche. Los pitidos se ahogaron cuando cayó la moneda, y Derek dijo:

—¿Hola?

—Derek —su voz sonó sin vida—. ¿Qué pasa? ¿Dónde estás?

—En la comisaría. Me dijeron que este teléfono sería más rápido. Tendría que esperar para usar el suyo. Escucha, querida, lo siento. Intenta mantener la calma. Han encontrado a Hermione. Está muerta.

Alison apoyó la cabeza contra las hojas metálicas del papel pintado y dejó escapar un suspiro desesperado.

—¿Cómo?

—Era lo que yo pensaba. Estaba en el cementerio. Había excavado... ya sabes. Creen que debió de ser demasiado para ella, para su corazón. Pero...

Los pitidos le interrumpieron. Ella lo imaginó buscando otra moneda, maldiciendo y tal vez perdiendo tiempo en su prisa. Cerró el puño, temblando, y lo colocó entre su frente y la pared, como si la sensación pudiera ayudarla a conservar el control. Agarraba el receptor con tanta fuerza que el fonocular se le clavaba en el labio. Había oído en la voz de Derek que tenía algo que decirle, y tenía miedo de saber qué era.

La carretera tras el puente se extendía entre las hojas caídas a lo largo de un kilómetro de hoteles. Cada vez que Rowan miraba hacia abajo, el empapado tapiz del pavimento envolvía su visión de colores y pautas. La gente debía de ir a misa, pues no dejaba de ver figuras salir de los hoteles. Siempre permanecían lejos de ella, y jamás lograba ver sus rostros. Cada vez que miraba nerviosamente a su espalda no había nadie, ningún movimiento que ver excepto la lenta caída de las hojas muertas a través de la niebla en retirada.

Aunque corría, no se sentía cansada. Tal vez no se movía tan rápido como creía; tal vez por eso no podía alcanzar la procesión de figuras. En cualquier caso, no creía querer hacerlo: aunque encontrara a un policía de uniforme ahora, tendría miedo de ver su rostro. Los hoteles dieron paso a casas suburbanas, tras las cuales una rotonda interrumpía la carretera. Vaciló en la intersección, luego la cruzó, manteniéndose bien apartada de la procesión que llenaba la neblinosa carretera.

Sus ropas y sus cabellos y lo poco que podía ver de sus cuerpos brillaban blancos bajo el sol cada vez más fuerte. Una segunda rotonda marcaba el principio de la carretera de Liverpool. Cuando la alcanzó, habían abandonado la carretera y marchaban a través de un campo iluminado. Por un momento quiso seguirlos, pues verlos la llenó de una inquietud y un ansia que no comprendía. Parecieron hacerse más brillantes en la distancia, hasta que fueron un manojo de luces que se desvanecieron en la bruma. Tenía que llegar a casa con sus padres, para sentirse cómoda y segura y dormir por fin. Se volvió y bajó la rampa de asfalto.

Se sentía como si estuviera caminando sobre el cielo, sobre miles de estrellas irisadas que se hacían más brillantes con el sol. Había diminutas gotas de agua, claras y quietas como el cristal. Si se asomaba a cualquiera de ellas podría ver su mundo, pero eso parecía ser una tentación como la que Vicky había pretendido. Casi se alegró cuando la cuña de hierba que conducía a la carretera se estrechó para convertirse en una franja de matojos entre las barreras.

Se extendía hasta donde alcanzaba su visión. La niebla se retiraba, revelando los campos chispeantes a cada lado y un cartel delante que le anunciaba que faltaban treinta y siete kilómetros para Liverpool. Su padre tardaba veinte minutos o menos cuando conducía, pero ¿cuánto tardaría caminando? No importaba, se dijo. Al final llegaría a casa, y estaría a salvo y podría dormir.

Miró hacia la rampa para asegurarse de que nadie la seguía, y luego se internó entre las barreras. Eran tan altas como su cintura, igual que algunos de los matojos y hierbas. Estaba empapada, pero no lo sentía: tenía que haber caminado tanto que sus piernas estaban entumecidas. El único signo de vida que había mientras avanzaba por la estrecha isleta era el trino de las distantes campanas de las iglesias, como una caja de música. Pensó que podría quedar atrapada entre las corrientes de tráfico diario que corrían a ciento cincuenta kilómetros por hora con apenas la distancia de un coche

entre algunos de ellos y sólo la baja barrera para protegerla, y esperó poder salir de la carretera antes de que aparecieran los coches. Se detuvo antes de admitir que esperaba salir de la carretera antes de que cayera la noche.

Rodeó los postes de hormigón que sostenían los altos puentes, y bordeó los tallos de metal de los carteles de velocidad. Pensó que sólo había recorrido un par de kilómetros cuando advirtió que el sol estaba en su cénit. El desierto de asfalto se extendía ante ella y detrás, en los arcenes, brotaban matorrales que ocultaban la visión de los campos, y sintió como si se hubiera perdido en una sección abandonada de la carretera, donde nunca encontraría el camino de casa. El sol brilló con más fuerza cuando los últimos vestigios de niebla desaparecieron, y las sombras de los matorrales se alzaron por encima de los bordes de la carretera, haciéndose más oscuras, con una negrura que brotaba de la tierra para alcanzarla. Rowan contempló el asfalto sin vida y huyó.

Cuando la carretera empezó a empinarse, el sol había pasado de su derecha a su izquierda. La carretera subía entre altas colinas, y vio delante el puerto de Ellesmere. Grandes tinajas que suponía llenas de productos químicos se apiñaban como hongos, grises o blancos, junto a la carretera. Tuberías más gruesas que su altura serpenteaban entre los depósitos, y llamas anaranjadas bailaban en lo alto de las finas y ennegrecidas chimeneas de metal. Denso humo brotaba de las chimeneas más gruesas y parecía pegarse como moho al cielo. El panorama de metal, hormigón y humo se extendía durante kilómetros, pero animó el espíritu de Rowan. Estaba en la costa de Mersey, y casi podía ver su casa. Empezó a dejar atrás la hierba descolorida para dirigirse al paso elevado.

Las distantes catedrales de Liverpool brillaban al otro lado del río gris, bajo el humo. Rowan corrió entre las barreras. Depósitos y chimeneas surgían a su alrededor, las llamas lamían como desesperadas por alcanzar el humo. A pesar de la hora, luces anaranjadas brillaban tenuemente entre las tuberías y tanques. Hacían que el paisaje pareciera abandonado, expulsando sus humos y llamas como una máquina gigantesca que intentara ser un volcán. Las chimeneas desaparecieron cuando surgieron colinas a ambos lados de la carretera. Todavía estaba entre ellas cuando el sol desapareció.

La sombra de la colina de la izquierda engulló la sombra de la barrera que cubría su camino. El sendero se hizo inmediatamente más frío, pero la sensación pareció distante, separada de ella. Corría para encontrarse en cualquier otro lugar que no fuera aquel desierto que la rodeaba antes de que cayera la noche. Dobló una larga curva pelada cuando el sol se volvió vidrioso e hinchado por el oeste, y vio un cartel.

La intersección que indicaba estaba bajo la carretera. Antes de alcanzarla, pudo ver por encima de las colinas. Árboles irregulares esperaban para acariciar el sol, que había posado un sendero de luz moribunda sobre los prados. La carretera que cruzaba la intersección la llevaría a Birkenhead, y podría resultarle más fácil colarse en el ferry que en el autobús a través del túnel situado al final de la autopista. Además, habría casas en la carretera, tal vez incluso gente camino de la misa nocturna. Se

dirigió a la rampa y se apresuró.

Un largo coche negro brillaba bajo la carretera, tan silenciosamente que no estuvo segura de haberlo visto. Por lo demás, el camino entre Birkenhead y Chester estaba desierto. Los árboles situados junto a las aceras estaban fosilizados por el cielo, las altas farolas estaban cubiertas de sombras. En la distancia vio casas y tiendas, el verde brillo de neón de una freiduría. Ni siquiera se sorprendió al descubrir que no sentía hambre.

Las tiendas debían de estar más lejos de lo que parecía. Después de unos quince minutos de caminata, no logró acercarse a ellas. Ahora había varias encendidas, y tras ellas los coches surcaban la carretera, haciéndose cambios de luces. Todo aquello parecía compañía, pero apenas había empezado a correr cuando se encontró con un cartel que la detuvo en seco. Indicaba Liverpool.

Parecía señalar una carretera lateral. Los vándalos podrían haberlo torcido, pero la ruta tenía sentido: estaría más cerca del río. Tras los árboles que se alzaban junto a la carretera lateral vio una fila iluminada de casitas blancas que parecían invitadoras y seguras. Cruzó corriendo la carretera y se internó bajo los árboles.

Estos bloquearon el cielo de inmediato. Estaban tan cubiertos de enredaderas que apenas podía ver entre ellos. Hojas mojadas caían, cubriendo las aceras y la estrecha carretera. Rowan resbaló en ellas, agitando los brazos. Normalmente esto sería un juego, pero no cuando te deslizabas por un túnel que parecía mojado y podrido, un túnel oscuro con luz al fondo. En cuanto se detuvo ante la calle iluminada, miró hacia atrás.

El túnel podrido parecía mucho más largo y empinado. No podía ver la carretera principal. El túnel le recordó de repente la tumba abierta, como si el mundo se hubiera vuelto boca abajo y la tumba gravitara sobre ella, esperando. Se dirigió hacia la primera farola, descartando aquella idea.

Las casitas blancas se multiplicaban hasta donde podía ver, una terraza ininterrumpida a cada lado de la carretera, bajo farolas que parecían exactamente bombillas caseras puestas de pie. Ya que no había jardines ni espacio entre las casitas, no existía ningún lugar donde nadie pudiera esconderse. Avanzó casi confiada sobre las losas del pavimento, que eran blancas.

También lo eran las puertas de las casas, que desembocaban directamente en la acera, y las cortinas ante las ventanas. Cuando el cielo se volvió azul profundo y luego se apagó, la calle se hizo aún más blanca, y los contornos de chimeneas y tejados se aguzaron como hielo. Rowan se alegró de que la calle estuviera desierta, pero ¿no tendría que haber sonidos de gente cenando o viendo la televisión en algunas de las habitaciones? Casi de inmediato llegó a la primera casa y pudo ver en el entresuelo una habitación con corros de duendes bailando impresos en el papel de la pared. Tal vez la gente que vivía en esa casa tenía un hijo que no podía subir escaleras, aunque no había muebles para mostrar cuál era el uso de la habitación.

Rowan pasó ante otra docena de casas, y entonces el silencio la hizo mirar hacia

atrás. El túnel quedaba fuera de vista, pero ¿por qué no era más animosa la calle blanca? Tal vez era la ausencia de ningún signo de vida. Tal vez vería a alguien a través de la siguiente cortina descorrida, varias casas adelante, al otro lado de la calle. Sólo ver a alguien sería suficiente. Avanzó tan rápidamente que sintió que estaba perdiendo el control, en peligro de ser incapaz de detenerse. Por instinto extendió la mano para apoyarse en la pared de la casa más cercana y su mano se hundió.

La pared estaba helada y arenosa, aunque la hizo pensar en carne blanda. Retrocedió antes de tener tiempo de gritar, pero las sensaciones se aferraron a ella, abrumándola. Cuando advirtió que había dejado una huella en la superficie blanca, se sintió tan avergonzada que deseó que hubiera algún sitio donde esconderse después de todo. Se volvió nerviosamente para asegurarse de que nadie había visto lo que le había hecho a la pared, y entonces vio que había dejado débiles huellas en el pavimento desierto.

La calle pareció cerrarse a su alrededor, la larga calle blanca de cuyas puertas cobró consciencia de pronto. Parecían estar compuestas de la misma substancia que las casas, la misma que el pavimento donde no había advertido que se hundían sus pies. Retrocedió ante la visión del traicionero pavimento que sólo podía conducir al túnel podrido, entonces se dio la vuelta y echó a correr. Casi había olvidado la cortina descorrida, y cuando pasó ante ella la recorrió un escalofrío que pareció contagiarse también a la calle. Tras la ventana, la habitación del entresuelo estaba empapelada como un dormitorio infantil con corros de hadas bailarinas de ojos brillantes.

Lo mismo sucedió con la siguiente casa que dejó atrás, y con la siguiente, y con la otra. Parecía que las casas ya no necesitaban ocultar lo que eran ahora que había llegado demasiado lejos para pensar siquiera en retroceder. El cielo sin luz hacía que los tejados blancos parecieran agazaparse ante ella. De pronto, Rowan se preguntó si éste era el lugar donde Vicky pretendía que acabara. Aunque la idea fue inconexa, como un pensamiento en una pesadilla, miró hacia atrás salvajemente por si Vicky estaba allí. Pero lo que vio fue aún peor. Todas las puertas de la calle estaban abiertas.

Pensó que nunca podría apartar la mirada. Contempló el panorama de puertas abiertas como si mirar fuera lo único que mantenía a la calle desierta, y entonces empezó a retroceder. ¿Y si retrocedía hacia otras puertas abiertas y lo que hubiera tras ellas? Se giró y vio que las puertas de delante estaban cerradas todavía. Sintió como si se hubiera convertido en pánico puro, incapaz de pensar. Todo lo que quería era salir de la calle que era como un sueño interminable a punto de convertirse en una pesadilla sin fin. Le pareció sentir el pavimento agarrando sus pies, a punto de endurecerse como cemento. Su pánico pareció cegarla mientras corría, sin preocuparle ya como escapaba mientras lo hiciera. De inmediato, sin tener ni idea de como había llegado allí, se encontró en el corazón de la oscuridad.

Fue como caer a un pozo y ser enterrada al mismo tiempo. Se giró tan rápidamente que perdió la orientación que pudiera tener. Frente a un campo que brillaba levemente, oscuro, distinguió farolas al final de una hilera de casas blancas.

Se volvió y se esforzó por ver algo, cualquier cosa. Había perdido toda sensación de dónde se hallaba cuando una luz rojiza destelló y le mostró que el campo se encontraba al borde del agua.

La luz le recordó a un cohete ardiendo en el cielo, pero no podía ser la Noche de Guy Fawkes; todavía no era noviembre, ni siquiera octubre. Una luz verde destellaba al otro lado del agua, recortando la silueta de unas cuantas casas y confirmando que las veía frente al río, y la imagen pareció envolverla como lodo, ¿y no era la tierra bajo su pies cada vez más blanda, capaz de engullirla? Pero había visto un muro al fondo del campo, una pared cuya cima estaba al nivel de la tierra y tenía barandillas a las que aferrarse. Un salto tan desesperado que no pudo juzgar su distancia la llevó a la pared.

Las piedras eran irregulares, pero lo suficientemente amplias para caminar por ellas. Ni siquiera necesitó agarrarse a la barandilla. Miró el campo, que era completamente negro ahora que estaba más cerca al brillo de las casas al otro lado del agua. Empezó a caminar lo más rápido que pudo por la resbaladiza pared, sobre la negrura engullente del río.

La bruma cubría el agua, ahogando las luces que se extendían en el cielo y apagando todos los ruidos que hacían. Tras haber consumido la orilla opuesta, la niebla se extendía en mitad del río. Mientras Rowan se esforzaba por ver algo, el campo negro quedó enterrado bajo hormigón que resultó ser el lugar de descanso de pilas de coches destrozados. Cada vez que el viento agitaba el metal oxidado y lo hacía crujir, Rowan pensaba que alguien se arrastraba hacia ella de coche en coche.

Finalmente, los chatarreros dieron paso a los muelles. Barcos sin luces se alzaron sobre ella, con hierbajos colgando de sus portillas. Cadenas gruesas como su cintura y brillando oscuras como alquitrán unían los barcos a los muelles. Las manchas y el óxido que brillaban en los cascos, y las hierbas que parecían perpetuas la hicieron pensar que los barcos se habían hundido y luego los habían izado tirando de las cadenas, sobre todo cuando oyó agua gotear en ellos. Andamiajes unidos por eslabones ajados se extendían sobre los muelles, conduciéndola entre barcos que bloqueaban el cielo nocturno a ambos lados y que se agitaban ominosamente, sin descanso, en la oscuridad. Era como intentar encontrar el camino a través de un laberinto cuyas paredes amenazaban con derrumbarse. Pensaba que los barcos no acabarían nunca cuando vio un atisbo de noche despejada tras ellos. Pero cuando llegó a la abertura en lo alto de una gruesa pared, vio el distante muelle de Birkenhead.

Un resplandor del tamaño de un hotel se deslizaba hacia allí: un ferry con pasajeros que cantaban y bailaban en las cubiertas. Rowan corrió hacia el embarcadero, situado a más de un kilómetro de distancia. Mucho antes de llegar allí oyó el golpe de los neumáticos del ferry golpear el borde del muelle. Los ocupantes bajaron por la rampa y se perdieron en la noche, y todavía Rowan no había alcanzado las taquillas cuando las luces de la terminal se apagaron. El ferry estaba atracado y

oscuro.

Todo lo que podía hacer era acurrucarse en la helada sala de espera hasta la mañana. En las calles de Birkenhead la gente gritó y cantó durante horas, y luego sólo quedó el lamido de las olas. Pero casi estaba en casa, donde sus padres y ella se abrazarían como si nunca fueran a soltarse, aunque cuando lo hicieran Rowan pensaba que podría dormir durante días.

Una forma oscura que surgió de la niebla la devolvió al presente. Era otro ferry, llevando al personal de Birkenhead a Bristol. Cuando se perdieron de vista, subió a la cubierta y se ocultó tras una chimenea mientras el ferry viraba hacia el sombrío amanecer de Liverpool. En cuanto los hombres se encontraron bajo el cartel de la terminal de Liverpool, Rowan cruzó corriendo la rampa de madera y corrió hacia la estación de autobuses del muelle.

Tres hombres de cara enrojecida estaban acurrucados en un banco, pero parecían demasiado entretenidos bebiendo de sus bolsas de papel marrón para advertirla. Por lo demás el muelle estaba desierto, incluso las docenas de puestos numerados que debían de contener los autobuses. La soledad la hizo sentir que el mundo estaba a punto de gastarle otra mala pasada, y eso parecía ser lo que los tres hombres repetían mientras se pasaban la bolsa de papel. Rowan tuvo que dirigirse a la carretera.

Era el camino más directo a casa, pero también el más solitario. Se extendía entre almacenes durante kilómetros. Cuando oyó a niños jugando en la carretera situada tras un pub de cuyas ventanas empañadas colgaban guirnaldas, tuvo que obligarse a no buscar compañía. Se prometió que estaría en Waterloo cuando el sol estuviera en lo más alto.

Casi lo hizo, aunque el sol permaneció desconsoladoramente bajo. Tras los semáforos vio la estación de radar, su antena girando como un mendigo ciego, y los yates meciéndose en el muelle. Cruzó corriendo el silencioso paso elevado y el ángel de piedra de las Cinco Lámparas, y vio familias salir de la iglesia. Los niños montaban en bicicletas nuevas o se enseñaban sus regalos, y no quedó entonces ninguna duda de qué día era o de lo que había oído desearse a los hombres de cara roja en el muelle. ¿Cómo podía haber estado perdida durante tanto tiempo? ¿Era obra de Vicky? No le importaba ahora que casi estaba en casa.

La calle de la estación brillaba como escarcha fundida, una luz que parecía un recuerdo del calor. Corrió hacia la calle lateral, dejando atrás la casa que decía Zapatería Thompson. Niños a los que conocía del colegio se apartaron sin advertirla, pues los llamaban a casa; debía de ser la hora de almorzar. Llegaría a punto para comer, se dijo, y se preguntó como podía haber aguantado tanto tiempo sin comer y sin dormir. Corrió hacia su calle, dejando atrás ventanas llenas de luces de colores.

Su casa parecía nueva. Las paredes habían sido repelladas, y brillaban contra las dunas y la centelleante bahía. El coche de sus abuelos estaba aparcado fuera; debía de haber sido su abuelo el que había arreglado el jardín con piedras y senderos. Una nueva franja había sido clavada al cartel anunciador: VENDIDO, decía. No le

importaba. Su hogar estaba donde se encontrarán sus padres, y así se lo diría. Atravesó la verja abierta y se internó en el sendero.

La puerta principal había cambiado. Las paredes eran azules y estampadas con delicadas siluetas de flores, y una gran lámpara china de papel iluminaba la habitación, que estaba llena de gente: mamá y papá y los padres de mamá, Jo y Eddie y sus hijos. Rowan anhelaba estar sólo con la familia, y seguramente los vecinos los dejarían a solas cuando entrara, los vecinos que podía ver y la otra persona a quien todos hablaban mientras los niños jugaban cerca del árbol de Navidad. Rowan se apretujó contra la ventana y observó, dejando que la visión del árbol y los regalos y sobre todo su familia compensaran todo lo que había experimentado, esperando que alguien se volviera y reparara en su presencia, disfrutando de la perspectiva del momento en que todos estuvieran juntos por fin, sofocando una risita mientras imaginaba la sorpresa que se llevaría el primero que la viera. Esperar parecía el mejor juego de Navidad de todos, con el mejor regalo para el final. Pero cuando advirtió que había empezado a llover, alzó la mano para llamar al cristal.

Entonces la abuela alzó un regalo envuelto hacia la persona con quien estaban hablando los adultos, que ahora dio un paso al frente.

—Feliz Navidad, Rowan —dijo la abuela.

—Feliz Navidad, Rowan —dijo Edith, y Alison lo repitió en voz baja como una oración.

Sería una feliz Navidad, se asegurarían de que lo fuera. La familia estaba reunida al completo, al menos los que habían sobrevivido, y ése era el espíritu de la Navidad. Derek, sus padres y ella tenían el regalo que más habían deseado: Rowan, sana y salva. Hoy más que ningún día Rowan debía advertir cuánto la querían, como lo habrían dado todo por recuperarla la noche en que se perdió en Gales. Nunca debía sentirse no querida, y Alison sería feliz dedicando su vida a asegurarse de que nunca fuera así.

Edith tendió el gran paquete envuelto en papel de regalo, y la niña se alzó con un rumor de papel en el rincón donde había desenvuelto las novelas de Dickens que le había pedido a sus padres. Su movimiento, lento y gracioso aunque extrañamente vacilante, y su visión (sus ojos más distantes de lo que solían ser, el atisbo de un puchero en la forma de los labios que ahora adoptaban una expresión de constante insatisfacción, el pelo con la doble trenza) llegó al corazón de Alison, y quiso abrazarla como lo hizo la noche en que Derek la trajo de Gales, abrazarla hasta que la niña supiera lo preciosa que era. Pero la mirada de Rowan pasó indiferente sobre ella mientras se volvía hacia un ruido en la ventana.

Todavía estaba nerviosa, pensó Alison ansiosamente, ¿y quién no lo estaría después de lo que había visto aquella noche, hacía ya meses? Se volvió también hacia la ventana, pero no había nada más que el día gris y la lluvia helada que se convertía en escarcha, grandes cristales tristes que golpeaban el cristal y formaban canales en él. Desvió la mirada mientras Rowan cruzaba la habitación.

—Gracias, abuela —dijo Rowan.

Parecía más anticuada que nunca, ¿y no debería eso significar que volvía a ser ella misma? Vieron como desenvolvía el regalo, y Alison advirtió lo tensa que estaba la familia, deseando que Rowan disfrutara. Derek preguntó a Jo y Eddie si querían otra copa, y luego todos se pusieron a charlar, casi demasiado ansiosamente. Eddie aceptó un trago mientras Jo decía que ya se habían retrasado mucho.

—Oh, qué bonito vestido —declaró Rowan—. Gracias.

—Pruébatelo, querida —dijo Edith.

Rowan agarró el paquete y se encaminó hacia la puerta.

—No seas tonta, nena, puedes desnudarte delante de nosotros —exclamó Jo.

Eso produjo una mirada tan despectiva que se cubrió la boca e hizo una mueca, no lo bastante cómica para disfrazar su confusión. Rowan se dirigió escalera arriba.

—Déjala en paz, querida —murmuró Eddie a Jo—, deja que sea ella misma.

Derek dirigió a Alison una sonrisa triste que significaba que compartía sus esperanzas y miedos y los resquemores secretos que todavía casi estaban ahogados por su sensación de alivio. Haber recuperado a Rowan era todo lo que se atrevían a

esperar, tal vez más de lo que tenían derecho. Si ya no era la niña que conocían la culpa era suya, pero algunas noches Alison apenas podía dormir mientras lloraba en voz baja y se decía que tenía que estar agradecida por lo que tenían.

Cuando oyeron bajar a Rowan, todos menos Paul y Mary se volvieron hacia la puerta. En cuanto llegó, las mujeres se pusieron a decirle lo mayor y elegante que parecía con el largo vestido bordado, y los hombres las imitaron con menos experiencia. Parecía espléndida, conmovedora, aunque Alison se acordó de Hermione, no sólo porque era el tipo de vestido que Hermione solía hacer, sino porque podía imaginar lo desazonada que se habría sentido su hermana al ver que Rowan se parecía cada vez más a Queenie.

—Sólo le han regalado libros y un vestido —protestó el pequeño Paul.

—Eso es porque es un poco mayor que tú —dijo Patty—. Juega con ella un ratito, Mary. Recuerda que te regaló todos sus cómics.

Parecía desconcertantemente menos madura que Rowan, sobre todo ya que forzaba a las niñas a jugar juntas. Mary parecía no tener ganas de acercarse a Rowan, ya que ésta la despreciaba.

—Creo que vamos a marcharnos —dijo Jo, yapuró su vaso—. Ya os hemos retrasado demasiado.

Alison contempló a sus vecinos dirigirse a su casa bajo la nevada. Cuando llegaron a cubierto experimentó una inesperada sensación de ansia, tan intensa que se volvió hacia la calle y el jardín. El frío, y la sensación de estar desprotegida, la hicieron temblar. Cerró la puerta rápidamente y recorrió el vestíbulo.

Derek y sus padres llevaban cuencos de verdura de la cocina al salón. Rowan miraba sus nuevos libros, y parecía impaciente, aburrída. Antaño habría ayudado a poner la mesa, pero no había ayudado en casa desde que regresó de Gales. Iban a tener que hablar sobre su falta de disposición, pensó Alison, pero hoy no.

—Vamos, Rowan, únete a la familia —dijo.

Para cuando sacó el pavo del horno, sintiendo el calor del plato penetrar el guante como un cuchillo sombrío, habían decidido dónde sentarse. Rowan pretendía sentarse en la cabecera de la mesa hasta que Edith se le adelantó con un chiste. Obviamente lamentaba aquello, y no ser servida la primera cuando Derek trinchó el pavo.

—Ya es suficiente para mí, gracias —le dijo, tan cortante que Edith le dirigió una mirada que habría sido acompañada de un audible reproche cualquier día excepto Navidad. Cuando Keith le sirvió un vasito de vino, le desconcertó diciendo—: Gracias, pero nunca bebo.

—Solías dar un sorbito que yo recuerde —dijo Keith, y frunció el ceño, tal vez preguntándose si su memoria se volvía senil o recordándose lo que ella había experimentado—. Brinda entonces con tu vaso de leche. Que todos nosotros tengamos prosperidad y felicidad en los años venideros.

—Prosperidad y felicidad —entonaron los adultos por encima del tintineo de los vasos, que produjeron eco en la lámpara, y Rowan asintió, como reconociendo su

gratitud.

—Ahora tenéis ambas cosas, ¿no? —dijo Edith.

—Sí que es cierto —dijo Derek—, gracias a Eddie que nos ayudó a decorar la casa y a nuestro agente inmobiliario que nos encontró un contratista que le debía un favor. Y tengo un contable que vale mucho más que ese otro capullo, disculpadme; y Ken, que me debía todo ese dinero pagó justo antes de ir a los tribunales. Pero nadie habría mirado dos veces a la casa si no hubieras arreglado el jardín, Keith.

—Sólo hice la planificación, viejo amigo. Tú hiciste casi todo el trabajo.

—Necesitaba distraerme de los libros de contabilidad. Será bueno volver a Liverpool, y no te importará volver a cambiar de colegio, ¿verdad, nena?

Rowan alzó la cabeza cuando advirtió que se dirigía a ella.

—No me importa. No tengo amigos en éste.

—Bueno, pues asegúrate de encontrar a alguien en Liverpool —gimió Edith.

Rowan la miró con una expresión vacía no demasiado distinta a la hostilidad, y Edith retiró la mirada.

—Tal vez ahora que os va bien —le dijo a Alison—, debería sacar las labores de costura que compré cuando Rowan venía de camino.

—Cuando nos hayamos instalado, ¿quién sabe?

—Me gustaría tener una hermanita, mami —dijo Rowan—. Espero que sea como yo.

Al menos ahora estaba más dispuesta a llamar a Alison mami. Cuando regresó de Gales, fue envaradamente formal (aunque Alison no podía reprocharle nada después de lo que había oído), y luego empezó a decir «mami» y «papi» con lo que parecía ser un tono de oculta diversión, que a Alison le dolía aún más. Ahora parecía tan inesperadamente ansiosa que Alison se sintió confundida, y perdió el control.

—Me gustaba tener una hermana —dijo, y estuvo a punto de echarse a llorar, hasta que advirtió qué era lo que le recordaba Rowan.

Pensó en Hermione, muerta por ser protectora hasta el final, tendida en la tumba abierta mientras el viento de la noche se cebaba en ella, y Derek le frotó las manos para que mantuviera la calma. Poco después, Keith se aclaró la garganta.

—Sé a qué estás esperando, Rowan. Es hora de que abramos los petardos sorpresa.

Ella tiró de uno con él, como si le hiciera un favor, y se puso el sombrerito de fiesta que contenía. Su cara inexpresiva bajo la corona de papel angustió a Alison, que recordó a Julius, el niño anciano que ocupaba la habitación aparte en el hospital. Tal vez la visión abrumó también a Edith.

—¿Corremos las cortinas? —dijo bruscamente—. Tengo frío.

La nieve de la ventana perdía su forma en el momento en que caía. Alison corrió las cortinas y volvió a la mesa, donde la conversación se hacía forzosamente alegre. Rowan observaba a Keith limpiarse la salsa de la barbilla, observaba a Derek coger un muslo de pavo para roerlo, y su desdén era casi palpable. Podría haber sido un

monarca tolerando a sus súbditos, pensó Alison angustiada: una reina con una corona de papel.

Después del pudín, Rowan ayudó a llevar los platos a la cocina, después de que Edith recalcará que debía hacerlo. Más tarde jugaron al monopoly. A Alison le había gustado siempre jugar a juegos de mesa con la familia, pero ahora Rowan escrutaba los movimientos de todo el mundo como si sospechara que fueran a hacer trampas, y recibía cualquier penalización que tuviera que pagar con un resentimiento que parecía casi peligroso. Alison se entristeció al advertir que se alegraba de que fuera la hora del baño de Rowan, pues el día la había dejado exhausta.

Desde que Derek la trajo a casa desde Gales, Rowan había insistido en que la dejaran sola en el cuarto de baño. Edith arrugaba los labios cada vez que oía a la niña correr el cerrojo de la puerta, y estuvo visiblemente intranquila hasta que Rowan bajó las escaleras, con el pelo cepillado y brillante.

—Déjame hacerte los honores esta noche y leerte tu historia para dormir —dijo Keith.

En cuanto subió la escalera detrás de Rowan, Edith cerró la puerta del salón.

—¿Habéis pensado en llevarla a un médico?

—Lo hicimos cuando la traje de regreso —dijo Derek—. Se sorprendió de lo bien que estaba.

Entonces no la conocía.

—Me parece que está bien.

—¿Cómo puedes decir eso, Derek? ¿Qué ha sido de ella? Sé que tiene que crecer, pero nunca creí que fuera a volverse tan parecida...

—Ha tenido que crecer, mamá, eso es todo —interrumpió Alison—. No puede ser siempre un bebé, ¿no? Eso es lo que Queenie intentó hacer con Hermione y conmigo, y no queremos ser como ella.

—Pero Rowan era una niña feliz. Llámame exagerada, pero no me gusta que se encierre en el baño, sobre todo si allí hay cosas afiladas.

—Edith, querida, eso es lo último de lo que tenemos que preocuparnos —dijo Derek—. Todavía está afectada por lo sucedido, pero reconozco que nunca he visto a nadie que quiera vivir más que ella.

Seguro que esa voluntad de vivir compensaba su hosquedad y su distanciamiento, intentó tranquilizarse Alison. Además, en ocasiones parecía más como era antes, lo que podría significar que estaba olvidando, aunque ninguno de ellos sabía exactamente qué tenía que olvidar: Alison estaba de acuerdo con el doctor en que tendrían que darle tiempo. Cuando Derek la encontró bajo el sauce, los binoculares oxidados y rotos a sus pies, tal vez llevara horas escondida. Debía de haber roto los binoculares furiosa con Vicky por haberla llevado allí, o por haberla abandonado, y Alison se alegraba de que no hubieran tenido más noticias de aquella niña desde entonces. Hizo todo lo posible por persuadir a Edith.

—No la dejéis sola mucho tiempo, no sea que se convierta en alguien a quien no

conocéis —dijo Edith.

—No lo he hecho, ¿no? —le recordó Alison, deseando que sonriera, y se volvió hacia Keith mientras éste entraba.

—Se quedó dormida mientras le cantaba —dijo él.

—Yo hacia eso a veces, ¿recuerdas? —dijo Alison.

Sirvió una copa para todos, y luego subió a comprobar que Rowan no tenía pesadillas. Extrañamente, dormía mejor desde su regreso: ya no hablaba en sueños. Ahora parecía estar profundamente dormida, boca arriba en la almohada con el pelo extendido, las largas pestañas cubriendo sus párpados, los labios entreabiertos, los dedos entrelazados sobre el pecho. Alison le cubrió las manos con la sábana y se inclinó para besarla.

La noche llamó a la ventana con uñas derretidas, y Alison vaciló, hundiéndose en la almohada a cada lado de la cara de Rowan. Por un momento pensó que Rowan no estaba durmiendo, sino observándola, o al menos consciente de su presencia. Peor aún, la perspectiva de besar a la niña la había hecho temblar. Miró el rostro suave y sereno y se inclinó para hacerlo como si la hubieran agarrado por el cuello, y plantó un beso en la frente de Rowan.

Susurró buenas noches y bajó la escalera muy despacio, sintiendo vergüenza de enfrentarse a su familia. Parecía que la preocupación por como la odisea de Rowan podría haberla afectado la había hecho ignorar como la tensión la había afectado a ella. Tendría que vigilar sus sentimientos. Si iba a imaginar cosas sobre Rowan, tal vez necesitaba tratamiento. No importaba lo que le sucediera mientras Rowan estuviera a salvo.

—Feliz Navidad, Rowan —dijo su abuela, y Rowan se dijo que su abuela estaba pretendiendo no verla ante la ventana, prolongando la sorpresa que planeaban darle para luego volverse y reconocerla como si no hubieran advertido que estaba allí, y saldrían corriendo a abrazarla con fuerza antes de llevarla al interior de la casa.

Pero su abuela tendió el paquete y miró al otro lado de la habitación, y en unos pocos segundos que parecieron durar tanto como el largo viaje de regreso a casa, Rowan comprendió que su abuela no se dirigía a ella. Sintió como si se difuminara como la luz del sol que las nubes ahogaban cuando se vio avanzar en la habitación.

Ésa no soy yo, intentó gritar. Todos habéis cometido un error, es alguien que nos ha engañado. Mami, mírame, ¿por qué no me miras? ¿No puedes ver que estoy aquí fuera? Entonces su cuerpo avanzó con más elegancia de lo que ella solía hacer para mirarla directamente. Sólo fue una mirada, aunque pareció aferrarse a ella como telarañas polvorientas, cubriéndola de una oscuridad más fría que la sombra del cielo, pues en ese instante vio a Vicky mirándola desde la propia cara de Rowan.

La mirada decía que Rowan bien podría no estar allí en absoluto. Vicky había conseguido lo que quería. Demasiado tarde, Rowan vio como todo lo que Vicky había hecho con ella hasta que cayó en la tumba había socavado su conocimiento de sí misma. Había confiado en Vicky cuando ésta era la mayor mentirosa de todos: la había hecho creer que sus padres estarían mejor sin ella, cuando todo el tiempo lo que planeaba era ocupar su lugar. Rowan quiso abalanzarse a través de la ventana y enfrentarse a la impostora, pero tuvo miedo de pasar como una corriente de aire, sin sustancia y sin control. Entonces su madre se volvió y la miró.

Si algo podía devolver a Rowan a sí misma, sería aquello. Tenía miedo de que su madre gritara incrédula, pero ella le diría que era de verdad, y la familia expulsaría a la impostora... Y entonces Rowan advirtió por completo en qué se había convertido, pues su madre la miró directamente y se volvió hacia la niña que demandaba el paquete. La luz del sol se perdió, y la nieve que Rowan ni siquiera podía sentir la atravesó para estrellarse contra la ventana.

Así que no era nada. Incluso sus sentimientos fueron de pronto más difíciles de agarrar, resbalaban y se fundían como las formas sin contenido de la escarcha en el cristal. Sus experiencias desde el cementerio la alcanzaban ahora: no sólo el mundo a su alrededor se había convertido en un sueño que a menudo era una pesadilla, la propia Rowan había sido poco más que un sueño de sí misma. Al advertirlo, se sintió exhausta, por el viaje a casa, por haber sido privada de su entidad después de todo el tiempo y los esfuerzos que había hecho. Al menos podría descansar ahora que estaba en casa.

No iría a su habitación. Nadie la quería allí, y no se habría acercado a su cama ni aunque se lo hubieran ofrecido, ahora que sus padres se la habían dado a otra persona. Prefería esconderse donde estuviera más oscuro, dormir y hundirse en la oscuridad

del piso de arriba hasta que quizá olvidara quién había sido. Lo que se lo impidió fue no saber como entrar en la casa, a menos que tuviera miedo de lo que instintivamente sabía.

Contempló a la impostora desenvolver el paquete y sacar un vestido que a Rowan le habría encantado llevar. Olvidó lo celosa que se sentía, lo que parecía prometer que pronto no sentiría nada en absoluto. Observó a su cuerpo sacar el vestido de la habitación, y se detuvo en la ventana. La idea de que nunca volvería a ver a sus padres cuando se asentara en la oscuridad la llenó de una tristeza distante. Habría llorado si hubiera podido, pero sólo podía sentirse cada vez más débil y más vulnerable. Su cuerpo bajó las escaleras con su vestido nuevo, y todos la admiraron, y entonces Jo y Eddie y sus hijos se dirigieron a la puerta.

Mientras los cinco salían de la casa y corrían para protegerse de la nieve, Rowan se escondió. La idea de que la advirtieran de algún modo parecía agónicamente vergonzante, una sensación que la atravesó como si la escarcha pudiera alcanzarla después de todo. Cuando su madre salió al porche, Rowan se acurrucó contra la pared mojada de la casa. Se sentía como una sombra llena de nieve, pero no se atrevió a moverse hasta que su madre cerró la puerta.

Las dunas empapadas parecían ahora de barro. El cielo y el mar eran un remolino gris de nieve que parecía a punto de fundirse, pues el viento la arrastraba en fragmentos. Volvió a la ventana, pero su familia quedaba oscurecida por la escarcha que caía contra el cristal a través de ella. Los contempló y vio a su cuerpo comer la cena de Navidad, escuchó a todo el mundo intentar hacer que su cuerpo se sintiera más cómodo, hasta que su madre se acercó a las cortinas y las corrió.

La noche se espesaba como oscuros cuchillos de hielo. Rowan siguió a la luz en torno al exterior de la casa de habitación en habitación, primero a la cocina y luego al salón. Finalmente las luces empezaron a escapar a su alcance, subiendo al baño y a la habitación que habían sido suyos. Cuando la luz de esa habitación se apagó, supo que su cuerpo estaba en la cama.

¿Soñaría? Se preguntó si la pesadilla que había tenido que experimentar para poder regresar había sido también de Vicky, o una mezcla de ambas. Esa confusión la hizo sentirse en peligro de regresar a la pesadilla, hasta que se concentró en la casa y se obligó a no pensar en nada más. Pasaron las horas, y la nieve se convirtió en una fina lluvia helada. Las luces subieron por la casa, los dormitorios se iluminaron y se apagaron, y entonces la casa quedó a oscuras a excepción de las lámparas de los pasillos.

Ahora que toda la familia debía de estar dormida, la casa ya no parecía tener suficiente presencia para que se aferrase a ella. Quería estar dentro, no en la noche que podía convertirse en una pesadilla. Se dirigió a la puerta del porche y miró a través del entramado. Tras ellos y la ventana de la puerta interior estaba el vestíbulo plateado, donde de repente anheló estar. Su ansia fue más fuerte que su miedo a entrar. Un instante después, tan fácil como en un sueño, estuvo en el pasillo.

La casa fue un shock: vieja y rancia, por nueva que pareciera. El papel plateado a cada lado, y el nuevo yeso en la escalera, no eran más convincentes que bocetos a tiza que se despegaban ya de los ladrillos. No le gustó la forma en que la oscuridad de la casa pareció extenderse hacia ella a través de los pasillos, pero tenía más miedo a la noche de fuera. Al menos, la oscuridad de aquí dentro era familiar. Se dirigió sin esfuerzo a las escaleras, y las subió.

Le habría gustado la falta de esfuerzo si hubiera estado soñando, pero ahora hacía que la realidad pareciera escurridiza, cercana a la oscuridad que yacía bajo el papel y el yeso nuevo. Llegó al primer rellano y contempló el pasillo que conducía a la habitación donde estaban sus padres. Otro resto de emoción ardió en su interior. Quiso verlos una última vez para llevarse al menos eso consigo a la oscuridad.

En cuanto lo pensó, atravesó el pasillo. Se detuvo junto a la puerta de la habitación que había sido suya. Alguien, presumiblemente su madre, había dejado la puerta entornada. Un oscuro resentimiento inevitable y la compulsión por ver qué aspecto tenía su enemiga dormida la llevó a la abertura.

Era casi como verse a sí misma muerta. Su cara tranquila estaba vuelta sobre la almohada, las sábanas amontonadas sobre las manos entrecruzadas. Sólo el lento subir y bajar de las sábanas mostraba que su cuerpo estaba vivo. Rowan lo observó hasta que sintió que había olvidado moverse, hasta que empezó a sentirse atrapada no sólo observando, sino siendo observada. Sentía como si su cuerpo se hubiera convertido en el cubil de la oculta vejez de la casa. Recordó aquella cosa encogida que había visto en la tumba y después sintió como si hubiera encogido tanto que pudiera esconderlo dentro de su cuerpo. La idea la asustó tanto que la liberó, y corrió hacia la habitación de sus padres.

La puerta estaba también entornada. Rowan vaciló en el umbral; no se sentía lo suficientemente bienvenida para entrar. Sus padres estaban en la cama, de espaldas a ella. Su madre estaba más cerca de la puerta, rodeando a su padre con un brazo, el rostro apoyado en su hombro. Rowan los contempló durante largo rato y esperó que estuvieran a salvo en sus sueños. Los miró hasta que estuvo segura de que recordaría como eran ahora, juntos y sin problemas. Tal vez soñar con sus padres en la oscuridad sería como estar con ellos. Debería subir ahora, mientras su visión la hacía sentirse en paz. Se retiraba hacia la puerta, retrasándose para echarles una última mirada, cuando su madre se agitó, inquieta. Soltó al padre de Rowan y se volvió hacia el pasillo.

Por un momento, Rowan pensó que su madre la veía, que quizás era capaz de sentirla porque estaba dormida. Retrocedió hasta que advirtió que, a pesar de haberse movido, su madre estaba demasiado profundamente dormida para advertir nada. Paz en la Tierra, pensó con vaga alegría, y entonces la visión de su madre pareció abalanzarse hacia ella cuando vio que parecía mucho más vieja.

No parecía tan mayor despierta, pero no podía fingir en sueños. Había envejecido mientras Rowan estuvo fuera, no sólo los meses que Rowan había tardado en regresar, sino en años. Su cara parecía ajada y arrugada y carente de color, como si la

preocupación la hubiera marchitado hasta convertir la piel en un hilo. Rowan deseó poder darle un beso en la frente para librarla de las arrugas que siempre estarían presentes ahora, pero ¿qué sentido tenía desear nada? Al menos sus padres se tenían mutuamente, y se cuidarían el uno al otro..., pero no podrían hacerlo bien cuando ni siquiera sabían que su hija ya no era su hija.

Su padre se volvió entonces, y buscó a ciegas a su madre hasta rodearla con el brazo. Las dos caras dormidas yacían sobre las almohadas, sin advertir nada. El rostro de su padre no estaba tan demacrado como el de su madre, pero ambos parecían terriblemente vulnerables, a merced de la cosa que se escondía en el cuerpo de Rowan. No podía soportar dejarlos así. De algún modo, tenía que despertarlos.

De inmediato estuvo dentro de la habitación, tras haberse deslizado por la abertura de la puerta sin necesidad de moverse. Ésta era la habitación en la que entraba durante sus primeras noches en la casa cuya vacía frialdad tanto había preocupado sus sueños. Entonces se acurrucaba entre sus padres y se ocultaba de la oscuridad. Ellos le dejaron hacerlo en vez de decirle que era demasiado mayor para tener miedo a la oscuridad, y el recuerdo la hizo sentirse más cercana a ellos, tanto que le dolió. ¿Podría alcanzarlos mientras estuviera así? Avanzó hacia la cama como una hoja al viento. Casi había llegado cuando vio el espejo del aparador. La cama y sus padres y la alfombra que conducía a la puerta aparecían en el espejo, pero no había ni rastro de ella.

Eso le arrebató su última sensación de sí misma. Se encogió como una imagen en un televisor que acaba de ser apagado, era arrastrada hacia un puntito por la nada del otro lado, y cuando más pequeña se hacía, menos fuerza tenía para resistirse. No había nada que la sujetara, nada para contradecir la ausencia de sí misma que le mostraba el espejo con frialdad helada, fijando su ausencia para siempre.

Entonces sus padres volvieron a moverse. Se separaron y se tendieron de espaldas, los rostros laxos. Parecían aún más indefensos, cada uno a solas en su sueño. Al menos la desazón que sintió consiguió contenerla en la habitación. Se apartó del espejo, lo descartó de su consciencia, y trató de sentir como si se dirigiera hacia la cama en vez de hundirse sin cuerpo. Estaba tan cerca de su madre que pudo ver lo secos que estaban sus labios entreabiertos, como temblaban tenuemente con cada inspiración. Pudo ver las venas esbozadas en la frente de su madre, bajo la piel que parecía frágil y gastada. Tras las largas pestañas, los ojos de su madre parecían demacrados, e incómodos con el sueño; una gota de humedad destellaba en una esquina. Rowan sintió la súbita urgencia de abrazarla y ser abrazada. Sin pensarlo, se inclinó para besar los labios de su madre.

Se detuvo justo a tiempo ante la inminente sensación de caer y ser incapaz de detenerse. ¿Por qué había tan poco de ella, cuando Vicky parecía tan real? No debía ceder a la sensación de ser rechazada, de carecer de cuerpo. Todo lo que tenía que hacer era conseguir que sus padres advirtieran que estaba aquí, porque entonces sabrían que la criatura que habían confundido con ella era otra persona.

Pero cuando intentó llamarlos no pudo oírse siquiera a sí misma. Intentó sentir que estaba de pie junto a la cama en vez de gravitando a su lado, por si eso la permitía extender la mano y tocarlos, pero no funcionó; ni siquiera pudo juzgar a qué distancia se encontraba, ya que no podía verse extender la mano. Si tocaba a su madre, podría hundirse en ella. La idea pareció cálida y reconfortante, casi de forma insoportable, pero no mantendría a salvo a su madre. Intentó gritar a sus padres y su indefensión, para que despertaran mientras estaba todavía allí.

Tratar de gritar sólo la hizo ser más consciente de que ya no tenía boca. Pudo sentir el espejo atrayéndola fríamente, la nada tras el espejo esperando para absorberla. Intentó aferrarse a la visión de la habitación encendida que solía ser su refugio. Recordó haberse acurrucado entre sus padres bajo las mantas y murmurarle a su madre, que siempre era la que despertaba; «Soy yo, mami. ¿Puedo quedarme con vosotros esta noche? Está demasiado oscuro ahí fuera. Tengo miedo». El recuerdo fue dolorosamente intenso, tanto que pudo oír su propia voz en su mente, la voz que no había oído desde hacía tanto tiempo.

—Soy yo, mamá. Sólo yo.

Y entonces el rostro de su madre se volvió hacia ella, los ojos fluctuando dentro de los párpados como si lucharan por ver. Las manos de su madre surgieron de las mantas y se extendieron torpemente hacia ella.

—Oh, Rowan, ¿eres tú, eres tú? —dijo con voz nublada por el sueño—. Creí que iba a volverme loca.

El día después de Navidad, la familia fue a dar un paseo por el mar. El día era penetrantemente claro. Las dunas estaban todavía marcadas por la nevada de ayer, pero el mar había absorbido todos los charcos que la lluvia había dejado en la playa. Unos cuantos barcos distantes destellaban bajo el brillante cielo azul, de donde caían las gaviotas como témpanos de hielo. Los hombres y Rowan abrían el camino a lo largo del paseo de asfalto mientras Edith se agarraba al brazo de Alison y charlaba de los viejos tiempos, los días en que Keith y ella pasaron en New Brighton, al otro lado del río, donde había un muelle y un parque de atracciones y una torre, y un ferry para transportarlos a Liverpool y el ferrocarril que pasaba por encima de la carretera del muelle.

—Días felices —suspiró, y Alison asintió y murmuró que estaba de acuerdo y miró al frente, sin apenas oír a su madre.

Tal vez tenía razón respecto a sí misma, tal vez se había dicho la verdad anoche, al borde de la consciencia. Tal vez estaba de verdad volviéndose loca.

Miró la espalda de Rowan y se apartó de sus propios sentimientos. La niña llevaba el largo vestido que le habían regalado Keith y Edith, el reborde oscilando bajo el abrigo de paño. Iba de la mano de su padre y de Keith, caminando graciosamente. La combinación de elegancia y niñez humedeció los ojos de Alison, pero ¿se merecía sentirse de esa forma? ¿Y si Derek tenía razón y había locura en su familia y ahora surgía en ella porque no había podido enfrentarse a sus temores mientras Rowan estuvo perdida en Gales? Tal vez el temor a que Rowan estuviera muerta la había aturdido tanto que era secretamente incapaz de creer que había vuelto. Pero no podía haber ninguna excusa para sospechar de su propia hija.

Sin embargo, no podía descartar lo que le pareció haber oído la noche anterior, y lo que había visto. Había escuchado a Rowan llamándola, más parecida a su hija de lo que lo había sido en los últimos meses, y la niña estaba tan cerca que Alison se preguntó por qué era incapaz de tocarla. Sintió un arrebató de amor hacia Rowan tan intenso como la primera vez que la tuvo en brazos, y le habló en susurros, dándole la bienvenida mientras apartaba el sueño y abría los ojos. Estaba tan convencida de que vería a Rowan que la habitación desierta le pareció un sueño del que todavía tenía que despertarse. La habitación fue lo suficientemente real para que sus ojos le picotearan al contemplarla, y se estaba diciendo tristemente que la voz de Rowan era el sueño cuando la oyó de nuevo:

—Soy yo, mamá. Soy yo.

¿Podría haberse tratado del último rastro de un sueño? Esperó ansiosamente volver a oírlo, hasta que advirtió que le parecía que Rowan la estaba llamando todavía desde el otro lado de la puerta. Con cuidado, para no despertar a Derek, Alison se levantó de la cama y se dirigió de puntillas hacia la habitación de Rowan.

Cuando abrió la puerta, estaba preparada para sentarse con Rowan, para charlar

con ella hasta que volviera a quedarse dormida. No había otra cosa que le hubiera gustado hacer más, pues había advertido qué era lo que más echaba de menos desde que la niña regresó: sentir que Rowan la necesitaba, aunque fuera un poco. Pero allí estaba Rowan, acostada tan tranquila, y al principio Alison no comprendió por qué la visión la hizo vacilar. Entonces advirtió lo que veía, y se llevó los nudillos a la boca. Rowan yacía exactamente en la misma postura que había asumido cuando Alison la arropó, horas antes.

Eso no era propio de ningún niño dormido, mucho menos de alguien como Rowan. Estaba tendida como un cadáver..., como el cadáver de Queenie. Alison se apoyó en el marco de la puerta, agarrándolo con tanta fuerza que pensó que cedía. La idea de que la niña de la cama no era Rowan, por mucho que se le pareciera, pareció iluminar los últimos meses con una claridad que hizo a Alison sentir que su mente ardía. Se retiró por fin de la puerta y se arrastró hasta su cama como si pudiera ocultarse de sus pensamientos, diciéndose que era sólo la noche que le contaba historias, que no podría pensar cosas así a la luz del día. Pero lo pensó, y había pasado todo el día observando a Rowan, buscando pruebas.

Se dijo que quería encontrar pruebas de que estaba equivocada. Quería que alguien la viera observando y le preguntara por qué, y le dijera lo absurda que era. Le dirían que era peor que Hermione por preguntarse por qué Rowan ya no dejaba que nadie la viera desnuda: ¿no quería que la niña creciera? Si Rowan se parecía cada vez más a Queenie, eso debía significar que había necesitado su capacidad de decisión para ayudarla a enfrentarse a aquella noche en Gales. Menos mal que se había librado de Vicky, a quien Hermione creía Queenie, ¿y qué importaba dónde hubiera ido? ¿Qué intentaba sugerir Alison que no se atrevía a expresarlo con palabras? A la luz del día, donde las sombras de las residencias la apuntaban, Alison se sintió expuesta ante sí misma. La que tenía delante era Rowan, y cualquier otra idea era grotesca; ¿dónde pensaba que podía estar la niña? ¿En el cielo vacío, en las dunas manchadas, en las olas que morían en la orilla? Pensar eso la hacía sentirse desleal, cruel, más confusa que nunca.

Cuando su madre le agarró el brazo con más firmeza, Alison se puso tensa, esperando que le preguntara qué sucedía. Pero su madre dijo:

—Aprieta un poco el paso y vamos a alcanzarlos. Van a pensar que no pueden con nosotras.

Rowan y los hombres casi habían llegado a las casas que marcaban el final del paseo, donde podían volverse o continuar por la playa. De repente Alison pensó como podía demostrar que estaba equivocada, y estaba a punto de decírselo a Edith cuando, sin ningún motivo aparente, Rowan y los hombres se detuvieron ante las casas.

El día pareció petrificarse alrededor de Alison como si se hubiera convertido en una foto, implacablemente brillante e inmutable. Estaba segura de que había visto a Rowan detener a los hombres. Rowan se había envarado como si supiera sin mirar atrás que Alison estaba a punto de hablar..., como si supiera lo que Alison iba a

decir.

—La verdad es que me duele la cabeza —tartamudeó Alison, deglutiendo con dificultad—. Alcánzalos tú. Voy a regresar.

Lo dijo para que sólo Edith pudiera oírlo, y miró la espalda de Rowan. Su corazón se estremeció entonces, pues Rowan se volvió de inmediato, el rostro inexpresivo, y tiró de la mano de Keith.

—¿Cuál es el problema? —preguntó él.

—Alison se vuelve a casa porque le duele la cabeza. Continuaré con vosotros si queréis.

—Nos volvemos todos —dijo Derek, y Alison estuvo segura de que Rowan le tiraba de la mano—. No tendrías que habernos dejado que te agotáramos, Edith. No todos somos tan jóvenes como Rowan.

La cara de la niña continuó inalterable. Alison pensó en una máscara tras la que el marionetista se ocultaba mientras manejaba a los hombres. Eso pareció más descabellado que nunca, pero sin duda significaba que necesitaba estar lejos de Rowan, para calibrar sus ideas si era posible.

—Mi madre no está cansada, quiere continuar, ¿verdad? —suplicó—. No podré relajarme si pienso que os he estropeado el paseo. Acompaña un poco más a Rowan. Derek. Necesita el ejercicio después de pasar tanto tiempo en casa.

—Seguiremos un poquito —dijo Edith—. Te mereces un descanso antes de volver a trabajar.

Alison la abrazó y se marchó inmediatamente, por si Edith sentía que algo iba mal. Mientras se volvía hacia la casa, la cabeza empezó a dolerle. Dio una docena de pasos y miró por encima de su hombro. Los otros seguían paseando por la playa. Al mirarlos, Rowan se volvió a mirarla a ella. Su rostro estaba demasiado lejos para poder verlo, pero Alison se sintió descubierta, avergonzada, más paranoide que nunca. Volvió rápidamente a casa, casi corriendo.

El paseo estaba desierto. La brisa revoloteaba sobre las dunas y parecía salpicar sus piernas con arena y hielo. Ondas parecidas a grietas se extendían sobre el mar. No había ningún otro movimiento cerca de ella, y se sentía sola y abandonada, privada de su hija por sus propias dudas. El brillo del mar, la arena y el asfalto le lastimaba los ojos, pero no podía acostarse cuando llegara a la casa: podría demostrarse la verdad.

Introdujo la llave en la cerradura e inspiró profundamente, la cabeza embotada. Giró la llave, que le aturdió los dedos, y empujó la puerta. Cruzó el umbral y se detuvo, asiendo el borde de la puerta.

La casa no estaba vacía. Rowan estaba allí, fregando platos en la cocina o arreglando su habitación, escribiendo notas para que sus padres las encontraran, leyendo tan silenciosamente que no sabías que estaba allí hasta que la oías reírse. Si todo esto era sólo un recuerdo, parecía una presencia que Alison no había advertido. Parecía como si Rowan hubiera estado con ella durante todo el camino, esperando ser advertida cuando estuvieran a solas. Tras cerrar la puerta, Alison cruzó el vestíbulo.

La visión de las habitaciones desiertas no la hizo sentirse más cerca de Rowan, ni el olor de los libros rancios que flotaba en la casa, pero tenía algo que lo haría. Corrió escaleras arriba hasta su dormitorio y rebuscó la nota en su bolso.

Queridos papá y mamá, os quiero y de verdad no me importa que no me compréis cosas porque no podéis permitirlos...

Era su último eslabón con la Rowan de antaño. Parpadeó ferozmente mientras la visión se le nublaba. La nota la ayudaría a ver la verdad.

Llegó a la puerta de Rowan cuando tuvo la sensación de que su hija ya estaba en casa, esperándola, la nueva Rowan, desdeñosa y vigilante. Abrió la puerta y entró, sorprendida al sentir que se aventuraba en un cubil. Se acercó a la ventana y subió la hoja, con la esperanza de oír a la familia cuando se acercara, y entonces empezó a buscar.

Encontró el diario casi al pie de una pila de libros. Todos los lomos estaban vueltos hacia la pared. Parecía una manera astuta de esconder un diario sin que lo pareciera, pensó, y oyó su paranoia como un agudo susurro en su cabeza. Aunque había querido leer lo que Rowan podría haber escrito sobre aquella última noche en Gales, nunca lo había pedido; nunca habría considerado leer el diario sin permiso, pero si eso podía demostrar que estaba equivocada, no debía vacilar.

Se sentó en la cama y colocó la nota de Rowan sobre su regazo, y descubrió que tenía miedo de abrir el diario. Sentía la garganta oprimida por el olor a papel rancio, las manos temblorosas de miedo. Se hizo un juramento: el diario le mostraría la verdad, y actuaría según lo que encontrara; si demostraba que estaba equivocada, buscaría tratamiento mientras sus padres estaban aquí. Abrió el diario y dejó que las páginas en blanco rozaran su pulgar hasta que apareció la escritura. Se obligó a no cerrar los ojos, para ver lo que allí había, la verdad.

Era la entrada del día de Navidad.

Hoy recibí tres libros de Dickens y un vestido nuevo. Luego comimos el almuerzo de Navidad y abrimos los petardos con sorpresa. Más tarde jugamos a un juego aburrido y yo gané, y luego llegó la hora de acostarme.

Alison parpadeó rápidamente, y apenas supo lo que sentía. El tono del diario era tan frío que ni siquiera mencionaba quién le había hecho los regalos, y sin embargo ante sus ojos tenía toda la evidencia que podía pedir. El párrafo del diario y la nota de Rowan estaban escritos exactamente con la misma letra.

Eso era: la verdad. La niña que había escrito la última entrada era la única Rowan que existía ahora, y eso era lo que Alison no había podido admitir, tal vez porque se echaba la culpa de haber perdido a la niña que había educado y amado. Rowan estaba creciendo, apartada de ella, y no podía reprochárselo. Y en cuanto a ella misma, tal vez el tratamiento no sería demasiado drástico, ya que admitía la verdad. Cerró la

ventana, tiritando ante la brisa que parecía haber congelado la esperanza. Gracias al cielo había advertido dónde estaba el diario: la niña ya debía de sentirse espiada. Alison dirigió al diario y a la nota una última mirada, como si eso pudiera ayudarla a olvidar el pasado y aceptar a Rowan tal como era ahora.

Entonces se estremeció como si alguien invisible la hubiera agarrado. La sensación se desvaneció antes de que pudiera estar segura de que la había experimentado, fundida como un copo de nieve, excepto que su contacto fue cálido. Tal vez se tratara del shock provocado por la comprensión ante las páginas que había en la cama. Dejó escapar un gemido de esperanza y desesperación. No había acabado. Casi había pasado por alto lo que mostraban las páginas.

Se sentó tan pesadamente que la cama crujió, y hojeó el diario, los dedos temblando. Encontró la última entrada que Rowan había escrito en Gales, sobre una fotografía de Vicky que le había mostrado Hermione. La mayoría de las entradas subsiguientes tenían fechas: como se alegraba de volver a casa, como la mayoría de los libros de la biblioteca del colegio no merecían la pena, como la señorita Frith pretendía saber más que ella... La única emoción que expresaban era impaciencia, y la impaciencia había traicionado a la escritora. En las primeras entradas la ortografía era tan errática como siempre, pero ayer Rowan pudo escribir sin problemas *Navidad*, *petardos* y *aburrido*. No era posible. Tal vez a Rowan le gustara leer a Dickens, pero Alison tendría que haber advertido que no podía escribir bien su nombre.

Alison cerró los puños para hacer funcionar sus dedos, y hojeó de nuevo el diario. La ortografía mejoraba mientras las entradas se acercaban a la fecha actual. El progreso habría sido convincente si no hubiera sido tan rápido, pero incluso ahora el cebo de escribir mal *juego de mesa* parecía insultantemente obvio, si es que lo era. La escritora se había cansado de fingir, o tal vez no podía soportar cometer las faltas de Rowan.

Alison dobló la nota y la guardó dentro del diario. Metió el diario en su bolso, que se colgó del brazo. Por un momento no sintió más que la seguridad de que Rowan estaba más cerca, la Rowan a quien había parido y amado, aunque de forma imperfecta, y a la que quería recuperar. Había jurado que buscaría la verdad y actuaría en consonancia con ella, y en lo más profundo de su corazón supo que sólo había una explicación para los cambios en el diario y en Rowan. Pero si creía eso, tenía motivos para sentirse nerviosa. Se preguntaba por qué, si la niña de fuera parecía saber lo que planeaba Alison, no había intentado con más fuerza impedir que regresara a la casa.

A Derek le pareció que Alison estaba a punto de hablar cuando Edith entró en el salón.

—Rowan te llama, Derek —dijo.

Alison volvió la cabeza hacia la revista de Edith y guardó silencio.

—¿Qué ibas a decir, Ali? —preguntó él.

—Esperaré. Sube a ver qué quiere.

Parecía demasiado alegre, como una radio con el tono agudo en el tope, y no le gustaba nada. Primero fue a ver a Rowan. Estaba acostada, las manos cruzadas sobre las sábanas, la cabeza levemente alzada por la almohada. Mientras entraba en el dormitorio, sus ojos se volvieron hacia él, y Derek tuvo la desconcertante idea de que tendría que haber llamado antes de entrar.

—¿Qué sucede, nena? —dijo.

Parecía que a ella aquello le parecía demasiado familiar. Incluso cuando la encontró en el cementerio se mostró distante, reticente a dejar que la abrazara, y desde entonces no lo había intentado con frecuencia. La niña alzó sus manos entrelazadas como si estuviera rezando y se inclinó hacia él con una intimidad que Derek ya no esperaba.

—¿Se quedará la abuela?

—Lo hará, y tu madre también. Sabes que nunca te dejaríamos sola en la casa.

—Sé que mamá se quedará. Pero la abuela también.

—Eso es lo que he dicho. ¿Por qué lo preguntas?

Ella le miró, como si debiera saberlo. Peor, a él le pareció que lo sabía.

—Ahora duerme, ¿quieres? Todo el mundo te quiere —dijo torpemente, y se inclinó para besar su frente. Estaba fría y arrugada.

Cuando Derek se volvió desde la puerta, la niña tenía los ojos cerrados. Bajó corriendo las escaleras, lleno de furia protectora y rezando para no tener que sentirse así.

—¿Qué quería? —preguntó Alison, demasiado casualmente.

—Sólo asegurarse de que no íbamos a salir todos, como si fuéramos a hacerlo. ¿Qué querías antes?

—Sólo recordarte que mi padre no beba demasiado. Recuerda que tiene que conducir pasado mañana.

Derek sintió que ella estaba ocultando al menos tanto como él. Parecía una negativa de todo lo que habían compartido y construido juntos desde antes de casarse. Pudo sentir su desazón convertirse en palabras, forzarle a abrir los labios, y entonces Keith dijo:

—Vamos, deja que el pobre hombre me enseñe su garito. No he tenido una charla decente con él en toda la Navidad.

Después de todo, ella quería que Derek intimara con su familia. Él también lo

quería, aunque no bajo estas circunstancias. Siguió a Derek a la noche, donde el viento bajaba de los tejados como un canal de hielo. Rebordes de espuma se alzaban en la oscura bahía, los barcos destellaban como montoncitos de carbón al sortear las olas. En el pub, las gafas de Keith se empañaron. Derek pagó la cerveza mientras Keith se limpiaba los cristales y murmuraba:

—Espero que no vayamos a tener problemas.

Una cinta emitió «God Rest Ye Merry Gentlemen» a través de los altavoces envueltos en guirnaldas en todos los rincones del bar. Keith se sentó tras la máquina tragaperras y entrechocó las jarras con Derek.

—Bueno, casi ha pasado otro año y el mundo sigue de una pieza.

—Y la mayoría de nosotros —respondió Derek, y se estaba preguntando como pasar al tema que habían venido a discutir cuando alguien le agarró por el hombro.

—Noche de hombres, ¿eh? —dijo Eddie.

Soltó su jarra y se giró, no demasiado firmemente, hacia las mesas vecinas en busca de una silla.

—Para decirte la verdad, Eddie, es una especie de reunión familiar —dijo Derek.

—¿Dónde están los demás... bajo la mesa ya? Creía que nunca hablabas de ellos, demasiado perfectos o algo así. No te preocupes, me marchó, no te pondré colorado delante de tu hábil jardinero, aunque bien que te alegraste de conocerme cuando tu mansión necesitó una mano —recogió su jarra y la alzó hacia ellos con exagerada dignidad—. No nos haga caso —le dijo a Keith, como si cada palabra fuera un caramelo que tuviera que desprenderse de los dientes—. Siempre somos así.

—¿De veras? —preguntó Keith cuando se marchó tambaleándose.

—Es la primera vez que lo veo así.

—Podría unirse a nosotros. A menos que realmente quieras hablar en privado, en cuyo caso dejaré de rezongar —miró a Derek animosamente y dio un sorbo de cerveza—. Si Edith y yo podemos ayudar en lo que sea, sólo tienes que pedirlo.

—Es muy amable por tu parte, Keith. Eres un buen amigo —también era el padre de Alison, ¿y cómo reaccionaría a lo que Derek tenía que decir?—. Es la forma en que nos hemos comportado desde que las cosas empezaron a salir mal, como nos han dejado —dio un sorbo de cerveza para borrar la sensación de estar fuera de lugar—. Tal vez lo hayas advertido.

—Siempre queda el futuro, amigo. Creo que vuestro matrimonio es de los que se reconstruyen, aunque los problemas te hagan pensar que a veces no podéis soportaros. ¿Te refieres a eso? Anoche mismo Edith y yo comentamos lo bien que nos parecía que lo estabais superando.

—Ayer habría estado de acuerdo contigo.

—Veo que te cuesta trabajo hablar, hijo, pero no podré ayudarte a menos que me lo cuentes.

Derek casi apuró su jarra. Dejó que el brumoso calor del alcohol navegara hasta su cerebro, entonces impidió que Keith pagara otra ronda.

—Espera y te lo diré. Es Alison. Creo que lo sucedido la ha trastornado más de lo que quiere admitir.

—Es posible, ¿no te parece? Después de todo, ha perdido a su hermana y tal vez pensara que estuvo a punto de perder a su única hija —sus ojos se nublaron hasta que pudo apartar el recuerdo de su pérdida—. Pero no puede ser bueno para ella no compartir sus sentimientos contigo. Si Edith y yo no nos hubiéramos ayudado mutuamente para superar la pérdida de nuestra Hermione, no sé dónde estaríamos. Hablaré con Alison si piensas que eso puede servir de ayuda.

—Tal vez no sea conveniente que sepa que hemos estado hablando. Es un poco desconfiada. No creo que esté convencida de que Rowan ha vuelto.

Para su desconcierto, Keith pareció aliviado.

—¿Qué te hace decir eso?

—¿Has visto cómo la miraba hoy?

—Creo que sí, ahora que lo mencionas. Déjame pedir otra jarra. Te diría que no es la primera vez que pasa algo así con Alison, así que alégrate.

Derek se le quedó mirando mientras esperaba a que le sirvieran en la barra. Un hombretón calvo devoraba un sandwich de pavo y echaba monedas en la máquina, que trinaba como un pájaro hambriento. Keith regresó por fin, sujetando las jarras.

—No es la primera vez —instó Derek.

—No. No, no lo creo —Keith depositó su jarra sobre la mesa y se sentó lentamente—. Cuando Alison tenía tres años, Hermione tuvo que pasar algún tiempo ingresada en un hospital, y su madre se quedó con ella, naturalmente. Había que formar un buen jaleo para conseguirlo en aquellos días, y el hospital no permitía que Alison la visitara. Pues bien, cuando regresaron Alison se mostró muy tirante con su hermana y no mucho mejor con su madre. Descubrimos que pensaba que cuando te han anestesiado podías convertirte en otra persona. Hermione tuvo que recordarle cosas que las dos habían hecho juntas. Yo diría que fue el estar separada de su madre y Hermione lo que hizo que Alison se sintiera de esa forma, y estoy seguro de que lo mismo puede aplicarse ahora y que se recuperará, ¿no crees?

—Pero ya no es una niña.

—No más que cualquiera de nosotros. ¿No ves por qué puede sentirse incómoda con Rowan? Rowan ya no es la niña que era, y creo que podemos comprender por qué. Tal vez deberías dejar que Alison supiera que a veces sientes lo mismo que ella.

Derek sintió como si tuviera que derribar una pared entre Keith y él sin saber qué podía estar sujetando esa pared.

—Pero no es así —gimió—. No sólo piensa que Rowan no es ella misma, sino que piensa que Rowan está en otra parte. Le habla cuando no está allí, por el amor de Dios.

—Sí, pero eso no significa...

—No te he dicho lo que sucedió anoche. Me desperté y vi que estaba sentada en la cama, y entonces empezó a hablar. Dijo «Rowan, ¿eres tú?» a la habitación vacía,

¿comprendes? Entonces se levantó y le eché un vistazo y, créeme, estaba completamente despierta. Se dirigió a la habitación de Rowan y la oí detenerse fuera, y te digo, Keith, que si hubiera entrado yo habría subido como una bala, por el aspecto que tenía. Tal vez pienses que estoy exagerando —vaciló, sintiéndose cruel para con el viejo—. Pero ¿sabes por qué Rowan quiso antes que subiera a verla? Quería asegurarse de que su abuela se quedaba. Tiene miedo de quedarse a solas con su madre.

Todavía no le había dicho a Keith lo peor: que había oído a Alison decir que pensaba que se estaba volviendo loca. Keith alzó las cejas y parpadeó mirándose los nudillos.

—¿Quieres que nos quedemos más tiempo? —dijo.

—No creo que Rowan corra peligro. No puedo creerlo.

—Alison podría saber que hemos estado hablando de ella si cambiamos de plan.

Así que esto era ser uno de la familia, compartir ideas e inquietudes. Había ganado un pariente, pero ¿qué podría perder?

—O si Rowan se fuera con vosotros a casa mientras yo intento arreglar las cosas —dijo.

—La tendremos con nosotros todo el tiempo que quieras, lo sabes. Sólo me pregunto qué tienes en mente para Alison.

Eso era exactamente lo que Derek temía expresar con palabras.

—Tal vez debería hablar con un médico. Yo lo haría también, si sirve de algo. Podría recetarle algo, ¿no crees?

—Me parece bien, hijo —dijo Keith, pero su obvio alivio le hizo parecer menos tranquilizador—. Esto debe de haber estado acumulándose desde aquel asunto con la pobre Hermione. Espero que Navidad lo detenga porque Alison la echará de menos.

—No creerás que echa la culpa a Rowan por lo que le sucedió a Hermione, ¿no?

—Dios sabe como puede estar funcionando su mente con tantas muertes y tensiones. Me pregunto si no deberíamos pedirle a Edith que hable con ella.

—Debería ser yo. Sólo quería consultarlo contigo.

—Me alegro de que lo hicieras. Siento que te conozco mejor, y me gusta. No le diré nada a Edith hasta que regresemos a casa o no nos marcharemos nunca. Tal vez las cosas mejoren cuando nos quitemos de enmedio y Alison pueda dedicar más tiempo a Rowan. Pero en cualquier momento del día o de la noche que necesites entrar en contacto, uno de nosotros estará despierto.

Derek apuró su jarra y se levantó para pagar otra ronda. Tener alguien en quien confiar parecía haberle ayudado más de lo que se atrevía a esperar.

—No hace falta que te lo diga, pero cuida de las dos —dijo Keith, como si no pudiera existir la cuestión de proteger a una a expensas de la otra.

La multitud en el bar se apiñó alrededor de Derek, el humo se acumulaba en lo alto y oscurecía las luces. Derek rezó para no tener que hacer esa elección.

A solas, las mujeres charlaron sobre la familia. Edith deseaba que Richard se hubiera reunido con ellos para pasar la Navidad (nadie debería estar solo en esta época del año), pero cuando Alison le llamó rechazó la proposición con una calma que ella consideró el pesar que quería conservar sin ser molestado. No había asistido al funeral de Hermione. La casita de Hermione estaba en venta, y los beneficios serían divididos a partes iguales entre sus padres y su hermana según su testamento, y Edith pensaba que todos deberían gastar una parte en unas vacaciones en España.

Entonces al menos surgiría algo bueno de toda esta pena.

Alison murmuraba mostrando su acuerdo lo mejor que podía sin comprometerse a un futuro tan lejano cuando ni siquiera sabía adonde podía conducir el presente. Sirvió un par de bebidas a pesar de las protestas de su madre, y se alegró cuando ésta empezó a recordar la infancia de Alison: al menos el pasado había acabado y ya no era algo amenazante. Pasó un rato antes de que se preguntara si su madre evitaba el tema de Rowan.

¿Estaba alimentando las dudas que había sentido el día de Navidad? Había temido por Rowan, aunque sólo que la niña pudiera lastimarse. Pensaba que deberían llevarla al médico por la forma en que había cambiado, porque parecía demasiado mayor para sus años, demasiado similar a Queenie. Alison había hecho todo lo posible para disuadir a su madre, pero ahora esperaba haber fracasado en ello. Estaba segura de que el deseo de tranquilidad que sentía no era suyo solamente. Pensaba en una forma de resucitar el tema cuando Edith, por fin, volvió la cabeza hacia la puerta.

—¿Ha bajado Rowan?

Por un momento Alison pensó que la intrusa había venido a impedirle hablar con Edith, y entonces advirtió que no se sentía nada nerviosa.

—¿Has oído algo?

—La verdad es que no. Pero parece como si hubiera alguien allí, ¿no?

—Es verdad —dijo Alison, deseando ser receptiva—. Espero que tengas razón. Ve a ver.

Contuvo la respiración mientras su madre se dirigía a la puerta. Edith tocó el pomo y alzó la cabeza hacia los paneles superiores, luego la abrió. Alison atisbó movimiento, y su corazón pareció retorcerse como un cuchillo, pero era el reflejo de la puerta en el papel pintado. Edith miró a ambos lados y pareció insatisfecha.

—Estaba segura de que estaba aquí. Déjame ver si ha subido.

—Te acompañaré.

Edith la miró bruscamente y se encaminó hacia la escalera. ¿No podía sentir el ansia que parecía llenar la escalera encalada, el anhelo por ser advertida? Vaciló ante el siguiente piso, luego sacudió la cabeza como para convencerse de que el corredor estaba vacío. Caminó de puntillas hasta la habitación de Rowan, se asomó y se envaró.

Alison llegó rápidamente a su lado y vio lo que estaba viendo; el cuerpo de Rowan tendido boca arriba en la cama, las manos cruzadas sobre el pecho, como dormía siempre ahora.

—Santo Dios —susurró Edith—. Parece...

Estaba preparada para la verdad. Era hora de mostrarle el diario. Alison se apartó de la puerta, fingiendo que la ocupante de la cama ignoraba su presencia. Se llevó un dedo a los labios y condujo a Edith a las escaleras, conteniéndose para no hablar hasta que estuvieran en el salón. Pero no había llegado al rellano cuando advirtió que no podía decírselo a su madre.

Lance sabía algo, y estaba muerto. Hermione sabía mucho, y también estaba muerta. ¿Cómo podía Alison poner a nadie en ese peligro, y mucho menos a su madre? Ahora mismo no quería pensar qué riesgos podría estar corriendo ella. En el salón, sonrió cuidadosamente a Edith mientras volvían a coger sus bebidas, pero su madre demandó:

—¿La has visto? ¿Has visto cómo dormía?

—Siempre ha dormido así, mamá —Alison se sentía desleal, tanto hacia Rowan como hacia su madre—. Al menos, desde que era un bebé.

—Bueno, pues yo no la había visto antes —su madre arrugó los labios y soltó su vaso—. ¿Qué es lo que no me estás diciendo? Nunca hemos podido fingir una delante de la otra.

—Sólo estoy intentando impedir que te preocupes sin necesidad, mamá, eso es todo. ¿Qué importa cómo duerma mientras pueda hacerlo? Ha vuelto con nosotros, ¿no? ¿Qué más podríamos querer?

Su madre le dirigió una larga mirada. Finalmente, cogió su vaso y lo tendió para que volviera a llenárselo, y la conversación se centró en Gales, donde Gwen y Elspeth se habían encargado de la tienda de Hermione. De vez en cuando miraba hacia la puerta, y Alison rezó para que pensara que sólo estaba imaginando una presencia. Se alegró cuando Derek y Keith regresaron, hasta que vio lo deliberadamente que charlaban y advirtió que habían estado hablando sobre ella.

Tenía que persuadirlos de que no sucedía nada malo, o no la dejarían nunca a solas con la niña. Deseó que todos pudieran enfrentarse a la intrusa, pero incluso como familia podrían correr demasiado riesgo, aunque parecía ridículo y enloquecedor tener miedo a una niña.

—¿Café para dos? —dijo animosamente, y se dirigió a la cocina. La sensación de que estaban prestando atención para asegurarse de que no subía al dormitorio de Rowan la hizo querer reír y llorar.

Estaba en la cama con Derek, los dos fingiendo dormir, cuando advirtió que él debía de haberla oído la noche anterior después de todo. Tal vez pensaba que se estaba volviendo loca. Quiso abrazarle con fuerza y hablar con él hasta que la creyera, quiso apartarse de él por pensar así de ella, pero todo lo que pudo hacer por su bien fue permanecer inmóvil, maldiciendo a la intrusa de la habitación de al lado

por separarla de él. ¿No tenía ella también la misma culpa, por no haber oído a su hermana? Pero alguien le decía que ahora no importaba, alguien cerca en la habitación, más cerca si cerraba los ojos. Alguien que la amaba por lo que era, y eso la hizo dormir más tranquila.

Por la mañana, sintió pánico en pensar que dejaría a Rowan en la inhóspita casa con la intrusa.

—Ven conmigo —susurró cuando nadie pudo oírla.

Mientras conducía hacia el hospital no dejaba de mirar al asiento de pasajeros, esperando poder ver lo que ya sentía. Una vez, cuando un rayo de sol destelló en una calle lateral e iluminó el coche, le pareció ver la cara de Rowan sonriéndole tristemente. Se desvaneció al instante, como una estrella tan lejana que no podías estar seguro de haberla visto jamás.

Todos los niños del pabellón quisieron mostrar a Alison sus regalos, y Rowan pareció fundirse con la forma en que demandaban a Alison. Durante todo el día encontró que se distraía de sus pacientes intentando sentir que Rowan estaba todavía allí, no perdida en los pasillos que olían demasiado como la habitación de Queenie. No era justo para con los pacientes ni para con Rowan. No podía seguir así.

En casa. Derek y sus padres estaban ansiosos por contarle lo bien que se había portado Rowan durante todo el día. Se alegró de que no sospecharan y se entristeció por su determinación por convencerla.

—Sé que estás ahí —tranquilizó a Rowan silenciosamente cuando los ojos de la niña de la casa la miraron, inexpresivos de triunfo.

Esa noche soñó que perdía a Rowan. Estaba en Liverpool, en las rebajas, debatiéndose a través de la multitud que llenaba la calle comercial de pared a pared y daba vueltas lentamente alrededor de los puestos de los comerciantes y sus maletines abiertos. Estaba pensando que al menos Rowan no tenía que esforzarse para no perderla de vista cuando advirtió que la niña ya no estaba allí. Miró a su alrededor salvajemente como si pudiera ver a Rowan, se aupó para ver por encima de las masas de rostros indiferentes como máscaras, gritó el nombre de Rowan mientras pensaba que oía su voz por encima del murmullo informe de la muchedumbre, intentó abrirse paso entre la gente demasiado apretujada para dejarla pasar. Pronto alguien se ofreció a ayudarlo a buscar a su niña perdida, y cuando admitió que no podían verla se echaban a reír, la calle entera, tan fuerte y cruelmente como si pudieran apartar a Rowan para siempre. Alison se despertó temblando, cubierta de sudor helado, sabiendo que el sueño apenas era una exageración de la verdad.

Sus padres se marcharon antes del amanecer para evitar el tráfico.

—Espero veros pronto a todos, Derek. Y cuida de Alison: ahora es todo lo que tenemos —dijo Edith con un brumoso aliento de dragón.

—Manteneos en contacto —le dijo Keith, y se detuvo a punto de estrecharle la mano, pues Rowan había aparecido en el vestíbulo plateado.

—Vuelve a la cama —exclamó Alison, llena de furia al ver que al cuerpo de

Rowan ni siquiera se le permitía dormir—. Despídete de tus abuelos y vuelve a la cama hasta que sea la hora de levantarse.

Alison abrazó a sus padres y se obligó a dejarlos marchar, y contempló las luces rojas del coche hacerse más pequeñas, doblar la esquina y desaparecer. La niña estaba tras ella en la acera, mirando las estrellas que la proximidad del amanecer había comenzado a extinguir. Su aliento manchaba el aire gris, y llenó a Alison de una súbita repulsión: no era la respiración de Rowan.

—Haz lo que se te ha dicho —casi gritó.

—Intenta dormir un poco más, nena —dijo Derek, y empujó a la niña suavemente hacia la casa, aunque Alison estaba segura de que se envaró ante su contacto—. No seas demasiado dura con ella, Ali —murmuró él mientras oían sus pasos arriba—. Recuerda todo por lo que ha pasado. Sé que tú también has sufrido, pero por el momento contentémonos con tenerla de vuelta, ¿de acuerdo?

—Muy bien —dijo Alison, dolorida por la imposibilidad de decirle la verdad.

Cogió su mano mientras volvían a la cama para descansar otra hora. Ella quiso hacer el amor con él, atraerlo más cerca, pero no podía cuando sentía que Rowan se había refugiado en su habitación. Yacieron abrazados mientras el amanecer teñía el cielo de oro. Rowan era parte de su calma, una pared que mantenía a la intrusa en la habitación de al lado. No podía durar, pero tal vez, era una promesa, y la mantuvo en secreto y a salvo cuando el despertador la avisó de que era hora de trabajar.

Se estaba peinando cuando sonó el teléfono. Bajó corriendo la escalera, pero la llamada era de la escuela, para Derek.

—Unos vándalos han destrozado la instalación. Rowan no querrá venir conmigo, así que tendrá que quedarse en casa de Jo.

—Muy bien —dijo Alison, acallando furiosamente sus pensamientos, convirtiendo su rostro en una máscara de tranquilidad—. ¿Quieres llevarla tú? Será mejor que me marche al trabajo.

Quitó las hojas plateadas de las ventanillas de su coche y rezó para que arrancara. Mientras pisaba el pedal y escuchaba el borboteo del motor tuvo tiempo de ver a Derek conducir a la niña a casa de Jo. Por fin el coche se dirigió estremeciéndose hacia la carretera. Condujo al azar durante media hora a través de las calles medio heladas, dejando atrás coches aparcados con las ventanillas cubiertas de nieve y a niños patinando en la acera, y luego volvió a la casa.

Mientras llegaba a lo alto del puente sobre la bahía, la luz del sol iluminó al coche desde atrás. Deslumbrada, atisbo a su lado la cara de Rowan, que parecía ansiosa, temerosa.

—No pasará nada —murmuró Alison ferozmente mientras el destello se extinguía.

Aparcó ante la casa y llamó al hospital para decir que estaba demasiado enferma para ir a trabajar, cosa que nunca había hecho en toda su vida, y se dirigió a casa de Jo para recoger a la niña.

Los destrozos no eran tan malos como Derek temía, al menos en lo que se refería a su trabajo. La instalación del tendido eléctrico de la escuela había sido su trabajo más absorbente hasta el momento, sobre todo a la hora de desenmarañar el laberinto de cables que los constructores originales habían enterrado en el yeso. La dirección del colegio no quiso que esperara a que pasaran las vacaciones, posiblemente porque querían tranquilizar a los padres para convencerles de que la escuela era segura después del accidente que le consiguió el trabajo. Había tardado casi un mes, entre noches y fines de semana. El trabajo le había conseguido una reputación a nivel local y le había traído todo el trabajo del que podía encargarse, pero ahora advertía que había atendido menos a Alison y Rowan de lo que tendría que haber hecho cuando le necesitaban.

La subdirectora cruzó el patio mientras Derek bajaba del coche. Un vidriero reparaba una ventana junto a la entrada de los niños pequeños.

—Gracias por venir tan pronto —dijo la subdirectora, una mujer delgada con un chándal púrpura—. Espero que esto no haya echado a perder ningún plan que tuviera para hoy.

—No, no hay problema.

La siguió al interior de la escuela. Los dibujos de los niños habían sido arrancados de las paredes; alguien había prendido fuego a una pila de ellos en un cajón abierto.

—Estúpidos bastardos —murmuró.

—Gracias al cielo que existen niños como su hija. No es que la mayoría sean malos. Siempre ha habido una minoría así.

—Rowan va bien, ¿eh?

La subdirectora le sonrió como si pensara que estaba bromeando.

—Bastante mejor que eso, señor Faraday. ¿No le ha dicho la señorita Frith lo extraordinariamente bien que lo ha hecho estos últimos meses? Nuestro único temor es que pueda aburrirse.

—¿Ha oído lo que le pasó? Supongo que su profesora estará haciendo concesiones por ello.

—La señorita Frith no necesita nada de eso. En todos mis años de profesión nunca he visto a una niña más madura. No tiene nada de qué preocuparse, si puedo decírselo —se hizo a un lado cuando llegaron al salón—. Creo que lo que tiene que ver es esto.

Todas las luces estaban aplastadas, y alguien había arrancado un cable y un trozo de yeso. La estupidez sin sentido le aturdió. Rowan nunca haría algo así, pensó mientras descubría que los vándalos habían cubierto con plastilina los enchufes de la pared y derramado un cubo de agua sobre la caja de los fusibles. Tal vez cuando Alison se enterara de todo esto aceptara la forma en que se estaba desarrollando Rowan. Sacó el viejo secador de pelo del coche y lo usó para secar la caja antes de

reemplazar los fusibles, luego desatornilló los enchufes para sacar la plastilina. Había sustituido el cable y estaba guardando sus herramientas cuando oyó los pasos de una mujer corriendo por el pasillo tras él.

—Casi he terminado —anunció—. Podría haber sido peor.

Los pasos se detuvieron, y el silencio le hizo mirar hacia atrás, con el cable colgando de su mano. La mujer del pasillo era Jo. La aprensión le hizo ponerse en pie tan bruscamente que apartó la caja de herramientas de una patada.

—¿Dónde está Rowan?

—Se la llevó Alison.

Eso tensó aún más sus nervios, y descubrió que le costaba trabajo hablar.

—Creía que estaba trabajando. ¿Dónde han ido?

—De vuelta a casa.

Derek agarró la caja de las herramientas y se dirigió tan rápidamente al pasillo que Jo se estremeció.

—Es la madre de Rowan. No pude detenerla —dijo, a la defensiva, como si quisiera negar el motivo para haber venido aquí—: Creí que deberías saberlo, eso es todo.

Cuando Alison llegó a la verja de Jo, los niños de la casa guardaron silencio. Bajo el cielo gris, el viento ululaba a través de la hierba en las dunas y la hacía tiritar, pero sobre todo experimentaba una determinación tan fiera que sintió un poco de miedo. Ya no podía sentir a Rowan a su lado. Tal vez el temor a la niña de la casa de Jo la había hecho esconderse. La idea hizo que Alison se sintiera fría y dura como el metal. Recorrió el breve sendero y llamó al timbre.

Jo llevaba una bata y zapatillas. Abrió un poco la puerta y la detuvo con el pie.

—Ahora ves como las damas de sociedad nos vestimos cuando no recibimos invitados —dijo, como si fuera una de las novelas históricas que le gustaba leer—. ¿No estás trabajando?

—Me confundí. Me la llevaré a casa.

Jo no se apartó.

—No ocurre nada, ¿verdad?

—¿Puedo pasar? —dijo Alison dulcemente—. No me sorprenderá nada, te lo prometo, aunque no hayas arreglado a tus monstruos.

—Pasa a charlar y a tomar una taza de algo si te apetece —dijo Jo, la cara colorada—. Pero de verdad que puedes dejarla aquí. No me importa. Están jugando.

—Me parecía que estaban discutiendo —mientras Alison recorría el pasillo y llegaba a la habitación principal tuvo tiempo de inspirar profundamente, lo que envaró su pecho y su garganta—. Despidete, señorita. Tú y yo tenemos que charlar.

La niña estaba sentada a la mesa, con Paul y Mary a sus pies. Alzó la cabeza sin prisa y miró a Alison.

—Estoy jugando al ahorcado con ellos.

—¿Ah, sí? —Alison vio que ni siquiera se tomaba la molestia de asegurar que su mirada de inocencia fuera convincente—. Estoy segura de que podrán apañárselas sin ti.

—No para de decir que no sé escribir —se quejó Mary.

—No sabes —dijo la niña—, y por eso te ahorcaste.

Alison se acercó a la mesa que estaba cubierta con bocetos de horcas, con figuras delgadas colgando de ellas bajo palabras incompletas, y se obligó a agarrar por el hombro a la niña, que se envaró ante su contacto. Parecía exactamente igual que Rowan, y sin embargo se estremeció al tocarla como si estuviera llena de gusanos.

—No más discusiones —dijo.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Jo.

Casi en cuanto empezó a trabajar como enfermera. Alison había jurado que nunca adoptaría la postura adulta que convierte a los niños en propiedad y víctimas. Y no lo estaba haciendo ahora, pensó, aturdida.

—No preguntes —contestó, con un tono que decía a Jo que las dos sabían como eran los niños.

Jo la miraba por encima del hombro de la niña.

—¿No quieres al menos una taza de té para dar una oportunidad a que se calmen las cosas?

—No podría estar más calmada, Jo, y ya te hemos molestado demasiado. Nos vamos a casa inmediatamente, señorita.

¿Fingiría la niña tenerle miedo y tentar a Jo para que interviniera? Pero la niña se libró de su mano y se levantó. Sin mirar a Alison, recorrió el pasillo y salió de la casa.

—Gracias por cuidarla —dijo Alison, y corrió tras ella.

La estaba mirando desde la verja de la casa de Queenie. Su expresión levemente burlona enfureció a Alison, tanto más porque sabía que Jo la estaba observando. Abrió la puerta y habría empujado a la niña al interior, pero ésta se adelantó, con la cabeza alta. Alison la siguió al vestíbulo y se apoyó contra la puerta para cerrarla.

—Me sorprende que intentes utilizar a gente para la que tienes tan poca consideración —dijo de inmediato.

La niña se volvió, las hojas ondulando a ambos lados de ella.

—Vaya, mami, creí que eso era lo que tú sentías después de lo que ella dijo sobre mí.

—Crees que eres muy lista —Alison pudo ver en los ojos de la niña que no había necesitado decir aquellas palabras en voz alta—. ¿De quién crees que hablaba? —dijo, sintiendo calambres en los labios—. Debe de resultarte difícil tener que depender tanto de nosotros.

—¿Porque os oí decir que no me queráis, te refieres a eso? Esperaba que ahora me quisierais. Creía que al menos os alegraríais de que hubiera vuelto.

Se estaba burlando de Alison porque sabía que no podía arriesgarse a hacerle daño..., a dañar el cuerpo de Rowan. O tal vez quería provocarla, porque si Alison la marcaba eso sería la prueba de que no estaba preparada para cuidar a la niña, un motivo para apartarla de su lado y dejar a la niña con aquellos que creían en ella. Alison apenas pudo controlarse, y no conseguiría nada mientras se sintiera así.

—No te atrevas a hablarme así. Vete a tu habitación y no digas otra palabra.

La niña la miró sombríamente. En la penumbra, sus ojos parecían el cielo antes de una tormenta. Estaba a punto de dejar de fingir, pensó Alison, la aprensión recorriéndola como una carga eléctrica, alertando su mente a la menor oportunidad. Pero la niña sonrió leve, irrisoriamente, e hizo lo que se le decía.

Alison escuchó sus pasos al subir la escalera. Parecían medidos y confiados, los pasos de la propietaria de la casa. Alison la imaginó tendida en la cama de Rowan, a salvo en el cubil que era la casa entera, satisfecha de estar viva. La idea la hizo subir corriendo las escaleras como si le hubieran clavado un cuchillo en las entrañas.

La niña había llegado al piso de arriba. Sus hombros se encogieron cuando Alison corrió tras ella, como si esperara que la empujara o la golpeará, pero Alison se dijo que la niña sabía perfectamente bien lo que iba a suceder. La adelantó y bloqueó la puerta de la habitación de Rowan.

—No intentes entrar aquí. Esta no es tu habitación.

—Vaya, mami, ¿y a quién si no puede pertenecer?

—A mi hija, y tú no eres mi hija.

Pero era la cara de Rowan la que la miraba, tan tristemente que Alison se preguntó si estaba equivocada después de todo, si se estaba volviendo loca. ¿Cómo podría haber dicho lo que acababa de decir cuando Rowan ya se había escapado una vez porque no se sentía querida? ¿Cómo podía creer en una Rowan a la que ni siquiera podía tocar en vez de a la evidencia de sus propios ojos que le mostraba a la niña ante ella, su carita tensa como una máscara, tal vez a punto de echarse a llorar? Todo su cuerpo ansiaba dar un paso al frente y abrazar a la niña, sentir que era todavía Rowan y la necesitaba, incluso a pesar de lo que había dicho. Pudo sentir el paso que estaba a punto de dar, el paso que la abalanzaría hacia la niña.

Entonces sintió la tristeza en la habitación de Rowan, una tristeza dispuesta a ser expulsada para siempre, y no tuvo que ver los ojos de la niña entornarse para saber dónde estaba realmente Rowan.

—No eres mi hija —repitió, con una voz que le supo a hielo contra los dientes—. Leí el diario, y lo sabes. No pudiste soportar escribir como Rowan demasiado tiempo, pero me encanta la forma en que no sabe deletrear, porque es ella.

—¿No quieres que crezca?

—No has crecido, has hecho lo contrario —exclamó Alison con una risa venenosa—. Esta es tu segunda infancia.

—No te escucharé si eres mala conmigo. Quiero entrar en mi habitación.

—No te lo impido. Ya sabes dónde está.

La niña la miró sombríamente a través de la penumbra que parecía manar de las sucias paredes.

—Si no me dejas pasar, subiré arriba. Me gusta contemplar el agua.

En cuanto empezó a subir, Alison la siguió, tratando de ignorar el olor a libros podridos y ladrillos mohosos que la recibía, como si la casa ya no se molestara en parecer renovada.

—No podrás usar los binoculares, ¿verdad? Desaparecieron igual que Vicky en cuanto no la necesitaste.

La niña no se volvió. Subió hacia la oscuridad, negándose a apresurarse, en posesión de sí misma y de la casa. Dejaba de fingir, ya que Alison parecía incapaz de dañarla. No tendría que haber hecho su desprecio tan evidente. Alison subió las escaleras corriendo detrás de ella, las manos extendidas. Tenía que ver lo que escondía la niña, aunque estaba segura de saberlo ya.

Esperaba obligar a la niña a enseñárselo, pero ahora advirtió que la única ventaja que tenía sobre ella era su mayor fortaleza física. Por eso corría hacia ella, aunque se veía como Derek, sus padres o cualquier otro observador la vería, subiendo alocadamente las escaleras para atacar a su propia hija. Si esto era locura, al menos se sentía más cerca de Rowan que en los últimos meses. Tomó la curva de las escaleras

sin tocar las paredes y desembocó en el último tramo, el más oscuro. El hedor a ladrillos podridos y libros manaba de la oscuridad, y la niña se volvió para mirarla.

Los ojos que la miraban eran mucho más viejos que los de una niña. ¿Había esperado a volverse hacia Alison donde un empujón le hiciera más daño? Alison se abalanzó hacia la pequeña figura.

—Veamos qué escondes —jadeó.

Las manos de la niña se alzaron como si quisieran picotear la cara de su madre. La oscuridad del piso superior pareció avanzar hacia Alison. Apartó las manos y agarró el cuello del largo vestido.

—Tendrás que matarme para detenerme —gritó.

Fuera lo que fuese lo que esperaba, no fue lo que la niña hizo. Se sentó en la escalera, bajando las manos para no perder el equilibrio. Alison la siguió, todavía luchando con el vestido. Loca, estás loca, gemía una voz en su mente, no hay nada aquí, nada que ver. Pero entonces ¿por qué no dejaba la niña que nadie la desnudase desde que volvió de Gales? Alison tiró del cuello del vestido con tanta fuerza que el botón voló y golpeó la pared encalada.

El cuello de la niña estaba desnudo. Alison lo contempló, los tendones que destacaban en la piel pálida y vulnerable por encima de la clavícula, y entonces abrió otro botón del vestido. Todavía nada. Sentía la desesperada urgencia de decir que lo sentía, de ordenarle a la niña que acudiera a Jo o a cualquiera que pudiera protegerla de su madre loca. Alzó la cabeza, temerosa de ver qué pensaba la niña de su conducta. En las profundidades de la decidida inocencia de los ojos de la niña había un destello de triunfo.

—No estés tan segura —jadeó Alison, y rebuscó en la nuca.

Encontró la cadena de inmediato. La alzó, y el camafeo apareció como un insecto reptando sobre el vestido. Las manos de Alison se cerraron sobre la cadena, que se tensó sobre el cuello de la niña y luego se rompió.

Alison se puso en pie de un salto, sujetando con fuerza el camafeo, y vio que el destello de triunfo en los ojos de la niña estaba ahora al descubierto.

—Me has hecho daño.

—Tú me obligaste —gritó Alison, sorprendida de lo que la intrusa le había obligado a hacer al cuello de Rowan—. Crees que ahora se lo podrás mostrar a alguien, ¿no? Me pregunto como explicarás esto.

La niña alzó las cejas.

—Hermione quiso que lo tuviera —dijo.

—Les dirás que te lo dio en el cementerio, ¿verdad? —la voz de Alison le raspó la garganta.

Retrocedió un paso para no golpear a la niña, pero incluso ahora blandió ante ella la cadena. El rizo de Rowan brillaba sombríamente en su mano, como oro viejo. A la intrusa no le importaba que lo hubiera encontrado, advirtió, derrotada: tal vez lo llevaba sólo porque había sido suyo durante muchos años; ahora que estaba a salvo

en el cuerpo de Rowan, no importaba. Nada podía tocarla, pensó Alison, y entonces supo que no era así. Si la intrusa estaba convencida de que estaba a salvo, ¿por qué intentaba provocarla?

Un movimiento la hizo alzar la cabeza. La niña subía a la oscuridad. La idea de que estaba huyendo hizo que Alison la siguiera por las escaleras en donde apenas podía ver el yeso nuevo, que parecía frío como el hielo y capaz de quebrarse bajo sus manos. En el piso superior los tres corredores parecían ampliados por la oscuridad. La figurita pálida estaba ya en la puerta de la habitación de Queenie.

—¿De qué tienes miedo? —dijo Alison.

La niña se volvió, con una mano en el pomo de la puerta. Su cara, la cara de Rowan, parecía triste.

—De ti, mami, mientras te comportes así.

Hablaba como Rowan, y la tristeza también era suya. Eso y la visión de la pequeña figura en medio de tanta oscuridad hizo que Alison se sintiera dolorosamente protectora de lo que podía ver y tocar, en vez de lo que sólo había sentido.

—No —susurró—. Conozco a mi Rowan —y entonces su voz se volvió gélida y fuerte—. ¿Qué hay de tu padre? ¿Qué debe pensar de ti ahora?

La niña tiró del pomo como si pretendiera ignorar la pregunta, y entonces su expresión de inocencia se endureció.

—Tendrás que preguntárselo cuando llegue a casa.

—¿Cuando el obrero regrese? ¿A eso te refieres? Apenas puedes soportar fingir que eres su hija. Me pregunto cuánto tiempo podrás seguir haciéndolo —estaba diciendo demasiado, perdiendo su ventaja; eso estaba claro por la forma en que la niña soltó la puerta—. Las dos sabemos a quién me refiero. Puede que no sepas dónde está tu padre, pero eso no significa que no pueda verte. Tal vez no te deja encontrarlo porque se avergüenza de lo que has estado haciendo.

La niña cerró los puños. De inmediato sus ojos parecieron hincharse de furia, haciéndose más oscuros que el pasillo sin ventanas. Alison la había hecho reaccionar por fin, y estaba a punto de descubrir lo peligrosa que podía ser. Las plantas vacías bajo ellos parecieron súbitamente cavernosas, aislándola del mundo. Le pareció que los tabloncillos se agitaban bajo sus pies, pero eso podría haber sido un escalofrío inadvertido. Entonces la niña miró hacia otro lado, como si Alison no mereciera el esfuerzo. Abrió la puerta y entró en la habitación de Queenie.

Alison se abalanzó hacia adelante y alcanzó la puerta justo cuando se cerraba. Empujó con ambas manos y envió a la niña hacia atrás, y entonces la siguió al interior de la habitación. El suelo pelado y las paredes recién enyesadas estaban saturados de la oscuridad que se acumulaba sobre Gales y cubría la bahía. El olor a libros rancios gravitaba en el aire, y Alison pensó que toda la habitación estaba podrida de oscuridad. Pero la niña se encontraba en el centro de ella, cruzada de brazos, recuperándose del shock del empujón. Tal vez la sorpresa la volvió

descuidada de lo que decía, o tal vez fuera su desprecio por Alison.

—No entres aquí a menos que yo diga que puedes entrar. Esta es mi habitación.

—Es la habitación de tu padre —dijo Alison deliberadamente—. Si hay algún sitio donde pueda verte, debe ser aquí.

—No sé a que te refieres. Creo que te estás volviendo loca al hablarme de esa forma.

Alison se echó a reír. Por pequeña que sonara en la oscuridad desnuda, la risa le pareció un estallido de alivio.

—Rowan nunca diría eso. No creo que lo hiciera ninguna niña de su edad. Puedes dejar de fingir, Queenie. Sabes que no puedes engañarme.

La cara de la niña se arrugó de ira. Pareció como si hubiera envejecido en un instante, como si una vieja arrugada estuviera allí de pie, una mujer tan senil que se había puesto un traje de niña. Entonces sus ojos destellaron como carbón, e hizo una mueca, estirando los labios de Rowan, estropeando su cara. La puerta se cerró tras Alison, sellando la oscuridad.

—Eso no me asustó la última vez, Queenie, y no me asusta ahora —Alison vaciló y entonces corrió el riesgo: tenía que hacerlo—. ¿Es lo mejor que sabes hacer?

Los labios de la niña se arrugaron.

—No me tientes —susurró.

A Alison le pareció ver algo además de la amenaza: ¿contención por si el padre estaba en efecto observando, o un límite al daño que estaba preparada para hacer?

—No quiero, Queenie, ¿no comprendes? Todo lo que quiero es recuperar a mi hija.

—Ya la tienes. Deberías dar gracias a Dios.

La furia de Alison recorrió su cuerpo como una descarga.

—¿Dónde está Dios en todo esto? Si hubieras visto a Dios no habrías regresado, ¿verdad? —de repente hubo una pregunta que no pudo dejar de hacer, por grotesco que pareciera planteárselo a la cara de Rowan que titilaba en la oscuridad—. ¿Qué fue lo que viste, Queenie?

Los ojos de la niña se ampliaron, llenos de júbilo o de terror. Por un momento la respuesta pareció estar en ellos o tras ellos, una vasta oscuridad que conducía a algún lugar que Alison prefería no ver.

—Sé que no pudiste encontrar a tu padre —dijo apresuradamente, tratando de confirmarse que lo único que había visto era soledad—. Tal vez ibas por mal camino. Tienes que intentarlo otra vez. Debes comprender que no puedes continuar así.

Los ojos de la niña volvieron a ser inexpresivos, el rostro una máscara oscura.

—Tendrás que experimentar de nuevo todo lo que te repugna —insistió Alison—. Tener el período cada mes y estar rodeada en el colegio la mitad del tiempo por otras niñas que lo tienen. Y luego la menopausia, y hacerte vieja, y todas las enfermedades que puedas contraer mientras tanto... ¿quién sabe lo que puedo traer a casa del hospital? —la furia ardió en ella cuando recordó lo que casi había olvidado—. Será

mejor que comprendas una cosa, Queenie, por si todavía esperas algo. Nunca tendré otro hijo para que sufra tu influencia. Abortaré primero.

La carita pareció sorprendida.

—No matarías a un niño —protestó agudamente.

—¿Qué crees que le has hecho a Rowan? Créeme, haría cualquier cosa para no tener un niño y que cayera en tus manos.

Sin embargo, su furia se convertía en tristeza, y una parte era de Rowan, dondequiera que estuviese en la creciente oscuridad. ¿Era posible que la soledad de Queenie fuera tan terrible que sólo pudo encontrar refugio en ser de nuevo una niña, con todo el egoísmo que había experimentado entonces? ¿Era posible que hubiera necesitado en su soledad ser amiga de la única niña por la que se había preocupado, aunque fuera de modo egoísta?

—Queenie —dijo Alison, lo más amablemente que pudo—. Te quería, a pesar de lo que nos hiciste. Pero no puedo amarte mientras le estés haciendo esto a mi hija.

Los ojos mostraron de nuevo desprecio, llenos de incredulidad.

—Nadie te querrá a menos que renuncies a esto —dijo Alison, aún más lentamente—. Ni siquiera tu padre.

—Deja de hablar de mi padre —gritó la niña—. No eres digna de pronunciar su nombre.

—Entonces hablaré de Rowan. Me permitirás hablar sobre mi propia hija, ¿verdad? —ya había más tristeza que furia en su voz—. Tal vez no quieras creer que ninguno de nosotros te amó, pero *sabes* que ella sí te quiso. Te amaba y se sentía más cercana a ti que nadie, y por eso pudiste volver, no por este medallón. Ella te amaba, y tú a cambio le robaste la vida.

Por primera vez desde que entraron en la habitación vacía, los ojos de la niña parecieron vacilar. Pareció momentáneamente avergonzada, más infantil de lo que había sido desde que regresó de Gales.

—¿Es eso lo mejor que puedes hacer con tanta voluntad? —demandó Alison—. ¿No puedes usarla para encontrar a tu padre? Si él ve que has dejado a Rowan, ¿no crees que se asegurará de que lo encuentras?

Había hablado demasiado, y demasiado pronto. De inmediato los ojos de la niña fueron tan impenetrables como las nubes que cubrían el cielo. Alison extendió la mano y encendió la luz, para impedir que la niña ocultara sus pensamientos en la oscuridad que inundaba la habitación, pero la bombilla se fundió con un sonido como una nota de una campana lejana. La niña sonrió, y sus dientes destellaron en la oscuridad.

—¿También has hecho eso? —gritó Alison—. ¿Te sientes de verdad orgullosa de ello? Tal vez todavía puedas hacer ese truco, pero tendrás que hacer algo más para asustarme.

Inspiró profundamente, saboreando el aire rancio, y recuperó el control.

—¿O estás tratando de impresionarte a ti misma? ¿Intentas olvidar lo que no

puedes hacer? No puedes vivir así eternamente. Si te quedas como estás, tendrás que morir de nuevo. Y esta vez sabrás lo que te espera.

¿Apareció un atisbo de miedo en los ojos de la niña? Pero se encogió de hombros con un desafío que parecía a la vez infantil y senil, y Alison advirtió demasiado tarde que ese temor la haría estar más decidida a quedarse donde se sentía a salvo.

—Tal vez no necesites empezar a preocuparte todavía, tal vez tienes toda una vida por delante, pero es la vida de Rowan, no la tuya —gritó—. Piensa en ella un momento, la niñita a la que engañaste para que te diera su vida, y pregúntate si puedes soportar vivir sabiendo que la has dejado sola en la oscuridad.

La niña sacudió la cabeza, casi reprochándole sus palabras.

—No tiene que estar sola; puedes tenerla contigo. De todas formas, tendrías que haber cuidado mejor de ella cuando tuviste la oportunidad.

Tal vez vio por primera vez en sus muchos años que había dicho demasiado, pues se retiró hacia la ventana y la oscuridad. Ahora no estaba intentando provocar a Alison, tenía miedo de lo que un adulto podría hacerle a un niño. El miedo impulsó a Alison hacia adelante, sintiéndose cargada y peligrosa. Extendió la mano hacia la niña, dispuesta por fin a hacer lo que fuera necesario para expulsar a Queenie... y entonces los viejos ojos la miraron, arrebatándola, y el suelo se desvaneció.

Toda la habitación lo hizo, y la casa. Parecieron pudrirse al instante, dejando que la oscuridad se cerrara. Pareció una ceguera total, pero aún peor: la amenaza de putrefacción que podías oler si sacudías y molestabas la tranquilidad total, putrefacción que vendría arrastrándose desde todos lados si traicionabas lo que eras. Ésa eras tú misma, o todo lo de ti que dejabas detrás, fuera de este oasis de paz que era lo más cerca de ti que podrías llegar en el estado del no existir. ¿Fue así como se sintió Queenie cuando no pudo encontrar a su padre, o era por lo que no se había atrevido a buscar en la oscuridad? La cuestión fue suficiente para iluminar la mente de Alison y devolverle sus sentidos cegados: *ella* no estaba muerta todavía, no podía ser sostenida por nada más que la oscuridad. La interminable oscuridad se retiró a los viejos ojos, y la habitación tomó forma vagamente en la negrura que era sólo penumbra de invierno después de todo.

Le pareció que sabía lo que tenía que decir.

—Queenie, eso tampoco me ha asustado, y no debes dejar que te asuste a ti. Debe de haber algo más que eso. Seguro que todavía tienes fuerzas para averiguar qué es.

—No, no lo haré —la voz de la niña se estremeció de decisión, o tal vez de miedo secreto—. Nadie puede obligarme. Agradece que las cosas no empeoren.

Se refería a que Rowan había conseguido volver, pero ignoraba lo vulnerable que era, mucho más que ella misma, a la oscuridad que esperaba. En un instante Alison se sintió arder de horror, furia y pena.

—Ven y cógela. La permitiste ser así —gritó a la oscuridad por si podía oírla, y arrojó el camafeo tan violentamente que rompió la ventana. Sin embargo, cuando agarró a la niña pensó al principio que estaba siendo casi amable mientras sus manos

se cerraban en torno al suave y esbelto cuello.

Cuando le dio a Derek el mensaje. Jo pareció no saber qué hacer. Le acompañó mientras él se dirigía a la subdirectora para decirle que casi había terminado y que iba a regresar a casa un momento, y luego lo siguió al coche. Él metió la caja de las herramientas en el maletero y supo instintivamente que el motor no arrancaría de inmediato, no cuando el día se había vuelto tan frío bajo el cielo ennegrecido. Sería más rápido ir caminando, y así lo hizo.

El cielo brillaba débilmente entre las casas de retiro que se alzaban sobre las dunas. Muchas de las habitaciones estaban encendidas, pero la luz no llegaba muy lejos. Por encima de las dunas la hierba parecía fragmentos de aire oscuro. Derek sintió como si la oscuridad fuera barro, sobre todo ya que Jo jadeaba para alcanzarle y le hacía sentirse obligado a reducir el ritmo por ella.

—Si hay algo que yo pueda... —jadeaba.

Tenía que mostrar su gratitud, aunque la interrupción apenas había merecido el haberse detenido.

—Todavía no lo sé —dijo, intentando mantener un tono neutral, como si eso pudiera hacer que sus temores no fueran necesarios. Podía ver la casa delante, y parecía de algún modo extraña, una gran roca cubierta de guijarros y conchas de parásitos, alzada contra el cielo negro—. ¿Qué crees que puedes hacer?

—Me quedaré con Rowan otra vez si quieres. Alison le estaba gritando cuando se la llevó.

—Tú le gritas a tus hijos algunas veces, ¿no? —la sensación de que ella dejaba tantas cosas sin decir como él mismo le puso aún más nervioso—. No viniste a verme sólo por eso.

—Parece que estaban en lo alto de la casa.

—Por el amor de Dios, Jo, si tienes algo que decirme... —vaciló, el frío de la acera se abría paso a través de sus zapatos. Podía ver lo que había sucedido en la casa, lo que Jo no había dicho.

—Me pareció oír eso —le dijo.

Un cristal de la ventana de la habitación de Queenie estaba roto. Alison y Rowan debían de estar allí, tras la ventana que destacaba entre las chimeneas y protuberancias de piedra como momentos en un cementerio. Bajo el cielo el rectángulo de la ventana parecía negro como una tumba abierta. Su instalación no había servido de nada, pensó en medio de una desazón tan grande que no alcanzaba a comprender. Bajó de la acera y se internó entre las dunas, en dirección a la casa.

La arena se le metió en los zapatos. Cuando tuvo que ascender, sus esfuerzos le hundieron aún más. Se liberó con puñados de hierba, arrancando hojas de sus raíces. Por fin, lleno de sudor y desesperación, llegó a la sólida acera que pareció impulsarle hacia la casa. Estaba introduciendo la llave en la cerradura cuando Jo llegó a la verja, con la cara roja y apretándose el pecho con un mano. La idea de que ella viera lo que

sucedía al mismo tiempo que él le disgustó.

—Sabré dónde estás por si te necesitamos —gritó, casi con una mueca, y entró en la casa.

Cerró la puerta con tanto cuidado que aunque sus oídos resonaban por el esfuerzo de oír lo que estuviera sucediendo, pareció no hacer ningún ruido. La casa estaba tan atiborrada de oscuridad que todos los sonidos quedaban ahogados. Se aventuró entre las paredes que se revolvían tenuemente mientras pasaba, e iba a abrir la boca para llamar a Alison cuando oyó su voz en lo alto de la casa.

—Rowan —suplicaba.

Derek inspiró temblorosamente y cerró la boca. Ella parecía desesperada, y tuvo miedo de saber por qué, más que nunca en su vida. Se dirigió al fondo del pasillo y miró hacia arriba, y oyó a Alison repetir el nombre de Rowan como una plegaria. Empezó a subir, y habría rezado también si se hubiera atrevido a imaginar lo sucedido.

Antes de llegar al piso superior, tuvo que apoyarse en el nuevo yeso, que estaba tan frío y liso que parecía aislado, como si él no encajara allí. La oscuridad agudizaba sus oídos, y ahora oyó que la voz de Alison se quebraba mientras repetía el nombre de Rowan. Aunque se atreviera a llamarla ahora, tenía la garganta demasiado tensa para poder hablar.

Tuvo que obligarse a avanzar por el último corredor. Se sentía aterrado ante la posibilidad de averiguar por qué Rowan no había emitido ni un solo sonido desde que entró en la casa. Cuando una tabla crujió bajo su peso, se detuvo, un pie levantado, y entonces Alison suplicó:

—Rowan, vamos.

Por mucho ruido que hubiera hecho al subir, parecía que ella estaba demasiado ocupada para oírle. Todo lo que pudo hacer fue encaminarse hasta la puerta de Queenie y abrirla.

Alison estaba arrodillada en el suelo desnudo cerca de la ventana. Rodeaba con un brazo los hombros de Rowan mientras acariciaba la frente de la niña y miraba sus ojos cerrados a la débil luz que manaba del cielo. Nada más se movía excepto su pelo y el de Rowan mientras una leve brisa helada entraba por la ventana rota.

—¿Rowan? —dijo ella, con amabilidad carente de esperanza, la voz aguda y rota —. ¿Rowan?

Derek entró en la habitación.

—Ali, ¿qué... qué ha sucedido?

No pudo preguntar qué había hecho, pero su expresión cuando le miró le dijo que bien podría haberlo preguntado. La boca le temblaba, muda, sus ojos chispeaban llenos de lágrimas. Tendría que haber cuidado mejor de ella y de Rowan, pensó Derek, aturdido: tendría que haber sabido antes que las cosas iban mal entre ambas. Cuando avanzó, Alison apretó a Rowan contra sí como si él pretendiera coger a la niña.

Intentó decirle con la mirada que podía confiar en él, que no le esquivara, aunque sentía que en cualquier momento empezaría a temblar de forma incontrolable. Todo le aturdía, incluso la oscuridad de la ventana; la ventana parecía más la boca de un túnel. Se arrodilló junto a Alison y le tendió las manos. Ella no debía rechazarle ahora: eso sería lo peor de todo. Seguro que cogería sus manos o le entregaría a la niña, ¿no podía estar confundida en su desesperanza aunque fuera enfermera?

Ella no le cogió las manos, pero se volvió hacia él como si cediera bajo su carga. Él juró que la apoyaría no importaba lo que hubiera hecho, porque la amaba y porque también debía ser culpa suya. Deseó no haber venido nunca a esta casa inhóspita que había ayudado a alejarlos el uno del otro. Entonces Alison se apartó de él.

—No, Ali —suplicó, pero ella no le escuchó. Miraba la cara de Rowan, alzó la cabeza de la niña y le acarició el pelo que temblaba con el aire helado. El túnel cuya boca era la ventana parecía más largo y oscuro que nunca. El pálido destello que allí se agitaba debía de ser un pájaro, un buitres, pensó agónicamente. No tenía tiempo de mirar, tenía que atender a Alison, aunque eso significara que el movimiento que ella había imaginado sentir había sido sólo el viento en el pelo de Rowan—. Ali —murmuró—. Mírame, amor, estoy aquí.

Su cuerpo se tensó cuando ella no apartó la mirada del rostro de Rowan, que parecía inmóvil. Derek tendría que expulsar el grito que se acumulaba en su interior, porque de otro modo agarraría a Rowan, cualquier cosa por romper el hechizo de no admitir la verdad. Extendió de nuevo las manos, las piernas temblando.

—También es mi hija —iba a gritar, y no tenía idea de lo que sucedería cuando lo hiciera.

Entonces oyó un susurro.

—Está bien —dijo, y Derek se quedó inmóvil a pesar de los calambres en sus piernas. Era la voz de Rowan.

Pensó que sólo era imaginación suya, a pesar de que Alison apretaba con fuerza a la niña, acunándole la cabeza y besando sus ojos cerrados, murmurando su nombre urgentemente.

—No, Ali —murmuró, desesperado por detenerla antes de que su corazón se rompiera ante su esperanza abandonada—, ¿no puedes ver...?

Y entonces los ojos de Rowan se agitaron, y parpadeó ante su madre, como si fuera incapaz de enfocar la mirada.

—Estoy bien, mami —dijo.

Alison retrocedió, casi soltando a la niña. Se retiraba, pero sólo para asegurarse de lo que veía. Miró la sonrisa incierta de Rowan, sus ojos nublados, y entonces la abrazó tan fuerte que Derek temió que fuera a hacerle daño.

—Oh, Rowan —dijo entrecortadamente—, no me hagas sentir así jamás.

—No te preocupes, mami, nunca lo haré —prometió Rowan, y las dos empezaron a reír y a llorar mientras se abrazaban.

Apenas parecieron advertir que Derek se ponía en pie y se frotaba los muslos. No

podía dejar de lamentar que le hubieran hecho sentir tanta ansiedad por ningún motivo aparente... ¿o intentaban convencerle de que no lo había habido? Un movimiento en la ventana atrajo su mirada, justo cuando la forma pálida se perdía de vista por el túnel que, ahora pudo verlo, era el cielo sin sol. Nunca había visto un pájaro tan veloz, pero la ventana rota era más importante, y necesitaba una explicación.

—¿Va a decirme alguien qué ha sucedido? —demandó.

Las dos le miraron. Rowan se puso en pie como si tuviera que recordar la forma de hacerlo, extendiendo la mano hasta que él la ayudó. Cerró los ojos y se apoyó en él. Derek advirtió que no lo había hecho desde hacía meses, y comprendió que ella sentía lo mismo.

—Fue Vicky —dijo lentamente—. Ahora se ha ido. No volverá.

Derek miró a Alison, que se ponía en pie.

—¿Qué pasó?

—La ventana —le dijo Rowan—. La rompió cuando mami dijo que no debería volver a verla, y entonces me empujó tan fuerte que me di un golpe en la cabeza, y luego se fue corriendo.

Él todavía estaba esperando a que Alison hablara.

—No entiendo nada —dijo—. Jo vino a decirme que recogiste a Rowan. No pudimos comprender por qué te volviste del trabajo.

Alison miró a Rowan, y una comprensión que él no pudo captar pareció destellar entre ellas antes de que se volvieran a mirarle.

—Vi a Vicky merodeando por aquí cerca cuando iba camino del hospital. Supe que intentaba acercarse de nuevo a Rowan, cosa que supe tú tampoco habrías querido, así que regresé —su voz era ahora casi firme, igual que la súplica en sus ojos—. Además, era hora de hablar con Rowan sobre ella.

—Y mientras hablábamos Vicky vino y no quiso marcharse hasta que mamá la obligó —dijo Rowan—. Por eso he sido tan desagradable estas últimas semanas. Seguía visitándome y nunca lo supisteis. Ahora estoy solo yo. Todavía me queréis, ¿verdad?

—Por supuesto que sí, nena —sin embargo, Derek sentía que había preguntas que debería preguntar y que se le escapaban en la penumbra—. ¿Dónde vive la pequeña zorra?

—No te lo puedo decir, papá. No lo sé. Te diré si vuelvo a verla, pero estoy segura de que no será así —alzó el rostro y le dirigió una radiante mirada de la que él no pudo apartarse—. ¿No vas a abrazar también a mamá?

Las preguntas rebullían en su cabeza, pero parecían vergonzosas ahora que Rowan le miraba. Inspiró profundamente y lo dejó correr. Si Rowan confiaba en su madre de esa forma, ¿cómo podía él hacer lo contrario? Extendió las manos hacia su esposa, casi a ciegas.

—Ven aquí, Ali, si todavía puedes soportarme. No sé qué se interpuso entre

nosotros.

—Fue Vicky —dijo Alison ferozmente, y se apoyó en él como si estuviera a punto de desmayarse, y los abrazó a ambos. Permanecieron así hasta que una rendijita de cielo azul se alzó por encima de la capa de nubes sobre la bahía. Mientras la habitación empezaba a iluminarse, Derek miró a Rowan, y todavía estaba buscando heridas cuando ella le miró.

—Papá, ¿me dejarás acompañarte alguna vez al trabajo? No correré peligro, ¿verdad?

Más que ninguna otra cosa, eso le hizo sentir que Rowan volvía a ser ella misma.

—Nunca dejaré que os pase nada a ninguna.

—Tendrás otro trabajo que hacer cuando termines en el colegio —dijo Alison, abrazándolos con más fuerza que nunca—. Me temo que las luces de esta planta han vuelto a fundirse.

Se estremeció, y al principio él no advirtió que se estaba riendo, tan indefensa que tuvo que debatirse para emitir un sonido. El cielo se abrió sobre el mar, y Rowan empezó a reírse también. La luz de la tarde pareció querer acariciarlos, y Derek olvidó la última de sus preguntas sin respuesta. Sin tener idea de por qué ni ninguna necesidad de saberlo, empezó a reír hasta que lloró.

Epílogo

Se mudaron un sábado de mayo. Rowan se acercó al borde de las dunas para echar una última mirada mientras los hombres cargaban los muebles en la furgoneta. Charquitos de luz se dibujaban sobre las aguas que se agitaban bajo el cielo sin nubes. Gales se extendía en el horizonte, una serpiente verde cuyas escamas eran casas. Los barcos parecían navegar tan sólo a escasas pulgadas de las dunas, y sus nombres le parecían viajes: Tamathai, Knud Tholstrup, Essi Silje, Atlantic Compass. Un barco ruso con varias letras al revés pasó velozmente, y ella recordó la noche interminable en Gales, cuando no pudo leer nada. Corrió de regreso con sus padres, alejándose del susurro del mar y la arena arrastrada por el viento.

No lamentaría marcharse después de todo. Ninguno de los niños jugaba mucho con ella, por la manera en que debía haberse comportado con ellos antes de Navidad. La señorita Frith estaba decepcionada con ella y sentía que no se estaba esforzando, ya que escribía perfectamente el trimestre pasado. Mami sabía por qué, y Derek sentía que era parte de lo que había experimentado: decía que prefería que fuera como siempre aunque tuviera que aprender a escribir otra vez. Sabían que se estaba esforzando. Sólo su madre sabía que había tirado el diario del año pasado, con las entradas que parecían como si una maestra impaciente le hubiera estado mostrando cómo escribir pero con la propia letra de Rowan. Ella ya no estaba segura de quién era el diario.

Mami sabía lo que había sucedido. Tal vez por eso nunca hablaba sobre ello, o tal vez esperaba a que Rowan fuera mayor para hacerlo; tal vez incluso estaba avergonzada de que Rowan hubiera tenido que mentir por ella, aunque sabía que eso podía ser parte del crecer. La hacía sentirse protectora de sus padres. Ahora mismo se alegraba de ser todavía una niña y confiar en su protección, aunque los años en que sería una niña parecían casi no ser tiempo ninguno.

La furgoneta estaba cargada. Su padre había estado ayudando a los hombres, y ahora compartía el café de su termo.

—Mamá está comprobando la casa si quieres echar una última ojeada —le dijo—. Luego, nos pondremos en marcha.

Su madre bajaba la escalera cuando Rowan entró corriendo en el vestíbulo.

—¿Dispuesta para la aventura? —dijo con una sonrisa que vaciló cuando extendió la mano torpemente, casi de forma automática, para tocar la garganta de Rowan.

No se había perdonado por eso, aunque nunca le dolía mucho: Rowan sólo se habría molestado si su padre hubiera descubierto que al principio le costaba trabajo hablar. Cogió la mano de su madre y la dirigió de su garganta a su mejilla.

—¿Puedo decirle adiós a mi habitación?

—Por supuesto que puedes —mientras se dirigían a las escaleras, añadió—: Pero no tardes mucho, o iré a recogerte.

Rowan corrió hacia el piso central y se asomó a su dormitorio. Estaba vacío y parecía poco familiar, más sucio ahora que no había muebles donde el polvo pudiera esconderse. Sólo quedaba la visión de la bahía, y derramó una lágrima por ella antes de subir rápidamente de puntillas al piso de arriba.

No estaba segura de por qué necesitaba subir allí. Mientras llegaba al rellano, se sintió casi tan asustada como en las semanas después de Navidad, cuando dormirse era como caer fuera de su cuerpo hacia la oscuridad que le esperaba. Se refugió en la cama de sus padres durante semanas antes de sentirse lo bastante segura para dormir sola. Seguramente ahora estaba a salvo: su madre estaba abajo, y podría oírla. Se aventuró en el rancio pasillo donde nunca llegaba la luz del sol, y abrió la puerta de la habitación de Queenie.

No parecía haber nada que pudiera asustarla, nada que explicara por qué todo su cuerpo parecía encogerse en torno al súbito golpeteo de su corazón. La habitación estaba vacía, y nada se movía excepto un barco y las gaviotas más allá de la ventana. Sin embargo, pudo sentir lo corta que era la vida de todo aquello, como si miraba durante mucho tiempo la habitación se convertiría en la boca de un túnel que conducía a la oscuridad. Cerró los ojos y, tras tantear en busca del pomo, cerró la puerta.

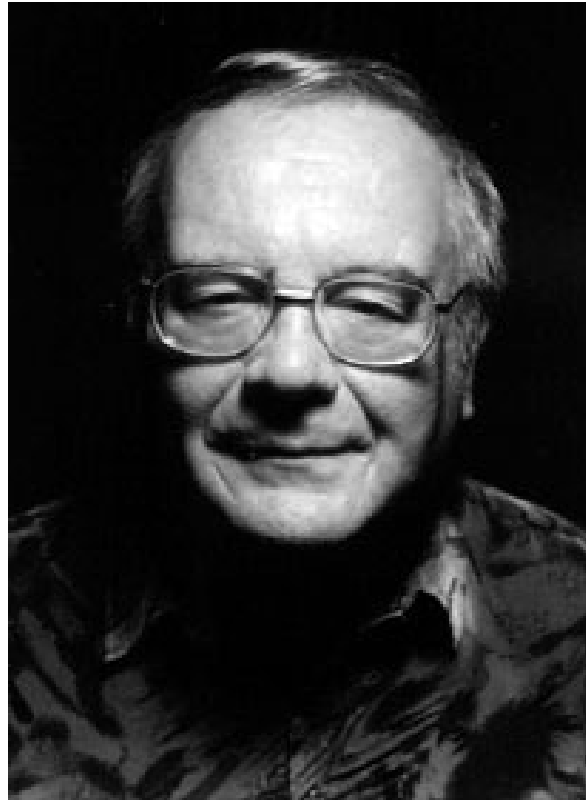
Había venido aquí como si eso pudiera decirle qué había sucedido la última vez que lo hizo, pero estaba tan insegura como siempre. ¿Había podido su madre expulsar a Queenie porque la anciana se había convertido en una niña, o había cedido Queenie al final y la había dejado regresar? Si había ido de nuevo a buscar a su padre, ¿no podría encontrarlo esta vez o al menos creer que lo había hecho, puesto que se lo merecía? Todo lo que Rowan sabía era que cuando su madre le soltó la garganta no sabía dónde estaba: había caído fuera de la vista de su propio cuerpo hacia la oscuridad, como si nunca fuera a detenerse, excepto que la caída terminó dentro de su cuerpo, un peso del tamaño de la vida que había tenido que aprender a mover, a manejar y a hacer hablar. En el instante en que regresó sintió a Queenie marcharse a la oscuridad, la oscuridad de Queenie, y había tardado meses en comprender que si aquella oscuridad pelada era de Queenie, el lugar por el que Rowan había pasado en sus esfuerzos por regresar a casa debía de ser la suya propia.

Las cosas podían cambiar, se dijo. La casa pronto sería una residencia para ancianos, donde gente como Queenie sería atendida y se sentiría menos solitaria. Empezaba a pensar que le gustaría hacer ese trabajo. No importaba lo que la estuviera esperando al final de su vida, seguro que no tenía por qué ser lo ya había experimentado, a menos que cediera al temor de que lo fuera. Abrió los ojos y corrió escaleras abajo, y respiró más tranquila cuando sus inmediaciones parecieron menos planas, más reales.

Cuando el coche de su madre se volvió hacia la sombra de la casa de Queenie, la sombra pareció abrirse como un gran pozo en la carretera. Entonces llegaron a la luz y siguieron a la furgoneta, y vieron a Jo y sus hijos despidiéndose. En cuanto Rowan

terminó de saludar unió las manos de sus padres para sentir que estaban juntos. Lo último que oyó en la carretera fue el sonido de las olas tras la casa, tan distantes que podría estar escuchándolas con una concha, la fina concha azul del cielo. El coche dejó atrás la casa de Queenie en dirección al futuro, y ella susurró:

—Nunca volveré.



RAMSEY CAMPBELL ha ganado más premios que cualquier otro autor vivo por sus ficciones de horror. Entre ellos sobresalen los British y World Fantasy Awards. Nació en 1946, en Liverpool, donde ha residido siempre y donde se desarrolla la acción de muchos de sus cuentos y novelas. Sus relatos figuran en la mayoría de las grandes antologías de la literatura de terror.

«Ramsey Campbell nos lleva a donde no queremos ir, y después nos abandona en la bruma de la noche inglesa. Tenemos que encontrar el camino de regreso a través del terror y el suspense de sus novelas magistrales. Ultratumba es uno de esos libros que hay que leer con las luces encendidas y en compañía de amigos dignos de confianza».

John Coyne,
autor de *El hijo de las tinieblas*

«He aquí a Campbell en la cúspide de su poder para aterrorizar y conmocionar. Revelaciones y escalofríos que sólo un maestro de lo macabro puede crear».

Clive Barker